

Cuando la tierra se vuelve de plata

ALISON WONG

Nuevos Tiempos Siruela



ALISON WONG

**Cuando la tierra
se vuelve de plata**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

Prólogo Wong Chung-shun, 1896

Parte I Wellington, 1905-1909

Un chelín

Tierra de maories

Sueños con Sun Yát-sen

Cebollas

Un buen ejemplo de caballero inglés

Una bolsa de cacahuetes

El juicio

Ni continentes ni mares

Subiendo a la superficie

Galletas rotas

Manzanas

Las inmediaciones de Haining Street

Si cambia el viento

Una mujer que dispone de rentas

El yugo desigual

Azul

Sombras

Corazones pequeños

Dominion

Doscientos millones

El pequeño libro naranja

El diábolo. Wong Chung-yung

La sombra

Parte II De Cantón (China) a Wellington, 1907-1915

Seda roja. La esposa de Chung-yung

Horno de azulejos. La esposa de Chung-yung

Los muertos. La esposa de Chung-shun

La historia de la concubina

Pedazos de cuervo

Vinagre

Esclava

El teleférico

Campo

Espíritus, sueños

Trazo sobre trazo

Miles de kilómetros

Farol

Agua hirviendo

Función de marionetas

Mejor que un perro

Cuando la tierra se vuelve de plata

Más que caballos

Colina de flores amarillas

Un atlas infantil
El futuro de la humanidad
La nueva maravilla pecosa
Silencio
Caballote de melones. Wong Chung-yung
Longevidad
Blanco
La fotografía
Luna

Parte III Wellington (y Dunedin), 1914-1916

Por el rey y el país
El cofre pesado
El juramento
Los leones
Té
Si no ha llegado el momento
Podría haber sido peor
Última noche
Una mancha líquida
La despedida
Jazmín
El cuidador
El kiosco
Sombras
Tarta de luna
El campo sobre el corazón

Parte IV Dunedin y Wellington, 1918-1922

Crema negra de maicena
Una colección de huesos sueltos
Pájaros
El reloj
Quien regresa
Piña
Del arte de morir

Nota de la autora

Agradecimientos

Nota de la traductora

Glosario

Notas

Créditos

Alison Wong

Cuando la tierra se vuelve de plata

Traducción del inglés y notas de
Dora Sales

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Cuando la tierra se vuelve de plata

A mi padre, Henry Wong, que no vivió para ver cómo esto llegaba a buen término; a mi madre, Doris Wong,
y las generaciones que vinieron antes; y a mi hijo,
Jackson Forbes, y las generaciones que vendrán después.

Prólogo

Wong Chung-shun, 1896

Es un lugar solitario donde predicán los espíritus de Jesús. Predican sobre el amor, sobre un dios que murió por amor, aunque por la calle la gente tiene aspecto desdeñoso y grita y escupe, y después los domingos canta en la casa de Jesús.

Su dios es un espíritu blanco. Se ve en los cuadros. Tiene la piel clara y una nariz grande, y un resplandor de luz de luna alrededor del pelo castaño y largo. Tiene muchos nombres, igual que nosotros, los *Tongyan*, tenemos muchos nombres. Tenemos un nombre de leche, un nombre adulto, quizás un nombre cuando estudiamos o un nombre que elegimos. Los espíritus de Jesús llaman a su dios Espíritu Santo. Incluso ellos saben que es un espíritu. La gente se parece a sus dioses, del mismo modo en que se parece a sus animales. Incluso le llaman Padre. Nosotros no necesitamos nombrarlos, a estos *gweilo*. Incluso ellos saben que son espíritus.

Yung dice: No necesitamos reconocer sus palabras; no necesitamos interpretar la sílaba acentuada. Está ahí, en un parpadeo de ojos, la ligera mueca en los labios, los músculos del rostro, la forma en que se disponen contra nosotros. Dice: El cuerpo tiene su propio lenguaje, tan fluido como la poesía, tan grosero como la polémica.

Yung se las arregla bien con las palabras. Dice que el lenguaje del cuerpo puede usarse como un arma.

Ahora que Yung está aquí, no necesito pagar a nadie del clan¹. Uno de los dos puede ir al mercado mientras el otro se encarga de la tienda; uno puede ordenar los plátanos mientras el otro coloca bien las verduras. Ahora que está aquí, puedo ahorrar para traerme una esposa. Puedo ahorrar para el pasaje y el impuesto comunitario. Me llevará bastantes años.

Cuando Yung llegó, al principio no nos reconocimos el uno al otro. Llevábamos más de diez años sin vernos. Ahora tiene dieciocho, y los libros le han afectado al cerebro. Tiene sueños grandes, imposibles. No entiende la vida, y no entiende esta tierra. Está repleto de sentimientos, demasiados, como los animales salvajes atrapados y enjaulados en un zoo. Le gusta hablar, y sus palabras son rápidas, más rápidas que su entendimiento. Es muy joven... quince años más joven que yo. Mi hermano es como un hijo, un hijo único, insensato.

Parte I

Wellington, 1905-1909

Un chelín

Acababan de entrar en Tory Street, por delante de la comisaría de Mount Cook, Chung-shun y su hermano pequeño, Chung-yung, de camino a Haining Street a por *wontons* y fideos caldosos. Un domingo a última hora de la mañana, mientras el sol brillaba con el calor de la fruta al madurarse, y el viento, por una vez, no era demasiado enérgico. Yung silbaba alguna cancioncilla tradicional, ajeno a las normas *gweilo* que no aprobaban silbar, cantar algo que no fuesen himnos y tocar el piano los domingos. Shun tan sólo fruncía el ceño. Le dolía la pierna, y eso hizo que no apreciase en absoluto el único día de la semana que cerraban la tienda. No se percató de la tranquilidad del día, la ausencia de polvo y arenilla que se levantaba en remolinos desde la calle para atacarles a los ojos y cubrirles la piel, las ropas, el pelo. No se percató del hombre que se les acercaba.

Yung vio llegar al hombre. Incluso a lo lejos había algo extraño en la forma en que caminaba, una rigidez sin prisa. Cuando estuvieron más cerca, Yung vio cómo los ojos del hombre se fijaban en él, vio cómo su rostro se ensanchaba con una sonrisa desdentada. Le observó mientras el hombre caminaba hacia ellos, se quedaba parado demasiado cerca (olor a meada añeja y ropa sin lavar) y decía a través de unas mejillas hundidas: «Daaame un chelín».

Yung contuvo la respiración y dio un paso atrás, para mirar al hombre desde arriba. Era unos buenos diez centímetros más bajo, y muy delgado, y había algo extraño en sus ojos. Llevaba las manos ocultas en los bolsillos de un abrigo demasiado grande, sucio, y por un momento Yung se planteó si estaría escondiendo un arma.

—¿Para qué? —preguntó.

Yung pudo ver cómo se lo pensaba.

—¿Tieeenes aaalgo de dineeero? —contestó el hombre muy despacio, con el rostro relajado, los labios ahuecándose hacia dentro, hacia las encías—. Dineeerooo.

Yung sonrió.

—Teeengo dineeerooo —contestó.

Se dio unas palmadas en el bolsillo, haciendo sonar las monedas.

El hombre sacó las manos de los bolsillos, levantó los puños:

—Dámelooo o yo...

Yung se rió. *Dineeerooo*.

Se dio la vuelta y caminó de regreso hacia la comisaría. Tarareaba. Le gustaba el

sólido edificio de ladrillo rojo, el enladrillado blanco y negro formando arcos sobre las ventanas y las puertas, las huellas de las flechas marcadas en los ladrillos. Si no pensaba en los presos que las habían hecho, entonces la encontraba divertida, la forma en que los ladrillos estaban colocados de forma tan azarosa, a veces con la flecha hacia dentro y oculta a la vista, a veces hacia fuera, a veces hacia la izquierda, a veces hacia la derecha. Eran como las pistas en la escena de un crimen, una escena que había sido contaminada por periodistas, espectadores curiosos, policías incompetentes.

Se adentró en la frescura del edificio, recorrió el suelo de baldosas geométricas, pasó por delante de las escaleras, hasta el cuarto en el que estaba sentado el agente Walters, en las entrañas del edificio. Se conocían muy bien. El agente pasaba a menudo por la tienda en su ronda de todas las noches, y Yung le ofrecía un plátano o una pera madura, consolándose al pensar que la policía estaba cerca.

El agente Walters se levantó de su escritorio, y cuando salieron a la calle vieron al hombre correr en la dirección contraria y desaparecer bajando Frederick Street. El agente le siguió, pero le perdió pronto.

Cuando volvió, con el rostro encendido y resoplando, preguntó por el aspecto del hombre. Yung describió a un tipo de unos cuarenta, no, treinta años (los *gweilo* siempre parecen mayores que los *Tongyan*), de esta altura –indicó con la mano– pelo claro, sin dientes... Shun describió la enorme nariz roja de aquel tipo.

–Shun Goh –dijo Yung, dirigiéndose educadamente a él como hermano mayor–, todos los *gweilo* tienen la nariz grande y roja –se giró hacia el agente–. La nariz ela como la suya –indicó–, y aquí... –se tocó el lado derecho de la mandíbula, tratando de describir una cicatriz, pero sin saber las palabras–. Él sel muy estúpido –añadió.

Después de que se marchase el agente, Shun reprendió a su hermano, agitando las manos por el aire. ¿Por qué decirle al *gweilo* que tenía dinero, *la*? ¿Por qué sacudirse los bolsillos? ¿Estaba loco? ¡Cuando se marchó, el *gweilo* también le acosó a él para pedirle dinero!

Yung quiso reírse pero tenía que mostrar respeto. Intentó explicarle... después de todo el hombre era inofensivo, un bobalicón, nada más... pero Shun no le estaba escuchando. ¿Cómo podía ser Yung tan estúpido? Tan sólo dos meses antes a Ah Chan le pegaron en la calle. ¿No sabía lo peligroso que era?

Yung dejó de escuchar. Ya estaba imaginándose un pareado. Sobre un hombre sin dientes y medio juicio, sobre un desorden de flechas y el hecho de no tener ni idea de qué camino tomar.

Tierra de maoríes

En ocasiones, bajo el peso, bajo la forma de las expectativas de su hermano, Yung se sentía muerto de cansancio.

Se quedó frente a las tinas de lavar, fuera, detrás de la tienda, y se miró fijamente las manos manchadas de rojo. Sacó del agua la última remolacha, hundió el cuchillo con rapidez, una, dos veces; miró cómo las hojas, con sus finos tallos rojos, el largo extremo de la raíz, delgado como la cola de una rata mojada, caían en el cajón de madera. Después lanzó la remolacha recortada sobre las demás, llevó el bol esmaltado al lavadero y lo volcó encima de la masa rojo púrpura en el caldero para lavar. El agua tardaría media hora en hervir, y después una hora más, hasta que gusanos, escarabajos y arañas decoloradas flotasen lentamente en la superficie del agua roja y sucia.

Regresó y limpió las tinas, volcó medio saco de zanahorias, las cubrió con agua, sacó la escobilla y la empujó abajo y arriba sobre las verduras, barriendo, haciendo que diesen volteretas para limpiarlas en el líquido cada vez más turbio. Pudo sentir cómo se le formaba una capa de sudor en la frente, la humedad de su camiseta blanca, su camisa, bajo los brazos. Dejó de agarrar la escobilla con tanta fuerza, relajó los brazos un momento, después volvió a moverla hacia abajo. Antes tenía las manos delicadas, manos que sólo conocían el pincel del calígrafo, el sonido rechinante de la barrita de tinta al tocar el agua. Todavía las tenía suaves, pálidas, no agrietadas y morenas como las de su hermano mayor, pero ahora se le habían formado callos en las palmas, en las almohadillas carnosas bajo los dedos. Se acordó de la primera vez que hizo esto, el rítmico movimiento de empujar y tirar, madera y cepillo, el escozor en su piel al frotar, replegándose sobre sí misma.

Quitó los tapones, observó cómo el agua en movimiento, siendo arrastrada, retrocedía mientras las cañerías se vaciaban sobre la plataforma de cemento. Cogió las zanahorias limpias, las dejó caer en una cesta de bambú, volcó en las tinas las que quedaban en el saco y volvió a llenarlas de agua. ¿Cuántos años llevaba aquí cocinando remolacha, lavando zanahorias y recortando repollos y coliflores? ¿Ocho? ¿Nueve? Casi diez años.

De pie en la cubierta del *Wakatipu*, mientras se abría paso en el puerto, le impresionó el paisaje. Arcilla grisácea y roca donde los seres humanos habían logrado afianzarse. Donde habían tratado de anclarse, con sus chozas de madera y caminos de macadán desde las tierras antárticas del sur. Colinas densas con arbustos y follaje encrespado que

caen sobre las bahías. Barcos cargados de carbón o troncos desde la costa oeste, o cargamentos de personas desde Sydney. Wellington: una ciudad hecha de madera, polvo, viento.

Shun Goh le contó que el *gweilo* le dio a esta tierra un nombre extraño, místico. El nombre de la gente de piel morena, la gente de esta tierra. Dijo que los maoríes estaban muriendo. En cincuenta años habrían acabado con ellos, del mismo modo en que un pañuelo blanco limpia el sudor de la cara. Se convertirían en una historia que pasa de madres a hijos, como los pájaros gigantes de los que habían oído hablar. Pájaros terribles que no podían volar. *Moa*, decía la gente, como un lamento... *Maorí*... su ausencia, una desolación.

En aquellos primeros años Yung pensaba estar viendo a un maorí, pero el hombre que vendía conejos puerta a puerta resultó ser asirio. Y el que vendía verduras era hindú. Toda la gente de piel morena era eso... asiria o hindú... la gente que vivía en Haining Street.

Durante meses, años, vio maoríes, de estatus y aspecto tan variado como los *gweilo*. Cuando el Duque y la Duquesa *gweilo* vinieron de visita, los *Tongyan* adornaron un arco enorme con banderas, frente a la tienda de Chow Fong, en Manners Street. «Ciudadanos Chinos. Bienvenidos», podía leerse. Todo el mundo se puso en fila a lo largo del recorrido: *gweilo*, *Tongyan*, maoríes.

—¿Quiénes estos maorís? —le preguntó Yung a la señora Paterson, de la panadería de al lado, refiriéndose a la gente alta con magníficas chisteras *gweilo*, trajes negros bien planchados y relojes con cadenas de oro, que vio dar la bienvenida a la realeza *gweilo*, los grupos que a veces veía cerca del Parlamento.

—Son de arriba, del norte —contestó la señora Paterson—. Han venido a hacerle una petición al gobierno.

—¿Qué es «petición»? —preguntó Yung.

—Quieren que les devuelvan sus tierras —explicó ella, y después le preguntó el precio de las patatas.

A veces Yung veía a gente maorí, pescadores o vendedores ambulantes de boniatos y berros. Vestían con ropas de espíritus viejos y botas pesadas, o iban envueltos con una manta del ejército que se ataban a la cintura con cuerda o con un cinturón, en ocasiones incluso llevaban una manta sobre los hombros. Pero fuera cual fuese su posición nunca le insultaban ni le tiraban de la trenza. Le sonreían, sujetando un cigarrillo, como si fuese un hermano.

La primera vez que los vio, Yung se giró hacia Shun, buscando una señal. Pero su hermano no le devolvió una sonrisa.

—Ten cuidado —le dijo—. *Ten el corazón pequeño*. Yung observó los dientes manchados de tabaco, las marcas azules y verdes grabadas por todas partes en sus rostros morenos. Uno de los hombres era joven, tal vez de su misma edad, y lucía una barba descuidada que en parte le ocultaba los tatuajes. Yung le miró a los ojos y sonrió, sólo con las

comisuras de los labios, después siguió a su hermano, sin estar muy seguro de qué debería hacer.

Yung sumergió la escobilla en el agua marrón. Había pasado casi una década, y apenas había hablado con algún maorí. Tal vez se había dado un golpecito en el sombrero, con orgullo, al pasar una señora mayor... del modo en que había visto cómo los hombresespíritus se encontraban, saludaban y pasaban junto a sus mujeres... o le había sonreído a algún maorí para saludarlo. Sólo en una ocasión entró uno en la tienda.

El rostro del hombre estaba completamente tatuado y se erguía muy recto y con tanta dignidad, con su chistera y traje negro bien planchado, con un pañuelo blanco cuidadosamente doblado en el bolsillo de la chaqueta, que Yung se quedó sin palabras. Se lo pudo imaginar saludando desde un automóvil negro, reluciente, mientras la multitud flanqueaba el desfile.

El hombre saludó con la cabeza, ligeramente.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas taldes, señol.

El hombre sonrió, con el destello de un diente de oro. Miró las fresas y las uvas.

Sólo quiere la mejor fruta, pensó Yung. La más cara.

—Fresas están madulas. No buenas —habló él—. Uva mejol calidad. Muy dulce —dio unos pasos hacia delante, escogió el mejor racimo... cada uva era gruesa, jugosa, color púrpura oscuro—. Po favol, pluebe —ofreció, levantando el racimo.

El hombre cogió una uva y se la metió en la boca con delicadeza. Volvió a sonreír.

—Muy buena —contestó—. Me llevaré dos racimos —después volvió a echar un vistazo a su alrededor—. ¿Cómo está la piña?

Yung se acercó una piña a la nariz y la olfateó. Tiró con suavidad de una de las hojas interiores, después volvió a colocar la piña en el montón. Cogió otra, la olió y tiró de una hoja, que se desprendió.

—Buena piña —afirmó—. Madula y dulce.

Cuando le entregó la fruta empaquetada, el hombre le dio las gracias.

—Buena suelte —respondió Yung.

El hombre lo miró con expresión socarrona.

—Su tiela —apuntó Yung.

—Sí —contestó el hombre.

Casi se hicieron una reverencia mutua antes de que el hombre se marchase en dirección sur.

¿Qué *gweilo* le había tratado nunca de forma tan respetuosa? ¿Cuántos siquiera le habían mirado a los ojos?

Todos los días trabajaba en la tienda. Todos los días, menos los domingos, los espíritus blancos entraban y salían. Les daba verduras envueltas en papel de periódico o

bolsas de papel llenas de fruta. Dejaban el dinero sobre el mostrador de madera y él les devolvía el cambio. Buenos días. Buenos días.

Quería conversar. Quería entender. ¿Pero cómo hablar? Su inglés estaba mejorando. ¿Pero cuántos clientes invitaban de verdad a su conversación atrancada?

Los domingos y otras tardes y noches en las que su hermano le daba tiempo libre se iba a casa de alguien del clan... a otra tienda de frutas y verduras, o lavandería... o paseaba por Haining Street, Taranaki, Frederick o Tory. A la zona la llamaban *Tongyangai*... la calle de los chinos, donde vivía la gente de la dinastía Tong. En una tienda, o casa de comidas, o antro de juegos, o incluso en la calle, una tarde cálida de verano, se juntaban para chismorrear y beber té. Su mejor amigo, Ng Fong-man, su primo Gok-nam², todo el mundo estaría allí. Todo el mundo excepto las mujeres. Mujeres chinas, esposas. Incluso cuando iba de visita a las verdulerías, lavanderías, las huertas, mientras conseguía apoyo y donaciones para la Revolución, ¿cuántas mujeres veía? ¿Quién podía permitirse el pasaje y el impuesto comunitario?

Yung cerró los ojos. Trató de recordar el rostro de su esposa, la forma en que fruncía el ceño, concentrada, cuando él escribía la primera línea de un pareado, cuando la retaba a que lo terminase. Trató de recordar su voz, el sonido de su risa...

No, *todo el mundo* estaría allí, en Haining Street, también los *gweilo*, haciendo sus apuestas, o después del trabajo, la calle abarrotada de *Tongyan*, comprobando sus papeletas *pakapoo*. *Aaaaiyaa*. *Aaaaiyaa*. Los golpes sobre las tablillas. El olor de la sopa de cerdo. El chisporroteo del ajo y el jengibre. Espíritus blancos hombro con hombro, rostros conocidos, sin nombre. La única interacción, los caracteres en tinta verde grabados sobre las papeletas blancas.

—¡Remolacha cocida, *la*! ¿Qué haces? ¿Por qué no hay zanahorias en la tienda?

Yung dio un respingo.

—¡De acuerdo, *la*!

Dejó caer las últimas zanahorias en la cesta. Miró la parte trasera de la cabeza de su hermano, mientras desaparecía al entrar en la tienda; su piel rasurada, brillante, la trenza larga y aceitada que se deslizaba hacia abajo.

Sueños con Sun Yat-sen

Shun Goh le había dado el resto de la mañana libre... lo bastante como para pasear hasta donde vivía Fong-man, tomar una taza de té, jugar a las cartas y tal vez debatir sobre política. Yung se sintió aliviado al alejarse de su hermano y salir al aire libre. Por lo general la primavera era ventosa, húmeda de una forma imprevisible, pero aquel día no tuvo que sujetarse el sombrero para evitar que se fuera volando. Casi tuvo que entrecerrar los ojos por el resplandor azul del cielo.

Paseó alrededor del Basin Reserve³, donde vio a hombres vestidos de blanco fúnebre jugar a un extraño juego con un pedazo de madera y una pelota. En una ocasión vio cómo la pelota golpeaba tres palos en el campo y todos los hombres gritaban y levantaban las manos... todos excepto el que sujetaba el pedazo plano de madera. Aquel día sólo había niños rodando cuesta abajo por los terraplenes cubiertos de hierba, y un grupo de chicos con un palo como de costumbre. Continuó subiendo por Webb Street, después giró a la derecha para entrar en Cuba, deleitándose con el calor del día, con los empujones de los caballos, las carretas y el tranvía, con la ruidosa zambullida y el zigzaguo de la humanidad.

Se detuvo frente a la pescadería, ante la ventana en la que se apilaba un montón alto de conejos, la pequeña cortina que formaban y que colgaba cruzando la parte superior de la entrada⁴. Los rabos de los conejos le rozarían la cara al entrar; contra su piel, el pelo suave con olor a hierba y a juego. Conejo estofado en una olla de barro. Uno por un chelín, o quizás sólo diez peniques. Se relamió y siguió caminando, tarareando una canción de la que no era capaz de recordar el título, una canción que había perdido sus palabras, pero no su melodía. Tarareó como si tuviese todo el tiempo del mundo... saludó con la mano al señor Paterson, respirando el aroma a levadura del pan caliente mientras éste pasaba por su lado con su carro, y sólo entonces se percató de los niños que iban detrás de él.

Se giró, vio a los chicos... media docena, quizás más, de siete a diez años, uno gordo, el resto flacuchos, todos con una pequeña gorra de tweed y las rodillas sucias. El más alto llevaba un palo.

–Ching chong chino⁵ –cantaban–. Nació en un bote, le bautizaron en una tetera, ja, ja, ja.

Yung siguió caminando. Notó cómo le tiraban el gorro al suelo, soltándole la trenza,

que cayó sobre su espalda; unas manos le agarraron y tiraron de él. Estallidos de risa y otro tirón.

Se dio la vuelta y cargó contra ellos.

—¡Cerdos! ¡Mierda de perro! —gritó en chino—. ¡Caeros muertos en la calle!

Los niños se rieron y se marcharon corriendo. Quiso ir tras ellos, agarrarlos, apretarles las caras contra la mugre. Al alto, el que le había quitado el sombrero con el palo. Al pelirrojo o, incluso mejor, al gordo... habría sido fácil cogerle.

—Ignora a los bárbaros —decía siempre su hermano—. No les des nunca una excusa para tomar represalias.

Pero estaba harto. Era educado. Era respetado. En casa podría haber sido funcionario. Incluso ahora la gente acudía a él para que les leyese y escribiese sus cartas, sus pareados de Año Nuevo. Iba a reunirse con los recién llegados que bajaban de los barcos, para ayudarles con la aduana y el control de inmigración.

Una noche en que su hermano estaba por Haining Street, un par de jóvenes gamberros fueron a la tienda y empezaron a tirar los repollos por todas partes. Yung se indignó tanto que los echó de un empujón, a ambos, a la calle. Todavía podía ver cómo les envolvía el polvo. Jamás volvieron.

Yung sonrió. Su hermano no lo supo nunca. Recogió su sombrero, se echó la trenza hacia atrás y la cubrió de nuevo, y continuó.

Había recorrido este camino tantas veces antes... por delante de la mercería, la farmacia, sobre los raíles del tranvía... pero fue sólo entonces cuando el salón llamó su atención. Primero fueron los postes de la veranda, la pintura en espiral de colores brillantes, rojo, blanco y azul, y un poste pintado de forma parecida que sobresalía por encima de la entrada con el letrero *S. Gibson* colgando de él. En la ventana había un póster de un hombre con traje y un gorro encasquetado en la cabeza, una pipa le colgaba de la boca: «El tabaco de pipa más agradable».

Yung apreció el anuncio externo bien dispuesto, la estética del color, la forma y la clasificación. Colocadas sobre unos estantes, había latas azules de cigarrillos Capstan, Marcovitch Black and White, State Express 555 color limón pálido. Había cerillas en cajas de cartón en forma de pequeñas sombrereras, así como versiones en cobre y estaño, cilíndricas y rectangulares, pipas de madera y un tarro para tabaco de cerámica marrón con unas letras grabadas. Yung no pudo ver todas las palabras, y tampoco las identificó todas... «Cuando se hicieron todas las Cosas... mejor que el Tabaco... amigo del soltero» (¿qué significaba «soltero»?)... pero reconoció las diferentes latas y paquetes que vendían en la verdulería. Admiró las tazas de porcelana para el afeitado, cada una colocada con su propia brocha, los cortaúñas de cromo, las navajas de afeitar Rolls Razor, los cortadores de puros, los largos afiladores de cuero, botellas de Scurf y Loción Dandruff, y un afilador Black Beauty Razor con un enorme pez azul decorando la caja.

Un tabique de madera separaba la exposición del interior. Incluso desde la puerta que daba a la calle pudo ver otra puerta iluminada con las palabras *Salón de caballeros* sobre

el cristal de colores. Retrocedió cuando la puerta interior se abrió, cuando un hombre emergió desde la luz teñida de amarillo, cargada de humo. Al pasar por su lado, Yung observó el buen corte de pelo que llevaba, el suave afeitado. Le llegó un olor a tabaco y canela. Otro hombre entró en la tienda y le llegó otra bocanada de olor a tabaco antes de que se cerrase la puerta.

Yung pudo ver su reflejo en la ventana, su frente bien afeitada, nada de tonsura ni el pelo enrollado bajo el sombrero. Llevaba trenza desde que podía recordar. Algunos hombres se habían cortado las suyas. Unos para evitar los tirones de pelo, otros por la Revolución. Incluso en casa había quienes se cortaban la trenza y después tenían que llevar sombreros o pelucas cuando salían, o se arriesgaban a que les ejecutasen.

Yung soñaba con el fin de la dinastía. Soñaba con una China nueva y poderosa, libre de corrupción, libre de la dinastía manchú y la dominación extranjera. Soñó con Sun Yat-sen al frente de la nueva república, un hombre de Heung Shan que hablaba inglés y no sólo el dialecto pekinés de los norteros, sino también el idioma de Yung, el idioma de ellos, el cantonés. En ese momento soñó con un corte de pelo como el de Sun Yat-sen, como el de aquel hombre que había visto salir de la tienda⁶.

Pero en los salones *gweilo* no cortaban el pelo a los chinos, todo el mundo sabía eso; y si... incluso si tuviese el valor, la insensatez, ¿qué pasaría entonces? Se reclinaría en una silla, esperando a que un bárbaro deslizase una cuchilla por sus mejillas, sobre su mandíbula, sobre su garganta. La habitación estaría envuelta en humo. Estaría rodeado de espíritus de los océanos, mirando, observando, una tarde sin luz natural, tan sólo con el resplandor amarillo de las capas de gas. Pensó en Fongman, golpeado en su tienda en esta misma calle. Se reclinaría en la silla y sentiría cómo la cuchilla le cortaba la garganta, y si no salía de allí nadie se daría cuenta.

Aquella noche, Yung cogió las tijeras del cajón de la cocina y se cortó la trenza. Escuchó el susurro de las cuchillas y el rumor al cortar, con la mente extrañamente clara, mientras el pelo caía libre por su nuca. Agarró la trenza con fuerza, sintiéndose espantosamente liberado, incluso aunque fuera como si se amputase un miembro, como si la espada ya hubiese descendido hasta su cuello. No supo qué hacer. Se miró al espejo, el que usaba cada pocos días para quitarse el vello facial. No se reconoció. Sintió como si se volviese más pálido o quizás más rosado... porque ése era el verdadero color de los bárbaros, no blanco sino rosa, algo así como el color de los cerdos domesticados. Se miró la cara, el pelo. Se sintió como si incluso su nombre se estuviese traduciendo. Colocó la trenza en el fondo de un cajón y la cubrió con su ropa más íntima.

¿Por qué había mirado por la ventana de aquel salón? ¿Por qué no había ido sencillamente a casa de Ah Fung, el barbero de Haining Street, como todo el mundo? ¿Por qué siempre quería lo que no podía tener?

Se tragó su vergüenza. Tardaría en salirle el pelo en las partes afeitadas, pero iría al día

siguiente. Conseguiría que Ah Fung le peinase. Compraría perfume de laurel. Saldría a la calle, con estilo, arreglado, oliendo a aceite de laurel y a canela.

Cebollas

Edie McKechnie estaba escarbando en el montón de leña buscando pizarreros, arañas, escarabajos, cualquier cosa escurridiza con muchas patas, cuando su hermano, Robbie, llegó a casa corriendo con sus amigos: el fanfarrón enorme, Billy, que siempre mangoneaba al resto; Wally, que tenía el aspecto de haberse comido demasiados panecillos de Chelsea, esos bollitos dulces, con pasas, en forma de espiral; y otros chicos estúpidos, sucios.

—¿Quieres ver un truco, Edie? —preguntó Billy.

Edie levantó la vista, después le ignoró. Levantó un trozo de madera. Debajo, en el polvo sucio y húmedo de la madera, encontró cuatro pizarreros. Con la uña, volcó a uno patas arriba, observó cómo agitaba las patas pálidas con forma de pestañas, el tirabuzón de su coraza gris claro.

—¡Mira! —gritó Billy.

Edie vio el palo por primera vez cuando Billy alargó la mano y le quitó la gorra a Wally.

—Ei —soltó Wally al pelear por recuperarla, después la recogió del suelo.

—Déjame, déjame probar —pidió Robbie.

Cuando éste cogió el palo y apuntó a la cabeza de Wally, Edie se dio cuenta de la suciedad que cubría toda la ropa de su hermano, hierba y quién sabe qué en la maraña de su abundante pelo rojo.

—¡Ou! ¡Golfo! —gritó Wally—. ¡Te voy a arrancar la maldita cabeza!

—¡Ni hablar! —rió Robbie, y se marchó corriendo, mientras le perseguían Wally y los otros chicos.

—¿Era Robbie?

Su madre, de pie en la entrada, con el rostro colorado tras haber estado planchando sábanas, camisas, enaguas, faldas, cambiándolas mientras se refrescaban después de pasar por la plancha calentada en la cocina.

—Se ha vuelto a ir con Wally y Billy.

—Maldita sea. Necesito que corte madera. Será mejor que entres y me ayudes a preparar la cena.

Edie bajó la vista. Sus pizarreros habían desaparecido, incluso el que había puesto patas arriba. Tendría que salir más tarde con un bote. Se limpió las manos con la falda,

se puso de pie y entró en la casa, tratando de recordar qué comían los pizarreros para cenar.

A Katherine McKechnie le dolían el cuello y los hombros. Todavía notaba los efectos tras haber transportado la colada húmeda el día anterior, y el esfuerzo de aquel día, levantando las pesadas planchas. En invierno, la cocina, las planchas y el trabajo la mantenían caliente, pero ahora el sudor le cubría el corpiño, las enaguas, hasta la piel.

Se puso de pie frente al banco de la cocina y cortó los extremos de arriba y de abajo de una cebolla, la peló. Tendría que haber empezado antes, y no terminar de planchar camisas que Donald no necesitaría hasta el jueves o el viernes... ¡Au!, se examinó la uña. Gracias a Dios, no había sangre. Pestañeó. ¿En qué estaba pensando Dios cuando creó las cebollas? Se limpió los ojos, cortó de forma apresurada, metió los pedazos en la grasa caliente, lanzó una segunda cebolla al fondo de la despensa. Miró a Edie.

—Con cuidado... Si te cortas un dedo no volverá a crecer, ya sabes... aquí... —cogió el cuchillo de su hija y se lo volvió a enseñar—. Mantén los dedos apartados. Mientras cortes, tienes que ir bajando la mano por la zanahoria, lejos del cuchillo... Mejor así... Cuando quede muy poco, déjala y empieza con otra. Yo terminaré.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Qué comen los pizarreros?

Katherine levantó la vista del riñón que estaba cortando en pedazos.

—Bueno, no lo sé. ¿Qué comen otros insectos?

Edie dejó de cortar.

—No son insectos, mamá.

—¿Qué?

—Los insectos tienen seis patas.

Katherine miró fijamente a su hija. Todavía no había cumplido siete años.

—¿De dónde has sacado eso? —quiso saber.

—Ya sabes... ese libro que cogimos en la biblioteca.

Katherine se rió. Por supuesto. Tanto su hija como su hijo leían mejor de lo que se suponía para su edad. Cómo podían no hacerlo si su padre era periodista, «un proveedor de palabras», como a él le gustaba decir. Pero era Edie, la más pequeña, la que parecía más dispuesta, arrastrando a Katherine a la biblioteca Newtown cada semana, trayendo novelas de Jane Austen o George Eliot... sin duda no podía comprenderlas de verdad... y libros que no eran de ficción con hermosas ilustraciones a color sobre cualquier tema... ornitología, historia egipcia, arquitectura etrusca... A Robbie, por otra parte, parecían sentarle de maravilla las hazañas de Revolver Dick o Jim, el asesino de las praderas. Si fuese lo bastante mayor, sus pasatiempos favoritos habrían sido los juegos en la biblioteca, por la tarde. Pero los cancelaron por «tendencia destructora y alborotadora».

Katherine sonrió con esfuerzo. Dale al chico unos pocos años y sería como uno de los principales inculpadors.

Apartó pedazos de ternera y riñones en una olla, miró a Edie.

—¿Y entonces cuántas patas tienen los pizarreros?

—Catorce —sonrió Edie de oreja a oreja—. Las conté.

—¿Y cómo llamas a los pizarreros, si no son insectos? ¿Lo explicaban en el...?

La puerta principal se cerró de un portazo y Robbie apareció corriendo por el vestíbulo hasta la cocina. Escudriñó la olla humeante.

—Carne y riñones... ¿Puedo comer algo?

Alargó la mano para coger el bote de las galletas.

Katherine le dio un manotazo.

—Ve y corta algo de madera y tráela, y después podrás servirte una rebanada de pan y untarla.

Miró la cara mugrienta, las manchas de grasa y la suciedad en las ropas del niño, sus uñas negras.

—Pero primero lávate las manos. No quiero manchas en el pan.

Después de que Robbie se marchase, Edie preguntó:

—¿Crees que a los pizarreros les gustaría el pan?

—No lo sé, cariño. A las hormigas les gusta. Y a los pájaros.

Se fijó en que habían arrancado un pedazo de pan.

—Y a los chicos traviesos.

Una hora después, Robbie dejó el tenedor tras un solo bocado.

—No tengo hambre —dijo.

Katherine suspiró.

—Bueno, no deberías haber comido tanto pan, ¿verdad? Dijiste *una* rebanada.

Donald McKechnie escupió en su plato.

—¡No me extraña que el chico no pueda comer! ¿Cuánto rato has cocinado esto? ¿Cinco minutos? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Entonces quizás no deberías insistir en tomar carne y riñones los martes. Tardo todo el día en hacer la plancha y no me queda mucho tiempo para cocinar.

—¡Pues empieza a preparar la cena por la mañana, mujer! ¿No tienes nada en la mollera?

Katherine examinó el rostro enrojecido de Donald, el movimiento de su bigote. Por descontado tenía más mollera que él dientes. ¿Qué era lo que decía? ¿Que estaba harto? El problema eran precisamente las muelas de él, o más bien su carencia. Katherine se imaginó la boca de Donald llena de estofado correoso, nervudo, su mandíbula trabajando y trabajando, mientras la salsa le goteaba por la comisura de la boca, por las orejas. Bajó la vista e intentó no reírse.

—Cómetelo mañana —murmuró sin mirarle.

Katherine se llevó el plato a la cocina y volvió a meter el estofado en la olla, cortó el último pedazo del asado del domingo, lo calentó hasta que se despegó del hueso (gracias a Dios que los días de colada comían las sobras del asado), y lo colocó encima de lo que quedaba de la salsa de Donald. Podría haberle contado que a Mac se le habían acabado los riñones, que le había dicho que volviese por la tarde. Podría haberle pedido que esperase una hora para cenar en lugar de insistir siempre en estar en la mesa a las seis. Sirvió más salsa del estofado sobre los restos del asado, y volvió a sacar el plato.

Donald le estaba contando a Robbie algún incidente del trabajo:

—...y entonces el cabeza de chorlito...

Katherine pudo oír cómo se reían, pero no sabía por qué, no le importaba. Estaba cansada. Muy cansada.

Le conoció en la boda de su hermana. Se fijó en la forma en que la gente escuchaba sus historias, reía con sus bromas. Cómo las mujeres no podían evitar coquetear con él. Incluso la madre y la hermana de Katherine. Observó, fascinada, casi horrorizada, cómo se movía por la estancia, como un buque a vapor moviéndose por el agua, dejando una estela a su paso.

¿Notó él cómo lo miraba? Levantó la vista, directamente hacia ella, puso alguna excusa y cruzó la pista de baile.

Le dijo que el resplandor de su vestido realzaba la luz de sus ojos como las alas de una *doxocopa cherubina*. Una mariposa, aclaró. De Venezuela. Perú. ¿Había oído hablar de esos lugares? Su singularidad, siguió explicando, radicaba en su iridiscencia. Podías mirar una vez y sólo ver un sencillito pero adorable color verde, pero volvías a mirar, en la parte inferior de sus alas, y era como ver un prisma... franjas relucientes azules y verdes.

—¿Y qué hay del blanco de mis ojos? —preguntó ella de forma temeraria—. ¿Te recuerdan a las mariposas repollo?

Él la miró fijamente, sorprendido, y ella se ruborizó. Se giró para marcharse, pero él la cogió del brazo... pudo sentir el cosquilleo de la mano de él sobre su piel. La miró a los ojos, profundamente, y dijo:

—Deberías venir y ver mi colección. Es pequeña, pero merece la pena examinar la *doxocopa cherubina*.

Aquella misma semana paseó a Katherine por su salón, deteniéndose ante cada ejemplar enmarcado, sujeto por las alas.

—Katherine —decía—. Kate...

Le colocaba la mano sobre la espalda mientras la guiaba de un ejemplar a otro, y le explicaba que las mariposas y las polillas pertenecían al mismo género... sólo que las mariposas eran las más bellas. Más tarde ella descubrió que se las había comprado a un lepidopterista al que había entrevistado para el *Post*. Se había aprendido los nombres en latín, el país de origen, las características distintivas de machos y hembras.

La *doxocopa cherubina* todavía estaba sujeta con alfileres y enmarcada en la pared de

su salón. Te cortaba la respiración si, como decía él, mirabas sus alas hacia abajo, no hacia arriba. Estaba muy quieta. Había perdido la capacidad de respirar.

Mientras Katherine observaba a su marido masticar carne tierna con salsa de estofado y coliflor hervida hasta que los grumos grises se volvieron puré en su boca, como sesos, lo vio claramente... ¿no lo había sabido siempre, exceptuando una locura transitoria?... todas las mujeres de Donald eran lepidópteras: o una polilla encendida o tan sólo parte de su colección silenciosa.

—...la salsa no está mal, supongo, teniendo en cuenta...

Katherine notó la mirada de Donald.

—...pero ponle más cebolla, por Dios. ¿No aprendiste nada cuando mamá estuvo aquí? Que Dios bendiga su alma, descanse en paz.

Katherine recogió los platos y los llevó a la cocina... Donald y Edie habían apurado los suyos, el de ella y el de Robbie apenas se habían tocado. Pudo oír cómo Donald bajaba del estante el diccionario que había pasado de McKechnie padre a McKechnie hijo.

—*Procrusteo* —estaba diciendo Donald—. Robbie, ¿qué significa *procrusteo*?

A Katherine le escocía el dedo, en la zona donde una línea de sangre estaba encharcada bajo la uña. Colocó en la olla la comida que no se habían tomado. Dejó que las cebollas se pudriesen en la despensa.

Un buen ejemplo de caballero inglés

Cuando Donald llegó a casa de madrugada apestando a whisky y tabaco, Katherine se tapó la cara con el edredón y fingió dormir.

—He conocido a un caballero fascinante esta noche —dijo él, arrastrando las palabras, despacio.

Katherine se imaginó a un caracol gigante, con el bigote encerado de Donald, cruzando la habitación. «Pero los caracoles no se tambalean borrachos para meterse en la cama», pensó. «Estoy siendo injusta con los caracoles.»

—...Terry es un ejemplar espléndido —continuó—. Y no pienses nada raro... tomamos unas pocas copas con...

«¿Unas pocas?»

Donald recitó nombres de «destacados» miembros del Parlamento, como los llamaba.

Katherine esperó, pero, antes de que pudiese decir más, Donald se desplomó sobre la cama, emitiendo ronquidos fuertes, «discordantes».

Katherine sonrió. ¿Conocía Donald esa palabra? ¿La había encontrado en su diccionario? Ahora, palabras como ésa se le ocurrían sólo en ausencia de él. «Discordante.» El sonido del canto de los pájaros, incluso más hermoso que «melódico». El sonido de la contradicción. Como despertarse por la noche y ver por primera vez. Como desenamorarse.

Durante días Donald no pudo hablar de otra cosa que no fuera Lionel Terry. «Terry, licenciado en Eton y Oxford. Terry, descendiente de Napoleón Bonaparte. Terry en el Transvaal luchando contra los salvajes Matabeles. Terry, amigo de Cecil Rhodes y Paul Kruger. Terry, el poeta y pintor.» ¿Cómo era posible que Donald se acordase? ¿No estaba borracho? ¿Comía con el «ejemplar espléndido» cada día? (¿Y no era ésa la expresión que se utilizaba para describir cosas muertas? ¿Cosas que se coleccionaban y sujetaban con alfileres bajo un cristal?) Katherine barrió con la escoba alrededor de los pies de Donald, haciéndole mover un pie, después el otro. Barrió por delante de la chimenea y después volvió... y otra vez... imitando las perversiones de una mosca pequeña, obstinada, pero nada logró desalentar el entusiasmo de Donald.

—Recorrió todo el trecho que va desde Mangonui hasta Wellington llevando sólo un bastón y una mochila. Me apuesto un chelín a que no tienes ni idea de dónde está Mangonui, ¿eh, Kate? ¡Casi recorrió toda la extensión de Isla Norte!

Katherine tragó saliva. Hacía años que no la llamaba Kate.

—También es un maldito poeta, estupendo —continuó Donald—. Me dio uno de sus folletos.

Lo movió en el aire para que lo cogiese, pero ella se disculpó diciendo que tenía que vaciar el recogedor.

—Sí, de verdad, un buen ejemplo de caballero inglés —dijo Donald mientras ella salía de la habitación.

Katherine desconfiaba de los caballeros ingleses. Tenían el acento adecuado y modales excelentes, que ocultaban diversos vicios. Adiós y buen viaje, pensó mientras observaba cómo el polvo y las cenizas del carbón caían en el cubo formando una pequeña nube.

—Le he invitado a cenar el domingo —gritó Donald desde el salón.

Katherine examinó al señor Terry a su llegada. Medía casi uno noventa. Atlético. Apuesto. Iba muy erguido... obviamente era un hombre con experiencia militar. Tuvo que admitir, a regañadientes, que sí parecía un ejemplar espléndido, aunque su abundante pelo se hubiese encanecido de forma prematura.

—Señora McKechnie —saludó—, un placer —sonrió—. ¿Es asado de cordero lo que huelo? Estoy seguro de que es una excelente cocinera, señora McKechnie, pero lamentablemente no como carne. Nuestras tendencias carnívoras son una obsesión poco saludable y desbaratan nuestra constitución.

Katherine se quedó sin palabras. Nunca había oído hablar de nadie que no comiese carne. Todo lo que pudo hacer fue llamar a los niños para que pusieran la mesa.

Terry alborotó el pelo de Robbie.

—Deje que el niño se una a nosotros en el salón —pidió.

Desde la cocina, Katherine pudo oír sus estallidos de risa. Edie se sorbió los mocos.

—Suénate la nariz, Edie. Sorberse la nariz como un perro no le hace ningún favor a una jovencita.

Katherine se mordió el labio. Oyó la voz de su propia madre... las mismas palabras, exactamente el mismo tono. Por favor, ¡no quería ser como su madre!

Observó cómo Edie se limpiaba los ojos y se sonaba la nariz con un pañuelo bordado. Con suavidad, puso la mano sobre el hombro de su hija.

—Si te das prisa y pones la mesa, después puedes ir directamente a llamarles para cenar.

—Señora McKechnie —habló Terry al entrar en el comedor—, ¿me permite preguntarle dónde compra las verduras? ¿A un honesto ciudadano británico o se las compra a los infieles?

Katherine dio un paso atrás, pues Terry era mucho más alto que ella.

—Las frutas y verduras de los chinos son más baratas —contestó—, y más frescas.

Terry sonrió. Le tembló el labio superior. La miró a los ojos y, después, como si fuese el protagonista de una producción teatral, empezó a recitar, con voz retumbante, deliberada, con porte, mientras las manos de alguna forma embellecían cada palabra:

Mira, avanzando, nefasta, implacable, como un azote
enviado por el infierno,
cómo llega la infesta maldición del Dinero, para
morar en la tierra del hombre blanco;
mongol, etíope, horror indescriptible, bestia humana
en diversos climas,
devuelta de los agujeros de peste negra de la tierra;
estirpe de plagas, enfermedades y crimen.
Envuelta en harapos y olores fétidos, adustos y
descarnados, de extremidades empequeñecidas, semblantes como el chacal espeluznante que busca
a los muertos en las sombras tenues;
mira la horda de obsesionados con la droga,
obsesionados con el pecado, demonios
de la inmundicia,
revoloteando sobre los baluartes de tu nación;
saqueando la riqueza de tu nación.

Sacó unos folletos del bolsillo de su traje y se los dio a los niños. Katherine observó el resplandor, el arrebató de excitación en el rostro de Robbie, la fascinación e incertidumbre de Edie.

De pronto, inexplicablemente, deseó que las zanahorias del cuenco que llevaba en las manos no estuviesen cortadas y cocidas, sino todavía enteras y crudas, afiladas, duras como flechas. Durante un momento, largo, se imaginó volcando una olla llena de agua y zanahorias; se imaginó la expresión estupefacta de Terry mientras yacía mojado y clavado con alfileres en el suelo, al tiempo que una docena de zanahorias se deslizaban sobre su pecho e iban a parar al suelo. Pudo oír el acompañamiento de piano, minúsculo, frenético; el movimiento en blanco y negro, rápido, entrecortado, del cuello de él; sus brazos, sus piernas, mientras intentaba levantarse. Casi se rió, de forma nerviosa, asombrada por su imaginación absurda. En vez de eso colocó el cuenco sobre la mesa, e indicó a Terry cuál era su sitio, mientras Donald cortaba el cordero.

Terry le pidió a Robbie que le pasase un folleto a su madre. Katherine apretó los labios en una sonrisa delgada. Nadie se dio cuenta. Terry tenía talento poético. Él y Donald eran capaces de conversar por toda la familia.

—No podemos erradicar el odio natural entre razas con la civilización —estaba diciendo Terry mientras Katherine pasaba las verduras—. Tenemos que terminar con esta práctica malsana de importar razas extranjeras... No, gracias. Estoy seguro que es una buena cocinera, señora McKechnie, pero no tomo comida contaminada por chinos... Esta utilización de trabajo extranjero es una injusticia vergonzosa para los trabajadores británicos. Es la causa principal de la pobreza, la delincuencia, la degeneración y la enfermedad por todo el Imperio...

Donald levantó su vaso.

—¡Escuchad, escuchad!

—Robbie —continuó Terry—, ¿de dónde vienen la lepra y la peste bubónica?

Robbie no pudo contestar, y Terry siguió:

—Pues, de los sucios infieles, hijo. Los mongoles y negros salvajes...

Katherine apretó los dientes. Robbie *no* era hijo de Terry. Pero Donald sonreía, asentía, le daba a Robbie palmaditas en la espalda.

Terry untó mantequilla sobre una rebanada del pan casero de Katherine. Se giró hacia Donald.

—La presencia de los asiáticos en este país pone en peligro los derechos de nuestros compañeros británicos. Tenemos que tomar medidas drásticas antes de que sea demasiado tarde...

Terry dio un bocado al pan.

—Un pan saludable, señora McKechnie.

A Donald, le dijo:

—En cuanto a los maoríes, no ha habido nunca en la historia del mundo un caso de dos razas viviendo juntas en el mismo país sin el deterioro y decadencia de una u otra. La raza más débil siempre está condenada...

Katherine trató de considerar al menos algunas de las palabras de Terry. Después de todo, ¿no decían los políticos precisamente esto... que los maoríes necesitaban ayuda, que estaban en peligro de extinción?

Terry cogió otra rebanada de pan.

—Los maoríes están ahora en tal estado de degeneración moral, mental y física que sin una separación completa y absoluta, su raza no podrá salvarse. No veo otra solución práctica que no sea intercambiar todas las tierras que poseen los maoríes por islas como Stewart y las Chathams...

Katherine se preguntó cuánta tierra poseían todavía los maoríes. ¿Y cuántos maoríes quedaban para ser enviados a las islas?

—Una propuesta interesante —apuntó Donald—. Pero ¿cómo conseguir el resultado deseado?... Ése es el desafío ahora.

Terry tragó.

—McKechnie, amigo mío, nada que se precie se consigue sin trabajo duro y sacrificio... En cuanto a los adúlteros raciales, también deberían ser transferidos a islas alejadas. Ten en cuenta mis palabras...

«¿Adúlteros raciales?» Katherine nunca había considerado la mezcla de razas, pero usar el término «adulterio» parecía absurdo. Aceptó la exhortación de Terry y trazó una línea negra y gruesa sobre todas y cada una de sus palabras.

—Mis peticiones a los miembros del Parlamento, el Comisionado de Aduanas, el Ministro de Asuntos Nativos, etcétera, etcétera, han sido en vano —contó Terry.

Declinó el cordero asado, las verduras, incluso el pudín de pan de Katherine. No tomaba alimentos extranjeros. Azúcar, dijo. Ni siquiera bebía té. Katherine fue a la nevera para llevarle un poco de leche. No sabía si sentirse alarmada o sentir pena por el tipo.

A la mañana siguiente, temprano, antes de que nadie más se levantase, Katherine buscó los folletos. Sabía que Donald tenía el suyo, pero ¿no había dejado Terry otros tres? ¿Dónde estaban? Encontró dos y los usó para alimentar, deliciosamente, la cocina de carbón; llenó la tetera y la colocó encima. Cómo saborearía sus gachas esa mañana; su té dulce, con leche.

Una bolsa de cacahuetes

La noticia se extendió de tienda en tienda, de la lavandería a la verdulería y a la huerta. Se había producido el tiroteo en Naseby el año anterior, y después el asesinato de Ham Sing-tong en Tapanui sólo unas semanas antes, pero esto era Haining Street. Aquí era donde vivía el primo Gok-nam, donde Shun y su hermano Yung iban los domingos a por *wontons* y cerdo asado, té y chismorreos.

Joe Kum-yung no era del clan, pero habiendo quizás trescientos chinos en total, en Wellington, todo chino era un hermano, especialmente si le disparaban a quemarropa. Yung le oyó decir a Fong-man, que se lo oyó a Joe Toy, que Kum-yung iba caminando a casa cuando un hombre apareció tras él y le disparó dos veces en la cabeza. Nadie logró ver bien al asesino. Fue un domingo por la tarde. Estaba oscuro. Haining Street estaba casi desierta. El hombre del revólver llevaba un abrigo gris, largo. Era alto. Era *gweilo*. Cuando Joe Toy llegó allí, su primo yacía frente al número 13 en un charco oscuro de sangre, los cacahuetes de una bolsa de papel esparcidos a su alrededor.

Shun se preguntó si los cerrojos de las puertas eran adecuados. Kum-yung llevaba treinta años en Nueva Zelanda... lisiado tras sus días en las minas de oro de la costa oeste. Los miembros de su clan reunieron el dinero para mandarle de regreso a China, mandarle de vuelta con su esposa, pero en lugar de eso el idiota subió la costa para probar con la horticultura. ¡Y lo perdió todo! Había vuelto a Wellington unas pocas semanas atrás. ¿Por qué no se fue a casa? Cuando tuvo la oportunidad...

Shun se masajeaba su pierna coja. Le dijo a su hermano que no saliese después de anochecer. Que no saliese para nada, no a menos que fuese absolutamente necesario.

Pero el asesinato apenas había pasado por trescientos labios cuando irrumpió una noticia más extraña, incluso más absorbente. Un hombre se había entregado. El asesino estaba bajo custodia.

El juicio

Una muchedumbre empezó a congregarse temprano la mañana del juicio, impaciente por ver cómo trasladaban a Lionel Terry desde la prisión Terrace. Donald recorrió Lambton Quay casi corriendo, y para cuando llegó al Tribunal Supremo sentía los sobacos incómodamente húmedos y la camisa pegada a la espalda con una película de sudor.

—Maldito calor de noviembre —soltó mientras se unía al grupo de periodistas.

—En Auckland es todo el tiempo así —se rió uno de ellos—, ¡pero sin el viento intermitente!

Thompson, con quien Donald solía trabajar en el *Evening Post*, ofreció un pitillo.

—He oído que conoces a Terry.

—Sí. Buen tipo, Terry.

Thompson encendió una cerilla y la levantó, resguardándola de la brisa.

—¿Te imaginabas que iba a hacer esto?

Donald dio una calada, soltó el humo.

—Diablos, no —contestó—. No le gustan los *chinks*, eso es seguro. Un azote, los llamaba. Quería que los mandasen de vuelta. ¿Quién no? Pero... —Donald negó con la cabeza, con tristeza, dio otra calada y soltó una larga bocanada de humo—. Sin duda sabe conversar...

Se quedaron de pie en los escalones del juzgado, cambiando el peso de un pie a otro, discutiendo el caso mientras la muchedumbre se congregaba, se volvía más bulliciosa y se extendía por toda la calle, amenazando con cerrar Stout Street.

Cuando las puertas se abrieron por fin y Terry siguió sin aparecer, Donald, la prensa y la masa de espectadores se dirigieron a las puertas principales de la sala, serpenteando para subir hasta la galería pública flanqueada por escaleras empinadas a cada lado. Donald encontró un sitio en la zona de prensa. No había bastante espacio y algunos periodistas terminaron sentados con chinos y otros espectadores. Las puertas se cerraron con centenares de personas esperando fuera.

Tal vez fue el gran número de gente parloteando, nerviosa, el sabor amargo del sudor rancio y la oscuridad de la madera manchada por todas partes. Donald levantó la mirada, donde las paredes eran más blancas, color hueso, donde una luz tenue se filtraba por las ventanas del segundo piso. No se trataba de un error inexplicable, de una pequeña indiscreción. Su amigo estaba siendo juzgado. Por asesinato.

El pregonero dio el aviso y el gentío se calló y se puso de pie. El presidente del tribunal, Sir Robert Stout, entró y se sentó en el estrado.

Donald se sacó del bolsillo un lápiz y un bloc.

Incluso mientras Terry subía desde los calabozos, de pie entre sus guardias, con un pañuelo blanco pulcramente doblado en el bolsillo de su traje, Donald se percató de que tenía una dignidad poco habitual en quienes frecuentaban los banquillos. Se cruzaron la mirada y Terry sonrió, saludando ligeramente con la cabeza.

Había rehusado tener abogado. Si alguien podía defenderse a sí mismo con honor, sin duda alguna ése era Terry, aunque un leve malestar se retorció en el estómago de Donald. Observó cómo el secretario leía la acusación y le preguntaba a Terry cómo se declaraba.

Terry levantó la barbilla y bajó la vista para mirarle. Se opuso a la palabra «culpable». No tenía nada que decir excepto que su acción fue correcta y justificada.

–Eso significa no culpable –dijo su Señoría.

«No culpable.» Las palabras resonaron en la mente de Donald. Mientras se formaba el jurado, escuchó los nombres, buenos nombres ingleses, examinó cada rostro, especulando acerca de las perspectivas de cada hombre. ¿Cómo podrían no estar de acuerdo acerca del problema asiático?

Escuchó mientras el Estado comenzaba con Charles William Harris, que estaba en Taranaki Street el 24 de septiembre a las siete treinta y cinco de la tarde. Harris escuchó un estallido que procedía de Haining Street y vio a un hombre de pie en la acera. Observó un fogonazo y escuchó un segundo estallido, después vio que el hombre caminaba hacia donde él estaba. Era un tipo alto y llevaba un abrigo largo, de color claro. Sólo entonces se dio cuenta de que había un hombre chino tendido sobre la acera, a seis o siete metros de donde había estado de pie aquel tipo.

Terry le miró de forma implacable. No tenía preguntas para el señor Harris ni para el siguiente testigo, el agente Fitzgerald.

Entonces se le tomó juramento a Joe Duck, residente en Haining Street. «Joe Duck. ¿Qué clase de nombre es ése?» Donald observó el desprecio en el rostro de Terry mientras el intérprete encendía una cerilla, se la pasaba a Duck, murmuraba algo ininteligible y esperaba a que éste la apagase de un soplo.

Duck tenía charlas prolongadas con el intérprete.

–Necesitamos un intérprete para el intérprete –dijo el fiscal.

Donald, Terry y medio juzgado se rieron por lo bajo.

Si había que creer al intérprete, el chino vio cómo un hombre con abrigo claro disparaba una pistola en Haining Street. El hombre que disparó se marchó caminando. El hombre que cayó era Joe Kum-yung.

Por primera vez, Terry hizo preguntas. ¿Era Joe Kumyung más alto que Duck? ¿Qué altura tenía Duck? ¿Cuántos metros ingleses equivalían a seis metros chinos...?

Donald sonrió. «Confundir al cabrón con preguntas irrelevantes.»

El doctor Ewart demostró que la muerte fue causada por una herida de bala en el cerebro.

Después Ngan Ping, de Molesworth Street, juró sobre la Biblia y habló sin intérprete. Un viernes por la noche, Terry fue al número 5 de Haining Street, donde Ping y otros jugaban a las cartas.

–Estabais apostando –apuntó Terry.

«Sí. Minar su credibilidad... la de cualquier chino... desvelando su naturaleza criminal.»

–No apuestas –contestó el *chink*–. Sólo dinero chino. No podemos gastarlo aquí.

–¿Eres cristiano? –preguntó Terry.

–Sí.

–¿Crees que la Biblia es mejor que tu propia religión?

«¡Ja!» Mientras Terry continuaba con su interrogatorio, a Donald le recordó a un muchacho arrancándole las alas, y después las patas, a una mosca.

Entonces el agente Young y el inspector Ellison declararon que Terry había ido a la comisaría y había entregado su revólver. Había disparado a un chino para llamar la atención sobre lo maligno de la inmigración extranjera. Firmó una declaración.

«Maldita sea.»

Horace Clare Waterfield, secretario personal de Su Excelencia el Gobernador, presentó la carta que Su Excelencia recibió por correo la mañana siguiente a que disparasen a Joe Kum-yung. La carta, firmada por «Lionel Terry, súbdito británico», declaraba que para proteger los derechos de los ciudadanos británicos contra la inmigración extranjera había «juizado necesario dar muerte a un chino» aquella tarde en el barrio chino conocido como Haining Street.

«Oh, maldita sea.»

Terry contrainterrogó al doctor Martin en cuanto a la naturaleza de la herida, y el Estado cerró el caso.

Terry rehusó aportar pruebas. No tenía nada que ofrecer excepto una breve declaración.

Donald se inclinó hacia delante en su asiento.

Terry sacó un grueso montón de papeles y se dirigió hacia el jurado. Se opuso a que Su Majestad estuviese en la posición de proteger a las razas extranjeras desnaturalizadas, dijo. Le sorprendía el número de testigos y oficiales asiáticos. Era evidente que todavía había que tener en cuenta la gran diferencia entre la veracidad europea y la asiática. Las pruebas aportadas por los testigos chinos, en especial las de Ngan Ping, el cristiano, eran claramente asiáticas en cuanto a su calidad, y sospechaba que el intérprete chino había sido más astuto que honesto. Aunque en cualquier otro caso se habría negado a responder a una acusación en la que estuviesen implicados tantos extranjeros –miró a Donald–, había cargado con ella con el propósito de protestar contra ese mismo mal.

«No era irrazonable por completo.»

Terry negó enfáticamente que fuese víctima de alguna idea delirante e insana, o que su intelecto se hubiese visto afectado por una insolación o cualquier otra dolencia.

«No.»

Donald miró fijamente a Terry. Por supuesto estaba de acuerdo con Terry en lo referente a los chinos, pero se trataba de un delito capital. Seguramente resultaría más sencillo disculpar su acción si existiese alguna enfermedad subyacente. Algo tan inocente como una insolación.

Terry continuó con una larga explicación sobre su postura. El gobierno de Nueva Zelanda necesitaba embarcar a los extranjeros a otras tierras, para que el país pudiera ser adecuado para la población blanca... más de cien mil personas dependían de los extranjeros asiáticos para los productos alimenticios básicos... el enemigo se estaba haciendo con los suministros de comida, contaminando la fuente de la que el país extraía su fortaleza...

Donald intentó concentrarse. Siempre había disfrutado los discursos de Terry, pero en esta ocasión su mente empezó a desconectar. La «breve» declaración de Terry estaba repleta de palabras de muchas sílabas y enrevesadas afirmaciones de tipo legal. Fue demasiado larga.

—Maté a un chino, supongo que a Joe Kum-yung —continuó Terry—, pero el asesinato se cometió para poner a prueba la ley relacionada con la protección a los extranjeros...

Donald examinó el rostro del presidente del tribunal. ¿Cómo interpretaría esto? Al menos, como compañero de la Liga Anti-china, Su Señoría también detestaba a los chinos.

—Es imposible que personas de dos razas distintas posean de forma natural las mismas características, por tanto es igualmente imposible que las leyes de la gente de una raza gobiernen a la de otra.

«Bueno, bueno, bueno...» Donald golpeó el bloc con el lápiz.

—Como las leyes que representan a una raza no se pueden aplicar a gente de otra raza, es ilegal que la gente de dos o más razas vivan juntas en el mismo país.

«Hum...»

—Por tanto, no puede existir una ley que proteja o que reconozca de algún modo la presencia de razas extranjeras desnaturalizadas en posesiones británicas. En respuesta a la acusación de que maté a este «extranjero» —Terry hizo una pausa, miró a Donald, al jurado—, el hombre chino, siendo una raza extranjera, no es alguien de importancia.

Donald cerró los ojos. Los abrió. Conocía a pocas personas que pudiesen igualar el carisma de Terry o, de hecho, el poder de su retórica. Por supuesto estaba de acuerdo en que hacía falta una acción decisiva. ¡Pero ese atrevimiento!

Mientras el presidente del tribunal recapitulaba, Donald agarraba con fuerza el lápiz. La ley se aplicaba a todo ser humano en Nueva Zelanda, dijo Su Señoría. No hubo respuesta a la acusación.

«¡Dios! ¡Ahí estaba el presidente del tribunal, compañero que odiaba a los asiáticos,

teniendo que proteger a los chinos!»

La única pregunta posible, continuó Su Señoría, era si el detenido conocía la naturaleza de su acto y era responsable de sus acciones. Los nudillos de Donald, sus dedos, se volvieron blancos. No había evidencia de anomalía mental, siguió el presidente del tribunal, y el propio detenido lo contradecía sin rodeos. Hizo una pausa, contempló la sala. Por tanto, era deber del jurado considerar culpable al detenido.

Donald quiso saltar y gritar: «Es un hombre honorable. Lo sabe, Su Señoría. Está de acuerdo con su postura. Le he visto en las reuniones... es un ciudadano británico. Un caballero... quizás un poco equivocado...». ¿Por qué demonios había negado Terry cualquier incapacidad mental? Seguro que podría haber sido una insolación. ¿Por qué se negó a contar con un abogado?

Terry se cruzó con la mirada de Donald mientras se lo llevaban, con la cabeza alta, impassible.

El jurado se retiró. Donald suspiró y se sacó el reloj de bolsillo. La una menos siete. Se puso de pie y echó un vistazo al público, a la multitud de espectadores. Allí, detrás de una mujer con sombrero extravagante, uvas, piñas y complicadas cintas azules... maldita sea, si se hubiese tenido que sentar detrás de ella le habría echado un rapapolvo... cuando se movió, detrás de ella, de pronto vio a Robbie. El chico estaba desobedeciendo de nuevo, pero por una vez a Donald no le importó. Él habría hecho lo mismo, de estar en su pellejo.

Salió a que le diese la brisa de aquel día azulado, encendió un cigarrillo y paseó desde Stout Street hasta Whitmore, de Ballance a Lambton Quay, y de nuevo hasta la entrada principal, en Stout. Echó una meada y volvió deprisa a la sala.

El jurado regresó a la una y veinticinco con su veredicto:

—CULPABLE, con una firme recomendación de clemencia...

Donald no escuchó todas las palabras.

—...no responsable de sus acciones... sufriendo... de una manía... su intenso odio... mezcla de la raza británica y las extranjeras...

El secretario le preguntó a Terry si tenía algo que decir. ¿Había alguna razón por la que no debiera ser condenado a muerte?

Terry se puso de pie, alto y erguido, con la voz fuerte y clara.

—Nada excepto repetir lo que dije antes, que mi acción fue correcta y justificada.

—Acusado Lionel Terry —dijo el presidente del tribunal—, la recomendación del jurado será debidamente dirigida a su Excelencia, el Gobernador... La sentencia del tribunal es que sea llevado... a la prisión de Su Majestad en Wellington, y de ahí al lugar de su ejecución —Donald rompió la mina de su lápiz al presionar contra el bloc—, y allí sea colgado por el cuello hasta la muerte... que Dios se apiade de su alma.

Se hizo el silencio en la sala. Todas las miradas se dirigieron a Terry, que permanecía de pie, muy quieto, con los ojos azules en calma.

Donald observó cómo se llevaban a Terry. Se sentó mientras el resto se ponía de pie y

charlaba con excitación. Escribiría sobre su amigo... cómo embelesó al tribunal con su oratoria, cómo lo arriesgó todo por el honor de su raza, cómo permaneció de pie con la mirada transparente, erguido, un caballero errante sacado de las páginas de caballería.

Ni continentes ni mares

Katherine observó, sin poder hacer nada, cómo Robbie pensaba todo el tiempo en Lionel Terry. Su padre comentaba sus reportajes incluso antes de publicarlos.

—¿Qué te parece, Robbie? ¿Bastante dramático para ti?

Robbie quiso firmar la petición que circuló por todo el país, pero su padre le dijo:

—Cuando seas más mayor, hijo, habrá ocasión.

Donald trató de conseguir que Katherine firmase. Fue la única vez que lo recordaría insultándola. Katherine pudo sentir cada movimiento de su cuerpo, la pesadez de sus brazos, sus piernas, mientras se daba la vuelta y salía de la habitación. Sintió cómo temblaba, pudo notar los ojos de él quemándole en la nuca. La oscuridad de su furia, su incredulidad asombrada.

La petición recabó miles de nombres, pero al final no fue necesaria. El gobierno ya se había decidido: la sentencia de Terry se conmutó por cadena perpetua.

Padre e hijo le siguieron los pasos a Terry desde la prisión de Wellington a Lyttelton, de la prisión de Lyttelton a Sunnyside (¡un hospital mental, de hecho!... los periódicos ya no decían manicomio), de ahí a sus fugas al campo. Donald y Robbie se contaban historias el uno al otro, embelleciéndolas más y más cada vez que las contaban... porque se podía pensar que era una especie de Robin Hood moderno, por la forma en que la gente hablaba, la forma en que le ayudaban.

—Las aventuras de Terry le añaden sabor al periódico —comentó Donald mientras se servía más whisky—. Podríamos dirigir una serie de historietas, Robbie. Terry nadando por el río Waimakariri. Terry en la cabaña abandonada de Burnt Hill comiendo verduras y hierbas crudas...

Mientras no fuesen verduras chinas..., pensó Katherine.

Estaban todos sentados en el salón, Edie leyendo un libro, Katherine remendando otro agujero en un calcetín de Robbie. Éste no merecía el nombre de «calcetín». Era más bien una masa zurcida y unida con retazos de lana. ¿Por qué no podía darle Donald más dinero?

—¿Qué tal una historieta con ese tipo de Oxford que para ayudarlo a ocultarse le dio su pañuelo y su gorra a cuadros, con el pie de ilustración: «Bien por ti, Terry. Sigue con el buen trabajo...».

«Maldita sea.» Katherine se chupó el dedo, donde se había pinchado con la aguja.

—Podríamos poner a Terry dando una charla sobre el problema extranjero ante una

multitud en Sheffield... Seguro que le cogerían al final, lo mandarían de vuelta a Sunnyside, pero no puedes mantener a raya a un buen hombre. He oído que en su última fuga los *chinks* de todo Canterbury cerraron sus tiendas y ni siquiera trabajaron en sus huertas. Eso es una buena tira cómica.

Katherine suspiró. Entonces oyó cómo Donald leía una carta más en voz alta:

Amigo mío,

Durante mi reciente excursión disfruté de un tiempo realmente espléndido entre montañas y ríos, aunque el agua estaba un poco demasiado fría y tuve que dar una buena caminata corriendo colina arriba para conseguir que volviesen a sonreír lo que esos mediquillos llaman «glóbulos rojos». No puedo entender por qué la gente elige vivir en la llanura estancada cuando podrían hacerlo con facilidad en una altitud donde el aire es puro y la vida es infinitamente más sana...

El manicomio es del todo tedioso. Echo de menos la conversación de compañeros inteligentes, y es ésta la principal motivación para mis numerosas excursiones. Tu ánimo constante y enorme apoyo son un gran consuelo para mí. Por favor, transmite mis buenos deseos a todos nuestros amigos comunes.

Quedo,

tuyo como siempre,

Lionel Terry

—Necesitamos iniciar una petición para que liberen a Terry, Robbie —dijo Donald—. El manicomio no es lugar para un hombre de su inteligencia. Sólo faltaba volver loco a un hombre cuerdo.

Se sentó, con las manos juntas, concentrado, con Robbie a su lado, un reflejo de su padre.

Cuando Katherine apartó el costurero y se marchaba a preparar la cena, se fijó en Edie, que había levantado la mirada de *La historia de la Tierra*, y observaba en silencio. Katherine no necesitó decirle que las mujeres (y las niñas) con buena educación no leían el periódico de Donald. Katherine siempre desterraba cualquier copia descuidada a una pila cerca de la chimenea. Historias de médicos avariciosos, comidas mugrientas en restaurantes, mujeres perdidas... todo iba a parar a las llamas.

Sin embargo, Katherine se preocupó. No sólo por la influencia de Donald sino también por las propias extravagancias de Edie. Una vez, en la biblioteca, Katherine la pilló sobre un estante, tocando *Anatomía de Gray: Descriptiva y quirúrgica*. Tenía siete años, por amor de Dios. De acuerdo, casi ocho. ¿Entendía algo de lo que leía o sólo le gustaban las ilustraciones, el desafío de las palabras imposibles? Gracias a Dios no lo bajó. Katherine no tenía ánimos para discutir con el bibliotecario. Ni le apetecía tener que explicarle a Donald por qué pagaban por un libro caro y estropeado. Se puso la camisa aquella mañana quejándose de que incluso los chinos podrían planchar mejor. Mientras hacía que Edie bajase del estante, la regañaba y le pegaba en la mano, Katherine pudo oír a la madre de Donald hablando desde la tumba, con la voz como una soga alrededor de su garganta. «Esa terquedad en una niña», decía, «¡qué rareza! Quítasela a golpes ahora, Donald, antes de que sea demasiado tarde. ¿Qué hombre la querrá si no la cortas de raíz? ¿Cómo no va a llevar esto a la infelicidad?».

Sola en la cocina, Katherine cortó la parte superior de una cebolla, y se quedó mirando sus anillos traslúcidos, verde cremoso. Imaginó un tocón... el fin de la vida, todos los anillos de su historia. Ella arrojando una piedra, observando las ondas en el agua.

Era más fácil no pensar. Ni sentir. Quizás la inteligencia no era una bendición. Más bien una prueba para el carácter.

Miró el rostro de su hija, los largos tirabuzones pelirrojos, unas cuantas pecas sobre su nariz respingona, sus enormes ojos color avellana. Cortó la parte de abajo de la cebolla y se le humedecieron los ojos. Una vez también ella tuvo ese aspecto. Como su hija.

Quitó la piel, y sostuvo la cebolla desnuda en la mano. Por un momento vio un globo pelado, sin continentes ni mares, un mundo que había perdido su forma. Y todas sus fronteras.

Subiendo a la superficie

En las primeras horas de un lunes por la mañana —ese momento del día y de la semana en que el sueño es más profundo y la vida más vulnerable— Katherine se despertó; después, estirándose sobre las frías sábanas blancas, volvió a caer de inmediato en el sueño. Más tarde aquella mañana, mientras calentaba la caldera, un agente fue a verla para decirle que Donald estaba borracho cuando cayó al agua.

Katherine no se detuvo a llorar. Le dio las gracias al agente y se despidió de él, mandó a los niños al colegio con manzanas y una bolsa de galletas. Añadió dos cucharadas de queroseno a la caldera, dejó que la ropa de cama hirviese en agua amarillenta a causa del jabón.

Pasó el día entero restregándose la piel de los nudillos, estirando con el rodillo ropa de cama, vestidos, siete camisas blancas, y metiéndolo todo en agua con azulete. La lluvia empezó a caer cuando Katherine sujetaba las últimas piezas de la colada sobre la cuerda. Desde dentro, observó la caída inclinada del agua, cinco pares de pantalones —marrón, azul, negro— agitándose en el aire frío.

Todas las tardes él llegaba a casa con el *Post*, y lo devoraba con whisky y medio paquete de cigarrillos antes de cenar. Un hatajo de puritanas, decía, mofándose de la Asociación Antialcohólica de Mujeres Cristianas, o de las tres mujeres que acababan de cruzar los Alpes del Sur por el Copland Pass.

—Si las señoritas Perkins y Barnicoat pasasen más tiempo desarrollando sus artes femeninas, entonces quizás encontrasen marido. En cuanto a la señora Thomson... — Donald se rió a carcajadas—. ¿Cómo demonios pudo atrapar ese tipo a una esposa así?

Katherine observó cómo una columna de ceniza caía desde la mano de él, en movimiento. Deja que se queme la casa, pensó ella, pero caminó hacia las volutas de humo blanco y lo apagó con el zapato.

Después, sentado a la mesa, con las manos y los puños de las mangas todavía manchados de tinta del periódico, Donald exponía las proezas de su día. Lo último en una guerra de palabras. Mientras Katherine servía sagú y compota de manzana o plátano, él sonrió, le guiñó el ojo a Robbie. Sacó una palabra que había ensayado en la página de su mente:

—Robbie, deletréame «emergente».

Robbie levantó la mirada con el rabillo del ojo, como si captase las letras negras al

flotar.

—E —comenzó—, E-M-E...

Donald rellenó los espacios en blanco, borrando las letras incorrectas.

—¿Y qué significa, hijo?

Robbie pensó un momento, mientras una ráfaga de preguntas le arrugaba la frente.

—Algo muy duro, padre.

Donald se rió, elogiando a su hijo por una respuesta excelente. Después miró a Edie.

Edie se envolvió los dedos con el mantel blanco. Su labio inferior tembló, separó los labios ligeramente, como si una palabra, o quizás sólo la expectativa de una palabra, pudiese deslizarse por su lengua y caer en las desprevenidas manos de su padre. Y sin embargo no dijo nada, sólo miró a su madre a la cara.

Katherine no pudo soportar verse a sí misma en su hija. Miró por la ventana, a una pequeña porción de cielo... una porción de tela gris azulado cosida una y otra vez como para cubrir un agujero. Vaciló. Se giró para mirar cómo Donald se reía de forma frenética. ¿Qué había dicho? ¿Qué dices una y otra vez cuando nadie te escucha?

En aquel momento Katherine miró las ropas de él, vacías, tendidas en la cuerda. No iba a llegar a casa. Ella no tendría que evocar el significado de palabras... las palabras *de él*; observar mientras él escuchaba y se reía de ella. O decirle a cualquiera que preguntase que él era periodista, omitiendo mencionar *Truth*. No tendría que encontrar a Robbie, los sábados por la tarde, leyendo los escándalos sexuales que le pasaban las manos de su padre. Miró la silla de Donald, cerró los ojos. ¿Qué les diría a los niños?

Aquella noche Katherine permaneció tumbada sobre el lado izquierdo de la cama, notando el espacio a su lado. Robbie había dejado de sollozar. Sólo se oía el traqueteo de un tranvía mientras recorría las vías de Riddiford Street, el ruido sordo y las ruedas de un coche de caballos, el grito pastoso de un borracho mientras venía desde el Caledonian, el Tramways, algún hotel de mala muerte.

Se despertó tumbada a lo ancho sobre la cama doble, llenando la ausencia de Donald con su propio cuerpo. Respirando las sábanas recién almidonadas, dos almohadas gruesas aplastadas debajo de ella. «No queda nada de él, nada conyugal.» Se giró, rozando la cara con la almohada de él. Incluso entonces, con la nueva funda blanca, un olor ligeramente familiar. El olor *de él*.

Donald llegaría cuando ella cerrase los ojos... manoseando y empujando con brusquedad partes de su cuerpo. Rodando hasta sacarla del sueño, dejándola húmeda, de pronto fría con el sudor de él. La primera noche que Katherine yació en la oscuridad, su rostro se sobresaltó como una exclamación silenciosa. Más tarde aprendió a concentrar su pensamiento en una delgada línea negra. Le diría que tenía la menstruación... dos semanas y media de cada cuatro. O que quizás estaba embarazada... con seguridad él no querría que lo perdiese.

Tras dos años de matrimonio, su propia madre le comentó:

–Katie, es hora de que te impliques en el negocio de la vida. ¿Donald no merece un hijo?

Lo dijo tranquilamente, como alguien que había tenido nueve hijos, cinco de los cuales habían sobrevivido.

Y así fue como nació Robbie. Y al año, Edie. Otro embarazo la siguió. Malestar matutino. Dolor insoportable. La prisa por llegar al hospital en la parte trasera de un carro. El mareo dulce, persistente, del cloroformo.

Cuando despertó, el doctor dijo que había sacado el embrión. Katherine parpadeó y apartó la mirada.

El doctor se aclaró la garganta; le contó que no habría más niños.

Katherine se mordió el labio. ¿No era eso lo que quería?

Vomitó.

El doctor esperó a que terminase, después le contó que sus trompas estaban bloqueadas por tejido de cicatrización... no sólo la parte izquierda donde se había implantado el embrión. Había tenido alguna inflamación pélvica en el pasado. Se calló, le dijo que debería tener cuidado. Le dedicó una mirada que la hizo enrojecer.

–Supongo, señora McKechnie –continuó–, que no querrá aparecer en el periódico de su marido.

Katherine abrió los ojos. El alivio de despertarse a media luz, el lento balanceo hacia el verano. Casi se arrastró desde debajo de las sábanas. Y entonces se acordó. Volvió a tumbarse, observando cómo la noche se desvanecía, cómo la luz del sol se deslizaba a través de las cortinas, dejando, de improviso, una ventana de claridad sobre la cama. Esto, decidió, era el placer. Un lujo al que aferrarse. Para atesorarlo con avaricia.

Todas las mañanas se levantaba a las cinco y media, dejando que Donald durmiese una hora más. Volcaba cenizas frías sobre un ejemplar de *Truth*. Limpiaba la rejilla y le sacaba brillo a la chimenea. Encendía una cerilla marca Vesta... quemaba su cabezal rojo en el fuego de un nuevo día.

Hoy quemaría la Biblia. No la Versión Autorizada por el Señor sino *El libro de cocina diaria y tareas de la casa de la señora Beeton*. El que la madre de Donald le mandó cuando supo de su compromiso.

Antes de irse al trabajo cada día, como si se hubiese aprendido de memoria los preceptos de la señora Beeton, Donald inspeccionaba el cuello y los puños de sus mangas, y Dios quisiera que no encontrase ni la más mínima insinuación de suciedad; sólo le daba cinco chelines cada vez, esperaba que ella diese cuenta de cada penique, y cuando volvía a casa pasaba el dedo por los muebles, y, si encontraba polvo, la reprendía.

Mientras la luz del sol avanzaba poco a poco sobre la cama, hasta su cara, su mente,

Katherine se acordó del diccionario... el de las páginas de bordes dorados, el que había pasado de McKechnie padre a McKechnie hijo, el instrumento que Donald había empleado contra ella. Quiso quemarlo en el regazo de bordes marrones de la señora Beeton... pero tuvo miedo.

Galletas rotas

Katherine estaba sentada en la primera fila de la iglesia preguntándose con qué mujeres se habría acostado Donald. ¿La regordeta señora Paterson, la mujer del panadero, tan efusiva en su alboroto? «Pobre, pobrecito», no dejaba de decir. «Qué pérdida, qué pérdida tan terrible, terrible.» ¿Geraldine McCorkindale, la dieciochoañera de la oficina que ponía los labios como si estuviese haciendo un mohín? ¿O quizás la guapa morena que estaba sentada en la parte de atrás, agarrando fuertemente con sus manos esbeltas un pañuelo húmedo sobre su vientre de embarazada?

Katherine cerró los ojos. La fragancia de las azucenas del valle floreció en su mente. Escuchó cómo rendían tributo los amigos de Donald... a un entregado hombre de familia; apasionado artífice de la palabra y periodista; ferviente jugador de críquet (¿quién no le había visto en el Basin un sábado por la tarde con su hijo?); buen viejo amigo, siempre dispuesto para un trago y más de un buen relato.

Katherine necesitó oír a la gente hablar de la vida de Donald, su muerte trágica, prematura. Para darle forma a su ausencia. Solidez. Miró su ataúd, la abundancia de flores. ¿Qué tiene más color?, se preguntó. ¿La vida de un hombre? ¿O su muerte? Vestida de negro, estaba sentada bastante erguida, dispuesta, no dispuesta, a creer en silencio.

Después... después de las innumerables tazas de té y despedidas educadas... Katherine regresó a casa con sus hijos, Edie sin una lágrima y completamente callada, Robbie lloroso y aferrado al reloj de bolsillo de su padre, parado en las tres y cinco, el momento preciso en que cayó al agua.

Desde su muerte, todas las ventanas habían permanecido tapadas, como los ojos muertos de Donald; cada día se oscurecía como si el agua lo cubriese. Pero incluso cuando Katherine levantó cada una de las persianas de cuerda, su espíritu no se aclaró. Tras su deleite inicial, tumbada en la cama disfrutando en un tumulto de pensamientos perversos, se sintió adecuadamente taciturna, mientras el alivio daba paso a un miedo creciente.

Se dedicó a la colada, la costura y a una sucesión de huéspedes desagradables. Edie incluso aprendió mejor a cocinar, coser, lavar y planchar. Robbie consiguió un empleo vendiendo periódicos, que a Katherine le desagradaba sobremanera pero, de otro modo, ¿cómo se las iban a arreglar? Cuando los huéspedes no funcionaron, Katherine tuvo que buscar un sitio más pequeño, más degradado: una villa de dos habitaciones venida a

menos, en Adelaide Road, sin baño ni agua caliente. Edie compartía una habitación con su madre.

Consiguieron algo de dinero de los colegas de Donald en el periódico, y del señor *Truth* en persona, John Norton, pero no duró mucho, no después de los gastos del funeral. Recibían un par de chelines cada semana de la junta de beneficencia, pero Katherine odiaba la manera en que el inspector pasaba los dedos por el marco de la puerta y la rejilla de la chimenea, la forma en que comprobaba que no hubiese comprado nada extravagante, como mantequilla o naranjas, el modo en que les preguntaba a los vecinos por algún hombre poco adecuado que hubiese podido ir a la casa.

A veces Katherine había odiado a Donald por vivir; ahora, cuando llegaban las facturas, podía odiarlo por haber muerto. «Lo lamento tanto, tanto», escribía después de enviar deliberadamente un sobre vacío y recibir una respuesta educada pero firme. «Es el impacto de todo esto. No sé cómo me recuperaré del repentino fallecimiento de mi pobre marido. Por favor, encontrará el cheque adjunto.»

La primera vez que fue a la tienda de frutas y verduras del vecindario, el chino añadió de forma gratuita fruta en perfecto estado en su bolsa de piezas baratas, un poco tocadas. Ella sintió que el calor le subía por el rostro y se marchó con rapidez. Después ni siquiera recordaba si había ofrecido la cortesía de un agradecimiento.

En ocasiones iban al comedor popular, y Katherine volvía a sentirse avergonzada. ¿Qué pensarían los vecinos? ¿Y su madre? Pero los niños tenían que alimentarse, y la Madre Mary Aubert y las hermanas eran agradables... nunca había ni rastro de condescendencia.

Robbie encontró empleo como ayudante de carnicero después del colegio, algo para lo que sin duda era demasiado joven, pero era un favor de Mac Mackenzie, que había disfrutado cervezas con Donald en sus tiempos. Mac le enseñó a Robbie cómo colgarse la cesta de carne de un brazo e impulsarse para subir con el otro. Era un trabajo que a Robbie le encantaba, en especial cuando echaba carreras con los chicos de Kuch y Preston; y conseguía gratis algún hueso de cordero, codillo o riñones, y algo de dinero que ayudaba a pagar el alquiler.

Comían pan y grasa de carne asada, o pan y jamón, galletas rotas, nabos, zanahorias y repollo, manzanas rebajadas o, de vez en cuando, plátanos demasiado maduros, la fruta buena que les daba el chino, y carne una o, en ocasiones, dos veces por semana. Katherine se desesperaba en silencio, revisando las columnas de «Ofertas de empleo» de los periódicos, preguntando en oficinas, fábricas, mostradores de tiendas, incluso llamando de puerta en puerta, buscando trabajo.

Manzanas

La primera vez que Katherine entró en la tienda, Yung estaba sacando brillo a las manzanas, frotándolas con un paño gris claro, hasta que la piel relució roja, prometedora. Para cada manzana cogía unas tijeras de podar y cortaba el tallo para que tuviesen la misma longitud pulcra, después cogía el suave papel de manzana verde y envolvía la fruta como en un nido. Una a una las colocaba en el estante de madera, formando una perfecta pendiente, verde manzana y rojo.

Cuando él levantó la mirada vio el vestido negro, la falda larga remetida en la cintura; por encima, el pecho amplio. Negro. Propio de una mujer mayor. O una viuda. Su pelo largo, color caoba, estaba recogido hacia arriba con un sombrero, le caían unos mechones, con un toque de gris, enmarañados por el viento.

–Buenos días –saludó él.

Ella levantó la vista de las verduras, logró mostrar una sonrisa cansada.

–Buenos días –contestó.

Él se sorprendió. Su voz era más grave de lo que esperaba.

–Zanahoria muy buena. Muy fresca. Dulce.

–¿De verdad? –preguntó ella.

Volvió a mirar los repollos y eligió la mitad más grande del montón.

Él cogió una manzana, una que ya había lustrado, el cuchillo de cocina del estante tras el mostrador, y cortó un pedazo para cada uno.

–Mansana muy buena –dijo, mordiendo su trozo–. Sílvase.

Ella vaciló. Al final dio pequeños mordiscos, masticó lenta, deliberadamente, como si probase esa fruta por primera vez, y él creyó ver cómo ella cerraba los ojos por un instante y sus labios dibujaban una ligera sonrisa, pero no cogió el resto de la manzana ni el cuchillo que él le había dejado.

Katherine compró el medio repollo, un montón de zanahorias atadas con lino, y tres manzanas desiguales del cubo de las que estaban un poco estropeadas. No le miró a la cara y él comprendió que le daba vergüenza no comprar ninguna de las manzanas buenas que le había ofrecido.

Él envolvió el repollo, después las zanahorias, con papel de periódico; colocó la fruta en una bolsa de papel marrón y con rapidez, sin alboroto, añadió el resto de la manzana buena y otra más. Vio la mirada de sorpresa, y cómo después analizaba fugazmente el

rostro de él. Tenía sombras oscuras bajo sus ojos, tristes, verdes. Le dio las gracias y él la vio marcharse por la calle, mientras el viento agitaba las hebras de su pelo.

Iba a la tienda todos los lunes y los jueves. Era siempre muy educada. En ocasiones sonreía, y él podía ver las líneas delgadas alrededor de sus ojos y las pecas de su nariz. Sus dientes blancos.

Una tarde, después de que ella saliera por la puerta, la señora Paterson chasqueó la lengua:

—También compra pan del día anterior, ¿sabes? Pobrecilla. ¿Conoces la casa con la pintura desconchada, la valla rota y la puerta a punto de caerse? Tiene dos hijos y es obvio que no tiene lo bastante para alimentarlos. Una lástima lo de su marido. Donald McKechnie era un hombre tan atractivo...

Y así, cuando su hermano no podía verle, Yung añadía una buena pieza de fruta a las moteadas o magulladas que escogía la señora McKechnie. Si elegía tres peras demasiado maduras, él añadía una manzana reluciente y fresca. Si elegía tres plátanos moteados, él añadía una naranja dulce y jugosa. Cogía el cuchillo de cocina y le ofrecía probar una muestra de cualquier fruta nueva que le hubiese llegado, y si alguna ya estaba cortada y la había dejado algún cliente anterior, siempre le daba una pieza nueva, entera. Cuando le entregaba las verduras y la fruta, le decía: «Buenos días, señora McKechnie», y sonreía, confiando en que ese día fuese el comienzo de la buena suerte.

Las inmediaciones de Haining Street

Bajo una tabla suelta en el suelo de su habitación, Robbie guardaba un pequeño montón de monedas... diminutos cuartos de penique, monedas de tres peniques, peniques más grandes... que cogía de la jarra que su madre escondía en la despensa, o pequeñas cantidades que apartaba de su paga semanal. Cogía una, dos, como mucho tres monedas cada semana: en silencio, por la noche, mientras su madre estaba fuera tendiendo la colada o cuando se iba a comprar.

Entonces, todos los viernes cogía un tranvía, cada vez por una ruta distinta, y se quedaba de pie en los salientes, con los hombres y los chicos mayores. Todos los sábados compraba un ejemplar de *Truth* y se lo llevaba al Basin para leerlo. Allí se recostaba sobre el tronco de un árbol col y leía el último cotilleo.

Le encantaba el color de las palabras. Saltaba de la página con la voz de su padre. Historias de divorcio y mujeres perdidas, el hediondo *Chow* y el Judío. Robbie no entendía todas las palabras... ¿qué significaba «hediondo» y qué eran «inmediaciones»... «las inmediaciones de Haining Street»?... Pero comprendía lo que era importante. Eso era el mundo. El mundo de su padre.

Mientras mascaba hojas de hierba y compartía las páginas de *Truth* con Wally, Robbie recordaba a su padre en el Basin lanzándole a un chino, anotando un seis tan fácil como podía tragarse un whisky. A veces, en los días más largos del verano, bajaban para ver cómo entrenaban los clubs, o para hacer unos lanzamientos, o para sentarse un sábado por la tarde sobre las pendientes cubiertas de hierba; mientras su padre fumaba, Robbie comía *blackballs*, esos caramelos redondos de rayas blancas y negras y suave sabor a anís, y bolas de menta, observando a Wellington jugar contra Canterbury u Otago, y en una ocasión incluso Nueva Zelanda contra Australia.

Wally no podía lanzar (o batear) aunque su vida dependiese de ello, e incluso leer *Truth* le aburría. Al cabo de un rato, Robbie dejó el periódico.

—¿Quieres un poco de chicle? —preguntó.

Se incorporaron y subieron corriendo por los caminos con curvas, más allá de las vallas y molinetes de madera, más allá de donde estaba el caballo blanco del señor Strong —que empujaba el rodillo gigante para pasarlo sobre el campo— hasta salir por la puerta, hasta la calle.

En la tienda de comestibles Fitchett, Wally compró un paquete de chicle por medio penique y una pequeña caja de madera con sorbete. En el sorbete, envuelto en un trozo

de pañuelo, encontró un chisme diminuto de hojalata. Se metió la mano en el bolsillo, sacó su silbato y lo encajó con lo que acababa de encontrar. Después sopló. Sonaba *bonzer*.

La señora Fitchett frunció el ceño.

Robbie compró algunos ojos de buey, esos caramelos duros un poco ácidos, y una bolsa de la suerte, en la que hurgó confiando en encontrar una moneda de tres peniques. Nada excepto caramelos. Le dio a Wally un par de ojos de buey; Wally le dio a Robbie un poco de sorbete y una tira de chicle.

Deambularon por los terrenos del cuartel, alrededor de los enormes muros de ladrillo, hasta llegar a Buckle Street y bajar por Taranaki. Más allá de Haining Street, Frederick, Ingestre y Jessie. «Las inmediaciones de...» Robbie no giró la cabeza. Mordió un caramelo y miró al frente, en Taranaki, a los muchachos de las carnicerías que hacían correr a sus caballos, los tranvías deslizándose por sus vías, los cobradores del tranvía balanceándose sobre los apoyapiés exteriores, los vendedores ambulantes, y los pescaderos y los hombres con canotiers.

Por los muelles pasaron junto a filas de caballos y carros, hombres silbando, gritando, cargando cajas de madera, toneles, jarras de barro. Encontraron un sitio en el malecón y se sentaron, con sabor a azúcar, menta y aire salado en la boca, con las piernas colgando sobre el agua. Una brisa fresca deslizaba por sus rostros el olor a pescado; las gaviotas planeaban por el cielo, se movían y después bajaban, en picado sobre las barcas. Estaban descargando un buque a vapor de la compañía de carbón West Coast. Observaron cómo subían con cuerdas las enormes cestas de caña, después las bajaban llenas de carbón, los hombres manchados de polvo negro las arrastraban por las pasarelas, las volcaban en los carros, después las arrastraban de nuevo, mientras una bruma de polvo de carbón flotaba en el aire.

Robbie se sacó una barrita de chicle del bolsillo, se la puso en la boca.

—¿Qué significa «inmediaciones»? —preguntó. Su voz apenas era audible por encima de las gaviotas—. «Las inmediaciones de Haining Street.»

Wally sonrió.

—¿Por qué no vamos y echamos un vistazo? ¿Has estado alguna vez allí? El opio es tan fuerte que puedes cortar el aire con un cuchillo. Te deja la piel asquerosa, todos esos *chows*... pero tienes sueños *bonzer*.

Robbie dejó de mascar.

—Papá decía que si vas a Haining Street te secuestran y te hierven en la caldera y te convierten en jengibre en conserva.

Wally se rió.

—¿Estás asustado, verdad? Venga, ¿a que no eres capaz?

Miró a Robbie con el rabillo del ojo. Sonrió.

—Yo también iré... para asegurarme de que lo haces.

Caminaron de vuelta por los muelles, subieron por Taranaki, pasaron junto a las

verdulerías, lavanderías y casas de empeños, más allá de Ghuznee, Ingestre y Frederick. Después se quedaron de pie en la esquina, mirando la calle estrecha, polvorienta. A ambos lados había pequeñas casas de madera, algunas de dos pisos, algunas sólo de uno, algunas con vallas de madera, algunas sin. «Sucias cloacas», había dicho el padre de Robbie, «sucios tugurios». Las casas no parecían muy distintas a ninguna de las que había en Te Aro. Tenían los mismos tejados rojos y ventanas de guillotina. No había señal de las ratas ni de las alcantarillas abiertas sobre las que le habían advertido.

Fuera de una de las casas había dos niños en cuclillas, inclinados sobre algo.

—¿Estás preparado? —preguntó Wally—. Listos... ¡YA!

Y echaron a correr, tan rápido como pudieron, en línea recta, hacia el centro de la calle vacía, apenas atreviéndose a mirar a su alrededor. Los niños que estaban en la acera levantaron la vista, y Robbie se dio cuenta de que estaban jugando a las canicas. Pudo notar los ojos de aquellos niños en su nuca, sus rostros amarillos, observando. Y él corrió, corrió, dejando a Wally más y más lejos. Olió algo extraño. Estaban cocinando, carne y verduras, olores agrisados y salados. Eso hizo que sintiese hambre y asco y hambre, todo al mismo tiempo. Pero siguió corriendo, levantando polvo de la calle, con la mirada fija al frente, corriendo.

Al final de la calle, esperó, jadeando, viendo cómo Wally resoplaba hacia él.

—¿Has... ahh... olido el... ahh... opio? —preguntó Wally, ya parado.

—Sí —mintió Robbie.

—Venía de esas casas sin ventanas. ¿Las has visto? Están todas cerradas con tablas.

—Claro —contestó, echando un vistazo atrás, hacia la calle. No estaba seguro de si podía verlas o no—. ¿Has soñado algo? —preguntó.

—No, ¿y tú?

—No, corría demasiado rápido. Pero tú has estado más rato ahí. Puede que los tengas esta noche.

—Eso es lo que significa «inmediaciones» —sonrió Wally—. Son los sueños que tienes por todo ese opio.

Mientras subían por Adelaide Road de vuelta a casa, Robbie se sacó de la boca la masa de chicle color púrpura. Había perdido todo el sabor... ahora sólo valía para ponerla encima de la silla de Edie o para pegar cosas, o para darle forma de bala. Hermanos Wong Chung estaba calle arriba, por la derecha. Se sacó el tirachinas del bolsillo y apuntó a una ventana. Ahí. Una mancha púrpura en el cristal. A lo lejos, parecía un trozo de ciruela aplastada, mirando fijamente desde la ventana entre relucientes manzanas rojas, naranjas, plátanos.

Wally se rió.

—Dispara —cogió una piedra—. Toma —le dijo.

Robbie dudó.

—Venga, Robbie. Enséñales cómo se hace.

Robbie miró el chicle pegado en la ventana. Era la tienda a la que iba su madre. No había estado dentro, no sabía qué aspecto tenían los *chinks*, pero la había visto a ella entrar y salir. A veces, como algo especial, en vez de chirivías o patatas o peras moteadas, volvía con un plátano sin marcas, o una brillante manzana roja que parecía que la hubiesen lustrado con Brasso. Cortaba la fruta buena, la fruta bonita, dulce, en dos, y le daba una mitad a él y otra a Edie, mientras que para ella quitaba la parte podrida de la fruta mala. Edie protestaba, diciendo que la fruta buena debería cortarse en tres trozos, y cuando su madre no le hacía caso, ninguno de los dos se terminaba su parte, y ambos dejaban la mitad para ella.

«Estamos llenos», decían, intentando ocultar sus ansias, hasta que al final empezó a cortarlo todo en tres trozos.

—¿Robbie?

Robbie miró el rostro ansioso de Wally. Su mano alargada. Cogió la piedra... la notó pesada, demasiado pesada... deslizó la honda hacia atrás.

—¡Ojo de buey! —chilló Wally, riendo, armando jolgorio.

Robbie escuchó el estruendo, el tintineo del cristal, un agujero irregular, del tamaño de una piedra, abierto en la ventana.

Un chino salió corriendo de la tienda, todavía con su delantal blanco, mirando calle arriba, después calle abajo. Gritando palabras feas que oscilaban y repicaban en el aire, insultando, agitando el puño. Y ellos corrieron, más allá del carro de la leche de Fraser, pisando mierda de caballo, más allá de la verdulería Sutcliffe, corrieron. Sólo corrieron.

Fuera de casa Wally se inclinó, con las manos en las rodillas, su risa era un rugido por el esfuerzo que hacía para respirar.

—¿Has... visto... la expresión... de su cara? —resopló—. Maravilloso... maldita sea... maravilloso.

—Condenadamente divertido, pienso yo —contestó Robbie mientras levantaba la puerta rota. La abrió de un empujón.

—Espera... el cabrón... me ha dado... flato...

Robbie ya estaba subiendo a saltos los pocos escalones hacia la puerta principal.

—¿Te imaginas que así es como lo hacen esos *chinkis*? Quiero decir que no ves a ninguna mujer, ¿verdad? Imagínate que sólo... —se rió, haciendo movimientos bruscos con el cuerpo.

—Será mejor que tengáis cuidado, chicos. Ya sabes que a mamá no le gustan las palabrotas.

Robbie se giró. No había visto a Edie agachada junto a la valla. Probablemente excavando en la suciedad, jugando con gusanos o cortando arañas o lo que fuera que hiciese. Soplon. Le hizo un corte de mangas.

—¡Bruja!

—¡Robert McKechnie! —su madre estaba de pie en la entrada, con una cesta bajo el brazo, obviamente saliendo para hacer alguna compra—. ¡Una sola asquerosa palabra más y te lavaré la boca con agua y jabón! ¡Ahora pídele perdón a tu hermana!

Edie sacó la lengua.

Robbie miró a Wally, que sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—Siento *de verdad*, Edie, haberte llamado BRUJA...

Todo lo que vio fue la sonrisita de Edie antes de que una mano le agarrase por la parte trasera del cuello de su camisa, un brazo le levantase y casi le cargase, casi le arrastrase para entrar en la casa. «¿Qué...?» Sacudió con fuerza los brazos y las piernas, se retorció y se soltó. Pero cuando miró a su alrededor no se veía a Wally por ninguna parte. Le sacó la lengua a Edie, pero por una vez ella no respondió. Tenía el rostro pálido, la boca abierta.

Robbie se giró. Su madre se había desplomado en el umbral, con la mano sobre los ojos. Por un momento él no se movió, incapaz de comprender qué había pasado. Después sintió un escalofrío.

—¿Mamá?

Corrió hacia ella.

La rodeó con sus brazos, notó cómo ella le agarraba. Sintió los sollozos enterrados en su interior. Él levantó la vista. Edie estaba de pie junto a ellos, pasando la mano con delicadeza por la espalda de su madre; pequeños sonidos de arrullo salían de su boca, sonidos que a Robbie le recordaron lo que hizo su madre cuando él se cayó por las escaleras, cuando ella lo recogió con suavidad y lo acunó entre sus brazos.

Si cambia el viento

Katherine preparó la comida de los niños –rebanadas de pan con mermelada o grasa de carne asada, galletas rotas, media manzana– y la colocó en bolsas de papel marrón sobre la mesa de la cocina. Puso la mesa para el desayuno, pan que había sobrado, mermelada, grasa de carne asada... después subió las escaleras para irse a la cama.

Permaneció despierta, tumbada, escuchando cómo Edie dormía a su lado, escuchando el latido de su propio corazón, las horas, mientras se le escapaban lentamente. Se despertó con la cabeza embotada, pesadez en las extremidades, como si atravesase agua en cada movimiento. Algunas mañanas se levantaba y les preparaba gachas a los niños, y las espolvoreaba con azúcar; algunas mañanas los niños subían a su cama y la besaban antes de marcharse al colegio.

A veces no se levantaba hasta primera hora de la tarde, cuando se obligaba a salir de la cama y bajar Adelaide Road. *Si pudiese recuperarse*, buscaría trabajo. En otras ocasiones miraba los escaparates de las tiendas, codiciando las cosas que no se podía permitir. Iría a la tienda de Paterson a por pan del día anterior. No es que le agradase la señora Paterson especialmente –a la vieja parecía gustarle Donald más de lo que parecía decente–, pero era bastante bienintencionada y al menos era alguien con quien hablar.

Katherine tuvo unas cuantas buenas amigas mientras estudiaba. Pero perdió contacto con Matilda Mulroney cuando su familia se mudó a Melbourne. Después estuvo Minnie Ferguson, pero se casó con un granjero y se trasladó a Waikato. En Gilbys, Katherine estudió taquigrafía, mecanografía y contabilidad con Felicity Baker, y sin duda lo pasaron bien juntas, pero Felicity se casó con un contable y se mudó a Wanganui.

En ocasiones, en busca de algo mejor que hacer, Katherine se paseaba por Hermanos Wong Chung. La gente decía que todos los chinos se parecen, pero no era posible confundir a estos dos. Uno era más joven, más de su edad. Y era alto. Inusitadamente alto para ser chino. Llevaba el pelo corto al estilo occidental, y tenía los dientes rectos, blancos... nada que ver con las caricaturas con dientes de conejo que se veían en los periódicos. Katherine no tenía nada en contra del otro señor Wong, pero él nunca sonreía, al menos no de manera evidente; e incluso la rara vez que ella pagaba todo el importe, a veces la fruta que él le daba decaía en unos pocos días.

El señor Wong más joven tenía una sonrisa cálida, generosa, que entrecerraba y suavizaba sus ojos. Y le gustaba entretenerse en la conversación. Podía entrar en la tienda y encontrarle charlando con el señor o la señora Paterson, o con el señor Krupp,

de la farmacia de enfrente. Parecía que cualquiera con un rostro amigable era objetivo legítimo. Tenía un acento fuerte y un inglés limitado, pero le gustaba gesticular, reír, compadecerse. Y no sólo sobre el viento y el clima, que en Wellington era siempre un tema de conversación probable.

Un día, él señaló una fotografía en el periódico.

—¿Quién este hombre? —preguntó—. Gente habla.

Ella miró al tipo en su automóvil, leyó el pie de foto.

—Es el primero que ha recorrido Isla Norte —contestó—. En un automóvil.

Él se rió abiertamente.

—¿Conduces automóvil?

—¿Yo? —se rió ella—. ¡Estás bromeando!

—¿Bromeando?

—Me haces reír.

La miró a los ojos, y su rostro se arrugó en una sonrisa.

—¿Sientas en automóvil?

—No —volvió a reírse ella—. Nunca me he sentado en un automóvil.

—Automóvil bueno —dijo él mientras le envolvía el repollo—. Me gusta conducir automóvil.

—¿Has conducido un automóvil?

¿Cuántos habría en Wellington? Probablemente se podrían contar con los dedos.

—Algún día —respondió él al darle las verduras.

Katherine salió en dirección sur. Pudo imaginarle con su enorme sonrisa, dedos esbeltos alrededor del volante. ¿Cuánto hacía que no se reía? Su madre siempre le decía que si cambiaba el viento se quedaría así, con esa misma expresión estúpida en la cara. Volvió a reírse.

Que el viento cambie. Por una vez, que cambie.

Una mujer que dispone de rentas

Katherine caminó hacia la tienda de Sutcliffe, dejó un penique en el mostrador y se llevó a casa el *Post*. Después, tomando un té con leche, examinó la columna de «Ofertas de empleo»:

Se busca señora dispuesta a dar castigo corporal a las cuatro hijas de un viudo. Buen salario. Aportar edad y experiencia.

Se necesita muchacha de servicio para tareas livianas en casa de un caballero respetable. No se admiten irlandesas.

Se necesita ayudante para mujer que dispone de rentas.

Después de graduarse en Gilbys, Katherine consiguió trabajo en la oficina de Kirkcaldie & Stains, y llevaba su propio dinero a casa todas las semanas. Pero las mujeres casadas no tenían carrera. Dejaban sus trabajos a chicas solteras, más jóvenes, o a hombres que tenían familias que mantener. Hubiese sido bochornoso para Donald no haber podido hacerse cargo de la suya.

Ahora Katherine no se sentía capaz de nada, mucho menos de asumir el papel de ayudante. Pero algunas personas tienen sueños. Por un momento vio el rostro sonriente del señor Wong, sus dedos alrededor de un volante. Apoyó la cabeza sobre la mesa, mirando fijamente la página borrosa. Una «mujer que dispone de rentas». Las palabras hacían pensar en un extraño mundo nuevo, un mundo del que sólo podías darte cuenta cuando salías por la puerta.

La casa estaba en Wellington Terrace, una villa de estilo victoriano, enorme, nueva, de dos plantas, con un balcón en el primer piso, torrecilla y mástil. La muchacha de servicio le indicó a Katherine que pasase por delante de las magníficas escaleras de madera de kauri y entrase en el estudio.

La señora Margaret Newman, esposa de Alexander Newman, miembro de la Cámara de Diputados de Lambton, hija única del difunto Sir Harold Salmond, con rango de «Letrado de la Reina», estaba sentada de cara a la puerta. Hizo un gesto para que Katherine se sentase frente a ella, y le ofreció té.

Las llamas brincaban en la chimenea. Flores de colores brillantes, hojas y zarcillos en el dibujo de la alfombra; los muebles oscuros, de madera refinada; los bambúes y las palmeras colocados por la estancia formaban diseños locos a ojos de Katherine. No hacía

frío, no ahí dentro, pero Katherine notaba cómo le temblaban las manos. Las apoyó sobre el regazo, incapaz de llevarse la taza a los labios.

—Debe de ser difícil —comenzó la señora Newman—, desde que murió tu esposo. Dime, ¿cuántos años tienen los niños?

Rondaba los cincuenta, una mujer delgada con mechones grises en el pelo castaño. Por primera vez, Katherine la miró directamente a la cara. Tenía unos rasgos fuertes, hermosos, con pómulos pronunciados, y unos ojos grises que parecían muy firmes pero no carecían de amabilidad.

La señora Newman habló de mujeres y niños en la indigencia. Viudas o mujeres abandonadas por sinvergüenzas. Mujeres que no podían permitirse abandonar a sus maridos violentos, confundidos por la cerveza. En su juventud, la señora Newman había participado en el movimiento de las mujeres, haciendo campaña con Kate Sheppard y Lily Atkinson, escribiendo cartas a los periódicos y a los políticos. ¿Katherine estaba registrada para votar?

—Sí —contestó Katherine. Y sin embargo, una vez, no había sido tan sencillo.

Donald pensaba que el derecho al voto femenino era una idea ridícula. Apoyó a Seddon a ese respecto, como hizo con casi todas sus políticas. Pero ni siquiera el Primer Ministro pudo resistir la presión de su propio partido. Para las siguientes elecciones Donald cambió de idea. Sí, claro que Katherine debería votar. Entonces habría dos votos para los Liberales.

La señora Newman sonrió, tomó un sorbo de té.

—¿Un trozo de tarta? —ofreció.

Katherine tenía la garganta tan tensa que apenas podía hablar. ¿Cómo iba a comer además? Trató de declinar el ofrecimiento con gentileza.

—¿Trabajaste en la oficina de Kirkcaldie & Stains? Precisamente compré este corpiño y esta falda en Kirkcaldie la semana pasada. Bien, gracias. Aunque si quieres lo último en moda europea, Sydney es mucho mejor. Voy todos los inviernos a visitar a mi hermana.

El clima más templado, más seco, era mejor para el asma de la señora Newman y también para el dolor que había empezado a notar en los dedos. Siempre se iba para varias semanas, y durante ese tiempo Katherine necesitaría trabajar como mucho un par de horas al día. Sólo el tiempo para abrir el correo, echar un vistazo a los periódicos y mandarle un telegrama si hubiese algo urgente. Katherine mantendría el sueldo íntegro, por supuesto, tres libras por semana, no tendría que preocuparse por las facturas...

Katherine estaba anonadada. Eso era lo que ganaba Donald. Trabajaría muchas menos horas y aún podría comprar carne cada día, y mantequilla, y naranjas. Podrían mudarse a una casa más grande con agua caliente y una valla pintada, y una puerta que no se cayese.

—Puedes tomarte unas vacaciones —continuó la señora Newman—. Visitar a tu madre en Masterton, quizás.

Katherine asintió. No mencionó que nunca visitaba a su madre más de unos pocos

días. Sus constantes fastidios y comentarios sobre la triste muerte de Donald siempre le hacían sentirse desesperada por escapar a casa, a Wellington. Gracias a Dios que su madre había vuelto a casarse y se había mudado.

La señora Newman dejó la taza.

—Trae a tu hija después del colegio para que toque el piano. Pagaré las clases. Una jovencita tiene que poder tocar el piano con facilidad. Por supuesto, si tu hijo está interesado también es bienvenido —se puso de pie—. ¿Te gustaría empezar la semana que viene?

Margaret Newman se quedó de pie junto a la ventana en saliente y observó cómo Katherine cerraba la cancela de hierro y descendía la colina. Probablemente podría haber encontrado a una ayudante más experimentada y capaz, pero nunca pudo resistirse a organizar y mejorar las vidas de otra gente. Lo consideraba una forma de patrocinio, su propio experimento de eugenesia. Era mejor pagar bien a Katherine, incluso si era más de lo que merecían sus títulos, que abandonarla a la caridad. Después de todo, tenía la misma edad que hubiese tenido su propia hija. Y había niños a tener en cuenta. La hija de Katherine... eso sonaba interesante.

Al principio Katherine recorría la casa con rigidez, manteniéndose lo más alejada posible de las paredes, las mesas y los aparadores. La señora Newman comentó que la acuarela de los maoríes sobre el piano era de Dorothy Kate Richmond, y el óleo del puerto de Wellington, de Jimmy Nairn. Y aquéllos eran de Isabel Field y Frances Hodgkins; eran hermanas, ya sabes. Los muebles estaban tan lustrosos que a Katherine le daba miedo hacerles un rasguño, o siquiera dejar las huellas marcadas. Le preocupaba escribir a máquina demasiado despacio, cometer errores de ortografía, archivar documentos en la carpeta equivocada, pero la señora Newman era sorprendentemente paciente. Le enseñó a Katherine lo que esperaba, paso a paso, y le dio tiempo para que se organizase.

La señora Newman leía todos los principales periódicos.

—Katherine, mira esto —decía, tronando de risa.

Katherine se reía también... a veces no tanto porque la historia o la viñeta fuesen muy entretenidas, sino por la propia señora Newman. ¿Cómo era posible que una mujer tan señorial produjese un sonido parecido a un rebuzno, incluso, a veces, al resoplido de un cerdo?

Katherine se despertaba por las mañanas ansiosa por ir a trabajar, contenta de que por fin alguien apreciase sus esfuerzos, de que el trabajo que hacía ayudase a la causa de las mujeres y los niños.

Edie tenía muchas ganas de tocar el piano y tomar libros prestados de la biblioteca de

la señora Newman. Sin embargo no importaba lo mucho que Katherine engatusase a Robbie, todo lo que él quería era salir con Billy y Wally, y jugar al críquet en el Basin.

Katherine empezó a disfrutar de la casa, a interesarse por su espléndido mobiliario. Su pieza favorita era la mesa Ashford que había en el vestíbulo. Siempre se paraba para admirarla cuando llegaba a trabajar, y de nuevo al marcharse, varias horas después. Era de mármol negro con incrustaciones de flores, campanillas, amapolas y lirios. Las flores brillaban, y a Katherine le maravillaba cómo los colores pasaban con sutileza de un tono a otro.

Lapislázuli, jaspe, cornalina, ágata, mármol. Eran palabras mágicas. Invocaban otros mundos, mundos donde las flores nunca se marchitaban, donde nunca moría nada. A Katherine le gustaba la forma redonda de la mesa: sin bordes afilados, sólo un efecto de acabado. Y había algo más que le gustaba a Katherine, algo que no vio al principio: la mesa tenía una grieta delgada. Dos, en realidad. Una que discurría desde el borde del mármol por la derecha y subía hasta las flores incrustadas, y otra en el lado contrario, justo en el borde opuesto. Le gustaban las grietas porque todo lo demás en la casa parecía muy perfecto.

En una ocasión Katherine preguntó a la señora Newman por las grietas, y vio cómo el rostro de su jefa se ensombrecía enojado. Todo fue culpa de una de las muchachas de servicio. La señora Newman no lo sabía pero todos los días la muchacha lustraba la mesa con aceite. ¡Aceite, por el amor de Dios! ¡En una mesa de mármol! La chica tuvo suerte de no ser despedida. ¡Despedida!

La señora Newman suspiró. No era sencillo conseguir buena ayuda en estos tiempos.

Katherine se mudó a una casita de dos plantas y tres habitaciones, más abajo en Adelaide Road. Tenían una habitación para cada uno, un baño con agua corriente y una puerta que no se salía de las bisagras. Y en el patio trasero, sorprendentemente, había un viejo árbol *rata*, un vestigio de arbusto nativo que de alguna manera se había librado de ser cortado para convertirse en leña. Robbie ató tablas alrededor de su tronco y se habituó a subir y sentarse en una rama que sobresalía. A veces, cuando le llamaba para la cena, Katherine le encontraba allí, sentado en aquella rama, con las piernas colgando, leyendo alguna revista sensacionalista o espiando los patios traseros de los vecinos.

Una semana después de mudarse, Katherine se despertó temprano. Apenas había luz, pero el viento golpeaba la casa y no podía dormir. Se levantó y se puso una bata, levantó la persiana de cuerda. Los niños seguían durmiendo.

Sacó una caja de debajo de su cama. La embaló después de que muriese Donald, antes de mudarse por primera vez, y no había vuelto a abrirla. Desembaló los paquetes envueltos en papel de periódico uno a uno... cuatro mariposas enmarcadas que una vez colgaron en el salón. Había olvidado los nombres. Todos excepto el de la *doxocopa cherubina*. Le dio la vuelta a cada marco, abrió la parte posterior, quitó los alfileres a las

mariposas y las colocó sobre la cama. Se veían bonitas sobre el cubrecama blanco. Hicieron que se sintiera muy triste.

Fue a la ventana, la levantó todo lo que pudo. El viento soplaba las cortinas de encaje, y el pelo le cubrió el rostro. Incluso enrollada hacia arriba, la persiana de madera golpeaba contra el marco de la ventana. Apartó las cortinas a los lados, respiró hondo aquel aire fresco y se fue de vuelta a la cama. Las mariposas se habían desperdigado como pétalos de flores secas. Las recogió y, con cuidado para no tocarles las alas, las llevó a la ventana. Las observó volar. Desorbitadas. Sin pensar, sin miedo. El pelo volvió a cubrirle el rostro y no vio dónde las llevaba el viento, o dónde caían.

Cerró la ventana y volvió con la caja. Sólo quedaba una cosa.

Pasó la mano sobre el cuero. Todas las semanas pasaba un trapo sobre él, cuando estaba en la estantería, pero sólo lo había tocado una vez, meses después de que Donald muriese, al empacarlo para mudarse. Entonces se sentó sobre la cama, colocó el libro sobre su regazo. Deslizó los dedos sobre las letras doradas, el brillo sucio de sus páginas de bordes dorados.

Lo abrió y se quedó mirando las columnas de palabras, apretó el pulgar en la esquina inferior de la derecha, lo levantó y pasó otro montón de páginas. Frunció el ceño.

Entradas completas aquí y allá... palabras, sus diversos significados y derivaciones... habían sido borrados con tinta negra. ¿Por qué? ¿Por qué algunas palabras y no otras? Volvió atrás en el libro, buscando una conexión. ¿Por qué, por ejemplo, estaban intactas *naciente* y *nato*, pero no las palabras que había entre ellas?

¿Quién había hecho eso? Donald no, seguro. El diccionario fue su texto sagrado; y él, el sumo sacerdote. Cuando estaba vivo, ella casi tenía hasta miedo de pasarle el trapo por encima.

De pronto, se rió. Se tapó la boca. Sujetó el diccionario contra el pecho y lo agitó con risa silenciosa. Sólo había una persona lo bastante inteligente como para recordar todas esas palabras. Palabras almacenadas durante años de interrogatorios a la hora de la cena, y después olvidadas de forma abrupta.

Katherine se limpió las lágrimas, se puso de pie y bajó el diccionario a la cocina. Arrancó páginas, las estrujó y las puso sobre el hornillo. Encendió una cerilla. Arrancó más y alimentó las llamas, que crecieron con intensidad, consumiendo las palabras *de él*. Sintió calor en la cara, los dedos, la parte delantera del cuerpo, mientras la luz dorada se reflejaba en su piel, alrededor de un enorme halo de calor. Añadió ramitas, ramas delgadas, un tronco pequeño, y siguió alimentando las llamas, observando cómo las páginas se arrugaban y ardían, cómo se espesaba con el calor un viejo trapo marrón, terciopelo gris. Removió fragmentos oscuros... palabras, pensamientos, recuerdos... mientras el fuego se convertía en ceniza, hasta que no tuvo en las manos nada excepto la cubierta de cuero, su lomo triste, vacío. No quiso oler cómo ardía lo animal, ver su pobre piel ennegrecida y encrespada.

Lo sacó y cavó bajo el árbol *rata*, mientras las hojas se arremolinaban a su alrededor.

Colocó el cuero en la tierra húmeda y lo cubrió de nuevo, apretando con la pala. Cuando las flores cayesen al final del verano mezclarían su rojo con la tierra, con la pobre alma del animal, su piel muerta. Compraría un diccionario nuevo. Algo sin la historia de Donald. Un regalo para sí misma. Lo colocaría en la estantería de *su* salón.

Volvió a entrar en casa. Los niños estaban bajando las escaleras. Puso las manos en sus mejillas tibias, y les besó en la frente.

—¡Mamá! —se quejó Robbie, pero sin apartarse.

—¡Tienes las manos frías! —dijo Edie—. ¿Qué has estado haciendo? —miró afuera, hacia el jardín trasero.

Katherine sonrió. Le pidió a Edie que empezase a preparar las gachas, a Robbie que pusiera la mesa, y subió a su habitación.

Se puso un vestido azul, brillante, la primera vez desde la muerte de Donald que no se vestía de negro; se miró en el espejo del tocador, se abrazó a sí misma y rió. Caminó hacia la ventana, la subió y se asomó a la claridad. Se sintió como un álamo... con hojas naranjas que susurraban en un deslumbrante cielo azul.

El yugo desigual

Edie iba a casa de la señora Newman la mayoría de los días después del colegio, y practicaba al piano de forma frenética.

–Más despacio. Control –le decía su profesora mientras tocaba el inicio de *Para Elisa*.

–Pero es que no me gusta el tintineo suave –se quejó Edie.

Prefería la segunda parte. No por los minués deliciosos. Quería música triunfal. Música complicada. Quería tocar a Rachmaninov.

A veces Edie ayudaba a su madre a archivar, o se repantingaba con libros de la extensa biblioteca. La señora Newman le dio para leer *La cinta blanca*, *El yugo desigual: Una historia de Nueva Zelanda*, de Susie Mactier, y *Mary Liddiard*, de William Kingston.

Pero el día en que su madre dejó de vestirse de negro, Edie no fue a casa de la señora Newman. Volvió corriendo a casa, desesperada por llegar allí antes que Robbie, que se había ido a dar una vuelta con sus colegas. Soltó su bolsa en el suelo de la cocina y salió al patio trasero.

Había visto a su madre desde la ventana de su habitación. La había visto en el jardín.

Cuando Robbie llegó a casa, no se puso a jugar a la pelota en el vestíbulo, no trató de molestar a Edie. Se fue directo a su habitación, abrió la cómoda y sacó el reloj de bolsillo de su padre. Se sentó en la cama, tocando la cadena de oro, sus amuletos de *pounamu*. Después apoyó un libro grande, de tapas duras, sobre las rodillas dobladas, y apretó la pluma contra el papel.

–¿Por qué no vienes tú también después del colegio? –preguntó Edie, de pie en la puerta.

–¡No veo el día! Apuesto a que ni siquiera puedes dar tres buenas razones.

Siguió escribiendo.

–La señora Newman tiene cuadros como en un museo, y tiene libros que no puedes encontrar en la biblioteca.

–He dicho *buenas* razones, y de todos modos sólo son dos. ¿Por qué iba a querer que una vieja estúpida me dijese qué hacer? La señora Newman dice esto. La señora Newman dice aquello. Estás empezando a sonar como ella.

–Hay bizcocho de mantequilla, y galletas dulces y limonada fría.

Robbie levantó la vista.

—Tráeme un poco. Si puedes esconderte coles de Bruselas en los bolsillos...

—¡No lo hago! Eres tú quien no se come las verduras.

—¿Quién es el listo ahora, eh?

Edie se mordió el labio.

—¿A quién escribes? —preguntó, al cabo de un rato.

—No es asunto tuyo... sólo porque *tú* no tengas amigos. Maldita sea, si papá pudiera verte ahora...

El rostro de Edie enrojeció, con lágrimas.

Robbie bajó la vista hacia su carta. Sabía que él era el favorito de papá; no necesitaba restregárselo. Pero era demasiado tarde.

—Vete a casa de la señora Newman y cómete tu bizcocho —dijo al final—. No me importa. ¡Y cierra la maldita puerta!

Azul

Cuando la señora McKechnie entró en la tienda después del trabajo, Yung se olvidó de saludarla. Nunca la había visto vestida con algo que no fuese negro, y, en ese momento, con el resplandor de su vestido azul, parecía más joven. Más viva. Cuando él se cortó el pelo y adoptó el atuendo occidental, su hermano frunció el ceño y refunfuñó por lo bajo: «Ahora no puedes volver a casa, las autoridades podrían ejecutarte». Yung sonrió. Al diablo con la Emperatriz Viuda⁷. Se sintió maravillosamente libre.

En aquel momento miró a la señora McKechnie y reconoció una transformación similar. Caminaba erguida, con un nuevo brío, casi como si... si comenzase la música, si se dejase llevar... podría bailar por la tienda. Ella sonrió y él se fijó en sus ojos. El color del vestido los volvía muy brillantes, más azules que verdes. Eran extrañamente hermosos.

Yung no supo qué decir. Tenía preguntas acumuladas... artículos, fotografías, ilustraciones del periódico, porque este mundo estaba lleno de curiosidades... pero de repente no podía acordarse.

Fue ella quien inició la conversación.

—¿Dónde está el otro hombre? —preguntó—. Llevo semanas sin verle.

—¿Mi hermano? —levantó la bolsa de manzanas para girarla y cerrar las esquinas—. Fue a casa.

—¿Cuándo vuelve?

—Un poco mes... —Yung se mordió el labio—. Vuelve con... esposa.

—Oh... Debe de sentirse solo sin familia.

Él le envolvió la coliflor, intentó sonreír al despedirse, pero no la miró a los ojos. La observó salir por la puerta, el color cobrizo de su pelo brillaba en contraste con el azul del vestido.

Se fue a la parte trasera, le pidió al primo Gok-nam, que estaba limpiando zanahorias, que vigilase la tienda. Subió las escaleras hasta su habitación, abrió la caja de madera de sándalo que estaba sobre la cómoda y sacó la carta que estaba arriba del todo. La leyó despacio.

Se tumbó sobre la cama y se quedó mirando el techo, escuchando los tranvías y los coches de caballos que pasaban abajo, por la calle; observó cómo se desvanecía la luz.

Se levantó y cogió una flauta de bambú. La había hecho con cariño... de la forma en que su padre le enseñó cuando era pequeño, extrayendo las partes de dentro, horadando

agujeros en toda su longitud, tallando una pieza de corcho para tapar el extremo final abierto... En ocasiones, los domingos, o por la noche después de cerrar la tienda, si su hermano no le aporreaba la puerta y le decía que se durmiese, se sentaba sobre la cama y tocaba. A veces la flauta, a veces las notas evocadoras del *erh hu*, el violín chino. Tocaba una canción de amor, o quizás una acerca de marcharse de casa, viajar miles de *lei*, despertarse a solas por la noche.

La carta permanecía abierta sobre la cama. Sujetó la flauta, ligera en sus manos, sintió la tristeza de su cuerpo delgado. La apretó contra sus labios.

Sombras

Después de que regresase su hermano, cuando no hacía falta en la tienda, Yung salía. Siempre había alguien con quien hablar, con quien estar, en *Tongyangai*.

Podía visitar una casa de comidas con Fong-man y comer *wontons* o fideos caseros, o meterse en algún tugurio de juego para un debate acalorado o tan sólo el último chismorreó. Cogía la tetera de la cesta de paja junto a la puerta y se servía una taza, después se sentaba en un banco con los otros hombres, la espalda contra la pared, bebiendo sorbos de té caliente y mirando tanto a los *gweilo* como a los *Tongyan* entrar y salir, comprando y comprobando papeletas *pakapoo*.

Las tardes calurosas de verano se juntaba con el primo Gok-nam y quienes estuviesen frente a sus casas. Se quedaban sentados durante horas en cuclillas, fumando, resoplando bravucones, como «toros bravos», hasta que todo lo que podían ver era el resplandor naranja brillante de sus cigarrillos en la oscuridad, sus voces incorpóreas hablando unas con otras a través de la calle estrecha.

A veces, paseaba hasta la tienda de Fong-man en Cuba Street para jugar a las cartas y debatir sobre política o poesía.

—¿Qué pasa? —le preguntó Fong-man una noche mientras repartía las cartas—. Tendrías que estar contándome en qué anda tu primo Hung-seng. Explicándome lo último del *People's Newspaper*. Sun dice esto. Liang dice aquello. Puedes ser mortalmente aburrido, pero, lo creas o no, me he acostumbrado.

Yung le ignoró. Había un silencio extraño. Sólo se oía la sacudida cuando las cartas golpeaban la mesa de madera.

—¿Estás seguro de que quieres jugar esa carta? Definitivamente algo va mal si me dejas ganar... —Fong-man dejó sus cartas, miró a Yung a la cara—. La mujer de tu hermano, he oído que es bonita...

Yung soltó sus cartas y se puso de pie.

Los tranvías ya habían dejado de circular esa noche, las calles estaban pobladas sólo por sombras. Paseó por delante de las persianas de los escaparates, hacia el agua.

Su propia esposa también fue bonita... ¿Pero cómo decían los *gweilo*? ¿*Más que cara bonita*?

Observó la oscuridad de Kelburne y las colinas del oeste, por encima de la negrura aceitosa del puerto y la Bahía Oriental, al otro lado.

¿Cuál sería la palabra que habría usado la señora McKechnie? ¿Cómo lo habría descrito? Este vacío, este espacio hambriento a su alrededor. Si tan sólo pudiera expresarlo en una lengua extranjera, quizás dejara de pertenecerle.

Corazones pequeños

Al entrar en la tienda, Katherine escuchó cantar a una mujer joven. Quizás por el entusiasmo de la mujer, o quizás porque el tranvía pasó traqueteando justo en ese momento, nadie oyó sus pasos sobre el linóleo. Nadie se acercó para atenderle. Katherine se quedó de pie en medio de la tienda, rodeada de montones de cebollas de piel cobriza, patatas recién lavadas, repollos, coliflores, zanahorias con ligero follaje verde. No hizo sonar el timbre que había sobre el mostrador; en vez de eso, escuchó. La voz era alta y fina, y la melodía completamente familiar, si acaso un poco desafinada, pero para el oído inexperto de Katherine las palabras sonaban como pompas de música, estallando una tras otra. Escuchó, fascinada por el sonido de un idioma que no reconoció y del que sin embargo podía entender el significado. Se sintió como una niña a la que mandan a la cama pero vuelve a salir para esconderse a escuchar tras la puerta. ¿Qué canciones había escuchado en otra lengua? Sonrió. Ésta era una lengua misteriosa y extranjera: era «Sé que Jesús me ama», y después no pudo dejar de cantar «pues la Biblia me lo dice», y era todo en chino.

Mei-lin no tenía ningún interés particular en Jesús, hijo de Dios, pero sí le gustaba cantar. La señora Mary Anne Wong, Annie para abreviar, esposa del misionero chino, iba de visita cada quince días, y en una ciudad donde había tan pocas mujeres chinas, y ningún sitio al que ir ni nada que hacer excepto trabajar y cocinar y limpiar y cuidar de los niños, una visita de alguna de ellas era siempre bienvenida. Es decir, aparte de la esposa del primo Gok-nam, que hablaba de forma tan imparable como un tranvía. Mei-lin nunca conseguía meter baza, ni siquiera para decir que tenía que irse, así que aprendió a marcharse y dejar que su prima la siguiese, incluso al entrar y salir del patio antes de cerrar la puerta del baño tras ella.

A Annie Wong, por otra parte, Mei-lin la adoraba. Le gustaban los ojos suaves y el rostro de Annie, la forma en que escuchaba y reía y la ayudaba con cualquier cosa. Bajando Frederick Street, en la Misión Anglicana, se confirmaba a Annie como ejemplo brillante de mujer cristiana, pero todos los chinos sabían que era una muy buena confuciana. Annie sabía cómo vivir en tierras bárbaras... había nacido en Australia. Hablaba australiano con fluidez y sabía leer y escribir. Y como venía para casarse con el

misionero, se la consideró como clero y no tuvo que pagar el impuesto comunitario. Annie le explicó a Mei-lin dónde comprar las cosas esenciales en las que los hombres nunca soñaban ni pensaban; le traducía documentos y letreros; incluso le enseñó un poco de inglés a Mei-lin; y las raras veces que Mei-lin se puso enferma y las hierbas chinas o el doctor de Haining Street no pudieron hacer nada, Annie la llevó a ver a la doctora Bennett, *gweilo*, pero agradable... y mujer.

Mei-lin siempre preparaba alguna exquisitez anticipando las visitas de Annie: *siat kei ma*, fideos fritos cubiertos de sirope, prensados y cortados en cuadrados; *bak dan gou*, bizcocho blanco al vapor decorado con un diseño de cochinilla, o rosquillas de huevo fritas y pasadas por azúcar. Se sentaban en la parte trasera de la tienda mientras Mei-lin notaba crecer al bebé en su interior, y Annie miraba por la puerta y estaba pendiente de si se oían pasos en la tienda, o sonaba el timbre sobre el mostrador. Bebían tazas de té *Oolong* y comían *corazones pequeños* de aperitivos dulces o salados. Hablaban y reían y volvían a hablar, limpiándose de entre los dedos migas y aceite o dulce pegajoso. Y mientras Annie ayudaba a Mei-lin a planchar, zurcir o barrer el suelo, le enseñaba a cantar.

Así fue como Mei-lin aprendió tantas canciones nuevas e increíbles, canciones como «Levántate, levántate por Jesús» y «Hacia delante, soldados cristianos», que sonaban majestuosas, llamativas y fuertes, por la forma en que Mei-lin se sentía por dentro (y no como mujer), o canciones con melodías pegadizas que hablaban de Jesús y el amor de Jesús.

Dominion

Cuando Katherine llegó a trabajar, la señora Newman estaba furiosa. Por un momento Katherine se preguntó si llegaba tarde. Quizás se había equivocado al pasar algo a máquina. Pero entonces su jefa le puso el *Dominion* en las manos.

—¿Has visto esto? —preguntó, asestando un golpe a la página.

Si la señora Newman no hubiese estado tan enfadada, Katherine se habría reído muy fuerte. ¿Para qué gastar un penique en un periódico? La señora Newman siempre le contaba las cosas importantes. Esta vez leía los discursos que daban en Dunedin los doctores Ferdinand Batchelor y Truby King.

Según el doctor Batchelor, desde la pubertad, la educación de las niñas debería «dirigirse principalmente a la gestión doméstica, la economía doméstica, fisiología e higiene».

—Se supone que son los pilares del estado, defensores de las mujeres y los bebés indefensos, y mira qué hacen. Es un obstetra, Katherine. Batchelor, *el* obstetra. Dan clases en la Facultad de Medicina.

La señora Newman agarró el periódico.

—«El varón medio, incluso el varón por debajo del medio, se vuelve “útil y exitoso”, ¡mientras que la mujer brillante tiene suerte si alcanza la mediocridad!» Bueno, me pregunto por qué. Con hombres como él y King por el camino, que se niegan a que las mujeres pongan un pie en la puerta, ¿qué espera? Oye esto. Oye lo que dice el «doctor» King —casi escupió la palabra, como si un insecto hubiese entrado volando y tuviese que expulsarlo.

Katherine estuvo a punto de retroceder... a veces la señora Newman era como una operación militar en solitario... pero no quiso parecer grosera.

—Dice que educar a las niñas como a los niños es «una de las farsas más ridículas jamás perpetrada». ¡Por favor! ¡Piensan que educar a las niñas es un desafío a la naturaleza! —arrojó el periódico sobre el escritorio—. Y todo el tiempo están aplaudiéndoles las iglesias, y la Cámara de Diputados y la clase médica. Tenemos que preparar una respuesta, Katherine, tenemos que incluirla en el periódico de mañana.

Katherine vio cómo caía a la alfombra un lápiz que antes recibió un golpe sobre el escritorio. Observó a la señora Newman caminando por la habitación, rascándose la muñeca, la frente sobre el ojo derecho. Siempre se rascaba cuando estaba nerviosa. Y allí donde se rascase, la piel se le ponía de color marrón rojizo, seca y escamosa.

¿Cuántas veces se había puesto Katherine hecha una furia... por Donald, su madre, o incluso por su propia madre? Sus posturas eran sólo una ventana que daba a este mundo más amplio. Se quedó mirando fijamente las manchas enojadas en la piel de la señora Newman. Aún cuando el corazón y la mente estaban ocultos, había fugas... pensamientos, sentimientos, deseos, que se filtraban, saliendo... desde dentro del cuerpo silenciado.

—Bueno, ¿a qué estás esperando?, Katherine. Tenemos que escribir una carta.

Con rapidez, Katherine recogió el lápiz. Dobló el periódico, se sentó en su escritorio y sacó varias hojas de papel del cajón.

—SEÑOR —comenzó la señora Newman—, *estoy consternada... sí... estoy consternada por los discursos presentados ayer por los doctores Ferdinand Batchelor y Truby King...*

»*¿Quién tiene la arrogancia de afirmar lo que la Naturaleza pretende para el Hombre y para la Mujer? Una vez la humanidad creyó... ¿qué creíamos? Hum... Una vez creímos que la tierra y el ser humano eran el centro del universo. Pero la historia y nuestra evolución no se detuvieron en la Edad Media. El alma progresista busca el día en que al Hombre y la Mujer se les concedan las mismas oportunidades y valor.*

»*¿Se congela en la pubertad la capacidad intelectual? ¿Por qué tiene que ser así para las niñas y no para los niños?*

»*Sin duda, si valoramos a nuestras familias y a nuestros hijos, una mujer inteligente que es igual que su esposo, y que puede educar a sus hijos, es algo que hay que valorar. ¿El Hombre es tan inseguro que su único orgullo es tener a su lado a una Mujer con la inteligencia de un vegetal?*

»*¿A medida que crece nuestro conocimiento, no vamos a progresar con él? Una mujer inteligente con la mente vacía y poco que hacer es una mujer infeliz, empujada a la melancolía y la desesperación. Pero una mujer educada y estimulada por una profesión que la satisfaga está interesada por la vida y es activa, una baza para la familia y la sociedad... ¿Qué te parece, Katherine? Léemela... Sí, está bien. ¿Has usado mayúsculas para Hombre y Mujer? Como en Naturaleza. Sí, creo que servirá. Servirá bastante bien.*

Katherine sacó del cajón papel grueso color crema, con monograma del emblema de la familia, y una hoja de papel blanco sencillo. Las colocó en la máquina de escribir con papel carbón en el medio, y, mientras escuchaba girar las cintas, de pronto se acordó de una visita al campo que había hecho con la señora Newman apenas la semana anterior... su primer viaje en automóvil. Sentada, mientras el viento le soplaba en el pelo, pensó en el señor Wong, en su sonrisa encantadora, ridícula; y cuando el automóvil aminoró la velocidad y cruzó las vías del ferrocarril, las ruedas traquetearon sobre las barras de madera para impedir que pasase el ganado, oyó el sonido de las llaves, los óvalos negros, suaves, con las letras en blanco, la sensación del metal bajo sus dedos, el silbido y

repiqueteo, rítmicos, la campanilla, y la satisfacción de empujar el coche al otro lado, hasta el comienzo de la siguiente vía.

Mientras escribía a máquina, Katherine no pensaba en los hombres pomposos de Dunedin... estaba *muy* cansada de hombres pomposos. Pensó en la emoción de conducir un automóvil; pensó en caballos trotando por la carretera, tranvías arrancando y parando, trenes traqueteando todo el trayecto hasta la playa de Plimmerton...

—¿Ya está, Katherine? —le oyó decir a la señora Newman—. Voy a llevarla yo misma al *Dominion*. A dársela en mano al señor Earle. Oh, Katherine, antes de que me vaya... por favor, siéntate —señaló el sofá Chesterfield, ella se sentó en la silla sencilla de enfrente.

Y así fue como le hizo prometer a Katherine que no se interpondría en el camino de su hija. «Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿E incluso si quisiera hacerlo, cómo podría resistir la arremetida de la señora Newman?»

—¿Te das cuenta de lo excepcional que es tu hija? —empezó diciendo la señora Newman—. A lo largo de los años he tenido a muchas niñas bajo mi tutela y te puedo asegurar, Katherine, que nunca me he encontrado con una niña tan excepcionalmente curiosa o inteligente como Edie. Le darán una beca universitaria, claro está... no hace falta decirlo. Pero eso sólo costeará la matrícula y una pequeña mensualidad, no lo bastante para vivir. No importa, yo aportaré una asignación adicional. Edie nunca será feliz como esposa y madre, dedicada sólo a las labores domésticas... Bueno, ¿estarías contenta, Katherine?

«Qué pregunta. ¿Y quién podría permitirse el lujo de pensárselo? Por supuesto, no las infelices. Y aquéllas que eran felices nunca tenían que pensar en ello.»

No, la señora Newman continuó, Edie seguiría los pasos de Emily Siedeberg o la doctora Agnes Bennett. Demostraría que Batchelor y King estaban equivocados. Tendría la oportunidad de elegir su propio destino.

Doscientos millones

Fue la señora McKechnie la primera que le habló a Yung de las peticiones para la liberación de Lionel Terry. Señaló artículos en los periódicos, cartas al editor. Pronto, todos los chinos en Wellington, en todo el maldito país, lo supieron. Yung organizó una contrapetición. Escribió la versión en chino e hizo que Annie la tradujese al inglés.

—Éste es el hombre que mató a uno de los nuestros en Haining Street —le contó a Mei-lin—. Volverá a hacerlo sin dudar.

—Pero no sé escribir —contestó Mei-lin—. Ni siquiera sé firmar —apoyó la mano en su vientre de embarazada.

—Haz una marca como ésta —le dijo Yung, dibujando una cruz en el dorso de su mano—. Yo escribiré tu nombre al lado.

—¿Por qué se lo pides a ella? —quiso saber Shun, mientras pasaba a su lado con una caja de naranjas.

—Shun Goh —respondió Yung—, ¿no dice Liang Ch'ichao que si a los doscientos millones de chinos se les unen los doscientos millones de chinas entonces podríamos avanzar? Somos pocos en esta tierra. Necesitamos a nuestras mujeres.

Shun se encogió de hombros y llevó la caja a la tienda.

Mei-lin cogió la pluma y marcó una cruz temblorosa en la petición. Le sonrió a Yung, que no la miró a los ojos. Yung pudo entender por qué la había comprado su hermano.

¿Cuántas mujeres chinas había en esta ciudad? ¿Quince? Quizás no tantas. Ni siquiera incluyendo a Mei-lin, Annie Wong y la esposa del primo Gok-nam, las bebés y niñas pequeñas.

Había *cientos de mujeres de hombres*, mujeres *gweilo* sucias, zafias, que vendían sus servicios, y unos cuantos hombres iban a ellas, o las mujeres acudían directamente a los hombres. ¿Pero quién querría compartir a su mujer?

Mientras Yung recortaba saco tras saco de coliflores y repollos, suspiraba. A veces, cuando miraba a Mei-lin, cuando oía la suavidad de su voz, cuando estaba tumbado solo, por la noche, sentía un dolor. De desolación.

El pequeño libro naranja

–¿Qué, haces deporte? –preguntó Katherine mientras Robbie sopesaba las zanahorias.

Hizo la mímica de correr, darle a una pelota, y después se rió ante su propia torpeza. Por su parte, Robbie tenía muchos amigos con quienes jugar. La velocidad de su lanzamiento la aterraba.

El señor Wong se rió también. Admiró su falta de vergüenza... era tan... distinta a los *Tongyan*.

–Este juego, ¿cómo llamas? –preguntó.

–Las Olimpiadas –repitió ella–. Las mujeres participan por primera vez. La señora Newman, mi jefa, lo celebró dándome una copita de jerez y el resto del día libre.

Katherine se rió tontamente. (Por lo general, no bebía.)

–¿Y tú, qué?

La miró, desconcertado.

–¿Practicar algún deporte? ¡Y no me pidas que lo repita!

–No enemigo canoso de musa –contestó él, sonriendo.

Ella frunció el ceño.

Él hizo un gesto para que esperase, fue a la parte trasera de la tienda y volvió con un pequeño libro naranja, *Glosario de frases en inglés con traducciones al chino*, impreso en Shanghai. Lo abrió y se lo enseñó.

Enemigo canoso de la Musa, El, leyó Katherine. «El Tiempo, que por lo general se representa como un anciano con pelo canoso...» Se echó a reír, después vio la expresión del rostro de él y paró rápidamente.

–Sólo di, *no tengo tiempo* –apuntó–. Quédate con lo sencillo.

Entonces, cuando Katherine iba a la tienda, él le preguntaba por tal o cual frase, y se comunicaban en inglés rudimentario, gestos absurdos, dibujos en los bordes libres de los periódicos, incluso el chino de tono elevado de él, que Katherine nunca comprendía.

–Por favor, habla colectivo –pidió–. Quielo habla inglés colectivo.

Y la miró tan serio, para después dibujar una risa traviesa, que ella se rió.

–De acuerdo –contestó–. Habla despacio e intenta decir *rrrr*. Inglés *correcto*. Quiero hablar inglés *corrrecto*.

–Quielo habla inglés colectivo.

–Inglés *corrrecto*.

–Inglés *collrecto*.

—Va mejorando. Necesitas *prrrrracticarrrr*. Decirlo una y otra vez hasta que lo hagas *corrrrrecto*. La *prrrrráctica* hace al *maestrrro*.

—*Pláctica* hace *maestro* —sonrió él—. Aquí —dijo, abriendo su pequeño libro naranja—. **Tomar la palabra a alguien.** ¿Sí?

Katherine asintió, mientras echaba un vistazo a la página de al lado. **Quedar prendado de:** «Gustar (alguien)»; luego había unas marcas extrañas que no podía leer, supuso que eran chino, y después el ejemplo: El cochero dijo que se había *quedado* bastante *prendado* de la cocinera.

Katherine se sonrojó.

—Sí —contestó—, puedes decir eso.

Él se esforzaba. Katherine se daba cuenta. Lo oía. Él recordaba las frases que ella le enseñaba; su acento se volvió menos marcado. Cuando se tomaba su tiempo, casi podía decir: *Ernest Rutherford, Roderick el atraparatas, la práctica hace al maestro*.

Ella se dio cuenta de que cuando él caminaba no se oían sus pisadas, sólo el vuelo ligero de su ropa y los pasos de ella golpeando sobre el linóleo. Tenía los ojos negros, tan negros que al cabo de un tiempo ella se dio cuenta de que podía ver su reflejo en ellos. Eso era inquietante, verse a sí misma en los ojos de otro.

Un día, cuando entró en la tienda y el señor Wong, el mayor, salió a atenderla, se percató, con consternación, de su desencanto.

—Buenas tardes, señor Wong —saludó, tratando de sonreír, y en ese momento se dio cuenta de que no sabía sus nombres, que no tenía forma de distinguirle excepto como señor Wong joven; señor Wong alto; señor Wong con el pelo al estilo occidental; el señor Wong y el pequeño libro naranja; el señor Wong hablando, riendo...

Y entonces salió él también, con una cajita de zanahorias pequeñas que todavía tenían hojas, y de pronto ella no pudo evitar sonreír.

—*Dang ngor lei la. Lei tau ha la*⁸ —le dijo a su hermano, y ella no entendió ni una palabra, pero el señor Wong más mayor la miró de forma extraña y se metió dentro.

Ella escogió tres plátanos, media coliflor y una pequeña bolsa de patatas. Él sonrió y cogió un manojo de zanahorias, le dijo que eran muy buenas, muy frescas. Las envolvió de forma que las hojas quedasen expuestas y se las entregó con las dos manos.

—Sin dinero —dijo.

—Es mejor decir, *gratis* —contestó ella—. *Sin dinero* quiere decir que *tú* no tienes dinero, no que yo no necesito pagar.

Cogió las zanahorias, con la sensación de que las hojas ligeras que sobresalían por el papel de periódico eran flores pequeñas. ¿Por qué se sentía tan aturdida? Era chino. Un extranjero de rostro cetrino, ojos bizcos. La escoria de la sociedad. Cielos, él ni siquiera pertenecía a la sociedad. Y, sin embargo, cuando estaba con él se olvidaba de quién era. Después de todo, tenía una nariz robusta, casi europea. Era alto. En realidad *no* parecía chino.

El diábolito

Wong Chung-yung

Mi corazón es una sarta de petardos. Explota al azar: una bolsa variada de Tom Thumbs, Double Happys, Mighty Cannons. Los cohetes pasan zumbando y estallan, las bengalas, los buscapiés que se dirigen a los talones. No es ni siquiera la Fiesta de la Primavera⁹, pero siento todo esto en mi interior. Aprieto los labios en una sonrisa torcida, intento evitar ponerme a cantar, gritar, un torrente de bendiciones y palabrotas.

No puedo entender esto.

Todo por una mujer demonio. Una mujer demonio.

Tiene la nariz demasiado grande, y los pechos, y los pies. No camina como una mujer. Tiene el pelo rojo como el demonio. Pero aun así tiene unos ojos azules verdosos amables, tristes, hermosos, y labios llenos, seductores... y me llama por mi nombre. Señor Wong, dice, como si yo fuese un hombre y no un chino.

Los petardos ahuyentan a los demonios. Pero ella entra en la tienda, y esas explosiones se producen dentro de mí, y ella no se aleja.

Hoy ha venido con su hija. Les enseño las mejores manzanas.

—Red delicious es buena y roja, pero ¿y el sabor? ¡Sin sabor *la*! Red delicious es suave, como antiguo bizcocho mojado. Pero Jonathan, fresca y jugosa. Buen sabor. Probad un poco *la*, por favor, probad.

Corto unas rodajas y espero a que sonrían, para asentir con la cabeza. Ella se gira y llama a su hijo. Es entonces cuando le veo. Merodea junto a la puerta y no quiere entrar. Ella insiste. Prueba la manzana, le dice. Ven y elige la fruta.

Abro la bolsa de papel marrón, la sujeto y dejo que su hija escoja cuatro, cinco, seis manzanas, y que las pese en la balanza.

—Un chelín y tres peniques —digo, añadiendo una manzana más a la bolsa, haciéndola girar, doblando las esquinas como si fuesen las orejas de un gato.

—Robbie —llama ella.

Y finalmente él entra, sujetando un diábolito que le había dado su padre.

—Esto estuvo de moda —dice ella—, todo el mundo jugaba con él.

Pero ella no sabe cómo.

—Jugamos en China —le cuento—. Tío trajo de Pekín.

Y enloquezcó, *me vuelvo loco*... le enseño.

Giro el cordel y mando el carrete de madera por los aires.

Cuando era pequeño podía lanzar el diábolo alto, que hiciese la rueda, una voltereta o un giro hacia atrás, y después lo volvía a coger. Pero ahora mi cuerpo lo mueve con mucha más lentitud. Todavía puedo lanzarlo por el aire y cogerlo por detrás de mí, sé que puedo. Pero esta tienda es pequeña y el techo bajo: el carrete caería en picado... como un pájaro golpeado por una piedra.

El niño se me queda mirando con una mueca en el labio, un labio sobre el que podrías apoyar una botella de aceite. Tiene una mano en el bolsillo, y ahora sé qué es. He visto antes a este chico. Con su amigo gordito. Corren detrás de los caballos y recogen mierda de caballo con palas de hierro. «¡Un cubo por un penique! ¡Un cubo por un penique!», gritan. «¡Es bueno para tu huerta!» Conozco a este chico. Sé lo que esconde en el bolsillo.

Un día gris, polvo marrón, ráfaga del norte. El carro de la leche de Fraser, el viejo caballo cansado arrastra los recipientes de acero. La piedra salió de ninguna parte. Las casas al otro lado de la calle, los caballos, y golpeó, levantando polvo. Mi hermosa ventana con la mejor fruta pulida: las manzanas mostrando sus mejillas más rojizas, las naranjas, los plátanos y las peras. Mi ventana hecha añicos y agrietada en forma de tela de araña, mi estupenda fruta, cortada por el vidrio. Salí corriendo y allí estaba, sonriendo, huyendo, con el tirachinas en la mano.

—Gracias, señor Wong —dice ella—. Dad las gracias, Edie, Robbie.

La niña vacila, dice gracias. Le doy a ella el diábolo.

La señora McKechnie. Mujer de buen corazón, mujer con mala suerte. Madre de una pelirroja, madre de un muchacho malo. Esposa de un hombre muerto.

La sombra

Edie estaba segura de que Robbie había cogido su osito de peluche. ¿Dónde lo habría escondido? ¿Le habría arrancado la cabeza como a la muñeca de porcelana que le dio nana, la abuela? No es que Minnie le preocupase especialmente, aparte de ser destinataria de imaginarias operaciones de socorrismo. Cuando Robbie le fracturó el cráneo no hubo sangre, ni materia blanca o gris, ni circunvoluciones interesantes del lóbulo frontal, sólo fragmentos de porcelana pintada y un hueco decepcionante.

Pero Teddy era distinto. Toda la gente que era alguien tenía su oso de peluche. Incluso la señora Newman tuvo uno... lo llevó a la ópera. La señora Newman le contó que le puso el nombre del Presidente de los Estados Unidos.

Mientras Robbie estaba fuera, con Billy, Edie registró su habitación. Debajo de su cama, entre calcetines sucios, pelotas de críquet, palos, canicas, un balón de fútbol y una araña muerta, encontró tres calcetines muy apestosos en tonos variados de marrón y negro, que cogió con las puntas del pulgar y el índice y colocó debajo de la almohada de Robbie. Se lavó las manos, volvió y buscó en el armario. Al fondo, bajo rodilleras para el críquet, guantes, un tirachinas, un tren de juguete y un jersey viejo, encontró una caja de cartón en la que habían escrito con letras negras mayúsculas:

**R. D. MCKECHNIE
PRIVADO Y CONFIDENCIAL
¡PROHIBIDO TOCAR!**

En el interior había dos folletos delgados de tapas suaves... *La sombra* y *¿Dios o el Dinero?*... y una colección de panfletos, tarjetas hechas a mano y cartas:

Manicomio Sunnyside
29 de agosto de 1909

Querido Robbie, gracias por tu carta del 19 de agosto. Recuerdo bien a tu padre y me apenó conocer su fallecimiento. Todavía me acuerdo de su hospitalidad y excelente conversación. No debes permitir que esta pérdida te afecte, como les sucedería a los simples mortales. Tu padre fue un verdadero ciudadano británico y harías bien en seguir su ejemplo.

Te adjunto mis libros y una tarjeta que he hecho para tu instrucción.

Con mis mejores deseos,

Tuyo como siempre

Lionel Terry

La sombra lucía una acuarela en la portada, todo en negro y gris y color hueso. En el extremo superior izquierdo, un hombre con ojos dementes, punzantes, volaba por el aire, esgrimiendo un alfanje por encima de su cabeza, dispuesto a descender de las nubes y asestar un golpe. Debajo, sólo se veían chapiteles, tejados abovedados y cruces. En el interior, las siguientes palabras:

A mis hermanos,
ciudadanos británicos,
dedico este trabajo
L. T.
julio de 1904

Después, una oración, una introducción que se extendía once páginas y un largo poema rimado lleno de palabras como «vil difamador», «basura de la tierra cargada de peste» y «ciénaga fétida de iniquidad negra».

Una tarjeta decía:

Muchos tontos tienen muchos estados de ánimo,
y caprichos grandes y pequeños,
pero los tontos que engullen alimentos extranjeros,
¡son los más tontos de todos!

Otra:

El patriota está dominado por su cerebro,
el traidor por su estómago.

Edie volvió a poner las tarjetas, cartas y todo de vuelta en la caja, exactamente en el mismo orden. Colocó la caja de nuevo en el armario.

Aquella noche encontró a Teddy. Estaba en el primer cajón de su aparador, con la cabeza metida en una de sus propias medias.

Parte II

***De Cantón (China) a Wellington,
1907-1915***

Oi Harn Goong, el antepasado fundador del clan Wong en Caballete de Melones¹⁰, le puso nombre a la aldea «con la confianza de que este nuevo hogar le dotaría de una prole numerosa como los melones proverbiales sobre la vid».

Edmon Wong, *Neozelandeses de Zengcheng*

Caballete: (agricultura) cada conjunto de franjas realzadas y separadas por surcos; (jardinería) semillero en relieve para melones, etc.

Diccionario Ilustrado Oxford, segunda edición

Seda roja

La esposa de Chung-yung

Mi padre era constructor de barcos, como su padre antes que él. Construyeron las enormes embarcaciones que surcaban el río Perla con sus cargamentos de sal, y los juncos marineros que navegaban de Cantón a Amoy y Formosa. Padre tenía a trescientos hombres trabajando en sus astilleros, y vivíamos en una mansión con columnas rojas en las colinas orientales de Cantón.

Padre era un hombre progresista. Aunque yo sólo era una hija, se aseguró de que recibiese educación, casi como un hijo. Teníamos un profesor particular que nos enseñaba caligrafía, pintura y poesía. Leí los *Cinco clásicos*, los *Cuatro libros*, el *Libro de la Piedad Filial* ¹¹. Y soñé con Mu-lan, la hija que se vistió como un hombre y salvó a su padre de la batalla.

Pero yo nunca vestí las ropas de un hombre. No podía salir como mis hermanos a ver el teatro de calle, o sentarme en casas de té con las mujeres de rostro nacarado... polvo rojo en las mejillas, los labios pintados de bermellón. A veces, salía en un palanquín y veía el mundo desde detrás de las cortinas, pero en general me quedaba en casa, leyendo *Sueño en el Pabellón Rojo*, *Viaje al Oeste* ¹² o bordando.

Era una buena chica, respetable. Hasta que no cumplí quince años, nadie fuera de la familia supo de mi existencia. Después, la hermana mayor de Padre concertó mi matrimonio. Se informó acerca de todas las buenas familias con hijos que pudieran ser un buen partido. Estaba el hijo mayor del juez Chew, pero aunque su padre era conocido por ser un hombre justo, el hijo tenía fama por su mal temperamento y falta de respeto por los antepasados. Estaba el segundo hijo de los Lee, la familia más acaudalada de Cantón... ah, pero era un despilfarrador y un jugador. Estaba el tercer hijo de los Kwoks, que tenían un floreciente negocio de sedas, pero él nació sin suficiente oxígeno... decían que tenía una hermosa piel blanca azulada, un hombre dulce a la espera de expirar.

Fue entonces cuando mi tía oyó hablar de mi esposo. Un hombre de la ciudad vecina a la de mi padre. Un hombre cuyo hermano mayor vivía en la Nueva Montaña Dorada y ganaba bastante dinero como para enviarle algo. Se llamaba Wong Chung-yung. Tenía dieciocho años, y siendo un hombre de la Montaña Dorada tenía posibilidades. No sabía si era alto o guapo o amable, o si podría citar a los clásicos y escribir un buen pareado, pero no parecía existir ninguna historia de locura o de lepra o tuberculosis... o de opio en

exceso, o juego. Y nuestros horóscopos eran favorables: habría muchos hijos y una vida de buena suerte.

Madre era Primera Esposa. Dio a luz a dos hijos y a mí, la única hija. Nadie hablaba de estas cosas, pero sé que Madre no quería a Padre... fue ella quien encontró a Segunda Esposa para él. Al cabo de los años siguieron una tercera esposa, y después la cuarta. Cuarta Esposa apenas era mayor que yo, sin educación pero astuta. Tenía grandes ojos de fénix y una refinada piel blanca, pálida por la aplicación de crema de perla machacada. Estaba, después de todo, educada para complacer a los hombres.

Madre podía dar órdenes a Segunda, Tercera o Cuarta Esposa para hacer lo que se le antojara, y yo tenía preferencia sobre todas sus hijas. Así son las cosas: la primera tiene el poder; la última ninguno... excepto de forma furtiva y con engaños. Cuarta Esposa le dio dulces impregnados de opio a Segunda Esposa, y ésta murió... aunque nada, por supuesto, se pudo demostrar.

Ahora yo también me convertiría en una esposa. A diferencia de Madre, confiaba en que no hubiese otras.

El día elegido según el almanaque, Padre y Hermano Mayor me llevaron al palanquín. Cuando salimos, una chaperona contratada en el pueblo de mi padre abrió una sombrilla; otra lanzó un puñado de arroz para alimentar y distraer a los espíritus. Todo era rojo – seda roja, satén y brocado rojo– rojo como la felicidad y la mancha en una sábana. Me llevaron a casa de mi esposo a golpe de gongs, confiando en no cruzarnos con ninguna gata o perra embarazada, y de hecho con nada que tuviese cuatro patas. Escuché a mi esposo frente al palanquín... llamó a la puerta y me llevó dentro.

Era el lugar que había alquilado Suegro: dos habitaciones en la zona sur de un patio compartido con otras tres familias. Todavía en los barrios de las afueras, hacia el este, donde los hombres de la Montaña Dorada compran cuando vuelven a casa con sus riquezas.

Allí aprendí a cocinar arroz al vapor cubriéndolo con medio dedo de agua. Aprendí a sujetar a un pollo vivo y un cuchillo de carnicero... cómo quitar la piel apretada y arrancar las plumas de la garganta. La escueta bolsa de piel que se extiende sobre la tráquea, la forma en que se cierran los ojos como una cuchilla. Podía verter la sangre en un bol de arroz, sumergir el cuerpo en agua hirviendo y arrancarle las plumas. Un corte para sacar las entrañas tibias.

Aprendí a lavar ropa, las manos me escocían con el agua fría en invierno, se encallecieron por el palo de madera lisa, por golpear contra una piedra los pantalones de un hombre.

Iba a comprar al mercado... la primera vez que caminaba por las calles polvorientas, la primera vez que salía sola. No sabía llevar los botes de encurtidos y el pescado, las

verduras y la harina. Se me cayeron muchas veces y tuve que volver para comprar todo lo que había roto.

Mi esposo se quedó conmigo seis meses, bastante tiempo como para hacerme un hijo. Después zarpó hacia la Nueva Montaña Dorada y yo vine a su ciudad. A la casa de su madre y su padre y la esposa de su hermano mayor.

Lloré durante tres días. Suegra me regañó: «¿Quieres que tu hijo lleve la marca de tus lágrimas?». Así que intenté olvidar a mi esposo... un hombre que me hizo reír y llorar y considerar posibilidades maravillosas. Me lavé la cara y cerré el corazón. Y cuando me llegó la hora, di a luz dos hijos mellizos.

Fue un consuelo para mí. La esposa del hermano mayor de mi marido no tenía hijos, sólo hijas. La primera fue salvada, la segunda asfixiada con cenizas cuando giró la cara para mamar, y, sólo tras mucho llanto, la tercera fue abandonada al borde del camino. Nadie sabe si se la llevaron como esclava o se la comieron los perros.

Pero yo di a luz niños, el primero se parecía a mi madre, y el segundo a su padre. Fue una felicidad doble, una bendición de la diosa Kuan Yin¹³.

Fue la envidia de Cuñada lo que nos maldijo... eso y los espíritus de sus hijas.

El día antes de su quinto cumpleaños, mis hijos cayeron enfermos con fiebre. Herví diez hierbas distintas, les di a mis hijos té negro, amargo, cogí una moneda y la froté sobre sus frentes, las partes traseras de sus brazos y a lo largo de sus columnas vertebrales; fui al templo, encendí incienso y recé a Buda y a Kuan Yin.

Fue al cuarto día, el número de la muerte, cuando el que se parecía a mi madre murió. Sólo sobrevivió el que se parecía a mi esposo.

Ahora miro a mi hijo, al que quiero... veo la rectitud de su nariz, la carne llena de sus labios, su forma de levantar la cabeza cuando está ensimismado... ésta es la forma, el espacio que ha dejado mi esposo.

Horno de azulejos¹⁴

La esposa de Chung-yung

Toda mujer tiene dos caras. Una de porcelana blanca refinada... suavidad resbaladiza, cuidadosamente moldeada, arreglada para la vista. La otra, grande y sin refinar, fuerte, arraigada en la dureza de la vida.

No hablo de estas cosas; no puedo pensar de día. Sólo de noche, cuando todo está en calma, cuando los únicos sonidos son el croar de las ranas y el ronquido esporádico de Suegro. Cuando estoy tumbada, despierta en esta habitación apenas lo bastante grande para las camas y el barril de madera para el aseo.

Oigo a Suegra soltar palabrotas y empujar a Suegro para ponerlo de lado, su gruñido y resoplido y la calma al volver a respirar. Oigo a Cuñada gritar en sueños, y abrazo y beso a mi hijo, huelo su aroma a niño pequeño, el barro, la hierba, los árboles de lichi y el juego junto al río.

Mis hijos. El recuerdo de sus nacimientos y lo que vino después se hace añicos. Aquí, y allá, como leer un libro en el que un capítulo central se hubiese cambiado al azar... aquí todo un párrafo, allá todo un espacio en blanco, aquí el final de una frase sin principio, allá un principio sin final.

Recuerdo mi cuerpo, apretado por la mano de Dios, mis entrañas presionadas, de forma que todo lo que podía hacer era dejar de respirar. Oí un quejido profundo. Dolor desgarrador. El sonido del agua al hervir, y, a lo lejos, Suegra gritando: «Las nalgas, son sus nalgas».

Cuando desperté, Suegra estaba gritando. Yo no podía abrir el ojo derecho. Dolor en la cabeza, en el cuerpo.

Entonces se me cerró el ojo izquierdo.

La partera gritó: «Es un niño, es un niño», pero no podía verlo. Tenía la cara hinchada de dolor... la frente, los ojos, el oído.

Suegra gritándole a Cuñada. La partera diciendo con tranquilidad: «Hay otro».

Más tarde, Cuñada dijo que fue ella quien logró que me despertase. Me había desmayado por el dolor del parto. Así que cogió la tapa de la olla con agua hirviendo y me la puso sobre la frente.

El calor del metal me quemó, y cuando lo levantó también se llevó mi piel.

No pude abrir los ojos casi durante dos días. Suegra me contó que mi rostro se hinchó como se infla el estómago del pescado seco cuando se pone a fuego lento. La oreja derecha sobresalía de mi cabeza inflamada. Tenía los labios más gruesos que los dedos de Suegro. Recuerdo el dolor punzante, la herida supurándome en el pelo y por la cara, mientras yacía en cama, temblando de frío, las sábanas empapadas de sudor. Y recuerdo a mis hijos... sus llantos suaves como los maullidos de dos gatitos.

No salí de la casa durante seis meses, e incluso entonces Suegra no me dejaba estar bajo el sol. No lavé ropa ni recogí leña ni fui a comprar al mercado mientras mi rostro y mi cuerpo se curaban.

Ahora no tengo ceja derecha, ni pelo donde la tapa de la olla me tocó la cara... sólo una frente levantada, ensanchada, un amplio arco de piel como una luna gibosa, casi llena, pálida y arrugada, nudosa, como aquejada de venas diminutas, sin color, varicosas. Tengo el ojo derecho elevado, toda la cara tensa por la cicatriz.

Mi esposo no lo sabe... soy la única que sabe escribir.

Hay un antiguo refrán: No te cases nunca con una mujer de Horno de Azulejos. Vivimos en una ciudad pequeña y la suya es grande. Cuando la cosecha de boniatos es buena, vienen por la noche, y nada queda por la mañana. No te metas nunca con un hombre o una mujer de Horno de Azulejos, dicen. Tienen demasiados hermanos, y tíos, y primos.

Los muertos

La esposa de Chung-shun

La tierra está llena de muertos. Levantan el terreno y vagan por las calles. Llaman a la puerta, fingen ser mendigos.

Sola. Oigo cómo llaman, voces extrañas.

Me quedo muy quieta. Callada.

La Nueva Montaña Dorada está llena de demonios. Tienen el pelo rojo y la nariz grande. Todos se parecen.

Esposo se fue a la Nueva Montaña Dorada hace veintidós años. Los demonios le hicieron pagar por zarpar en el barco. Pagó por el barco y después todavía tuvo que pagar. Todo el dinero. Porque somos *Tongyan*, dijo. Los demonios blancos no tienen que pagar y los demonios negros no tienen que pagar, sólo la gente del Reino Medio¹⁵. Es el impuesto comunitario, dijo, ése es el motivo por el que no pude ir con él.

Esperé veintiún años y regresó. Compró una concubina. Malditas concubinas con las que los hombres se ponen *enfermos de los nervios*. El padre de ella jugaba al *fantan* y al *pakapoo* y consumió su dinero. ¡Ja! Después la vendió para comprar opio.

Esposo la llevó a Cantón. Pagó para que ella aprendiese a leer el idioma de los demonios y pudiese pasar la prueba de los demonios. Se la llevó con él. *Maldita sea su abuela*. Fue la primera mujer en ver la Nueva Montaña Dorada. Esposo es Hijo Número Uno, yo soy Esposa. Todos los días me levanto la primera. Uso tallos de arroz para encender la cocina, hiervo agua, pongo el té a remojo. Alimento el fuego con ramitas del huerto de lichis. Doy de comer a Suegra y Suegro.

Todos los días voy a por agua al río. Cargo dos cubos grandes, muevo las caderas, columpio los cubos sobre la barra que sostengo encima de los hombros. Todos los días hago lo que dice Suegra.

Esposo tiene hermano: Hijo Número Dos. Dejó esposa aquí también; se fue para estar con Esposo en la Nueva Montaña Dorada. Cuñada tiene los pies pequeños como la esposa de un hombre rico, de modo que no trabaja en el campo.

Ella escribe los rollos rojos, y así no pagamos a nadie para que lo haga. Alrededor de la puerta, escribe: *Dentro y fuera de casa, camina en paz*. Escribe sobre la chimenea

para que nos proteja al cocinar. A ambos lados de la ventana, escribe. Escribe los largos rollos rojos de papel con tinta negra ensortijada, para que los demonios y los espíritus no vengan.

Ella escribe las cartas a mi esposo. Digo: Cuéntale que soy buena esposa... hago todo lo que dice Suegra. Dile: Manda mucho dinero. Dile: Vuelve. Ella le dice que soy inútil, no una buena esposa... lo sé. Ella le dice: Consigue una concubina. No vuelvas. Ella lee las cartas de Esposo. Dice que la concubina tiene un hijo.

Espíritus por todas partes. Sobre tumbas: colinas sucias con cabeza de hierba. No hay nombres. ¿Dónde están los antepasados? ¿Quién puede acordarse? Los muertos son desenterrados, sus huesos puestos en urnas. El huerto de lichis está lleno de urnas. Sin tapa, de modo que los muertos pueden salir.

No voy al huerto de lichis. Se lo digo a Cuñada, ve a por ramas para el fuego.

El río está lleno, también. Lleno de espíritus ahogados. Bebés niñas y mujeres malas, y bebés niños que enfermaron y murieron. Le digo a Cuñada: ve a lavar la ropa al río, pero ella tiene los pies pequeños... yo todavía tengo que ir a traer agua.

Hace mucho tiempo Esposo me mira y dice: «Mujer estúpida, asustada por los espíritus. Eso no es un espíritu, sólo un mendigo sucio». Bebe vino, me cuenta una historia de espíritus: «Es de noche, llueve fuerte. Él camina a casa sobre un terreno levantado de arrozales. Borracho, y no puede caminar recto. Se acerca un espíritu terrible, se acerca a él. Él corre; el espíritu se acerca. Él corre más rápido, más rápido, la luz del espíritu todavía se acerca, tambaleándose sobre arrozales. Cae en arrozal; espíritu todavía se acerca, gran bola brillante, rodando, tambaleándose hacia él. No se puede levantar, espíritu se acerca».

—¿Qué pasa, qué pasa? —me tapo la cabeza con las manos.

Esposo se ríe.

—El espíritu tiene miedo, igual que mujer estúpida —dice—. El espíritu se acerca más, más, después se va. Sólo lluvia sobre arrozales.

De noche. Llueve. No puedo dormir. Vienen los espíritus. Se quedan sobre mi cama. Veo cabezas pero no cuerpo. Todos tienen cara de niña.

Esposo dice que la Nueva Montaña Dorada está llena de demonios blancos. Huelen a cordero y mantequilla; no les gustan los *Tongyan*. Pero no hay demasiados espíritus en la Nueva Montaña Dorada. No tantos se matan o son asesinados. Esposo dice que si oyes a alguien delante de la puerta en la Nueva Montaña Dorada no es un espíritu, es *Tongyan* o *gweilo*. No hay espíritus en las noches lluviosas. Él dice: en la Nueva Montaña Dorada todos los espíritus son espíritus, ¿entiendes?

Yo contesto: Sé, no sé, no me gustan los espíritus.

Cuando yo muera, Suegra y Suegro mueran, Esposo en Nueva Montaña Dorada. ¿Quién quema dinero e incienso y hace ofrenda de comida? ¿Quién cuida de mí?

La historia de la concubina

Mei-lin estaba sentada en la parte trasera de la tienda, cortando hojas de papel de un rollo enorme, doblando y pegando bolsas de papel marrón de diferentes tamaños... doscientos, cuatrocientos gramos, un kilo... hasta tres kilos. Wai-wai estaba tumbado a su lado, en su cuna hecha con una caja de manzanas. De vez en cuando ella le sonreía, haciendo sonidos suaves con la lengua y los labios, y cuando se le cansaban las manos, se agachaba y le tocaba la cara, dejando que él le agarrase el meñique.

Shun preparaba fardos de plátanos... cada plátano atado por el extremo, separado un centímetro y medio, una escalera de fruta amarilla, cordel y nudos corredizos. Al terminar, colgaba cada fardo sobre las filas de fruta pulida en el escaparate delantero.

Mei-lin oyó la voz nasal del cartero. Cogió a Waiwai, cruzó la puerta y entró en la tienda. Supo, mientras Shun abría el sobre, mientras desdoblaba el papel amarillo, que la carta era de la Esposa. Le miró a la cara, observó la ligera arruga que tenía en la frente, mientras los ojos de él releían las palabras. Volvió a doblar el papel, de forma precisa, por los pliegues, lo metió de vuelta en el sobre, y de ahí al bolsillo interior de su chaqueta.

—Quiere al niño —dijo, sin mirarla.

El bebé gorjeó. Se derramó leche cortada sobre su ropa, sobre el pecho de ella, una mancha oscura se extendió por la tela azul de su vestido. Le limpió la cara con el dobladillo de la ropita, se dio la vuelta, cruzó la puerta de nuevo, subió las escaleras hasta el dormitorio. Cerró la puerta.

Estaba poniendo agua, con una jarra de porcelana, en la piletta que había sobre el tocador, cuando Shun entró. Él alargó la mano para tocarle un brazo, pero su cuerpo se puso tenso y él dejó caer la mano a un costado.

—Es la Esposa —dijo él con tranquilidad—. No tiene hijos.

Mei-lin desabrochó el trajecito de Wai-wai, le sacó los brazos de las mangas. Cogió un trapo de muselina blanca, lo hundió en la piletta y lo escurrió. Con suavidad, le limpió al bebé la cara y el pecho.

Shun le colocó la mano sobre el hombro.

Huevo de tortuga, pensó ella. *Bastardo*. Giró en redondo hacia él, vio cómo sus ojos parpadeaban, bien abiertos, mientras levantaba las manos al tambalearse hacia atrás. Se paró, se dio la vuelta hacia el niño.

Siempre había hablado con cuidado, sus palabras habían sido aceite líquido, aromático.

Cerdo. Te ha criado un perro.

Él se apartó de ella, sólo un poco más lejos de lo que podría llegar al alargar la mano.

—Nosotros nos tenemos el uno al otro —habló—. ¿Qué tiene ella?

Palabras de mierda. Cogió una toalla del extremo de la cama, envolvió a Wai-wai en ella. Se giró para mirarle de frente, sujetando a su hijo contra el hombro.

—¿Dónde estamos? ¿En China? ¡Eres el Esposo!

Wai-wai empezó a llorar. Ella meció al pequeño entre sus brazos, haciendo chasquidos suaves con la lengua.

—Es el hijo mayor, tenemos que mandarlo a casa, ¿cómo va a recibir una educación...?

—Cuando sea lo bastante mayor, por supuesto, mándalo a casa, pero ¿por qué ahora? ¡Es sólo un bebé!

Shun apartó la mirada, no dijo nada.

—Si sientes algo por mí, encuéntralo en tu hígado...¹⁶

Ella intentó alargar la mano para tocarle, pero él se zafó.

—Ella sabe que el primo Gok-nam va a ir a casa, quizás dentro de dos años —Shun se detuvo, la miró—. Su esposa puede cuidar del niño en el barco.

Aquella noche Mei-lin cocinó arroz, y hueso de cerdo y sopa de *puha*: nada más. Sacó dos pares de palillos, dos cucharas de porcelana, dos cuencos de arroz color verde pálido. Sirvió al padre de su hijo y a su hermano, después se sentó lejos de la mesa, sosteniendo a Waiwai sobre las rodillas. Se sentó, mirando cómo succionaban el tuétano, el cartílago gelatinoso, cómo sacaban la carne suave, gris, con la lengua, dejando las costillas y los huesos de codillo limpios sobre la mesa. Como el contorno de una marea sobre la superficie de madera.

Horas después, cuando estaba tumbada en la cama, oyó a Shun subir las escaleras... el crujido del quinto escalón de arriba, la forma en que él se apoyaba más en la pierna derecha que en la izquierda. Se giró para darle la espalda a la puerta, estiró hacia arriba el edredón de hilo de algodón para taparse la nuca. La puerta se abrió, se cerró con un ruidito seco. Oyó el metal de los aparatos ortopédicos de él al golpear contra el suelo, notó el movimiento del colchón cuando él se subió a la cama. El olor a cigarrillos. Vino *Ng Ga Pei*.

Nunca le había rechazado. Todas las noches le había masajeados los pies, había besado su pene, le había contado pequeñas mentiras. Su habitación era una *carpa de hibisco*: cuando no yacían juntos como las nubes y la lluvia, ella le frotaba los hombros y el cuello, le relajaba para dormir. Él había pagado quinientos *man* por ella. Pero ella le había hecho amarla.

Le levantó la parte de arriba del pijama, deslizó las manos agrietadas por sus pantalones, le frotó las nalgas, las caderas, los pechos. Ella intentó darse la vuelta, para apartarle, pero él la sujetó, apretando fuerte para penetrarla. En la ventana, las cortinas

de encaje se levantaban y caían. Ella pudo ver nubes en un pequeño rectángulo de cielo, iluminado por los espíritus, moviéndose, alejándose, y no podía respirar, no podía abrir la boca o girarse para quedar libre. Escuchó un grito que no reconoció, un tirón, sus uñas arañándole las mejillas.

—¡Zorra!

Le pegó en la cara con fuerza. Se levantó, cogió su ropa.

Ella oyó el portazo, cómo bajó las escaleras a trompicones, maldiciendo, saliendo por la puerta trasera. Wai-wai lloraba. Se quedó tumbada en la cama, temblando, meciendo su rostro ensangrentado, su cuerpo hecho un ovillo, cerrado como un puño.

Pedazos de cuervo¹⁷

Pasaba de la medianoche. El viento del norte había refrescado y Shun tiritaba. Se había marchado de casa a ciegas, sólo con una camisa arrugada, pantalones y zapatillas. Una fina neblina lluviosa se asentó en su pelo y su piel, humedeciéndole la cabeza.

Aquella tarde cerró la tienda pronto, antes de las diez, y se quedó sentado solo en la cocina, mucho después de que Yung se fuese a la cama. «Mercado por la mañana», había dicho Shun. «Yo iré.» Contestó él con la voz un poco demasiado fuerte, con un tono vivo, y Shun le miró, y le vio subir las escaleras, y pensó en Mei-lin y Wai-wai, acostados, durmiendo, y pensó en su esposa, allá en casa, en China.

Se terminó la botella de vino de arroz que había en el armario, la que Mei-lin utilizaba para cocinar, y después abrió otra. Tenía calor y sabía que su rostro luciría el color rojizo de alguien no acostumbrado a beber. Se sirvió el líquido naranja oscuro en el vaso; olía a cáscara mezclada con alcohol fuerte. Estiró los labios en una sonrisa estrecha. «*Gon booi*», dijo, *apura la copa*, levantando el vaso hacia las escaleras vacías, hacia la tetera que se enfriaba en la cocina.

Quería cerrar su mente, como Ah Wing, que gastó todo en *pakapoo* y *mujeres de cien hombres*, y nunca envió dinero a casa. Pero Ah Wing estaba maldito, maldito por su madre y maldito por su padre: un hombre que moriría y jamás encontraría descanso, destinado a vagar sin que nadie le ofrendase comida, sin que nadie quemase dinero y ropa y casas de papel¹⁸. Un mendigo hambriento.

Shun se palpó el interior de la chaqueta pero no pudo encontrar el bolsillo, después se dio cuenta de que estaba buscando en el lado equivocado. Allí... en el forro, un papel arrugado. Sacó el sobre y leyó las palabras lentamente... ése era su nombre, ésa su dirección. En esta tierra de nadie, incluso su nombre se había convertido en algo que no comprendía.

Wong Chung-shun.

Esposo.

Esposa.

Madre de su hijo.

Levantó el vaso. A la luz, el licor brillaba, naranja, dorado, refinado color carey, como la peineta que Mei-lin llevaba en su pelo negro, aceitado. Echó la silla hacia atrás, dejó el sobre, el vaso lleno de vino sobre la mesa, y se tambaleó hacia las escaleras. Le dolía la

pierna; su cojera siempre era más pronunciada cuando estaba cansado. Quiso... desesperadamente.

Por la noche la observaba quitarse las peinetas del pelo, observaba cómo éste se soltaba lentamente y le caía por la espalda como si estuviese vivo. Cuando ella se le acercaba mientras él yacía sobre la cama, el pelo de ella caía suelto sobre él, enredándose en él, que imaginaba que ella salía del agua, su pelo abundante, reluciente como un alga marina negra.

Le gustaban los pequeños gemidos cuando entraba en ella, una y otra vez. Le gustaba lo pequeña que era, la forma en que podía levantarla y moverla como a una muñeca. Lo supo la primera vez que la vio, cuando el padre de ella le dejó verla desde detrás de la cortina. Quiso llevársela. Acercarse por detrás y empujarla a la oscuridad, antes de que ella viese su rostro. Antes de que ella supiese su nombre. Supo desde ese momento que la follaría. La poseería.

Cuando le quitaba la ropa interior sabía que podría romperla si no tenía cuidado. Si quisiera.

Peces en el agua, eso es lo que son... lo que han sido. Pero ahora él había sido expulsado a las calles húmedas sin nada con lo que volver a entrar. Caminaba sin saber el destino, el acto de caminar tenía su propio propósito, un acto de meditación. Alrededor del Basin, por delante de árboles col que agitaban su negrura, con las copas puntiagudas en los campos vacíos; subiendo Buckle Street hacia el cuartel, a la derecha para entrar en Tory, por delante del campanario de Mount Cook School; a la izquierda para entrar en Haining.

Estaba oscuro, silencioso, algunas de las casas parecían deshabitadas, con los postigos cerrados como rostros negros sin ojos, sólo los párpados. Shun se detuvo frente al número 34. Cruzó la fachada del lugar donde Ah Wing vivía en una pequeña habitación, después entró en un callejón estrecho.

«*Hoi moon*», le gritó a una ventana en el piso de arriba, *abre*; después esperó junto a la puerta lateral. Estaba revestida de acero, sin pestillo, ni pomo.

Un aroma ligero, familiar, dulce y terroso, flotó por el aire fresco.

Desde arriba alguien tiró de una cuerda. Shun entró, y el trozo de madera al pie de la puerta pivotó para volver a cerrarla. Entonces se quedó de pie en un cubículo frente a otra puerta enfundada en acero.

«*Hoi moon.*»

Se abrió y recorrió la entrada, subió las escaleras, entre unos gases cada vez más fuertes, sus zapatillas chancleteaban sobre los tablones de madera.

En la parte superior la trampilla estaba abierta, una cubierta de metal yacía junto a ella.

El humo espeso y el calor, el aire viciado, hicieron que Shun retrocediese y contuviese la respiración. Un extremo de la boca de Ah Keung se levantó a modo de saludo, pero sus ojos no sonreían.

En el centro de la habitación una pequeña lámpara proporcionaba la única luz, su llama ardía por la parte de arriba del cristal con forma de campana. Dos hombres estaban sentados allí, alrededor de la lámpara, sobre esteras de paja, sus rostros de pájaro mostraban un enorme alivio. Uno preparó su pipa, metiendo una aguja larga en la llama; el otro se tumbó a su lado, apoyado en una almohada de madera, con los hombros y la espalda encorvados, succionando una pipa de bambú, bebiéndose el humo en una larga calada. Contra el muro lejano, las sombras de tres, quizás cuatro hombres más echados sobre bancos de madera.

Shun había fumado *pedazos de cuervo* dos o tres veces, a regañadientes, sólo después del accidente, cuando el dolor de la pierna era demasiado para soportarlo. Ahora todo lo que quería era liberarse... para que sus músculos cansados y su mente se aplacasen desde el interior.

Observó cómo Ah Keung metía un largo alfiler de sombrero en un saquito de color toffee oscuro, girándolo para llegar al fondo. Lo calentó sobre la llama y volvió a meterlo, girando y levantando el alfiler, girando y levantando hasta que la sustancia creó una gota en forma de cono. Tostó la gota hasta que empezó a burbujear, después la apretó dentro de la cazoleta de una pipa de bambú, empujando la aguja por el agujero y sacándola después.

Shun cogió la pipa. «*Ah foo yung*, hibisco», pensó; «*ah foo wing*, llévate al prisionero para siempre». Se echó sobre una esterilla de paja, descansando la cabeza y el cuello sobre una almohada de madera, colocó la cazoleta sobre la llama, la pipa contra su boca, el cuerpo hecho un ovillo como un moño tenso.

Ahora cierra los ojos y escucha, porque ésta es una historia transmitida a través de los tiempos, una historia de érase una vez una chica que anhelaba un esposo, pero no podían encontrar ninguno para ella. Desesperada, buscó amantes, pero todos se retiraron con horror, porque su piel estaba profundamente picada de viruelas.

Al final, incapaz de seguir soportando la soledad, bebió veneno, y mientras yacía, muriendo, invocó una maldición para todos los hombres que la habían rechazado. «En vida me despreciaste», dijo, «pero en mi muerte darás todo lo que tengas, y más, y me desearás».

Tras su muerte todos los hombres sucumbieron a una extraña enfermedad. Los médicos buscaron una cura por todas partes, pero no encontraron ninguna. Entonces, un día, un herbolario encontró una planta poco común creciendo junto a la tumba de la chica. Era alta, con flores rojas exuberantes, cada una con cuatro pétalos grandes. Cuando los pétalos cayeron, dejaron una cápsula verde, grande. El herbolario cortó

una de las cápsulas y recogió el líquido espeso, lechoso. Lo mezcló con vino de arroz y se lo dio a uno de los hombres.

Se recuperó al instante.

Todos los hombres bebieron el líquido. El dolor y la angustia abandonaron sus cuerpos y se sintieron repletos de una calma que nunca habían conocido. Sus sentidos se agudizaron, sus mentes se abrieron, una mujer hermosa con suave piel blanca les hizo señas.

Después desapareció.

Los hombres volvieron a enfermar. Anhelaban la liberación pero no la hallaban. Y por eso tomaron el líquido de nuevo.

Sus cuerpos se calmaron, como si durmiesen, sus mentes echaron brotes, se ramificaron y florecieron. La mujer les llamó, y desapareció.

Y así los hombres enfermaban, y sus cuerpos y sus pensamientos se veían sacudidos por el deseo y la desesperación. Cada vez que tomaban el líquido, mejoraban, pero cada vez que la mujer desaparecía, enfermaban más que nunca.

Vinagre

Shun volvió a casa dos días después, apestando a ese olor dulce, asfixiante. Sus pupilas eran puntos diminutos en la oscuridad de sus ojos. Mei-lin contuvo el aliento. «Tenía la misma edad que su padre.» Le observó mientras subía las escaleras y dormía otro día entero.

Hasta que se despertó y se lavó el hedor de la piel, el pelo, la boca; hasta que ella borró la fetidez de sus ropas y sábanas con agua hirviendo con jabón, cogió un edredón y durmió en el suelo, sujetando a Wai-wai entre sus brazos.

Después, regresó a la cama de él, pero siempre se retiraba temprano, se giraba de espaldas a la puerta cuando le oía subir las escaleras, nunca se dio la vuelta, ni siquiera sobre su espalda, hasta que oía la respiración profunda de él, deslizándose hasta la inconsciencia.

Un domingo, tan pronto como terminaron de desayunar y limpiaron la tienda, Shun se fue con Yung a Haining Street, como de costumbre. No se detuvo con su hermano a beber té. En lugar de eso se fue a la tienda de Ah Chong.

Olió el cerdo asado incluso mientras recorría el callejón hacia el patio trasero. Pidió un corte limpio, de cadera, y lo inspeccionó con cuidado. ¿La piel estaba crujiente? ¿Era ésa la forma correcta de atar la grasa y la carne tierna? Fue a otras cocinas y compró *dim sum*, fideos caseros y tartas pequeñas de crema. Se fue derecho a casa.

Mei-lin apretaba a Wai-wai contra su cuerpo, observando sus platos favoritos... y se negó a comerlos.

Aquella noche Shun se puso a jugar a las cartas con su hermano, debatiendo sin entusiasmo sobre los poderes imperiales, la inminente caída de la Dinastía, la esperanza de la nueva República. Yung citó a Liang Ch'i-chao: «Si quieres mantener intacto lo antiguo, tienes que hacer algo nuevo cada día». Pero Shun no lo comprendió. No le importaba. El mundo se había vuelto una película en movimiento, sin voz, desprovista de color, una serie de acciones desnaturalizadas salpicadas por el sonido de un piano frenético.

Observaba cómo pasaban ante él los días y las noches. Observaba a la madre de su hijo, observaba el silencio instalándose sobre ellos.

Discutieron de nuevo. Sólo una vez.

—Nadie manda un bebé a casa sin su madre —dijo Mei-lin—, ni siquiera con otra mujer. ¿Qué hay de la disentería? E incluso cuando llegue el barco, ¿cuánto se tarda en volver al

pueblo? ¿Qué hay de los bandidos? ¿Qué hay de las inundaciones? ¿Qué hay de la hambruna?

Él evitó su mirada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? ¿O eres un cobarde?

Casi la golpeó, pero la expresión de su rostro le detuvo. La mirada dura, firme, la determinación de su boca frente a él.

—Ella *come vinagre* todo el tiempo —continuó Meilin—. Es un tigre. ¿Por qué haces esto? ¿Qué autoridad tiene sobre ti?

Sucedió mucho tiempo atrás, antes de que Shun y su esposa hubiesen nacido o siquiera hubiesen sido concebidos. Había llovido durante semanas. El padre de Shun oyó llantos desde el río en crecida. Dejó el palo que llevaba sobre los hombros y no se fijó en que las verduras se desparramaban. Saltó al agua y arrastró hasta la orilla al hombre que se estaba ahogando.

Después, el hombre le prometió a su primera hija.

Shun tenía catorce años, su esposa tres más, cuando se conocieron el día de su boda. Después de todo el cerdo asado y el vino y los petardos, le levantó el tocado rojo. Y apartó la vista.

Su rostro era ancho. Estaba lleno de viruelas y hoyuelos, su boca era como uno de los pliegues de un bollito *cha siu* al vapor. Se fue a la cama con ella y fingió dormir.

Ella trabajaba duro. Recogía agua del río. Limpiaba el barril del baño. En ocasiones especiales preparaba sus platos favoritos y los de los padres de él... pollo crujiente, pescado entero al vapor, sopa dulce de hongos de la nieve.

Era como una hermana mayor mandona. *Tan ruidosa y pesada como un demonio.*

Él creció. Se inventaba historias de espíritus que ella siempre creía. Aprendió a reírse de ella.

Bebía, cerraba los oídos y los ojos... y se acostaba con ella.

Dio luz a niñas y lloró cuando le quitaron a la segunda y la tercera. Su boca cuajó rápido en el rostro chueco; sus ojos se endurecieron hasta convertirse en pequeñas piezas de obsidiana.

Se quejó. Enfureció. *Derramó pimienta.*

Shun se marchó a la Nueva Montaña Dorada.

Cuando regresó, apenas la reconoció. Tenía la piel oscura y arrugada como el cuero de un pobre. En su espalda, los inicios de una joroba. Sólo la mueca de sus labios resultaba familiar, los ojos de obsidiana.

¿Cómo iba a oponerse a una concubina? Ella no había engendrado ningún hijo. Le ofreció a su muchacha de servicio. Una chica a la que ella podía controlar, por completo.

Y entonces vio a Mei-lin, vio lo totalmente hechizado que estaba él. «Dame un hijo», suplicó. «Dame un hijo.»

La miró y negó con la cabeza con incredulidad. ¿Cómo podía siquiera confiar en concebir?

Qué pena le daba.

Él se quedaba tumbado, pensando desesperadamente en Mei-lin. Y cuando tocó la burda piel de ella y olió el aliento hediondo de sus dientes podridos –por años de escupir azúcar de caña– su pene se ablandó.

Shun se despertó. Miró, en la penumbra, el pelo de Mei-lin sobre la almohada, la palidez de su piel, sus labios como un capullo de rosa.

Permaneció echado en su lado de la cama y se sintió viejo, consumido. Su *ch'i* se estaba secando, su carne se convertía en hueso.

Esclava

Mei-lin notó la mano en su brazo y se dio la vuelta. Wai-wai había subido trepando por detrás de ella mientras estaba sentada sobre una caja de manzanas, zurciendo un calcetín y esperando que entrasen clientes, y en aquel momento su carita le dio un empujón en el vientre. Dejó la aguja y lo cogió. Él se acurrucó hundiéndose en ella, agarrándola del pecho con sus dedos diminutos, olfateando su piel de la forma en que ella también hundía su cara en él, respirándole. «*Ho dak yi*», susurró él, *adorable, bueno para besar*. Después más fuerte: «¡Esclava inútil!».

Mei-lin se rió. Ella le susurraba palabras de cariño, y después gritaba en voz alta: «¡Esclava inútil!», para que los espíritus creyesen que él era sólo una niña sin valor alguno y no se lo robasen. Y él se acordaba de todas las palabras que ella le decía, con el mismo tono, el amor y la desesperación, y se las repetía. Las palabras le bullían en las entrañas, tibias y ligeras, hasta que se dio cuenta de lo que él decía, un bebé que hablaba sin comprensión. Lo abrazó fuerte, sintió la suavidad de la piel del pequeño contra su cara, olió el aroma de la leche que había bebido. Pero él se revolvió, quería irse y jugar con cajas de manzanas y periódicos, con el grillo que su padre había metido en un bote de cristal con cáscaras de fruta. Lo dejó en el suelo y le miró marcharse caminando con pasos inseguros.

Cada semana, por turnos, siempre que el padre de su hijo podía prescindir de ella en la tienda, se marchaba a hablar. A la cocina de otra mujer; a la verdulería, lavandería, tienda china de comestibles. Bebía té y chismorreaba sobre asuntos que sucedían allá en casa... quién había dado a luz un hijo o quién sólo una hija, a quién le habían arrastrado la casa las inundaciones o a quién le habían robado la cosecha de arroz los bandidos. Y mientras comían, y bebían, y charlaban, recordaba las instrucciones del padre de su hijo.

—Qué esperanza tenemos —decía—, a menos que nos libremos de la corrupción imperial. El nuevo Emperador sólo tiene tres años y el Regente es débil y está dominado por poderes extranjeros. ¿Por qué creéis que los *gweilo* nos tratan con ese desprecio? ¿Tratan así a los enanos del este? No, Japón se cuenta entre las potencias imperialistas, igual de hambriento por nuestra tierra y nuestra sangre.

Se detuvo, trató de volver a recordar la forma en que lo decía el hermano de él, porque Yung sabía exponer mejor un argumento; pues si pensaba demasiado en el padre de su hijo, en sus palabras, su rostro, sus manos, quería escupir, quería gritar, quería...

—Nuestra patria nos necesita —continuaba—. ¿Pero qué podemos hacer? Tenemos que

derrocar a la Emperatriz Viuda. No somos manchúes, somos gente de la dinastía Tong, no de la Ch'ing. Debemos llevar a China a la era moderna. Hablad con vuestros esposos. Persuadidles para que aporten los pilares de la República. Persuadidles para que sean generosos. Sun Yat-sen es uno de nosotros. Habla nuestro idioma. Vive en el extranjero. Ha estudiado en el extranjero. Conoce nuestra difícil situación. Sólo él sabe cómo hacer que China vuelva a ser fuerte. Sólo entonces levantaremos nuestras cabezas y miraremos a los bárbaros a los ojos.

Y de esa forma Mei-lin apoyaba el trabajo de Yung... y del padre de su hijo. Y la causa de los *Tongyan* y las mujeres, porque en la China moderna ella confiaba que las mujeres también recibirían educación, como la esposa de Sun Yat-sen y las hermanas de ésta. Piensa en las mujeres de la Revolución Francesa que se atrevían a hacerse con sus propios destinos, le había dicho Yung. Mei-lin recordaba cada palabra del hermano del padre de su hijo, un hombre que le mostraba respeto al hablarle de forma abierta, inteligente, de la causa.

La mayoría de las mujeres a las que visitaba Meilin, y sus maridos, la trataban con respeto. Sabían que trabajaba duro, que se ganaba su derecho a estar aquí. No como las esposas que se quedaban, que tenían muchachas de servicio y recibían envíos de dinero. Aquí todas las mujeres trabajaban noche y día. Y ella tanto como cualquiera. Sólo parte de la familia *de él* la menospreciaba.

Apenas tres meses antes, cuando visitó a la esposa del primo Gok-nam (porque el primo Gok-nam hasta el momento sólo había entregado cinco libras), aquella estúpida parloteó sobre el planeado viaje a casa.

—No estés preocupada por Wai-wai, es por su propio bien, ¿no quieres que crezca como un *gweilo*, *la?* *Aaaiyaa*. Madre Mayor¹⁹ le malcriará, lo querrá a morir, es un niño tan precioso; y no te preocupes, le cuidaré en el viaje como si fuese mío, y cuando regrese no le reconocerás, habrá crecido tanto y será tan listo como su tío...

Mei-lin quiso abofetearla. Esta mujer sabía exactamente cómo se sentía respecto a Madre Mayor, respecto a que Wai-wai se marchase, y sin embargo estaba ahí restregándoselo por la cara.

—¡Qué vas a saber tú! —contestó, mirando con dureza a su prima—. Ni siquiera tienes hijos.

—*Aaaiyaa*. Madre Mayor tiene su derecho *la*, después de todo sólo *eres*... —entrecerró los ojos—. Oí que pagó quinientos *man* por ti, bastante teniendo en cuenta que tu padre era... tienes suerte de ser bonita, de lo contrario podrías haber terminado como esclava durmiendo en el suelo de la casa de algún hombre rico, *la*. ¿Y después qué crees que te habrían hecho? Si no el amo, entonces los hijos y los sirvientes...

—¡Bruja! Puede que no sea una esposa, pero le he dado un hijo. ¿Qué has hecho tú, *la?* ¿Por qué crees que él quiere volver? Te dejará allí para servir a su madre y a su padre, ¿y cómo crees que te tratarán? Si tu suegra te golpea, ¿quién se apiadará de ti? Realmente no importará si vives o mueres. Pase lo que pase, él les dirá a las autoridades

que moriste en China y se traerá otra esposa. Una esposa más joven y bonita. Una que le dé un hijo.

Mei-lin no volvió, ni tampoco la esposa del primo Gok-nam fue a visitarla a ella. Por lo general lo hacía al menos una vez a la semana, para charlar acerca de quién se iba a casa o quién había ganado dinero jugando *fantan* o *pakapoo*, y para comer los bizcochos blancos al vapor que preparaba Mei-lin, que tenían fama de ser los mejores de Wellington. Shun le preguntó a Mei-lin una o dos veces si había hablado con ella. El primo Gok-nam todavía no había dado más dinero.

Pero de pronto no importó. El primo Gok-nam lo perdió todo jugando *pakapoo*, y no podía volver a casa, y mucho menos dar algo para la Revolución. Cuando Shun se lo contó, Mei-lin se disculpó con rapidez y corrió arriba. Cerró la puerta del dormitorio y se echó a reír. Se lanzó sobre la cama y se limpió las lágrimas de los ojos, su cuerpo temblaba y temblaba como si algo muy duro, atado fuerte en su interior, se hubiese liberado de repente.

Una mano pequeña, pegajosa, le tocó la muñeca. «Come, *la*... come, *la*.» Wai-wai empujaba hacia ella una galleta empapada, medio mordida, tenía migas húmedas pegadas en la boquita, la mejilla derecha, la barbilla, y algunas pegadas en la camiseta.

Mei-lin sonrió. ¿Era ésa la galleta que le había dado el día anterior? ¿Dónde la habría escondido aquel granuja? «Gracias, buen chico.» Empujó la galleta rota de vuelta hacia él. «Come, *la*», dijo con suavidad. Se pasó el dorso de la mano sobre el rabillo del ojo y cogió al niño en brazos.

El teleférico

Los domingos siempre eran un lujo: el día de la semana en el que todo el mundo dormía al menos media hora más. Mei-lin se levantó a las seis. Encendió la cocina de carbón y puso agua a hervir, abrió el bote de té *Oolong* y olió las hojas oscuras, como ahumadas. Le encantaba ese olor, casi a almizcle. Después de que su padre se lo hubiese jugado todo, antes de que la vendiese, no había té, sólo tazas de agua caliente. Colocó una cucharita escasa en la tetera de porcelana, añadió agua hirviendo, observó cómo las hojas se expandían y se desplegaban, las ramitas más ligeras flotaban en la superficie del agua coloreada. Puso la tapa y volvió a colocar el bote en su cesta de mimbre acolchada. Después empezó con las gachas de arroz. Lavó el arroz, añadió huesos de cerdo marinados y asados con ajo, jengibre, vino de arroz, azúcar y soja, colocó la olla sobre la cocina, llena de agua hasta las dos terceras partes, añadió muchos más pedazos de jengibre y ladeó la tapa sólo un poco para que no se desbordase.

Los hermanos se levantaron a las seis y media. *Jo san, temprano por la mañana*, se dijeron el uno al otro cuando se encontraron en las escaleras. Se bebieron el té, después Shun limpió la tienda con sosa, jabón y agua caliente. Pasó un trapo por las estanterías y las mesas, la caja registradora y las balanzas. Fregó el suelo. Cogió del escaparate la fruta blanda, madura, y la cambió por la más fresca, la más sonrosada. Y en una ocasión, se detuvo por un momento, mirando por el cristal a la calle vacía, las ventanas oscuras de las tiendas... la carnicería de Mackenzie, la mercería de Wilson, la farmacia de Krupp... el cielo azul claro.

Fuera, en la parte trasera, Yung puso en vertical una fila de cajas de manzanas. Encendió una lámpara de queroseno, después entró en el cuarto donde maduraban los plátanos. Se quedó mirando por un momento, medio a oscuras, respirando el gas, después salió, parpadeando ante la luminosidad, con un cajón de plátanos que colocó encima de una caja de manzanas. Sacó tres cajones vacíos de plátanos de la pila frente a la puerta trasera y los colocó a cada lado del que estaba lleno. Después clasificó los plátanos en tres grupos – verdes, medio maduros, maduros–, y los dispuso con cuidado en el cajón apropiado. Mientras trabajaba cantaba arias de óperas cantonesas, canciones tradicionales, cancioncillas que se inventaba al trabajar, sacando un cajón tras otro de la penumbra gaseosa de la habitación de los plátanos. Cuando hubo sacado y clasificado todos los plátanos, puso los verdes al fondo, los medio maduros más cerca de la puerta, y después se llevó los maduros a la tienda. Cualquier fruta irregular o demasiado madura

sobre los estantes –manzanas o peras con depresiones homogéneas de podredumbre marrón, o plátanos asolados por manchas o magulladuras en la piel todavía amarilla– la colocaba en los cubos de rebajas para hacer estofados, hornear o freír. Plátanos salados. No entendía el inglés... el idioma, como la gente, no paraba de cambiar las normas. Cocinaban un plátano y lo llamaban salado; comían lechuga cruda y la llamaban ensalada. Sacudió la cabeza y sonrió. En ocasiones especiales, cuando hervía lechuga y le colocaba por encima champiñones con salsa sabor a ostra, ¿eso también la hacía salada?

A las ocho menos cuarto, Mei-lin les llamó para desayunar. Se lavaron las manos y fueron a la mesa.

–Es un buen día –dijo Yung, mientras rociaba sus gachas con cebolla–. Tibio y sin demasiado viento –sorbió alegremente–. Hoy, estaba pensando en hacer algo diferente.

Todos los domingos los hombres bajaban a Haining Street a comer, beber y parlotear con primos de su pueblo y otros de su condado... con cualquier chino, en realidad: los acentos podían ser distintos, a veces incluso difíciles de entender, pero aquí, en la Nueva Montaña Dorada, todos eran hermanos. Mei-lin se quedaba en casa con Wai-wai, o a veces le llevaba a visitar a las otras pocas mujeres y niños.

Pero *sai yan*, los occidentales, hacían excursiones los domingos. En verano podían ir al Basin Reserve o coger el ferry hasta Days Bay o ir a pasear por Oriental Parade. Incluso las mujeres lo hacían. Yung había visto algunas. Había una multitud (sobre todo de hombres) mirando, disfrutando lo atrevido del atuendo femenino más novedoso. Sus trajes dejaban al descubierto brazos y hombros, la parte superior de sus pechos y una V de carne en la espalda; incluso dejaban al descubierto los muslos. Donde les cubría la tela húmeda se les marcaban todas las curvas, dejando poco para la imaginación.

La señora McKechnie le había hablado del teleférico, de que había un vagón arriba y uno abajo, de cómo uno subía mientras el otro bajaba, cruzándose en el medio, deteniéndose en cada estación con un toque de campana. Le habló del enorme Kiosco en la parte de arriba, donde los caballeros jóvenes llevaban a las señoritas a tomar té y tarta por seis peniques.

–Sube la colina hasta Kelburne –dijo Yung–, y puedes ver las montañas, y las casas y el puerto. Puedes volver a bajar en él o pasear por los jardines botánicos. Creo que cogeré un tranvía y después el teleférico. También me puedo llevar a Wai-wai. No tendré que pagar por él y le encantan los motores.

Shun arqueó las cejas. Nunca había subido a un tranvía, mucho menos a un teleférico. El tranvía costaba un penique, de modo que caminaban a todas partes.

–El teleférico sólo cuesta un penique con billete de ida y vuelta –siguió Yung–. ¿No sería divertido, Wai-wai?

Wai-wai empezó a suplicarle a su padre en voz más y más alta. A Shun siempre le resultaba difícil decirle que no, y no le gustaba la idea de que su hijo supiera y

experimentase más que él. Él también iría. Miró al otro lado de la mesa de la cocina, a través de las volutas de vapor que emanaban de los cuencos de gachas, y vio la decepción en el rostro de Mei-lin.

«¿Por qué no?», pensó, y le sonrió.

—La madre de Wai-wai también puede venir.

Mei-lin pudo sentir la llegada de las lágrimas a sus ojos. Parpadeó, quiso alejarlas. Nunca había ido de excursión, nunca había subido en un tranvía o un teleférico. Miró al frente, al padre de su hijo. Habían pasado meses y apenas le había hablado.

Aquella noche, Shun despertó con Mei-lin en sus brazos. ¿Por qué no lo habría hecho antes? Le apartó el pelo de los ojos, le dijo que arreglaría una adopción. Si no podían encontrar un niño adecuado en Caballote de Melones, entonces buscarían un Wong de los pueblos de Piedra Blanca o Cabeza de Arena. Encontrarían un hijo número dos para su esposa, allá en China.

Campo

Parecía la pregunta más extraña después de conocerse desde hacía tanto, quizás la más dura, porque parecía muy íntima. Si hubiese sido cualquier otra persona, Katherine lo habría sabido... Sabía que el panadero de al lado era George, aunque siempre lo llamaba sólo señor Paterson. Todo el mundo lo sabía. (Los pasteles de George eran famosos en Newtown, en todo Wellington, por la forma en que hablaba la gente.) Pero nadie sabía los nombres de los chinos. De vez en cuando alguien podría decir señor... señor Wong o señor Choy. Pero por lo general era el chino de al lado de Paterson o John en la esquina de Tory y Webb. Les llamaban John a todos, a los chinos. E incluso si alguien se molestaba en averiguarlo, ¿quién se podía acordar? Sus nombres eran como pájaros que nunca bajaban a tierra.

Katherine tenía miedo de preguntar. Miedo de que él dijera su nombre y que éste rondase cerca de los oídos de ella, su mejilla, su lengua, y después se alejase de ella volando. ¿Cómo podía preguntarle? Una y otra vez. Como si su nombre no fuese importante. Como si él sólo le proporcionase un servicio por el que ella pagaba, y le desdenase.

Él estaba envolviendo nabos con una página del *Evening Post* y ella esperaba que abriese los labios amplios, grandes. Sin darse cuenta, había girado un poco la cara, sin dejar de mirar atentamente sus ojos oscuros, su boca, manteniendo los oídos en tensión como si estuviese desplegando una red. Pero en vez de eso él se inclinó más, levantó la mano izquierda para que ella la viese. Ella no comprendió, sin embargo le miró la palma de la mano, como si fuese a leerle la línea de la vida, la línea del corazón, las líneas del número de hijos. Y entonces él levantó el índice derecho como si fuese un lápiz, y escribió trazo a trazo sobre su mano.

—*Wong* —dijo, y comenzó de nuevo, lenta, amablemente, como si se lo explicase a una niña—. Mi nombre tiene hierba... un radical... por encima —continuó, dibujando una corta línea horizontal sobre su piel y después dos líneas pequeñas que la atravesaban en vertical, cruzándola. Luego, una línea horizontal más larga, por debajo.

Un nombre, pensó ella, tiene un sonido que desaparece, y ahora también una presencia física, una forma sobre la piel, una aparición.

—La barriga de mi nombre es un campo —dijo él, dibujando una cuadrícula como una

ventana diseccionada en cuatro cristales pequeños.

Qué extraña, pensó ella, la forma en la que los chinos dibujan ventanas, cómo pintan tres lados de un marco, después las dos barras de dentro y sólo al final el alféizar al pie, como si no hiciese falta un cierre a menos que haya algo importante que cerrar. No, un campo, siguió pensando, no una ventana sobre el futuro, sino algo más terrenal. Ahora dos trazos por debajo, como dos piernecitas bailando, sosteniendo su nombre ante el mundo.

Le observó escribir su nombre de pila (¿pero qué significa eso, *de pila?*). «*Chung*», estaba diciendo él, y ella se perdió, en algún lugar tras el símbolo de China, el centro de todas las cosas, y tres trazos de un corazón palpitante. «*Fiel*», decía él, «leal», y ella pensó en la fe, en la lealtad y lo que podría ser cierto. «*Yung*», dijo él, «valiente», y ella pensó en el valor, en lo que siempre había tenido miedo de hacer, lo que siempre había tenido miedo de ser.

Pensó en cómo el apellido de él iba delante, cómo su familia tenía prioridad. Katherine iba delante en su caso. No McKechnie, que sólo era el apellido de su esposo; ni siquiera Lachlan, el de su padre. Sólo Katherine. Fuera cuanto fuera lo que ella pudiese contar consigo misma.

Observó el dedo de él moviéndose sobre la piel —esa extraña intimidad del lenguaje—, y sin pensar le pidió un nombre chino, una apertura en el lenguaje de él, una ventana a su mundo.

Espíritus, sueños

Eran las cuatro y media cuando ella entró, de camino a casa tras el trabajo. Le dijo que parecía cansado. Él se acordó de sonreír ligeramente. Se había levantado a las seis para ir al mercado y había pasado todo el día descargando el carro, lavando y arreglando verduras. Quedaban seis horas más, meter las coliflores, repollos, cebollas, cerrar la tienda, ordenar.

Estaba sorprendida. ¿Siempre tenía que trabajar tantas horas? ¿Qué pasaba con su hermano? Por supuesto, hacían turnos: él terminaba pronto los lunes, jueves y sábados, sobre las siete, cuando cenaban y su hermano le relevaba. ¿Y qué hacía entonces? Podría haber dicho que bajaba a *Tongyangai* y se juntaba con amigos como Fong-man, de vez en cuando jugaba al dominó o a las cartas, ante todo bebía té y debatía sobre política, pero entonces la miró de nuevo y recordó que Haining Street era una palabrota en inglés, algo como bastardo o puta, un lugar que los *gweilo* utilizaban para asustar a sus niños por la noche. Recordó que ella no sabía nada de China, ni de Sun Yat-sen y la Revolución, y quizás –probablemente– no le importaba. Notó cómo una risa nerviosa le subía por la garganta.

–¿Te gusta tejer? –preguntó ella–. He oído que a los capitanes de barco les encanta tejer. Supongo que está bien cuando no hay nada más que hacer.

–¿Tejier?

Ella imitó algún tipo de acción con las manos, pero él no lo comprendió.

–No te preocupes, sólo bromeaba –notó la perplejidad de él–. Haciendo una broma. Sólo estaba haciendo una broma.

Él vio el brillo en los ojos de ella. Todavía sentía curiosidad... ¿qué era ese *tejier* sobre el que hacía bromas? Y esa otra palabra, ¿dijo *bromeaba*?... pero no volvió a preguntar. A veces la desviaba con sus preguntas y olvidaban de qué estaban hablando. A veces él estaba completamente cansado.

–¿Entonces qué haces cuando no estás trabajando? –volvió a preguntar ella.

–Paseo –contestó.

Ya había olvidado las palabras nuevas. En su lugar, se lo tragó la noche, la forma en que un pie se colocaba delante del otro, todo rodeado de sombras y penumbra... luna, estrella, luz de la lámpara... las calles vacías de gente y llenas de espíritus, sueños, extrañas posibilidades.

–A mí también me gusta pasear –replicó ella, y él se sorprendió, y no supo qué le

había dicho ni qué había pensado, porque siempre había un hueco entre el pensamiento y la expresión, especialmente en otro idioma. «Es un buen momento para pensar», la oyó decir, y él levantó la vista de la coliflor que había escogido porque era la más grande, la más fresca y la más blanca, y le preguntó por dónde le gustaba pasear.

—A veces paseamos hasta Oriental Parade o incluso bajamos a la playa en Island Bay. Si hace bueno, hacemos eso. A los niños les gusta jugar en el agua.

»Robbie le da a la pelota o si hay otros niños por allí se junta con ellos para jugar al críquet... Edie hace castillos de arena... elaborados... grandes... A veces sólo vamos al Basin. Está mucho más cerca...

Katherine suspiró.

—En ocasiones creo que necesito más tiempo para mí. Lejos de la señora Newman diciéndome qué hacer. Lejos de los niños... —sonrió.

Él asintió. Él también necesitaba tiempo lejos de la tienda. Lejos de su hermano. Pero quizás tenía demasiado tiempo. A solas.

Hubo un silencio, sólo el pliegue y el crujido del papel de periódico. Al darle la coliflor envuelta, la pequeña bolsa de coles de Bruselas, le habló del lugar en el Basin, bajo los árboles col, donde le gustaba tumbarse, pensar y mirar el cielo nocturno.

La tarde siguiente, jueves, él no fue a Haining Street, ni Frederick, ni Taranaki. Paseó hasta el Basin. No había nadie bajo los pinos o los árboles col. Paseó por una pista, después otra, y otra. Luego se tumbó bajo un árbol y observó el cielo sin luna, las estrellas brillando en la oscuridad.

Aquí era distinto. Las estrellas dibujaban imágenes irreconocibles; contaban otras historias.

Pudo sentir la humedad atravesando su ropa desde la hierba que había debajo, incluso desde el aire. Su madre le regañaría. *Frío de muerte*, gritaría. *Cubo de arroz*, ¿es eso todo lo que puedes hacer? ¿Comer arroz y nada más? Tu hermano no sabe leer, ¿pero es él tan estúpido?

Yung se rió y se quedó mirando las estrellas, que brillaban más grandes y más maravillosamente borrosas a causa de la miopía.

Pensó en lo lejos que estaban. Pensó en el pastor y la muchacha tejedora, a quienes el cielo desaprobó porque la pasión interfería en sus trabajos... dos amantes a quienes el Emperador de Jade convirtió en estrellas, cuyos caminos se cruzaban sólo una vez al año, el séptimo día del séptimo mes²⁰.

Suspiró. ¿Quién podía entender a las mujeres y su pensamiento complicado?... especialmente a una mujer extranjera. Sentía cómo la humedad recorría su ropa, su piel, incluso su carne hasta la médula en el corazón de sus huesos, cuando escuchó su voz.

—Hola —saludó ella a lo lejos.

Levantó la cabeza y vio su silueta.

—Hola —contestó él, y dándose cuenta de que quizás ella no estuviese segura de que era

él, se levantó e inclinó el sombrero de la forma en que un *gweilo* saludaba a una señora—, señora McKechnie —dijo.

Trazo sobre trazo

La miró a los ojos mientras le hablaba de la luz de la luna, la luz de las estrellas, el lugar bajo los árboles col en el Basin. Katherine se sonrojó y se fue de la tienda con rapidez.

Pero no pudo dejar de pensar. Mientras preparaba la cena, mientras mandaba a los niños a la cama. No pudo dormir.

Al día siguiente se quedó mirando las teclas negras de la máquina de escribir y pensó en su pelo, sus ojos, el sonido suave, ronco, de su voz. ¿Qué acababa de decir la señora Newman? ¿Qué se suponía que estaba haciendo?

Pasó por la tienda de camino a casa, vio a su hermano apilando calabazas. No entró.

Notaba una opresión en el estómago. En la cena, no pudo comer.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Edie.

—¿Qué? Sí, estoy bien. Sólo me duele la tripa —dejó el tenedor.

—A mí las coles de Bruselas también me dan dolor de barriga —apuntó Robbie, apartando su plato.

Katherine pudo notar cómo la miraba, esperando que discutiese con él, esperando que le hiciera comer, pero por una vez ella no dijo nada.

Los niños se fueron a la cama y la casa se quedó en silencio.

Katherine abrió un libro y lo cerró. Cogió su trabajo de punto y lo dejó. Entró a mirar a los niños. Volvió a bajar las escaleras y dio vueltas de una habitación a otra. Ni un sonido del piso de arriba. Ni un sonido.

Se puso el abrigo y salió por la puerta trasera.

Había luna nueva; ella apenas podía distinguir la silueta de él bajo los árboles col.

—Señora McKechnie —dijo, como si hubiese estado esperando.

¿Cómo sabía que era ella? ¿Cómo *podía* estar esperando?

De pronto se sintió asustada. Había cometido un terrible error con Donald. Y ahora, ¿qué estaba haciendo, en nombre de Dios?

Él se levantó y caminó hacia ella, que no supo qué decir. Tenía que decir algo.

—No me has dado un nombre —soltó—. Te lo pedí hace más de un mes y todavía no me has dado un nombre.

Quería llorar. Qué cosa más estúpida había dicho. Como si hubiese recorrido todo ese camino... como si hubiese dejado a sus hijos durmiendo en la cama... sólo porque él se

hubiese olvidado. ¿Qué le pasaba? Era algo muy estúpido, muy estúpido para pedírselo, incluso entonces. Y ahora...

Se oyó el traqueteo de un tranvía al pasar, saliendo de Adelaide Road, para entrar en Rugby y recorrer Sussex; otro recorría Kent Terrace. Un borracho gritó y se tambaleó saliendo del Caledonian, el ruido de cascos de un carro tirado por caballos, el sonido irregular de un automóvil.

¿Qué estaba diciendo él? ¿Se estaba riendo? No con su habitual risa bronca sino de una forma algo más tranquila, más vacilante.

Las hojas de un árbol col se agitaron sobre ellos.

Ella se notaba el rostro caliente. Estaba temblando. Quería correr, pero notaba las piernas débiles, como si los huesos se hubiesen ablandado, como si se fuese a caer.

—Yo... me tengo que ir... —susurró.

Pero entonces él se acercó, la abrazó como para calmar su temblor.

Le giró la mano y, lentamente, dibujó sobre la palma de la mano de ella, con su dedo. Ella apenas podía ver, sólo movimientos de oscuridad dentro de la oscuridad, pero podía oler a jengibre y anís, el aroma del sudor reciente de un hombre, y pudo sentir la forma de su propio nombre, el nombre que él le estaba dando, la sensación de piel contra piel.

—*Lai* —dijo él—. Éste es el nombre chino de familia, no nombre que damos a extranjeros, no nombre como ingleses. Pones este nombre con color brillante y es el sol que sale de la noche. Tienes todos estos colores —ella podía escuchar la respiración de él, sentir su propia respiración, alientos cortos—. *Bik-yuk* —siguió él—. Éste es el nombre de pila. Significa jade —y volvió a escribir, trazando sobre la palma de la mano de ella su nombre, el nombre que él le estaba dando—. *Bik* —continuó—. Ésta es la palabra para rey y es blanca. Debajo hay roca. *Yuk*. Es tres jades —estaba dibujando líneas horizontales—, y este hilo las sujeta. Muchas mujeres tienen nombre como bonita o flor, pero tú eres pura y clara...

Ella oyó cómo un tranvía atravesaba su silencio al entrar en Adelaide Road, notó cómo él le tocaba el pelo, la mejilla, cómo le rozaba los labios, que se abrieron y dejaron un hilo de humedad en los dedos de él.

Miles de kilómetros

Das un paso, dos, abres los ojos... y has viajado miles de kilómetros.

¿Qué está haciendo?

Le evitó durante días. No quedaban verduras. No había ni plátanos ni naranjas que ponerles a los niños al prepararles la comida. Pensó en ir más lejos, encontrar otra frutería.

Pasó de largo sin girarse para mirar. Todavía podía sentir sus dedos, sus labios... Quería gritar. Quería que se la tragase la tierra...

Caminó, pero no pudo entrar en otra verdulería. Caminó. Y dio la vuelta.

Entró y notó cómo los ojos de él le recorrían el rostro, el cuerpo.

–Necesito verduras... y fruta –dijo, mientras la voz le temblaba–. Para los niños –no tenía fuerzas. No podía elegir.

Él descolgó un manojo de plátanos que había sobre el escaparate, escogió naranjas y zanahorias, coliflores y cebollas. Patatas. Al dárselo, sus dedos rozaron la mano de ella.

–Esta noche –habló él con suavidad–. Donde nadie nos vea.

Farol

Katherine mandó a los niños a la cama a las nueve. Edie pareció quedarse dormida casi de inmediato, su cara tan clara y calmada como la luna. Robbie se quejó. Tenía doce años, después de todo, y no era un crío. Sin duda podría quedarse al menos hasta las nueve y media. Le dejó leer sólo quince minutos, después subió, apagó la luz y bajó. Tenía ropa para remendar. Un calcetín de Robbie en el que su enorme dedo hambriento se había comido la lana a su paso, un par de pantalones que se habían roto por la rodilla. Era tan rudo con la ropa... corriendo por ahí dando patadas a las pelotas, subiéndose a los árboles, olvidándose de cortarse las uñas de los pies; esos pantalones sólo tenían un par de meses.

Ella solía protestarle a Donald porque nunca le daba bastante para los gastos de la casa. Ahora tenía suficiente y aún seguía remendando la ropa. Sonrió con tristeza. Entonces, la infelicidad lo coloreaba todo; ahora, sólo eran las costumbres de toda la vida. «Pero, Katie, están perfectos. Todo lo que necesitas es poner un poco de hilo y limpiarlos a fondo», le diría su madre.

Katherine se quedó mirando su costurero. No quería pensar en su madre. Se levantó y fue a la cocina, llenó la tetera y la colocó sobre el hornillo. Caminó de un lado a otro, los zapatos sonaban sobre las tablas de madera del suelo. Preparó té y se sentó en la mesa, sujetando la taza caliente entre las manos. Se enfrió y lo tiró. Barrió el suelo. Al cabo de diez minutos se percató de que había estado esparciendo carbonilla, caminando sobre ella, extendiendo polvo desde un montoncito hasta otros muchos. Apartó la escoba. Se sentó en la mesa. Se puso de pie, empezó a caminar de nuevo. Paró. Subió las escaleras con cuidado y echó un vistazo a los niños.

Edie estaba tumbada con los brazos levantados como si estuviese dulcemente bajo arresto, pero Robbie parecía haber estado corriendo, peleando, enredado con la ropa de cama como si estuviese atrapado en una tela de araña. Ella lo había desenredado muchas veces, desde que era muy pequeño. Recogió su almohada del suelo y se la puso bajo la cabeza, estiró las sábanas y el edredón con suavidad, y lo arrojó de nuevo como si todavía fuese su bebé, como si todavía tuviese cuatro años. Cerró la puerta al salir y no vio cómo los ojos de él parpadeaban al abrirse.

Abajo, volvió a quedarse mirando la ropa para remendar. Sin duda, en la vida había algo más que el trabajo duro y limpiar a fondo.

Se puso el abrigo, su sombrero más grande, el verde con flores naranjas, bien apretado

hacia abajo, y lo aseguró con un alfiler. Se metió en el bolsillo una caja de cerillas, cogió el farol, apagado, y después salió por la puerta trasera.

El frío de la noche la envolvió. Un cielo nublado. Se quedó allí de pie, a punto de volver a la cocina y cerrar la puerta. ¿Por qué estaba haciendo esto? Estaba loca. Sabía que estaba loca.

Escuchó. Los niños estaban dormidos.

Caminó junto al lateral de la casa, cruzó la verja, salió a la calle. Se dio la vuelta y se quedó mirando la oscuridad de las ventanas del piso de arriba. Tenía que cruzar la calle para regresar o seguir adelante. Pudo sentir los labios de él sobre su pelo, su cuello... a cada paso parecía volverse un poco más fácil, el corazón le latía en la boca.

Bajó Adelaide Road hacia las tiendas. Todo estaba cerrado... menos el Tramways Hotel, que derramaba sobre la acera una lúgubre luz amarilla, y risas. Y la verdulería. No, no era él, sino su hermano metiendo cajas de frutas y verduras. Caminó, sujetando el farol apagado, sabiendo que nadie en las casitas de madera la veía en la oscuridad, confiando en no tropezarse por la calle con nadie que conociese. Frente al Basin Reserve giró a la derecha, con rapidez, apartándose de la luz pálida de la farola, subiendo por la entrada a la Facultad. Las luces estaban apagadas en los dormitorios, todos esos chicos... algunos no mucho mayores que Robbie... tumbados en sus camas, susurrando, suspirando, soñando. Pasó por delante de las enormes cocinas donde los sirvientes todavía fregaban los platos de la cena y preparaban el desayuno del día siguiente. Atravesó los jardines de la escuela, para subir hacia Town Belt.

Entre los árboles, vaciló. Los enormes troncos de los pinos, con sus ramas balanceándose y cantando sobre ella. Solía jugar aquí cuando era una niña... Tan pronto como él lo describió, ella supo a qué lugar se refería, pero nunca había venido de noche. Se detuvo para dejar que los ojos se adaptasen a la oscuridad, respiró hondo y caminó despacio, sintiendo cada paso sobre la tierra antes de dejar todo el peso en él. Podía ver sombras, matices de negro y negro. Al final, cuando pensó que nadie la vería entre los pinos, buscó a tientas las cerillas y encendió el farol. La luz se escapaba sólo por un lado del cristal. Entonces vio la tierra subir y bajar, raíces de árboles, crestas y valles, alfombras de pinochas, cristales rotos, piñas, botellas vacías. ¿Qué era más aterrador: la ceguera o las sombras a la luz de la llama?

Caminó con vacilación, buscando el árbol, el único medio quemado por un rayo... allí... se agarró al tronco y caminó por detrás de él directa a... respiró entrecortadamente y cayó hacia atrás, pero unas manos la cogieron, la levantaron. Se puso de pie como si se estuviese ahogando en el aire, el farol se balanceaba, lanzando luz en zigzag sobre las ramas, el tronco, las raíces. La manga de él, el cuello, el rostro. Pudo olerle: jabón, jengibre y ajo, un olor masculino. Los pies de ella encontraron tierra firme; se abandonó, y entonces él también, sus cuerpos estaban tan cerca que ella podía sentir la respiración de él. Levantó la mirada y el ala de su sombrero barrió el rostro de él.

Se echaron hacia atrás. Ella se disculpaba y él decía algo que ella no pudo entender. Él

se reía, y la risa surgió de ella como una pequeña madeja de lana al desenrollarse. Después, silencio: sólo el susurro de las pinochas, la llamada del *morepork*, el traqueteo distante de los tranvías.

—Supongo que debería quitármelo —comentó ella.

Él no dijo nada.

Ella dejó el farol, deseando de repente haber soplado para apagar la llama. El alfiler del sombrero. Se notaba los dedos gruesos, torpes. Estaba sacando el alfiler del pelo, sintiendo que era un acto de enorme intimidación, como quitarse la ropa, enagua a enagua, como verte sorprendida desnuda a la luz de la luna. Dejó caer el sombrero, el pelo se deslizó sobre la nuca, sobre el rostro, notó los labios de él en la frente, cómo le levantaba la barbilla con la mano ahuecada, sus labios hacia él...

Después, se metió en la frialdad de su cama, notó la delgada capa de sudor sobre su piel, se quedó mirando el fantasma de una farola que entraba por su ventana.

Escuchó los sonidos de la oscuridad, cerró los ojos. El rostro de su madre se deslizó bajo sus párpados, su voz en los oídos que trataba de mantener tapados: «¿Por qué siempre traes a casa perros y gatos callejeros? ¿Qué te pasa? La gente pensará que no te he educado bien».

No fueron hombres. No hubo ningún hombre antes de Donald... y de todos modos, incluso ahora su madre seguía bajo el hechizo de Donald. Fue por Matilda Mulroney, que no tenía amigas porque era sucia y tenía un olor ligeramente desagradable pero un perverso sentido del humor que Katherine adoraba. Fue por el perro de tres patas que la siguió a casa.

Siendo honesta —y, bueno, la honestidad era una tiranía implacable que resultaba más fácil evitar—, Katherine se había fijado en los chinos.

¿Por qué, por ejemplo, eran casi sólo hombres? ¿Y por qué la gente los llamaba celestiales²¹? ¿Porque eran extranjeros? ¿Porque nadie sabía nada de ellos? Aparte de Haining Street, claro. Aparte del opio y el juego.

Katherine se fijaba en ellos cuando caminaban por la calle o cuando ella entraba en sus verdulerías. Antes, casi todos llevaban una trenza larga que les caía sobre la espalda, y que a veces enrollaban en un moño bajo el sombrero, la frente afeitada hasta el cuero cabelludo. Pero, cada vez más, se estaban cortando el pelo.

Se oían historias de peligro e iniquidad que parecían ridículas aunque convincentes. Sin embargo, la mayoría de los chinos parecían muy delgados y bajos. Muy educados y sencillos.

Si no hablasen ese inglés tan entrecortado, si su acento no fuese tan difícil, si no pareciesen tan fuera de lugar, tan extranjeros, quizás no se habría fijado en los chinos en absoluto.

Se acordó de la forma en que era con Donald...

Pero este chino era distinto. Los chinos eran aberraciones, y él, una aberración entre

ellos... Sonrió. Él tenía, ella se había dado cuenta, la sonrisa pícaro de Matilda.

Sabía que era una locura.

No volvería a reunirse con él. Él esperaría y esperaría y ella no acudiría.

Fue un sueño... un sueño hermoso, incómodo. Se despertaría. Por supuesto, sólo fue un sueño.

Pero todavía podía sentirle dentro de ella, su dolor como una magulladura.

No fue así con Donald.

Esto era ternura.

Él entró y a ella le cayeron las lágrimas. En silencio. No estaba llorando. Sólo era que las lágrimas le caían y no sabía por qué.

Cuando la tocó lo sintió como algo completo. Se olvidó de quién era él. Era un hombre, era *este* hombre, y ahora no existía ninguna otra razón de ser. Excepto que él la llenase. Y la llenase.

La intensidad de sus cuerpos llenando el mundo.

Yung se levantó temprano. No podía estar quieto. Se sentía como si tuviese una energía sin límites. Caminó hacia los mercados componiendo poemas cortos en su cabeza, recitándoselos a sí mismo, silbando antiguas baladas de amor. Su cuerpo ya no le pertenecía; parecía tan ligero... se sentía como si pudiese escalar paredes, llevar a cabo hazañas milagrosas de resistencia.

La puja todavía no había empezado. Caminó por los edificios grandes y tenebrosos, pasó por delante de los subastadores con sus tablillas; atravesó la multitud del resto de compradores; pasó junto a los enormes pilares de cemento y los letreros de madera pintada clavados en las paredes o colgando del techo... Sandy Pope, George Thomas, Leary, Hermanos Thompson, Townsend & Paul, D. Bowie, Market Gardeners; junto a las filas de productos, aquí una de coliflores, allá una de repollos, aquí lechugas, allá manzanas o peras; junto a montones de cajas de madera y enormes sacos de yute con el nombre del cultivador escrito en etiquetas de papel. Tarareaba al caminar, y sólo se dio cuenta de que estaba tarareando al cabo de un rato... una canción popular subida de tono sobre un novio, con sus amigos, esperando a la novia. Se rió y siguió tarareando, buscando los productos de los mejores cultivadores, hablando con sus compañeros de clan, «¿Ya has comido?», después sonriendo, «Sí, sí, he comido», aunque no había tomado nada desde la noche anterior. Sus zapatos sonaban sobre las tablas de madera húmeda del suelo, en algún lugar, justo por encima del zumbido de la conversación alborotada, los gritos, los golpes de las cajas de madera, el ruido de cascos de los caballos afuera en la calle. Junquillos. Se quedó de pie en Market Gardeners, oliendo los junquillos. Se rió. Hoy compraría flores.

¿Por qué se reunió con él? ¿Por qué? Sabía que tenía que salvarse a sí misma.

Quería enterrar el rostro en su piel. Añoraba sus caricias, su plenitud, su dureza empujando dentro de ella, a través de ella. Añoraba la desesperación de él, el estremecimiento que él le provocaba, la dulzura de la forma en que ambos caían en el sueño.

No podía dormir. No podía comer.

—¿Estás bien? —le preguntó la señora Newman—. Se te ve muy cansada y pálida. Tómate el día libre y vete a la cama. Y no vuelvas hasta que no te encuentres mejor.

Se encontró con él, cayó en sus brazos. Él entró y ella gritó. Quería gritar *te quiero*.

A veces, a primera hora, mientras la ciudad dormía y los únicos sonidos eran los del león y los monos que el aire traía desde el zoo, él la acompañaba por las aceras más oscuras hacia casa, cogiendo para ella pequeños recuerdos: una fragante rosa trepadora robada del jardín de la señora Farrell, cuyo color sólo se supo de veras cuando ella la llevó a casa y la examinó bajo la luz en la entrada. Era un juego entre ellos... rosa, amarillo, naranja, rojo: «Dices que es rosa, yo digo que amarillo, no te engaño, mañana me dices amarillo, ¿sí?».

Una vez ella cogió de la cuneta de la calle una piedra rota en forma de corazón, y se la dio. Él le dio vueltas con los dedos, la miró a ella de reojo, con una ceja levantada.

—Es un corazón —exclamó ella, pero él seguía sin entender—. Corazón —repitió, cerrando el puño, golpeándose en el pecho. ¿No conocía el corazón? ¿El amor?

—Corazón —pronunció él, mientras la palabra florecía en su mente. *Sum, sum gon*, mi corazón y mi hígado.

Sujetó la piedra en la palma de la mano, la colocó en el bolsillo del pecho. En realidad, no parecía un corazón en absoluto, nada que ver con los dos nudos entrelazados que para él representaban el amor, pero ahora entendía lo que ella le estaba dando.

Alargó la mano para coger un poco de follaje que caía sobre una valla de madera.

—En China —dijo—, tenemos *fa cha*, flor de té. Sabe a esto.

Acercó las flores diminutas al rostro de ella, que respiró profundamente. Flores con forma de estrella, pensó ella, como en estado de embriaguez.

Katherine miró con atención las flores bajo la luz, en su habitación. Unas pocas eran todavía pequeños brotes rosas, pero otras se habían abierto en cremosos pétalos delicados. Las colocó junto a su almohada, y durante toda la noche, y varias noches después, la fragancia llenó el aire oscuro y coloreó el mundo de sus sueños.

Agua hirviendo

—Éstas huelen bien, mamá. ¿Qué son?

Katherine levantó la vista de las patatas que estaba pelando. Edie sujetaba las flores con la mano extendida.

Por un momento Katherine no supo qué decir. Se quedó mirando la palma de la mano de su hija, los pétalos delicados ahora arrugados y con las puntas marrones.

—Son... se llaman jazmín —dijo.

—¿De dónde las sacaste?

Katherine cambió el peso de un pie al otro, siguió pelando, intentó sonar despreocupada.

—¿No las has visto antes? Crecen por encima de las vallas, bueno, en cualquier parte.

—¿Es ahí adonde vas por la noche?

Katherine dejó caer el cuchillo de cocina, casi en el pie. «¡Maldita sea!»

—Edie, ¿puedes recogerlo?

Edie cogió el cuchillo y lo puso bajo el grifo. Se lo dio a su madre y esperó.

—Me... me gusta tomar un poco de aire fresco. A veces necesito tiempo para mí misma...

Katherine cortó la patata por la mitad, en cuartos, dejó caer los pedazos, demasiado rápido, en la olla que estaba al fuego. El agua hirviendo salpicó y le llegó hasta el dorso de la mano. «¡Madre mía!» Puso la mano bajo el agua fría del grifo.

—¿Estás bien, mamá?

Katherine se giró y miró a su hija. Se parecía tanto a Edie cuando tenía su edad, y sin embargo qué diferentes eran sus vidas. Katherine tuvo que cuidar de sus hermanos y hermanas menores. Con sus padres fuera o trabajando, la dejaban para que cuidase de los «bebés».

Robbie cumpliría trece en enero e incluso Edie era mayor que lo que era ella entonces. Se sonrojó. Su madre no estaba...

Pero nunca eran más de un par de horas, ¿verdad? Tenía que acordarse de coger el reloj. Tenía que asegurarse de no estar fuera más de una hora... no, eso no era suficiente, no para ir y volver... hora y media, dos: sin duda los niños estarían bien durante hora y media. ¿Verdad?

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien... Tienes que tener cuidado con el agua hirviendo. Es mejor meter las

verduras deslizándolas con mucho cuidado... –cerró el grifo y se secó las manos, siguió pelando patatas.

–¿Mamá?

–¿Sí?

–No solías hacerlo.

–¿No solía hacer qué? –cortó y llevó las patatas sobre la tabla de madera hacia la olla. «Cuidado ahora. No lo hagas otra vez.»

–No solías salir por la noche.

Katherine se quedó mirando el agua hirviendo, creciendo. Pudo sentir la mirada de Edie. No levantó la vista.

Robbie fingía estar dormido cuando su madre entraba en su habitación. Quería rodearla con los brazos, suplicarle que se quedase.

Oía sus pasos descender las escaleras, oía la puerta trasera al abrirse y el chasquido al cerrarse, con los oídos tan bien afinados que podía imaginar sus pasos, la verja al abrirse y cerrarse, el sonido de su respiración, la forma en que se dispersaba hacia delante, y más lejos, en el aire de la noche.

Una noche, antes de que saliera la luna, se puso el abrigo encima del pijama, cogió los zapatos y se arrastró detrás de ella, siguiéndola por Adelaide Road. En un momento ella se paró y se giró, miró hacia atrás como si supiese que había alguien ahí. Miró durante un instante largo, más allá del poste de telégrafos, más allá de la madera y la lana, piel y hueso, ahora unidos como una criatura; miró al aire despejado, después se dio la vuelta y siguió caminando.

Él continuó, con cuidado para no hacer ningún ruido, girando para entrar en los jardines del College, observándola caminar hacia Town Belt. La siguió un poco pero no podía ver nada, preocupado por si ella oía el ruido de ramas o botellas rotas, preocupado por si tropezaba y gritaba al caerse. Y después, a lo lejos, vio el farol encendido, la silueta de ella, un hombre que salió a su encuentro.

Edie oía a Robbie salir por la noche. Lo veía desde la oscuridad de la ventana de su madre en el piso de arriba, la cama todavía hecha desde la mañana, demasiado ordenada, demasiado fría. Vacía. Miraba por la calle, observaba la oscilación del movimiento mientras él recorría Adelaide Road, antes de desaparecer.

Se tumbaba en la cama, incapaz de dormir, escuchando.

En una ocasión, cuando le oyó volver a subir las escaleras, salió.

–¿Dónde has estado? –preguntó–. ¿Dónde está mamá?

Él la miró y no dijo nada. Entró en su habitación y cerró la puerta.

Función de marionetas

Cuando Yung abrió la tienda, el hedor le ahuyentó. Alguien había orinado sobre la puerta durante la noche. Un borracho al salir del Tramways, pensó, y lo limpió con una solución de ácido carbólico y agua caliente.

Continuó pasando. Yung habló con la señora Paterson, el señor Mackenzie, el señor Wilson, el señor Krupp. Nadie más tenía el problema.

Una mañana encontró excrementos embadurnando el escaparate, formando arcos. Después de que Yung lo limpiase con jabón y agua caliente, se olió las manos, y se las lavó una y otra vez hasta que notó la piel apretada, pálida, y como el papel. Mei-lin le ofreció aceite para que se las frotase.

Todas las mañanas al levantarse, al bajar las escaleras, cada uno de ellos sentía cierto terror. Incluso el alivio de no encontrar nada no les dejaba nunca del todo tranquilos.

Yung quería ver a Katherine todas las noches; y, por la forma en que ella le abrazaba y le abrazaba antes de despedirse, diría que ella también. Pero no se reunía con él más de dos, quizás tres noches a la semana. Los niños, decía.

Él suspiraba. Ella había cambiado su modo de pensar. Su vocabulario. Ahora se detenía cuando iba a decir *gweilo*; se detenía a media frase y decía, *sai yan*, occidental, en su lugar.

Ahí, sobre el suelo de la tienda, rodeado de manzanas y peras y plátanos, había hablado con su inglés entrecortado, y Katherine había escuchado. Ella había hablado despacio, con sencillez, escogiendo las palabras con cuidado, y él había escuchado. Había escuchado con intensidad, como si fuera música o una maestra que hablara un dialecto desconocido. Había palabras que él no comprendía, palabras que ella no comprendía. Intentaban explicarlas, moviendo las manos en el aire como figuras en una función de marionetas, levantando la voz como si la falta de comprensión se debiese a algún tipo especial de sordera. Pero con el paso de los años había conseguido hablar con mayor fluidez.

Y ahora, ahora que se encontraban por la noche, ahora que se tocaban, todo había cambiado. Ella entraría en la tienda en el trayecto de vuelta del trabajo, y hablarían un poco fríamente, se mirarían e intentarían no mirarse, conscientes de los demás clientes, incluso de los transeúntes afuera en la acera. Él le daría una bolsa de papel con manzanas o un repollo envuelto, y a veces su mano rozaría la de ella.

Y sólo podría pensar en la cama que preparaba para ella bajo el árbol destrozado, el intenso calor al descender sobre ella. Al entrar.

Mejor que un perro

—¿Cuánto llevas trabajando para mí, Katherine? Nunca te había visto con tan buen aspecto.

»¿Te acuerdas cómo eras? Un cachorro perdido. ¡Lo eras! Y ahora mírate. El señor Newman me lo decía el otro día, «Katherine McKechnie ha retrocedido diez años en ese bonito rostro que tiene». Dice que te he sentado de maravilla.

La señora Newman se rió. Dejó la pluma y se apretó las manos frente a ella.

—Bueno, ¿quién es él, Katherine?

»Vamos, Katherine, conozco esa mirada... eres como una novia que se ruboriza. Si no te conociera juraría que te pones a cantar al mecanografiar mis cartas. Estás enamorada, Katherine. ¿Quién es?

»No, no he oído rumores. Obviamente has tenido cuidado, pero solías ser muy puntual. No, no me importa si de vez en cuando llegas cinco minutos tarde. Aunque el amor puede ser perjudicial para la salud si no se duerme lo bastante...

»No voy a contárselo a nadie, Katherine, ni siquiera al señor Newman. Comprendo que la vida de una viuda con hijos no es precisamente propicia para enredos románticos. ¿Qué hombre quiere un cáliz usado?, como dicen, y mucho menos los hijos de otro hombre.

»¿Está casado? ¿No?

»Oh.

»Bueno, ciertamente estás llena de sorpresas.

La señora Newman cogió la pluma, escribió unas pocas palabras. Las tachó.

—Deberías tener cuidado...

»Katherine. No tengo nada en contra de los chinos. Son una raza muy trabajadora, son bastante reservados, y no merecen el vilipendio que se les concede en los periódicos. Pero...

»Katherine, escucha. ¿Qué ve el ciudadano británico, el que lucha por poner pan y carne sobre la mesa? Los chinos nos debilitan con precios que llevarían a la pobreza a un trabajador decente. Les quitan el trabajo a las lavanderas empobrecidas. Dejan seco el país y después regresan a la Tierra de las Flores con todo lo que es nuestro por derecho. Eso es lo que dice la gente, y tú lo sabes.

»Katherine, no me mires así, sólo estoy tratando de abrirte los ojos. Al menos deberías tener cuidado con tu reputación.

»Sí, me doy cuenta de que estás teniendo cuidado. De lo contrario estoy segura de que habría oído algo sobre esto hace mucho tiempo...

»Pero, Katherine, asegúrate de que tienes el doble de cuidado. Eres viuda, pero tu marido era un miembro respetado de la comunidad...

La señora Newman se echó a reír con una risa como de asno. Se agitó, y terminó con un resoplido fuerte.

—¡Oh, Katherine eres una fiesta! ¡Claro que sé que las mujeres no son sólo apéndices de sus maridos! Pero, en serio, Katherine, tienes que darte cuenta de que sólo las mujeres de clase más baja tienen trato con los chinos. Las que no tienen nada que perder.

»De acuerdo, podría haber unas pocas mujeres respetables que se casasen con chinos. Señoras que tocan el piano en la iglesia y se enamoran mientras trabajan por el Señor entre los infieles. Es el tipo de mujeres que responden a la llamada de Dios para ir al corazón más oscuro de África o China, y mueren al dar a luz o de alguna impronunciable enfermedad tropical.

»Katherine, escúchame. ¿Sabes que si te casas con un extranjero pierdes tu nacionalidad británica? No, no lo creo. Una mujer se casa y bien podría ser una cría o una lunática o una idiota. Desearía estar bromeando. Te casas con un chino y pierdes el derecho al voto, no tienes la pensión en la vejez, Katherine, lo pierdes todo. Y si estás pensando en vivir en pecado, Dios quiera que no, debes de haber oído hablar de los casos que han pasado por los tribunales. ¿A *Truth* no le encanta informar de esos casos? Mujeres de clase baja que viven con chinos. He oído decir que cualquier John chino las trata mejor que sus maridos borrachos, pero Katherine, la policía ha cogido a mujeres de Haining Street y las ha acusado de vagabundeo y de no tener medios para vivir. Les han quitado los niños británicos a sus madres... a pesar de que las madres protestaban diciendo que los niños están bien cuidados... ¡porque la casa era frecuentada por chinos!

»¿No vive en Haining Street? Katherine, es una cuestión de apariencias. Es chino. Eso lo hace peor que un judío y tal vez un poco mejor que un perro. Tal vez. ¿Crees que cogerían a una mujer que viviese con un blanco, incluso un borracho, y la acusarían de vagabundeo? ¿Crees que le quitarían a los niños?

»Katherine, te digo esto por tu propio bien. Todo lo que hagas o dejes de hacer tiene sus consecuencias. Sólo asegúrate de estar preparada para ellas.

Cuando la tierra se vuelve de plata

¿Qué pasaba? Él quería saber por qué ella se contenía. Por qué no respondía a sus besos.

Ella no sabía qué decir. Podía oír las palabras de la señora Newman, pero no se lo podía contar.

—Los niños saben que salgo por la noche —dijo.

Por un momento, se produjo el silencio. Después él la acercó, le besó el pelo.

—Ven —habló, cogiéndola de la mano, apartándola de la cobertura de los árboles, de vuelta por los jardines de la Facultad, abajo, hacia la ciudad.

Era una noche clara. Luna llena. Ella temía una luz de luna tan brillante, incluso a una hora de espíritus, como él decía, cuando los vivos dormían y sólo los muertos caminaban por las calles. ¿Y si alguien les veía?

Pero él llevaba sombrero, dijo. Si alguien aparece, miraría hacia abajo o hacia un lado. Ella podría hablar. Nadie vería que era chino.

Ella preguntó adónde iban. Le preocupaba dejar a los niños demasiado rato. ¿Y la policía? ¿No patrullaban las calles por la noche? ¿Y si les paraba un agente? Pero él le puso un dedo sobre los labios y la condujo hacia el paseo marítimo, por un camino a través de jardines y árboles, entre Cambridge y Kent Terraces. Pasearon entre la calma, a través de la sombra y el resplandor de la luz de la luna, la estatua de la reina Victoria se erguía cada vez más cerca ante ellos. Katherine se paró y puso la mano sobre el pedestal de granito, levantó la mirada hacia la enorme figura de bronce. Se la veía vieja, dura, y sin embargo había amado a su Albert.

—Vamos —habló él de nuevo, y pasaron por delante del Zealandia Hotel, las chimeneas del City Destructor donde se quemaba toda la basura de la ciudad, hacia los barcos silenciosos, los baños vacíos, la extensión del puerto a lo largo de Oriental Parade.

Él se rió por el nombre; le contó que ésta era su calle, no Adelaide Road, no Haining Street, ni Frederick ni Taranaki ni Tory. Le dijo que mirase la luna y las luces de la calle reflejadas en el agua oscura. ¿Alguna vez la había visto así de noche? La calle más bonita de Wellington. Esta calle china donde no vivían chinos.

Se acercó por detrás y la rodeó entre sus brazos, le dijo que volviese a mirar la tierra, y el cielo, y el agua. ¿Podía ver cómo el mundo se volvía plateado? La gente moría, le dijo, porque estaba asustada. No salían por la noche sobre aguas peligrosas. No veían la tierra mientras se volvía plateada durante la noche.

Ella se quedó mirando las ondas de luz sobre la oscuridad. Pero la gente moría en aguas peligrosas. Se dio la vuelta para mirarle, le dijo que ni siquiera tenía que ser peligroso. Su marido se cayó borracho en el puerto una noche. Lo sacaron por la mañana.

Él se quedó un rato en silencio. Después le contó que había dos maneras de morir. Una era... la miró, sin estar seguro de cómo expresarlo en inglés.

—¿Inevitable? —indagó ella—. ¿Le llega a todo el mundo?

—Sí —contestó él—. Sí —las comisuras de sus labios se levantaron. Pero, después, la miró atentamente. La otra forma, dijo, esta muerte interior, no era... inevitable. La gente la coge entre las manos, la sujeta y no la deja marchar. Alguna gente lo hace y no lo sabe. Alguna gente sabe lo que está haciendo.

La besó en el párpado. Le dijo que ellos habían nacido para las aguas peligrosas.

Ella levantó la vista para mirarle. Se estremeció.

—Tienes frío —dijo él. Le puso su abrigo sobre los hombros, dieron la vuelta y regresaron paseando por el puerto, por delante de los barcos desolados, de vuelta a la ciudad, a casa.

Más que caballos

–Te está quitando el alma.

Yung levantó la vista de la tina donde estaba limpiando el exceso de tierra de las patatas. No contestó.

–De esto no puede venir nada bueno. Deberías pararlo ahora –su hermano siguió sin responder, y Shun dijo–: Si una mujer está casada con un gallo, está casada con él toda la vida.

En su mente, Yung completó el proverbio: «Si una mujer está casada con un perro, está casada con él toda la vida; si está casada con un palo para lavar, debe cargarlo toda la vida». Siguió lavando las patatas.

–En la Nueva Montaña Dorada –contestó–, una mujer virtuosa se queda viuda y puede casarse de nuevo.

Su hermano escupió en los recortes de repollo.

–¿Y qué suerte es ésa, tomar a la esposa de un hombre muerto? ¿También quieres la mala suerte? –agitaba el cuchillo de cocina en la mano–. ¿Crees que las meadas en la puerta son una coincidencia?

Yung no levantó la mirada.

–No sé qué ves en ella. Tu esposa era una belleza.

Yung recordó la piel pálida, clara, de su esposa, sus manos pequeñas con los dedos largos, la forma en que caminaba con sus pies diminutos como un viento ligero soplando entre los sauces. Ahora sus recuerdos eran como un sueño, o quizás una visión de lo que podría haber sido. Recordaba esto: su esposa riendo como un bambú al ceder, como sus hojas susurrando en el viento. Su figura era esbelta y sus pies como brotes de bambú tierno. Y sin embargo lo que más apreciaba era hablar con ella. A veces discutía con él. Sobre poesía. Se rió, recordando su frente arrugada, la intensidad en una mujer que por lo general era tan dócil. Él prefería a Tu Fu, pero a ella le encantaba Li Po porque había mucho espacio en su poesía, decía, mucho sitio para el espíritu y la imaginación. Como un capítulo de *Una vida flotante*²², tenían un juego en el que componían pareados, uno detrás de otro, hasta que sus rimas degeneraban desde la hermosura hasta la estupidez y la risa.

La señora McKechnie... la piel de Katherine era pecosa, y su boca grande. Llevaba botas negras, enormes, como otras mujeres occidentales, y no se balanceaba al caminar.

No sabía nada de poesía china, y a veces incluso la simple comunicación estaba cargada de malentendidos.

Una vez, en los primeros tiempos en que él le daba las verduras, ella le ofreció una taza de té y él, educado, la declinó, como es costumbre. Pero ella le tomó la palabra y no se la ofreció de nuevo. A posteriori él se dio cuenta de que eso no era grosería, ni siquiera falta de generosidad. Era la costumbre extranjera. Tenía que morderse el labio y aceptar con rapidez, o no hacerlo en absoluto.

Yung miró a su hermano, que tenía una esposa pequeña con quien compartir la cama cada noche. Bajó la vista para mirar el agua oscura, marrón. Tenía las manos frías, la piel con suciedad incrustada como los dibujos sobre el bambú, como las ondas de las olas sobre la arena.

La señora McKechnie. Sí, llevaba el nombre de un hombre muerto; sí, era una extranjera con la nariz grande, el pelo rojo; y sin embargo recordó entonces las palabras de Po Lo: «Para encontrar un buen caballo», decía, «miras su forma, miras sus músculos y huesos, pero para encontrar un caballo fabuloso, te olvidas de todas esas cosas».

Shun nunca había leído a Lieh Tzu, y en momentos como ése envidiaba, no, le molestaba el conocimiento de su hermano... un conocimiento por el que él, con gran esfuerzo, había pagado. Pero Yung no levantó la mirada, no vio el enojo de su hermano. Siguió ajeno.

—Cuando miras un caballo —habló—, hay cosas más importantes que los caballos.

Shun suspiró. Nunca era fácil hablar con su hermano. Reprenderle o aconsejarle. Yung siempre citaba a los clásicos o a algún revolucionario como Liang Ch'ichao o Sung Chiao-jen o Sun Yat-sen, o se le ocurrían sus propias palabras brillantes, escalofrantes.

Shun volvió a intentarlo.

—Mira a Yue Jackson —dijo—. ¿Crees que es fácil para él? ¿Crees que los *gweilo* le tratan como a uno de los suyos? ¿Crees que le resultó fácil en China? ¿O a su madre?

Yung pensó en el Secretario Británico en el Consulado, hijo de madre escocesa y padre del condado de Sei Yap. Lo veía en reuniones de la comunidad o cuando se reunían con los recién llegados que bajaban de los barcos. Y estos días lo vería cada domingo por la tarde en el Consulado.

Yung había tenido problemas para elegir a qué clase ir: con su hermano a la clase en inglés impartida por Yue Jackson o a la clase en chino impartida por el cónsul Kwei. Por supuesto quería mejorar su inglés, pero ¿ahora no tenía a Katherine? En realidad, lo que añoraba era su propio idioma. Su propia literatura, historia, filosofía... que el cónsul Kwei escribiese la primera línea de un pareado, para que él pudiese completarlo.

Yung miró a su hermano mayor, sus mechones de pelo negro ahora mezclados con blanco, sus ojos cansados, inyectados de sangre. Shun Goh no comprendía la poesía. Sí, él también quería derrocar a los manchúes, como todo chino patriótico, pero no le encantaba jugar con palabras o ideas, jugar con la vida.

Yung pensó en la palidez de la piel de Yue Jackson, la claridad de su pelo, sus ojos chinos... y se preguntó qué aspecto tendría un hijo que tuviese con Katherine. Un niño que caería entre dos mundos. Un niño que no pertenecería a ninguna parte...

Cuando Shun vio que no podía persuadir a su hermano, le dijo que llevase a casa a Katherine por la noche. Era peligroso pasear por ahí tarde.

—Acuérdate de Joe Kum-yung —dijo—. El invierno está llegando. ¿Y si coges una neumonía? ¿Esperas que contrate a ese primo Gok-nam? ¡Espíritu inútil! ¿Tenemos que aguantar a su mujer causando problemas en esta casa? ¿Y si mueres de frío? ¿Qué les diría a Madre y Padre?

»Dile que venga aquí por la noche. Llévala a tu habitación. No quiero verla.

Colina de flores amarillas

A veces, mientras esperaba, Yung se imaginaba entrando en el dormitorio de ella, observando cómo peinaba y dejaba caer su melena, los trazos largos, lentos, a través de ondas marrón rojizo. Se imaginaba tumbado entre sus sábanas, rodeado por el aroma de ella, el rostro sobre su almohada. A veces un sufrimiento crecía desde el centro de su ser... un escalofrío de dolor que amenazaba con arrollarle.

Comprendía lo de los hijos de ella. Los juicios de la sociedad *gweilo*. Pero en lo más profundo de su interior reconocía la vergüenza de ella. Y sentía su calor moviéndose por su rostro y apoderándose de todo su cuerpo.

¿Qué les había unido? ¿Qué compartían?

Habían paseado por la noche y habían mirado el destello brillante en el cielo. Ella le contó que el mismo cometa apareció en 1066, justo antes de una batalla de la que él nunca había oído hablar. «Alguna gente dice que señalan el fin del mundo», comentó ella, encorvándose en su abrigo.

Observó el perfil de ella mientras pasaban bajo una farola, la iluminación de su nariz, la mejilla, la plenitud de sus labios, el movimiento hacia la oscuridad, el lento movimiento de vuelta a la luz.

Sí, pensó. No la palabra en sí misma, porque en chino no hay nada tan sencillo como un universal sí o no, en su lugar hay multitud de expresiones, cada una con su propósito. Sí, los astrólogos chinos también creían eso, que un cometa pronostica un desastre... y sin embargo había otro significado.

—¿Qué es esto? —preguntó él. Era la una de la madrugada y ahí estaba él, de pie en la charca pálida de la luz de una farola, como agarrando algo con fuerza entre las manos, haciendo pequeños movimientos, empujando y arrastrando ante él, de lado a lado.

Katherine frunció el ceño.

—¿Quieres decir... barrer? —preguntó—. ¿Con una escoba?

—Sí, sí —ahora sonreía. Señaló el parche de claridad que había en el cielo, como la cabeza de paja de una escoba en llamas—. Estrellas escoba —dijo—. Las llamamos estrellas escoba.

Quería, intentaba contarle, que un cometa en el sur barría lo anterior e introducía un nuevo orden. Quería contarle muchas cosas. Pero a veces en inglés las palabras se atoraban en su garganta, creciendo sobre su lengua.

Estaban tumbados en la cama, el rostro de ella hundido en el hombro de él, cuando Katherine le preguntó por qué tenía la cara larga.

—¿Cara larga? —estaba perplejo.

—Triste —aclaró ella—. ¿Por qué estás tan triste?

Él no supo qué contestar. Le acarició el pelo que tenía sobre la cara. ¿Cómo iba a hablarle de Hung-seng? ¿Cómo podría siquiera empezar a explicar?

Habían jugado en la orilla cerca de la curva del arroyo, justo frente a la entrada del pueblo... Hung-seng y Yung y los otros niños. Había palmeras bananeras, y árboles a los que trepaban, mientras la luz del sol se filtraba por sus ramas. Recogían vainas que caían al suelo, las aplastaban con piedras y metían las puntas de tallos largos de hierba en el líquido pegajoso. Atrapaban libélulas, esperando que bajasen a tierra, se acercaban sigilosamente y les tocaban las alas... ahí... con las puntas pegajosas. Él y Hung-seng y los otros.

Hung-seng tenía cuatro años menos que él. Un primo del pueblo, como un hermano pequeño. Yung le había enseñado a saltar piedras en el arroyo. Con la marea baja se metían en el fango y levantaban los pedazos de vajilla rota que había por allí, intentando coger gambas antes de que se escondiesen. Cogían grillos para pelear y los guardaban en latas de tabaco que los viejos traían desde la Nueva Montaña Dorada. Qué diferente la visión de un niño... una calle pequeña entonces parecía grande; un hombre que no era ni diez años mayor que Yung parecía viejo.

Después de casarse, Yung se mudó a Cantón, luego a la Nueva Montaña Dorada. Él y Hung-seng se escribían. Intercambiaban poesía, debatían qué sería lo mejor para modernizar China. Hung-seng, con un número creciente de gente joven, se fue a estudiar a Japón. Y se quedó. Conoció a Sun Yat-sen y ayudó a fundar el *People's Newspaper*, el periódico de la Sociedad de la Alianza de Sun. Le mandaba a Yung todas las ediciones. Y a pesar de la rivalidad, también le mandaba el *New People's Miscellany* de Liang Ch'i-chao. «Para que podamos mantener un debate informado», escribió. «Liang puede ser conservador, pero también quiere una reforma. Creo que tiene razón en cuanto a que deberíamos estudiar los puntos fuertes de otras naciones y crear así una nueva cultura.»

Y después Hung-seng regresó a Cantón. Sus cartas sugerían que algo se había planeado. Nada preciso.

Las cartas cesaron. Hasta ese día, cuando llegó una carta del hermano de Hung-seng. Hung-seng fue uno de los más de cien muertos en un alzamiento fallido. El gobierno había dejado los cuerpos en la calle. Como advertencia. Días después su hermano arriesgó la vida para ayudar a recoger a los muertos. Encontraron a setenta y dos y los enterraron juntos en la Colina de Flores Amarillas.

Nunca encontraron a Hung-seng.

Yung miró a Katherine, su largo pelo cobrizo esparcido sobre la almohada, y no supo qué contarle. ¿Cómo podía hablar de la dominación extranjera –manchú, británica, francesa, alemana, rusa, japonesa–, la lucha por la libertad, con una extranjera?

–Mi amigo murió –habló finalmente–. Era como mi hermano.

Cuando ella preguntó cómo, él se quedó mirando el techo. Los pensamientos, violas y primulas que había robado de jardines, por la noche, y había colocado en un cuenco sobre el tocador producían sombras titilantes en el cielo de yeso pálido mientras la vela se consumía.

El cometa había llegado un año demasiado pronto. Pensó en palabras que había buscado en su diccionario chino-inglés y en las noches en que había estado tumbado, solo, hablando en la oscuridad, practicando la sensación en la lengua, el sonido de un idioma extranjero.

–Libertad, igualdad, fraternidad –dijo. Y supo que ella no le había entendido.

Meses después explotaron bombas en Hankow. En Wuchang un soldado mató a su oficial al mando. La Revolución había empezado.

Yung no pudo evitar reírse, derramando palabras para explicarlo, empapando a Katherine con una mezcla vertiginosa de inglés y cantonés.

Provincia tras provincia fueron declarando su independencia del gobierno manchú. Comenzaron las negociaciones. Al final la Emperatriz Viuda abdicó y Sun Yat-sen fue proclamado como el primer Presidente.

En Wellington, en Sydney, en todo el mundo hubo fuegos artificiales, banquetes, miles de celebraciones. Yung pronunció un discurso vehemente y levantó su vaso por la nueva República; contó chistes y relatos largos y contrahechos que tuvieron a todo el mundo sujetándose la tripa con risas escandalosas. Y sin embargo faltaba algo, alguien.

Habían venido para enviar dinero a casa. Para regresar como hombres ricos. Pero la riqueza siempre les esquivó. Ahora, en casa, había mucho que hacer. Hungseng había muerto por esto, pero ¿qué había hecho *él* aparte de debatir con sus compatriotas y recaudar dinero para Sun y la Revolución?

¿No era éste el momento de ir a casa?

Shun Goh no lo entendería. ¿Cómo podrían ir a casa?, diría. ¿Dónde estaba el dinero? Había zanahorias que limpiar, coliflores que recortar, deudas que cancelar.

Cuando ella llegó a su puerta, la arrastró contra su cuerpo, hundiendo la cara en su pelo. Conocía el pelo chino... suave y negro y fuerte... su don para pincharte en el ojo en momentos íntimos, pero incluso entonces el de Katherine le sorprendió... pelo suave como de bebé haciéndole cosquillas en la nariz, tan lleno de aire.

Sabía que la *amaba*. Aunque nunca podría pronunciar esa palabra. No era que los *Tongyan* no sintiesen afecto, necesidad, deseo... algo más que la obligación, que parecía

fluir con la leche que se mamaba. Pero amor era una palabra que sólo decían los *gweilo*. Algo que podrías sentir pero nunca pronunciar.

Mientras la sujetaba entre sus brazos, no supo qué elegir: la patria por la que había esperado, trabajado, rezado; o este dolor inagotable, este último suspiro de aliento en el fin del mundo.

Un atlas infantil

—¿Sabes adónde va, verdad?

Robbie levantó la vista, se quedó mirando a Edie en la entrada y siguió escribiendo.

—Si no me lo dices, le contaré a mamá a quién le estás escribiendo.

—¿Y a quién le estoy escribiendo?

—¿No es obvio?

Robbie apuñaló la carta con la pluma, soltó una palabrota entre dientes. La pluma había atravesado el papel, y ahora un borrón de tinta se filtraba a la cubierta del libro que había debajo: *Atlas infantil*, de Whitcombe & Tombs. Su madre se pondría furiosa.

—Si eres tan lista, ¿entonces por qué no sabes adónde va por la noche? ¿No es obvio?

—Visita a alguien, ¿verdad?

Robbie se la quedó mirando.

—¿Pero por qué tiene que ser un secreto?

—¡Porque es asqueroso, por eso!

Con un movimiento, tiró el libro, la carta y la pluma, un arco de gotas de tinta, por el aire. El libro se destrozó contra la pared y se desplomó en el suelo, la pluma dejó una mancha de tinta en el papel de la pared, rodó de vuelta y golpeó contra la esterilla. Una hoja de papel rota cayó al suelo.

—¡Si papá estuviese aquí esto nunca habría pasado! —Robbie rompió a llorar.

La única vez que Edie recordaba haberle visto llorando fue cuando su padre murió. Si él siguiera aquí... si su padre siguiera aquí, ¿qué diferencia habría?

Edie sintió ganas de acariciar la espalda de Robbie, su pelo, pero él parecía tan lejos, tan tremendamente lejos, que la distancia entre ellos era insuperable.

Se quedó mirando cómo temblaba su cuerpo, sintiendo cómo se formaban lágrimas en sus propios ojos. No sabía por quién lloraba ella. Se dio la vuelta y fue a la habitación de su madre, miró por la ventana la calle que había debajo. Debería empezar a preparar la cena. Pelar patatas y zanahorias, cortar repollo. Su madre llegaría a casa.

Pronto.

El futuro de la humanidad

Edie no recordaba voces levantadas, del mismo modo que no recordaba pequeñas muestras de ternura. Incluso con seis años notaba la tensión en el rostro de su madre, la forma en que se mantenía separada de su padre.

Cada vez que la señora Newman abría un periódico, señalaba artículos interesantes y la animaba a leerlos; incluso cuando oía a un vendedor de prensa de pie en una esquina de la calle gritando sus mercancías, Edie se acordaba de su padre: los olores a whisky, tabaco, tinta, las sombras emborronadas en sus manos y puños de camisa antes blancos, en su mejilla o mandíbula o a un lado de la nariz, sus manos manchadas de tinta moviéndose por el aire en medio de una conversación acalorada. Su padre. Un hombre que podría haber ideado algunos de los problemas que ella afrontaba en la escuela:

Un hombre deja 4.000 libras a cada uno de sus tres hijos y 1.500 libras a cada una de sus dos hijas, ¿cuál es su patrimonio? O: Divide 100 libras entre dos hombres y dos mujeres de forma que cada hombre obtenga el doble de la parte de una mujer.

Éstas eran las cosas que recordó más tarde, después de que la señora Newman le alargase un sobre y le preguntase:

—¿Qué pone aquí, Edie?

Edie se quedó perpleja.

—Señora Alexander Newman, 215...

—Sí, sí. Ahora, dime, ¿qué está mal?

La señora Newman la observaba atentamente, por encima de las gafas.

Edie se quedó mirando el sencillo sobre blanco, con matasellos de Wellington. Nada especialmente interesante en la letra. No había errores de ortografía.

—Um... no lo sé —terminó diciendo.

—¿Cómo me llamo, Edie? ¿Alexander? ¿Qué dice esto sobre la posición... o no... de la mujer casada? ¿Pertenezco a mi marido como su Ford, por ejemplo? ¿Algo que arrancar para hacer lo que se le antoje?

Edie quiso reírse. No podía imaginarse al señor Newman teniendo mucho éxito en ello. La señora Newman podía arrancarse sola, muchas gracias. ¿O es que a él le encantaba provocarla?

—¿Puedes imaginarte que se dirigiesen a mi marido como Señor Margaret Newman o incluso señor Margaret Salmond? —preguntó, y Edie reflexionó sobre el señor Newman.

¿Era como un tal señor Bennet sobre el que había leído y le encantaba? ¿Un hombre que podría reírse de su esposa sin que ella ni siquiera lo supiese?

Pero la señora Newman siguió adelante. ¿Conocía Edie a la doctora Bennett?, preguntó, y por un momento Edie se sintió confusa, perdida en la conexión entre una novela de Jane Austen y una pionera de las mujeres en medicina²³.

—Una mujer extraordinaria —estaba diciendo la señora Newman. Qué haría ella sin las preferencias de la doctora Agnes Bennett y la señora Grace Neill. Haciéndoles frente a las de Ferdinand Batchelor y Truby King.

»Sin duda has oído hablar de la doctora Bennett. La conocí hace años en Sydney cuando fue para atender a mi hermana. Es una verdadera lástima. ¿Sabías que antes de que ella viniese a Nueva Zelanda nadie quería a una doctora? Y mírala ahora... directora del St Helen. Quién lo habría soñado siquiera hace diez años... ¡una mujer a cargo de un hospital!

La señora Newman sonrió a Edie.

—De verdad he de presentarte a la doctora Bennett, querida. Los médicos sostienen vidas, destinos, el futuro de la humanidad en sus manos. Y nuestra doctora Bennett está a la vanguardia.

La primera vez que Edie vio las poleas sujetas al techo en el garaje, se rió fuerte. La doctora Bennett las estaba usando para levantar una enorme lona sobre su automóvil.

—Sí, es un poco de lío, ¿verdad? Pero ser proclive al catarro hace que sea bastante desaconsejable viajar en un coche descubierto, y por supuesto siempre, siempre tienes que hacer caso al consejo del médico —la doctora Bennett miró a Edie y sonrió—. Especialmente si ese médico resultas ser tú misma.

Edie se volvió a reír. El automóvil, con su techo y laterales de quita y pon, había sido especialmente construido para la doctora Bennett. Tenía el apodo de «Pastillero», y era casi tan famoso como la buena doctora. La doctora Bennett fue la primera mujer que condujo un automóvil en Wellington; era totalmente autodidacta. Edie se percató de que todo el mundo intentaba eludir siempre al Pastillero.

Entraron en la casa, donde la doctora Bennett preparó té.

—Le he oído decir a la señora Newman que tienes una mente curiosa.

»No mucha gente lo entiende en una niña. Dicen que las *señoras* no deberían hacer demasiadas preguntas. Piensan que queremos saber demasiado —la doctora Bennett sonrió... una sonrisa pequeña, triste. Sirvió agua hirviendo sobre las hojas en la tetera y sacó la bandeja cargada al salón—. No dejes que eso te desanime —añadió.

La doctora Bennett ofreció galletas dulces de mantequilla.

—He oído que no te llevas demasiado bien con tu hermano. Cuando era pequeña jugaba con mis hermanos todo el tiempo. Era lo que se puede decir una niña poco

femenina, corriendo alegremente por los prados, los matorrales y la playa. Creo que aquellos fueron los días más felices de mi vida.

Se quedó callada un ratito, y Edie se preguntó por la vida de la doctora Bennett en Australia e Inglaterra. La señora Newman le había contado que la madre de la doctora Bennett murió cuando ella era muy joven.

Bebieron té, debatieron sobre rocas sedimentarias, el descubrimiento de Lister sobre los antisépticos, los días de la doctora Bennett en la Universidad de Sydney y la Facultad de Medicina en Edimburgo. La luz de última hora de la tarde se desvaneció.

—Te llevaré a casa en automóvil, Edie. Tu madre debe de estar preguntándose qué te ha pasado.

Edie no quiso decir que no quería irse a casa.

Mientras conducía, la doctora Bennett siguió hablando:

—Los libros pueden ser muy buenos amigos, Edie, en especial cuando estás sola. Pero no descuides el ejercicio físico. Aprende a pasear... y a correr... no sólo con el intelecto sino también con el corazón y el cuerpo. La interacción social, el aire fresco y la actividad física te mantendrán firme ante muchas tribulaciones.

Edie observó a la doctora Bennett alejarse en su auto. Observó cómo las farolas parpadeaban para volver a la vida. Abrió la verja y caminó hacia la puerta.

La nueva maravilla pecosa

Se suponía que Edie era lista, pero con toda su charla rimbombante un tren podría pasarle por encima y ella no se daría ni puñetera cuenta. ¡Cómo podía ser tan estúpida! Robbie frunció el ceño y lanzó otra pelota.

—¿Qué te pasa, imbécil? —gritó Billy—. ¡Wal, coge la bola!

—¿A quién llamas imbécil? ¡Idiota!

—¡Vale! ¿Qué pasa?

—¿Adónde ha ido la pelota? —chilló Wally.

—¡Debajo de aquel árbol, imbécil!

Robbie no pudo evitar una sonrisa.

—Sí, debajo del árbol, ¡imbécil!

Corrió hacia delante, sacó la mano y la pelota aterrizó limpiamente en su palma. La limpió en los pantalones mientras caminaba para atrás, corrió al frente y lanzó. La pelota se deslizó entre el bate y el muslo, pasó con efecto entre los palos. Robbie lanzó las manos al aire.

—¡Eeei!

Billy sonrió.

—Tu bate.

Billy tenía razón. No era tan bueno como el padre de Robbie, desde luego, pero tenía razón. Robbie se quedó en la línea, golpeando su bate frente a la hierba chamuscada del verano. Su padre siempre le decía que se tomase su tiempo cuando iba a salir por primera vez. «Mete el ojo», decía. «No quieras dar el gran golpe y que te eliminen sin marcar ningún tanto.»

Pero hoy no le importaba. Lanzó la pelota fuera de juego y la mandó más allá de Wally para anotar un cuatro.

—¡Caramba, Rob, estoy *doggo*!

—Si fueses un portero decente...

—¿A quién estás llamando indecente?

Robbie se rió.

—Hazte un favor y échate una carrera, colega.

Wally enderezó los hombros, metió tripa.

—Dicen que no soy ni la mitad del hombre que era.

—Wal, eres un auténtico donjuán.

Wally se sopló los dedos.

—Me gusta pensar eso.

Billy se rió.

—Los dos deberíais venir al gimnasio alguna vez. Eso te pondrá en forma, Wal. Fui con mi primo el otro día y nos juntamos. Charlie O'Donnell, que entrenó con el Gran Sandow. Es maravilloso.

—¿Por qué no bajamos ahora? —preguntó Robbie—. Echemos un vistazo.

Mientras salían a Buckle Street, preguntó:

—¿Tienes mi pelota, Wal?

Wally todavía estaba resoplando. Se sacó la pelota del bolsillo, se la lanzó.

Robbie oyó ruedas de acero por el camino, el sonido de una campana. Un Toast Rack estaba doblando la esquina.

—Cojamos un tranvía —gritó. Se metió el bate bajo el brazo, lanzó la pelota al aire, la cogió mientras corría.

Subieron de un salto y se sentaron al aire libre, mientras la ráfaga del aire del norte les agitaba el pelo. Toast Rack tenía sentido, porque ese tranvía tenía un poco la forma de un portatostadas, pero ¿por qué la gente los llamaba autos de Hong Kong?

—¡Porque originalmente vienen de Hong Kong, imbécil! —soltó Billy.

Robbie sonrió. Mientras el cobrador del tranvía se balanceaba por los pequeños apoyapiés exteriores recogiendo los billetes, y Wal se limpiaba el sudor de la cara con un pañuelo, codeó ligeramente a Billy:

—¿Qué posibilidades calculas que hay para que se dé un golpe con el palo del centro? ¿O se caiga y se mate como ese pobre tío en Oriental Bay?

Se rió. No le importaría un poco de alboroto. Mac estaba bien, y Robbie había pasado de ser el ayudante que entrega carne a ser aprendiz de carnicero. No estaba tan mal, aprender a cortar huesos, chuletas y filetes y todo eso, pero el peligro de balancearse por los pequeños apoyapiés exteriores o, incluso mejor, conducir un tranvía... eso sería vida.

Como si le hubiese leído la mente, Billy dijo:

—Ya sabes, después de lo de ese pobre tipo han perdido puntos. Tal vez pueda conseguir meterme en un trabajo, ¿eh?

Robbie miró a Billy. Eso era lo que odiaba de él. Sólo era dieciocho meses mayor, pero parecía que tuviese tres o incluso cuatro años más. Se llevaba todas las cosas con las que Robbie sólo podía soñar.

—¡Hemos llegado!

Billy hizo sonar la campana y se bajaron en Cuba Street.

Incluso antes de entrar, oyeron los azotes en el aire que indicaban que estaban saltando a la cuerda, chocando con las tablas del suelo, el sonido de cuero contra cuero. Cuando la puerta se abrió, les golpeó la peste a linimento de caballo y sudor.

Dos hombres bailaban y se esquivaban y se lanzaban puñetazos en el ring. Un hombre se entrenaba boxeando con un adversario imaginario delante de un espejo enorme. Otros aporreaban sacos pesados, golpeaban peras de boxeo, levantaban pesas. Dos chicos forcejeaban sobre una estera de lona. Otros hacían flexiones o abdominales o dominadas en una barra.

Las palabras RESPIRA MÁS AIRE Y TENDRÁS MEJOR CIRCULACIÓN estaban pintadas en la pared, junto a pósters de Eugen Sandow flexionando sus músculos. «¡Qué no daría por tener ese aspecto!», pensó Robbie.

—¿Qué crees que pensaría Edie de esto? —gritó Billy. Saltó y agarró unos aros que colgaban del techo, empujándose hacia arriba de forma temblorosa.

—¡Estás de broma, colega! ¡Tienes que hacerlo mejor que eso! —Robbie observó a su amigo—. ¿De qué hablas, de todas formas? ¿Te gusta mi hermana?

Billy se bajó de un salto.

—No sé, Rob. Puede que sea un poco rara, pero tienes que admitir que es guapa.

—¿Edie? —Wally se rió—. ¿Estás interesado en esa bruja engreída?

Robbie se giró y le dio un puñetazo a Wally en la cara.

—Oou. ¿Por qué has hecho eso?

Robbie se sacudió la mano, se quedó mirando avergonzado a Wal en el suelo.

—Mira, colega —dijo al final—, yo puedo decir lo que quiera... es mi hermana después de todo... pero eso no te da derecho.

—El mal genio nos hace tener muy mala prensa, ¿verdad?

Robbie se giró.

Un hombre pelirrojo, con poco pelo y la nariz rota, le sonreía.

—No es necesario echar leña al fuego, ¿eh? —continuó, y guiñó el ojo—. ¿Cómo te llamas, hijo? Rob, ¿eh? Me llamo Charlie. Charlie O'Donnell. Para ser un tipo flacucho no hay duda de que tienes un buen gancho de derecha. Un joven Ruby Robert, me he dicho a mí mismo —el hombre se rió—. Billy, enséñale las cuerdas a nuestra nueva Maravilla Pecosá. Veamos qué podemos hacer con él.

Silencio

Al salir del colegio, Edie iba a menudo a casa de la señora Newman, pero Katherine apenas veía a Robbie. Todas las tardes, cuando llegaba a casa después del trabajo, él estaba en el gimnasio. Iba a casa a cenar y después volvía a salir con Billy. Se preguntaba por ese tal Charlie O'Donnell. Sin embargo mantenía a Robbie fuera de las calles y alejado de los problemas, e hizo que dejase de hablar de Donald. «Papá esto» y «papá aquello». No podía culparle. Un chico necesita un hombre en su vida... Charlie O'Donnell lo haría bien.

—Robbie casi nunca está en casa estos días —dijo al meterse en la cama de Yung—. Ya no sé quién es.

Yung no contestó. La sujetó entre los brazos pero no quiso hacer el amor.

—¿Qué es? —preguntó ella—. ¿Qué pasa?

Estaba callado, y cuando ella le besó en la mejilla... la tenía húmeda.

Caballote de melones

Wong Chung-yung

No hay colinas, ni cadenas montañosas en Caballote de Melones, sólo las tumbas redondas de generaciones extendiéndose hacia el este, con los rostros mirando sobre el agua. Sobre el río que serpentea por mil pueblos de camino desde el Perla, pasando junto a diez mil aldeas de camino al mar. No hay melones en Caballote de Melones, sólo hojas grandes de arroz que alborotan los campos de verde en primavera y en otoño, y exuberantes arboledas de lichis que dan su fruto en verano.

Éste es nuestro pueblo, famoso en todo Cantón. Dicen que los lichis de Caballote de Melones son los mejores de China. Sólo rompe la cáscara crujiente, roja, y dentro la membrana está seca... una piel traslúcida llena de carne blanca verdosa, jugosa y dulce, con aroma a flores y llena de pulpa, y en su corazón la más pequeña piedra marrón, suave como el jade al pasar por la lengua. Ésta es la historia que contamos, la historia que hemos contado durante generaciones.

Todavía recuerdo las flores, sus pétalos pequeños color crema entre las hojas verde oscuro. En primavera las puedes oler por todas partes, y en verano, cuando la fruta se está madurando en las ramas llegan las *gau pei dan*... las *balas de pedo de perro*... insectos rojos como cucarachas, con manchas marrones y apestosas alas. Solía sentarme bajo los árboles a comer la suave fruta blanca, y ellos también estaban allí, chupando el zumo y picando a los niños pequeños. Mi madre me regañaría por el dolor –*cuenco de arroz*, ¿eso es todo lo que puedes comer, arroz y lichis?– mientras frotase montoncitos de pomada y las uñas de sus pulgares sin cortar sobre las enormes hinchazones rojas.

Dicen que a los «pedos de perro» les gusta el sabor de los hombres que han estado lejos... quienes han pasado temporadas fuera y tienen la sangre dulce y extranjera. Pero yo no he regresado.

Éstas son las cosas que recuerdo: los árboles de lichi, los *gau pei dan*, el olor a hierba del arroz cuando está listo para la cosecha.

Recuerdo la suave piel blanca y las manos tiernas de la madre de mi hijo. Las diminutas zapatillas de seda bordada con flores que llevaba todas las noches en la cama.

Escribió sobre mi hijo, mi Hijo Número Dos, que nació después de que regresase aquí. El parecido es inequívoco. Mírate al espejo, dijo, y verás a tu hijo.

Todo lo que conozco son las cartas, los sobres que vuelven con mi propia letra, anoto mi propia dirección, para que ella no pueda confundirse con este idioma extraño: Wong

Chung-yung, 100 Adelaide Road, Wellington, Nueva Zelanda. Y dentro, su hermosa letra como la hierba (o a veces la de él): Respetado Esposo, el techo gotea, por favor, pídele a Hermano Mayor que mande veinte *man*... El río ha vuelto a desbordarse y la casa se ha desmoronado... ¿debemos reconstruirla con ladrillos de barro o enviarás dinero para ladrillos cocidos que no se disuelvan con el agua?... Primo tal-y-cual ha muerto y hay gastos... Y, a veces, la primera línea de un pareado, o una respuesta a la mía.

Ahora, lo que ha llegado es lo que ha escrito él... una hoja de papel tan delgada que la sujeto ante la luz y casi puedo leer la tinta negra del otro lado.

Excelente Padre,

Te escribo para decirte que Madre murió de fiebre el cuarto día del cuarto mes a las dos de la tarde. Estuvo enferma tres días. He organizado su entierro en el terreno de la familia para el día ocho, puesto que es un día favorable según el almanaque. Todo el dinero se utilizará para pagar a los monjes y portadores del féretro, y para comprar el ataúd, los cuencos y palillos, carne de ternera, pescado y verduras.

Tu estúpido hijo...²⁴

He mandado a casa cinco libras cada tres meses. He educado a mi hijo y he cancelado nuestra deuda. He ahorrado ciento veinte libras... cien para el impuesto comunitario, casi veintidós para el barco (en tercera clase)... pero ahora tengo que saldar los gastos del funeral, y preparar su boda...

¿Cuántos años hemos esperado? Y ya hace tres semanas que la enterraron.

Hay cientos de árboles de lichi en Caballote de Melones. Cubren el terreno frente al río. Dicen que los lichis son *ho sik*, los mejores de China. Sí, hay cientos de árboles, pero sólo hay uno, medio marchito, medio vivo, que produce la fruta excelente, la fruta que se da a la gente importante.

Longevidad

El niño estaba sentado en la mesa de la cocina, mordiendo un lápiz, mirando fijamente una hoja con números. Yung se había acercado para poner agua a hervir.

–Wai-wai –llamó.

El hijo de su hermano levantó la vista para mirarle con ansia, soñando con fútbol y tirachinas y con subirse a los árboles como los niños *gweilo*, y no pegar bolsas de papel o amontonar fruta o sentarse a la mesa para hacer deberes.

Yung sonrió.

–Mira, te enseñaré un truco.

Agitó las manos como los acróbatas y magos ambulantes, de la manera en que recordaba a los cantantes y actores en un mercado.

–Mantén las manos así –alargó las manos junto a las de su sobrino, extendiendo sus dedos largos.

»Una vez nueve –dijo, doblando hacia abajo el dedo meñique de su mano izquierda–. Mira, dobla el primer dedo y la respuesta es el número de dedos hacia la derecha. ¿Cuántos? Son nueve dedos hacia la derecha, así que una vez nueve es nueve.

»Ahora, dos veces nueve. Dobla el segundo dedo por la izquierda. Tienes un dedo hacia la izquierda; es el número de decenas. Y tienes ocho dedos por la derecha, es el número de unidades. Son dieciocho. Así que dos veces nueve son dieciocho.

»Tres veces nueve. Dobla el tercer dedo y ¿qué tienes? Dos dedos a la izquierda y siete a la derecha. Sí, son veintisiete. De modo que tres veces nueve son veintisiete.

»Déjame ver cómo haces cuatro veces nueve. Sí. Tres decenas y seis unidades. Treinta y seis. Sigue. Hazlo hasta diez veces nueve.

»No, no lo puedes hacer con la tabla del tres –rió. Miró los deberes del niño y recordó lo pequeño que era–. No lo puedes hacer con ninguna de las otras tablas. Eso lo haría demasiado fácil, ¿verdad? Y, por supuesto, sólo lo puedes hacer hasta diez.

La tetera silbaba sobre el hornillo. Yung abrió la cesta de mimbre acolchada sobre la mesa, sacó la tetera de porcelana y volcó en ella el agua hirviendo.

–El nueve es un número importante –explicó–. Significa eternidad. Larga vida. Como los fideos largos que comemos en Año Nuevo.

Sirvió cinco tazas de té, le dio una a Wai-wai.

–Bebe té –dijo–. Te aclarará la mente. Te ayudará a pensar.

El niño tenía el rostro fuerte y ancho de su padre, pero en parte los ojos intensos,

tristes, de su madre. Yung le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Cuando crezcas aprenderás los argumentos del nueve —añadió—. Cómo ser un buen hombre. Cómo vivir una vida buena, larga.

Le llevó una taza de té a su hermano, que estaba sacando los recortes de las verduras para el criador de cerdos de Lower Hutt. Shun Goh hizo una seña para dejarla dentro.

Le llevó una taza de té a Mei-lin, que estaba cosiendo un remiendo sobre la rodilla de unos pantalones de Wai-wai. Le alargó el té con las dos manos.

Ella le miró.

—Gracias —dijo, al recibir la taza con ambas manos, y él vio el indicio de una lágrima en sus ojos.

Llevó su propia taza a la tienda, después llevó adentro una caja de naranjas. Desenvolvió la fruta, y metió el suave papel en una bolsa que se utilizaría en el edificio de al lado; a continuación, llevando dos en cada mano, apiló las naranjas formando filas relucientes sobre el estante de madera. Podía seguir metiendo cajas, apilándolas y apilándolas hasta que desbordasen y se cayesen más allá de los confines de la madera, el linóleo y el cristal... nueve veces diez, nueve veces veinte, nueve veces treinta... cientos, miles, miles de miles de esferas relucientes quemándole las entrañas... podría vivir y respirar y morir para siempre más allá de sus diez dedos, más allá del color de su piel, su pequeña imaginación...

Miró el montón de naranjas, su piel redonda y con hoyuelos, todas tan parecidas en su color encendido y, sin embargo, al examinarlas, tan individuales. Miró la caja vacía y se dio cuenta de que lo que importaba eran las cosas sencillas... una simple taza de té sostenida entre ambas manos.

Trató de imaginarse a su propio hijo, de quien todo el mundo decía que había crecido a su imagen y semejanza. ¿Qué le diría? ¿Cómo hablarían?

Lo imaginó sirviendo té, rezándole a su madre ante un santuario. Lo imaginó tocando el suelo con la frente en señal de respeto ante su fotografía, un cuenco de naranjas o mandarinas, el humo blanco del incienso dibujando formas por el aire.

Blanco

Él hizo que ella se enfadase. Por decirle qué hacer. Qué no hacer. Por mentirle.

Estaban juntos en la cama cuando ella le habló de Donald, de cómo se había llevado su vida, cómo había utilizado el lenguaje y el poder contra ella. Ella pensó que él sólo la sujetaría entre los brazos, le acariciaría el pelo. En vez de eso, se sentó erguido, la miró fijamente a los ojos y le dijo que Donald no le había robado, ella le había dado... libremente.

—¿Crees que me gusta que los niños digan ching chong chino, y tiren las manzanas todas magulladas? ¿Pelear con Fong-man? —ahora estaba enfadado—. Hermano dice, no problemas, no te metas en problemas. Tu Biblia dice, pon mejilla. ¿Cuántas mejillas tengo? Das mejilla, más mejilla, no te queda cara...

Entonces se calmó, sus palabras fueron más despacio, trató de juntarlas con más cuidado.

—Katherine, no le perteneces. El lenguaje no le pertenece. Piensas mal pero no conoces China. ¿Cuántas mujeres chinas bajo los pies de un hombre? ¿Cuántas pueden leer? ¿Cuántos hombres? El inglés es tu lenguaje. Tu don. Escribe tu nombre en él. El lenguaje no es bueno o malo. Tu boca es buena o mala. Donald es un hombre muerto. Tú viva...

Ella le gritó. Estaba harta de los hombres, y no sólo los hombres, que le decían qué hacer. Rompió a llorar.

Sabía que él tenía razón.

Pero ahora esto...

Él vestía de blanco. Todos vestían de blanco, y ella no lo entendía. Así fue como lo comprendió por primera vez. Aquel blanco era el color de su esposa. El color de su recién fallecida esposa.

Él nunca se lo había contado.

¿Preguntó ella?

¿Pero los maridos no vivían con sus esposas, no compartían el lecho marital? ¿Su propio hermano no tenía una esposa aquí, ella no había tenido un hijo? ¿Cuántos años hacía que se conocían, y cuándo se lo había contado... cuándo dijo él que tuviese esposa?

Le golpeó. Sacudió los brazos, los puños; sólo quería golpearle y golpearle. Pero él la agarró, la apretó contra su pecho y la sostuvo. Y cuando ella no pudo luchar más,

cuando le miró a la cara, a sus ojos oscuros, oscuros, todo lo que pudo ver fue una tristeza profunda e imperecedera.

La fotografía

Katherine pidió verla.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó él—. Hace diecinueve años que no la veo. Olvida el pasado —pero ella insistió.

Yung tenía una fotografía. Antes de que se desfigurase, antes de que naciesen sus hijos.

Ella nunca se lo contó, pero cuando la esposa del primo Gok-nam apareció, dijo: «Qué pena, unos ojos tan bonitos, una piel clara tan hermosa. Ahora la gente no le habla ni le sirve en el mercado. Por supuesto, no quieren que la mala suerte les roce».

Yung recordó haber mirado a la esposa del primo Gok-nam, sus ojos bizcos y su piel oscura, áspera. La observó dar otro sorbo de té y comer un pedazo del bizcocho de Cuñada. Ella sonrió y él vio las migas pálidas en su boca, pegadas a sus dientes amarillos. Y sintió aversión.

Supo que había muerto incluso antes de que llegase la carta. Fue el cuarto día del cuarto mes. La luz se estaba desvaneciendo. Algo cayó en el piso de arriba. Y él subió, la caja de madera de sándalo estaba en el suelo... las cartas de ella, esparcidas. Sabía que no había muchos espíritus aquí. No venían a la puerta o iban a buscarle por la calle las noches de lluvia. No había espíritus desconocidos... no llegaban cruzando el agua. Los únicos espíritus que vio eran conocidos.

Luego, la vio allí sentada algunas veces, observándole. Le miraba con su ojo echado hacia atrás y decía... nada.

Así que él quemó dinero de papel, ropa de papel y casas de papel para ella. Quemó incienso y colocó naranjas para que no pasase hambre.

Recordó su risa cuando vivían solos en Cantón. Cuando le cogía las manos entre las suyas, cuando ella le tocaba la mejilla, con sus manos del tamaño de las de una niña.

No la recordaba así. Le sacaron la fotografía después de que él viniese, después de que ella se mudase con Padre, Madre y Cuñada. No sonreía. No reía. Las fotografías eran tan pálidas, tan faltas de color. Eran retratos de muertos.

Fue hace mucho. Si no fuera por esta fotografía, no recordaría su cara, sin embargo ahora ella venía por la noche y él la conocía.

A veces, cuando estaba tumbado con Katherine, ella llegaba y se sentaba en la silla que había en la esquina de la habitación. Él no le decía a Katherine por qué su pene dejaba

de estar erecto, por qué se daba la vuelta y hundía la cara en el pelo de ella, por qué la abrazaba. Y la abrazaba.

Katherine no sabía por qué se sentía tan desesperada por ver, tan desesperada por no hacerlo. Las fotografías eran tan irreales, tan en blanco y negro, tan adustas. Cogió la fotografía de su esposa entre las manos y se dio cuenta de lo diferentes que eran sus mundos. Qué tenía en común con esta mujer, excepto que ella una vez también respiraba, una vez ambas tuvieron hijos.

Era guapa, pensó Katherine, aunque su peinado era poco atractivo. No por la forma en que el pelo estaba aceitado y estirado hacia atrás de forma muy tirante desde el rostro, sino por la frente en sí, que era enormemente ancha y cuadrada. No podía ser calvicie... era una mujer joven con sólo un casco delgado, cuadrado, de pelo.

—¿Qué le pasó? —preguntó Katherine, señalando la frente.

—Ellos... —él hizo el gesto de tirar, intentando explicárselo.

—¿Se lo arrancaron?

—Sí, sí, cuando se casan.

Katherine se sintió enferma. La mujer vivió y murió... como alguien casada con severidad.

Se fijó en la fotografía, preguntándose en qué estaría pensando la mujer, que miraba a la cámara como si mirase al futuro, su rostro alargado capturado en un estado perfecto de no ser. Las manos descansaban con rigidez sobre su regazo: brazaletes alrededor de las muñecas, un anillo en su dedo, un pañuelo blanco. Estaba sentada en una enorme silla de madera, con los codos levantados, apenas tocando los laterales tallados. La hacía parecer muy pequeña... una mujer de piel pálida vestida con seda suelta. Sobre su pecho, bajando desde la garganta, mariposas de hilo de seda le sujetaban la túnica. Y por debajo, los pantalones largos de seda, imposibles zapatitos de seda.

Su cuñada se veía muy diferente, con sus faldas largas y chaquetas entalladas, su pelo sin arrancar peinado hacia atrás con mucha más suavidad, ralo sobre el rostro.

—Era preciosa —dijo Katherine al devolverle la fotografía.

Yung la miró de frente.

—Sí —contestó—. Sí, lo es.

Luna

Katherine llegaba a él en los momentos más inesperados... incluso en las «erres» vibrantes del hombre que compró dos chirivías grandes y media docena de zanahorias. «Rrrr», pronunció él, «rrrr...», como si hablase en clave.

Llegaba con el aroma a lavanda y vainilla. En el recuerdo de las empanadas de cerdo.

Era ella quien le había hecho conocerlas, ya sabedora de lo mucho que les gusta el cerdo a los chinos.

—Son muy inglesas —le contó al darle la bolsa de papel marrón. La tienda de Kuch, en Cuba Street, hacía las mejores empanadas de cerdo en la ciudad.

—¿Kuch? ¿Es nombre inglés? —preguntó él, y ella sólo sonrió.

A él le encantaba el grueso relleno rosado rodeado de gelatina, la pequeña y rica masa, tan llena como una luna. Eran lo más parecido que había a las tartas de luna de todo el año, como si cada noche pudiera lucir la luna más llena, cuando la familia se juntaba para comer y observar su resplandor.

Entonces, tumbado, despierto a las dos de la madrugada, miró la luz de la luna a los pies de su cama. De repente no supo dónde podría estar el hogar.

Parte III

***Wellington (y Dunedin),
1914-1916***

Pero los placeres son como amapolas en flor, que una vez arrancadas pierden su belleza; O como la nieve que cae sobre un río, blanca por un momento... después se derrite para siempre...

Robert Burns, *Tam o'Shanter*

Por el rey y el país

Nadie hablaba de otra cosa, tanto los clientes que entraban a la tienda para comprar una sarta de *saveloys*, como Mac mientras pesaba riñones y salsa de ternera o la señora Mac mientras envolvía manitas de cerdo con papel blanco. Los anuncios estaban por todas partes... colgados de las farolas, las paredes, las ventanas.

Mucho antes de las tres en punto, las tiendas empezaron a cerrar. Mac y la señora Mackenzie, Robbie y los ayudantes de la carnicería tuvieron la suerte de subirse a un tranvía abarrotado, que viajó más lento que nunca por la ciudad, atascado por el torrente de personas que se movía por las calles hacia el Parlamento. Robbie quería estar lo más cerca posible de la acción. Se abrió paso... pisando dedos, recibiendo codazos en las costillas y las más raras maldiciones... hasta que al final encontró a Billy, impecable con su uniforme de cobrador del tranvía, apenas a cinco filas en la parte de atrás del vestíbulo. Cuando el Gobernador, el Primer Ministro y el Líder de la Oposición aparecieron, se unieron a las doce mil voces que vitoreaban.

El Gobernador caminó al frente y se hizo el silencio, una expectación que logró que Robbie se estremeciese, que le picase la piel; un organismo vivo, creciente, invisible, envolvía a la multitud.

—Es la guerra —cuchicheó Billy—. Tiene que ser la guerra.

Escucharon mientras el Gobernador leía el comunicado de Su Majestad, después su propia respuesta:

—Compañeros —continuó mientras el aplauso amainaba—, desde que os envié el aviso esta mañana, he recibido otro telegrama: HA ESTALLADO LA GUERRA CON ALEMANIA.

Algo atado con fuerza en las tripas de Rob se liberó y saltó desde su boca. Temblaba, su voz se unía a la de Billy, la del gentío, en ovaciones estruendosas. Vitorearon al Rey, vitorearon al Gobernador, cantaron «Dios salve al Rey», miles y miles de voces al unísono. Robbie y Billy se quedaron de pie, agarrándose por los hombros, balanceándose. Robbie sintió que se le formaban lágrimas en los ojos. Se contuvo y cantó más alto, con la voz áspera, resquebrajada.

El Gobernador contó que enviaría la siguiente respuesta:

—El Imperio permanecerá unido, tranquilo, decidido, confiando en Dios.

Cuando el aplauso se desvaneció, caminó al frente el Primer Ministro:

—...seremos llamados para hacer sacrificios... pero confío en que esos sacrificios se

asumirán individualmente y por voluntad propia, y de una forma que merezca la pena dada la ocasión y las más altas tradiciones de la gran raza y el Imperio al que pertenecemos... tranquilos, sed fuertes, cumplid con vuestro deber con el país y el Imperio.

—¡Lo haremos! —gritó Robbie.

Se giraron las cabezas y él se sonrojó.

El Primer Ministro le miró a los ojos.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo.

Billy le dio una palmada a Robbie en la espalda.

—Siempre te gustó ser el centro de atención, ¿eh?

En cualquier otro momento podría haberse reído y haberle devuelto el gesto... después de todo, ¿no era siempre Billy quien acaparaba la atención?... pero en ese momento el color había desaparecido del rostro de Robbie. El Líder de la Oposición empezó a hablar, pero Robbie apenas oía nada. Todo lo que podía ver era la cara del Primer Ministro mirando la suya, las palabras resonando en su cabeza.

—No hay forma de que crean que tienes veinte —rió Billy.

Robbie soltó una palabrota y lanzó un gancho con la derecha, que Billy sólo logró esquivar.

—Nunca tendré una oportunidad —le contó a su madre más tarde, sin ánimo alguno—. Todo el mundo dice que habrá terminado en Navidad.

—Gracias a Dios si lo hace —contestó ella—. Sólo tienes dieciséis años, Robbie...

—¡Mamá! ¡Tengo casi diecisiete! —pudo ver que ella iba a decir algo, pero entonces le miró a los ojos y se paró.

—Nadie sabe cuánto durará —respondió ella finalmente—. La señora Newman leyó en el *Dominion* que los banqueros creen que habrá terminado en seis meses. Dicen que Alemania ya no tiene dinero. Pero algún comandante en Europa piensa que durará unos buenos tres años, Dios nos ayude.

En la Oficina del Ejército en Buckle Street el oficial sonrió.

—Primero cogemos a los reservistas voluntarios, joven, y no menores de veinte.

Robbie frunció el ceño. ¿Por qué no tendría la voz profunda de Billy, su físico fuerte?

Empezó a afeitarse por la mañana y por la noche. Bebió el doble de leche: dos vasos en el desayuno, dos cuando llegaba a casa, otros dos antes de acostarse. Se colgó de la puerta hasta que los dedos se le endurecieron y casi no pudo sentir el dolor, hasta que sus vértebras (y articulaciones de los hombros) se estiraron y chasquearon, y se soltaron y se sintió más largo, más alto. E incluso cuando estaba tumbado en la cama por la noche practicaba, entrenaba su voz de tenor para hacerla más profunda, como quien cava un túnel más hondo, más hondo en la ladera oscura.

Todos los días durante meses sin fin fue al gimnasio y golpeó el saco pesado como si su vida dependiera de ello, imaginando un rostro en el cuero. A veces era la cara con bigote del Káiser; a veces, cuando pensaba en su madre, era el rostro bizco del *chow*. Levantó pesas, hizo abdominales, dominadas, flexiones.

—¡Tensa esos músculos! ¿Quieres que te mate? —Billy gritaba mientras dejaba caer una pelota medicinal sobre el estómago de Robbie.

Después cogían juntos el tranvía. «Dave», diría Billy, o «Jack», o «Ed, éste es mi colega Rob», y los dos subirían gratis.

«Cerdo afortunado», pensaría Robbie. «Qué no daría yo por un trabajo así.»

—¿Por qué no? —preguntó Billy—. Amaña un poco la verdad. Normalmente no tendrían en cuenta a un tío antes de los diecinueve, veinte, pero estos tiempos no son normales. Hay una guerra en marcha. Me alisto, colega. Todos nos alistamos. Seguro que hay trabajos para hacer. Ve a ver a Kev. Dile que te mando yo.

Katherine nunca imaginó que lo conseguiría. Después de todo, ¿quién había oído hablar de un cobrador del tranvía de diecisiete años? Todo el mundo sabía, incluso con la guerra en curso, que por cada trabajo en el tranvía siempre había seis hombres que lo perseguían.

En la entrevista Rob les convenció con su desparpajo. Diecinueve, dijo, sólo para asegurarse de que cumplía la edad mínima. Sabía los horarios de trenes, barcas, automóviles de servicio. Podía indicar todos los lugares bonitos de la ciudad de Wellington. Sí, conocía todas las tiendas, a casi toda la gente que vivía en Cuba Street, Manners, Lambton Quay. ¿Pero era tranquilo, paciente? ¿Tenía mucho tacto? Puso una cara seria. Por supuesto. Pasó las pruebas médicas, las revisiones. Su vista era perfecta; su equilibrio, inquebrantable.

Le dieron el libro de instrucciones y la lista de abonos perdidos; un sobretodo y un uniforme recién planchado que olía ligeramente a aguarrás, amoniaco, goma arábica. Las mujeres admiraban la sarga azul marino, los botones plateados, la gorra con visera plana.

No había tiempo libre ni para un *smoko* pero a Robbie no le importaba. Le gustaba tomarse el té en el trabajo, con los dientes traqueteando contra la taza de esmalte, las ruedas de acero repicando mientras tomaban una curva.

A veces veía a Wal, y cuando los inspectores no andaban por allí le dejaba subirse gratis, pero entonces pasaba todo el tiempo libre en el gimnasio. Y no había forma de engatusar a Wal para que entrenase.

Billy hizo el campamento en Trentham. Parecía que los únicos hombres que quedaban eran los demasiado viejos o los claramente demasiado jóvenes, o los que, como Wal, no pasaban las pruebas médicas.

Robbie entrenó duro, sintió el lento cambio muscular. Tenía el trabajo de sus sueños. Sólo quería otras dos cosas. Para hacer las cosas bien.

El cofre pesado

Edie no quería que la doctora Bennett se marchase. Estaban de pie en el muelle mientras el viento les soplaban a la cara, mientras las gaviotas chillaban sus feos adioses.

—No nos podemos quedar quietas, Edie —dijo la doctora Bennett, tocándole el brazo—. Debemos perseguir cualquier oportunidad. Crearla para nosotras mismas. Puede que el Ejército de Nueva Zelanda no acepte mujeres, pero la Cruz Roja sí.

Edie quería llorar. ¿Y si no volvía nunca?

La doctora Bennett le dio un abrazo fuerte.

—¿Has leído *El mercader de Venecia*? —le preguntó—. Bassanio elige el cofre pesado en vez del de plata o el de oro. ¿Sabes qué hay dentro?

Edie negó con la cabeza.

—«Quien me elija debe darlo y arriesgarlo todo.»

La doctora Bennett sonrió.

—Sí —agarró a Edie por los hombros, la miró con atención—. Nunca lo olvides, Edie. Has de tener el coraje de darlo y arriesgarlo todo. Debes estar preparada para resistir la más profunda decepción, frustración, exasperación...

»Oh, Edie, no es tan terrible como suena. ¡No todo el tiempo! —se rió—. También está permitido divertirse, ya sabes, pero —y entonces se puso seria—, la inteligencia no es bastante. Si quieres hacer realidad tus sueños, tienes que trabajar sin cesar. Al menos el doble que cualquier hombre. Debes encontrar dentro de ti la determinación necesaria, la voluntad y la sabiduría. Y también tienes que cultivar la inteligencia del corazón.

»Escríbeme, cariño, y haré lo posible por contestar... aunque date cuenta de que el correo en el frente puede ser irregular.

La doctora Bennett le dio otro abrazo a Edie. La sujetó, le acarició la espalda.

—Mi madre murió cuando yo era muy joven, Edie. Me sentí muy sola. Pero tú tienes a la señora Newman. Todavía tienes a tu madre.

Edie observó cómo el barco soltaba amarras y salía despacio del puerto. Desde Sydney, la doctora Bennett navegaría por el Canal de Suez hacia Oriente Medio. ¿A quién sabe qué? ¿Quién sabe dónde?

¿Cómo podía estar tan segura? ¿Tan carente de miedo?

Edie observó cómo desaparecía el barco. Recordó los cofres.

El juramento

Robbie respiraba el polvo que levantaban los carros, los tranvías y los automóviles al seguir su ruta por Taranaki Street. Los hombres se dirigían a los pubs, pensando en cerveza y whisky; hombres y mujeres paseaban hacia casa, pensando en estofado irlandés y cenas con asado.

Sonrió. Vio el enorme edificio de ladrillo de dos plantas arriba en la esquina. Se había entrenado como cadete en los campos de tiro que había abajo, permaneció de pie con el gentío la noche que se declaró la guerra... Buckle Street fue entonces una calle apretada con niños, hombres, gente vitoreando. Habían pasado diecisiete meses desde que le rechazaron, pero ahora su entrenamiento había dado resultados. Había crecido casi ocho centímetros, había ganado casi siete kilos y había esculpido su cuerpo delgado hasta que pudo sentir los contornos duros del músculo a través de su uniforme azul oscuro. Se pasó la mano por la mandíbula. Llevaba más de dos días sin afeitarse.

Se paró justo al entrar en el amplio vestíbulo, se fijó en las estructuras de acero que sostenían el techo, recordó cómo de niño se escapó de la escuela y observó a los caballos con poleas luchar para colgarlas en su sitio. La luz de última hora de la tarde entraba por los tragaluces. Había oficiales sentados en sus escritorios, rellenando formularios; hombres vestidos con traje, pantalones de peto, ropas de trabajo, estaban sentados al frente; un batiburrillo de filas de un hombre aquí, dos allá.

Robbie estudió los rostros. Si alguien le reconocía, si sabía su edad, iría a otra parte. Había oficinas de instrucción del ejército por todo el país. Podría coger el tren a Petone y alistarse allí. Podría ir más lejos. Encontraría a un oficial que le aceptase.

Cuando se sentó, el oficial de reclutamiento le miró fijamente. Pero ya no estaban en 1914. Ahora había un nuevo vocabulario: Gallipoli, Anzac, Chunuk Bair. Todas las mañanas, madres, esposas y prometidas abrían el periódico y buscaban de inmediato la Lista de Honor, leyendo con rapidez los nombres de Fallecidos en Combate, Heridos Fallecidos, Heridos ingresados en Hospitales. *Evans, Fusilero, Harold William. Familiares Sra. R. Evans, 126 Riddiford Street, Newtown (madre). Pie derecho y mejilla.*

El oficial analizó el uniforme de Robbie. ¿Cuántos chicos de menos de veinte años tendrían ni la más remota posibilidad en un trabajo como ése? Hizo las preguntas y rellenó el formulario: nombre... Robert Donald McKechnie; lugar de nacimiento...

Wellington; ciudadano británico... sí; fecha de nacimiento... Robbie lo había ensayado una y otra vez, hasta que ahora casi lo creía. La misma fecha, pero dos años mayor.

El oficial sonrió.

—Feliz cumpleaños —dijo, y le pasó a Robbie el formulario para que lo firmase, después le tomó juramento, prometió y juró sinceramente ser fiel, cumplir y obedecer, con la ayuda de Dios.

El médico midió su altura y peso, su pecho, tanto dilatado como vacío. Comprobó su vista, su oído, corazón y pulmones, el estado de sus dientes. (¿Se los había cepillado esta mañana?) El médico le hizo girar los tobillos y las muñecas en círculo, doblar y estirar los brazos y las piernas. Le hizo ponerse de pie, con las piernas separadas, las manos sobre la sábana de algodón blanco sobre la cama. Esto era de lo que había oído hablar. De lo que hablaban todos los chicos. Contuvo la respiración mientras el médico le separaba las nalgas y después alargaba la mano entre sus piernas y le agarraba de las pelotas.

—Está bien —dijo el médico, después añadió—. Bueno, ¿cuál es tu religión?

«¿Qué tiene que ver la religión con lo médico?», pensó Robbie.

—¿Presbiteriano? —preguntó el médico, antes de firmar el certificado.

Cuando Robbie llegó a casa y se lo contó a su madre, ella le gritó. ¿Cómo se atrevía a hacerle pasar por eso? ¿No veía las listas de bajas en los periódicos cada día? El hijo de la señora Dunn había muerto en Gallipoli. El de la señora Shirley había sobrevivido, pero había perdido una pierna.

—Sólo tienes...

—Cumpló dieciocho hoy —contestó él con calma. Con actitud desafiante. Podía oler a cordero asado, se dio cuenta de que su madre se había preocupado por cocinar alguna de sus comidas favoritas. Por un momento sintió una punzada de culpabilidad, pero sin embargo no podía evitarlo—. Papá me habría apoyado todo el tiempo —añadió.

—¡No me importa nada lo que haría tu padre! Lleva muerto... nueve años. *Nueve* años, ¿me oyes?... ¡y todavía lo repites como una mala cena!

Las lágrimas se acumularon de pronto en los ojos de Robbie. Pasó por su lado empujándola, se precipitó hacia la puerta. La cerró de un portazo al salir.

Mientras Katherine y Edie comían, mirando la silla vacía de Robbie, Katherine supo que si intentaba detenerle podría escaparse con facilidad. Podría alistarse en Napier o Wanganui, incluso en Christchurch o Dunedin. Podría alistarse con un nombre falso. Y todo lo que le quedaría sería su ausencia. Silencio. Una tumba que podría buscar y buscar y no encontrar jamás porque llevaría el nombre de otro chico.

Los leones

La expectativa hizo que Edie se sonrojase de entusiasmo. Nunca había mostrado demasiado interés por las preocupaciones habituales de las mujeres, incluidas las compras, pero todo esto era parte del proceso de marcharse, de crear una vida para sí misma. Necesitaba combinaciones de lana, una falda de lana azul marino, un abrigo nuevo. Una chica tenía que estar preparada para la nieve... porque la mujer moderna tenía que estar preparada para cualquier eventualidad.

Cuando regresaban por Adelaide Road, cargadas con bolsas y paquetes, su madre dijo:

–Necesitamos verduras para la cena.

–Oh, mamá, ¿no puedes comprarlas mañana? –Edie no podía esperar para llegar a casa. Quería sacar sus compras, organizar su maleta.

–Nos terminamos todo el repollo anoche; sólo quedan dos patatas, una zanahoria y ninguna cebolla.

Edie refunfuñó pero siguió a su madre al entrar en la tienda. No podía dejar que lo cargase todo hasta casa.

El señor Wong salió y sonrió.

–¿De compras?

–¡Sí! –la madre de Edie sonrió abiertamente–. Edie va ir a la Facultad de Medicina de Dunedin –se mostraba tan orgullosa que Edie se quiso morir de vergüenza, pero el señor Wong parecía encantado.

–Eso es bueno –dijo–. Ayudar a la gente –cortó una pera y dio a cada una un trozo generoso.

–Mamá, está muy dulce. Cojamos unas cuantas.

El señor Wong le dio a Edie una bolsa de papel marrón.

–No, ésa no –dijo–. Demasiado madura. Ésta mejor. Sin golpes.

Pesó las peras y añadió una. La medicina era buena, estaba diciendo, pero... sonrió con timidez... la medicina china era mejor. Dobló la bolsa y se la dio a Edie, habló sobre los pulsos... al menos eso captó ella por la forma en que él se lo mostraba, apretando los dedos sobre la cara interior de la muñeca. Habló del poder curativo de la comida y la medicina de hierbas china. Algo sobre el calor y el frío. Ella no lo comprendió.

–¿Más pera? –preguntó él, señalando el cuchillo, la fruta cortada–. Sírvete.

Edie se fijó en sus dientes rectos y blancos, la calidez natural de su sonrisa.

–Sun Yat-sen –estaba diciendo– es el padre de la China moderna. Estudió medicina.

Edie no sabía nada sobre China, pero entendió el cumplido.

Su madre sonrió encantada.

–Necesitamos verdura –pidió.

Él le devolvió la sonrisa y recomendó las judías, la remolacha, las patatas nuevas. Y las ciruelas eran muy buenas. Prueba una.

–Mucho frío en Dunedin –continuó él–. Mi primo vive allí. Compra ropa caliente. No quieras ir a hospital.

La madre de Edie se rió.

–Eso es lo que hemos estado haciendo. De todas formas, ella va a ser doctora. ¡Por supuesto, terminará en un hospital!

Los ojos del señor Wong brillaron.

–La gente china dice vas a hospital, mueres en hospital. Trabajo en hospital es bueno. Morir en hospital no es bueno.

Edie vio el resplandor en el rostro de su madre, la sonrisa pícaro del señor Wong. Se ruborizó. Nunca había visto a su madre así con nadie.

El señor Wong les pidió que esperasen, después desapareció en la parte trasera de la tienda. Cuando volvió, llevaba dos adornos grandes de esteatita.

–Leones –anunció–. Éste es león hombre –explicó, ofreciendo el que tenía una bola decorativa bajo la garra izquierda–. Y ésta es leona mujer –dijo del que parecía tener una especie de cachorro bajo la garra derecha.

Edie nunca había visto nada igual. Tenían caras protuberantes, míticas. En realidad, no se parecían nada al león del Zoo de Wellington.

–En Dunedin –siguió el señor Wong–, pon tu león hombre a la derecha de la puerta, y la leona mujer a la izquierda. Te protegerán. ¿De acuerdo?

Edie no supo qué decir. Eran voluminosos, pesados, precisamente lo que no necesitaba meter en su baúl. Pero no quería ser descortés, en especial delante de su madre.

Salieron de la tienda con un león cada una, bolsas de ropa y peras.

–Puede ser tan poco práctico –comentó su madre, y sonrió.

Sólo al llegar a casa se dieron cuenta de que no habían comprado nada de verdura. Ni siquiera habían pagado las peras.

–Oh, bueno –dijo su madre, riendo como una jovencita–. Volveré mañana. De todos modos no podríamos haber cargado nada más.

Edie se planteó hacer añicos los leones. Todavía no se lo podía creer. No era de extrañar que Robbie estuviese tan consternado. A su madre no le faltaba atractivo. ¿No podía encontrar a un hombre respetable?

Y sin embargo, ¿cuándo había visto así a su madre?

Nunca con su padre.

Observó los leones con cuidado. No eran distintos a sus colecciones de insectos... tan feos que en realidad eran bastante admirables. En el último momento, los empaquetó.

Durante todo el camino a Dunedin –al barco, la estación de tren y finalmente hasta St Margaret– peleó con su baúl y maldijo al señor Wong, tuvo que aceptar la ayuda de hombres tan amables como autoritarios: un jovencito flacucho que apenas parecía capaz de llevar su propio cuerpo pero cuyo orgullo le impidió aceptar la derrota; un banquero bastante corpulento que terminó con el rostro sudado, colorado; un estibador que levantó todo el peso como si estuviese medio vacío.

Todas las chicas de la residencia hicieron comentarios sobre ellos. Ella les habló del chino loco que se los había dado. Sin duda un marcador de páginas, algo ligero y compacto, habría sido más adecuado, comentó. Se rieron. Con el tiempo desarrolló multitud de historias acerca de sus orígenes exóticos, sus miles de poderes mágicos.

Té

Katherine deambulaba por la casa vacía. Entró en las habitaciones de los niños, deslizó los dedos sobre sus almohadas, olió sus sábanas.

Lo dejaría todo como estaba... las maquetas de trenes de Robbie cogiendo polvo sobre la cómoda; los aviones que había fabricado con madera de balsa, papel y cuerda colgaban del techo; sus guantes de boxeo, del gancho que había tras la puerta. Vendría de permiso, después de todo, al menos los pocos meses antes de zarpar.

En la habitación de Edie, Katherine examinó las colecciones de huesos e insectos, clasificados en sus bandejas; hojeó los álbumes llenos de recortes de periódicos sobre desastres y dibujos de partes del cuerpo; toqueteó las incrustaciones de nácar en el joyero de palisandro. Donald se lo dio a Katherine antes de casarse, y después de que él muriese ella se lo dio a Edie. Dentro había un anillo con un pedazo de cristal cortado como si fuese una joya, un broche de amatista de la madre de Donald, y dos collares.

Katherine tocó el forro de terciopelo azul. Años antes, había guardado cartas, postales, baratijas especiales en el cajón escondido. Levantó la anilla... y dio un grito ahogado. Dentro estaba la *doxocopa cherubina*, el azul irisado de sus alas rotas destacaba sobre el forro de terciopelo.

Katherine no volvió a entrar en la habitación de Edie excepto para lavar las sábanas y hacer la cama, dejar que entrarse el aire y quitar el polvo a los muebles. No abrió los cajones ni ninguna de las cosas de Edie.

Deambuló por las otras habitaciones, se planteó hacer cambios para que la casa pareciese distinta, quizás no tan vacía. Pero después de mover la mesa del comedor desde el medio de la estancia para ponerla bajo la ventana se sintió como si hubiese entrado en la casa de un extraño, y se sentase en su silla todavía caliente a comer una cena abandonada. Cuando miró en la despensa y la fiambreira, de pronto le pareció que no tenía sentido cocinar para una persona.

Sin embargo, se sentía agradecida. Las peticiones enérgicas de la señora Newman llenaban sus días y mantenían su mente ocupada. «El ocio es la madre de todos los vicios», decía su madre. Y cuando se paró en la frutería de vuelta a casa, cuando los dedos de Yung le acariciaron la mano al darle manzanas, Katherine se dio cuenta de que ya no tenía que levantarse de la cama de él a la una o las dos de la mañana. Esperó a que la señora Paterson se marchase con sus zanahorias, y entonces le invitó a su casa por primera vez.

Si viera a alguien por la calle, Yung pasaría de largo la casa y rodearía la manzana. Sólo abrió la verja del soldado cuando estuvo seguro de que nadie le veía. Se quitó los zapatos con rapidez, observando las persianas de los vecinos del piso de arriba, los sujetó mientras caminaba en silencio por el lateral de la casa hacia el patio trasero. Subió los escalones de madera, dejó los zapatos en el porche y entró sin hacer ruido, sin llamar.

Ella le ofreció bizcocho o una galletita dulce, y té, que él bebió poco cargado y solo. La observó añadir leche y azúcar en su taza y se preguntó si la palidez de su rostro se debía a la leche que tomaba, a sorbitos.

Esperó.

Las primeras veces esperó a que ella le llevara a su habitación, porque era su casa, y en el caso de que ella no le llevase allí entonces él se tomaría el té y la miraría a la cara, de la forma en que lo hacía ella, con dulzura en la mirada; y si ella no decía nada, no hacía nada, entonces al cabo de un par de horas se marcharía sin haberla tocado. Sin embargo ella siempre le hizo salir de la cocina, recorrer el vestíbulo y subir las escaleras. Y él siempre fue consciente de la luz y de cualquier sombra que se moviera a través de las persianas mientras la tomaba entre sus brazos, mientras descendía sobre ella.

Al cabo de un tiempo, cuando comprendió la mirada de ella cuando él abría su puerta, a veces no esperaba ni el té ni ninguna invitación. La tomaba antes de que pudiese hablar. Dondequiera que estuviese, la tomaba... sobre la mesa de la cocina, en el suelo del vestíbulo, caminando tras ella o llevándola al salón, encima del sofá o en las escaleras que conducían a su cama.

A veces ella gritaba, *te quiero*. Las palabras se metían bajo su piel. Las respiraba en su interior.

Como incienso.

Si no ha llegado el momento

Yung estaba preparando *kau yuk*. Era un acto de amor. De la misma forma en que los estornudos en primavera llegan de tres en tres, así preparó los ingredientes. Primero la tripa de cerdo, rica con piel y vetas de grasa y carne, pedazos gruesos marinados con jengibre, ajo, anís estrellado, azúcar y soja, después frito y de nuevo marinado. Remolacha, lavada, pelada y cortada; su zumo púrpura rojizo se le metía en la piel, la mancha del amor en sus dedos. Y el huevo, batido con un poco de sal, frito en crepes delgadas y cortadas en pedazos.

Así es como lo colocó. Primero un pedazo de cerdo, después uno de remolacha y uno de huevo, después otro de cerdo. Alrededor de la parte interior del cuenco organizó las capas, formando una espiral apretada. Después lo ató todo con una cuerda, como un paquete. Por la tarde, lo cocinaría al vapor en la cocina hasta que la grasa brillase y se derritiera en la boca, hasta que la salsa fluyese. Cuando llegase todo el mundo, levantaría el cuenco por la cuerda, vertería la salsa avinagrada en un bote y la espesaría con almidón. Serviría fideos fritos; y *terakihis* enteros cocinados al vapor con jengibre y soja, pollo crujiente, champiñones chinos con salsa de ostras sobre un lecho de lechuga hervida; cuajada rellena de judías, salsa de ostras y aceite caliente sobre brócoli chino escaldado y frito; y una rica sopa de cerdo, rociada con hebras gelatinosas de aleta de tiburón e hilos de huevo batido. Le daría la vuelta al *kau yuk* sobre un plato de espinacas hervidas y pondría salsa por encima. Se sentaría a comer con familia y amigos.

No toda su familia, sus amigos.

No sabía cómo llamarla a ella. Ni siquiera sabía cómo explicarlo.

Vertió agua en la olla a vapor, colocó dentro el cuenco de *kau yuk* y le puso una tapa. Esta noche comería y bebería y celebraría porque Yuan Shih-k'ai, el dictador, el asesino, estaba muerto.

Sólo seis meses antes, Yuan había intentado proclamarse Emperador. No era necesario ser un revolucionario para sentirse indignado. Un hombre que, con la astucia de una serpiente, le había robado la presidencia a Sun, había vendido el país y había vaciado el tesoro público. El hombre que había asesinado a Sung Chiaojen, la mayor esperanza de la República, quien paso a paso, calculadamente, destruyó la República y masacró a la gente.

Después, un domingo por la noche el cónsul Kwei convocó una reunión en la

Asociación, en Tory Street. Pobre cónsul Kwei. No te conviertas nunca en funcionario si tu conciencia es más fuerte que el deber. Fue todo el mundo, por supuesto, todos los hombres. Se quedaron de pie o se sentaron en filas, fumando y hablando del precio de los limones de California, que habían subido de unos pocos peniques a un chelín; sobre Ah Lee, que hizo un gran negocio al acumular grandes cantidades de arroz antes de que el precio se duplicara. Se sentaron y comieron semillas tostadas de sandía, rompiendo las cáscaras con los dientes, tirando las cascarillas al suelo. Hablaron de Wong-Too, que había ido a casa de visita y no pudo volver; de la escasez de trabajo a causa de la guerra. Después, el cónsul Kwei se puso de pie y les dio las gracias a todos por acudir. Les dio las gracias por apoyar al Presidente Yuan. Les instó a que apoyasen al Emperador Yuan.

Alguien apagó la luz mientras el cónsul Kwei estaba hablando. De pronto la mitad del gentío estaba de pie, gritando: «¡Asesino! ¡Renegado! ¡Matadle a golpes!». La gente empezó a tirar sillas o cualquier otra cosa que tuviese a mano. Yung cogió una silla en el aire, justo antes de que golpease a Fong-man. Otra le dio a él en un costado. Buscó al cónsul y lo encontró debajo de la mesa.

Cuando finalmente la multitud se aplacó, Yung se dirigió a ella:

—Hay pocos de nosotros aquí que apoyemos a Yuan Shih-k'ai —comenzó—. De hecho la mayoría de nosotros maldecimos el vientre que lo parió. Pero eso no es excusa para este tipo de comportamiento.

Después, junto con Fong-man y Shun Goh, escoltó al cónsul para salir del edificio.

Las cosas no eran iguales en la Asociación China. Desde aquella reunión, la gente había perdido su unidad. Hablaban de organizar sus propias asociaciones por condados. Era todo muy irónico. El hijo del cónsul Kwei le contó a Yung que quiso hacer una bomba. Hacer volar a Yuan. Así es la estupidez de la juventud. Yung le recomendó que fuese más cauto, pero ahora no era necesario. Yuan estaba muerto, un hombre roto por sus propias acciones. Yung recordó un poema, que resonaba desde los callejones de su infancia:

La bondad engendra bondad
El mal engendra mal
Nada sucede sin consecuencias
Si no ha llegado el momento
Sin duda el momento llegará
Para las consecuencias.

Podría haber sido peor

Katherine todavía podía escuchar los discursos en los escalones del Parlamento, todavía veía el rostro de Robbie, reluciente, mirando hacia arriba.

«Demos gracias, podría haber sido peor.» Eso es lo que su madre le había enseñado. Y ella daba gracias. Porque la visita de la señora Newman este año a Sydney coincidía con el embarque de Robbie. Sólo tenía que trabajar una o dos horas al día; podía tomarse días libres; podía cocinar panqueques y bizcochos de mantequilla y las cenas favoritas de Robbie. El día que zarpase podría seguir el desfile, decirle adiós con la mano.

«Podría haber sido peor.»

Yung iba cuatro o cinco o seis noches a la semana, pero las noches que se marchaba pronto a la cama seguía sin poder dormir. Se quedaba tumbada durante horas pensando en Robbie, su embarque, las campañas en Europa, si volvería o no a casa.

Notaba una pesadez en los huesos, una tos que persistía.

Durante el último permiso completo de Robbie, le pidió a Yung que no fuese. Pasaría por la tienda al volver del trabajo... después de todo sólo era una semana, lo que su hijo dormiría en casa. Luego, ese permiso se vería reducido a unos pocos medios días y tendría que estar en el campamento a medianoche. Yung podía ir a partir de ese momento, después de que Robbie hubiera regresado a Trentham. Le besó, le cogió la mano. «Es mi hijo», dijo.

Robbie pasaba horas montado en los tranvías o yendo al gimnasio, llegaba a casa para la cena, después volvía a salir con sus colegas, sólo regresaba para desplomarse sobre la cama oliendo a cerveza. A Katherine no le importaba. Lo tenía en casa. Se daba prisa para hacer el trabajo en casa de la señora Newman, pasaba por la tienda, después se le iba el tiempo comprando, cocinando, lavando y planchando la ropa de Robbie, remendando calcetines, preparando bizcocho navideño y galletas dulces de mantequilla para que se las llevase.

Intentaba no toser.

Cuando redujeron a dos días el permiso de Robbie, y Yung regresó, a Katherine le dolían las extremidades, se notaba la cabeza hecha un guiñapo; utilizaba diez pañuelos al día, tenía la nariz roja, irritada y dolorida.

La penúltima noche del permiso, después de que Robbie se marchase, Yung dejó una

bolsa de limones sobre la mesa de la cocina. Para su catarro, dijo. Se sentaron, ella bebía limón caliente y miel; él, té solo poco cargado.

–Sólo tiene dieciocho años –dijo ella.

Él se quedó callado, después contestó:

–Cuando me fui de China, tengo dieciocho.

Katherine le miró a los ojos, oscuros, tranquilos. Pero él no fue quien se quedó. *Él* fue quien dejó a su esposa y su familia. Por el *cochino dinero*. De pronto, se sintió enfadada. ¿Cómo se atrevía a comparar *esto* con el hecho de que Robbie se fuese a la guerra?

Él alargó la mano sobre la mesa, pero ella retiró la suya.

Ella notó las lágrimas, pero cerró los ojos. La habitación estaba templada por la cocina de carbón, sin embargo ella temblaba.

–¿Y si no vuelve a casa? ¿Y si vuelve sin brazos o...?

Él no dijo nada durante un largo rato.

–Tienes suerte –habló con tranquilidad–. Tienes dieciocho años con tu hijo. Yo nunca...

Ella no quería oír hablar de los hijos de él, de su esposa. ¿Qué sabía él de Robbie? ¿Qué le importaba?

Se puso de pie y le pidió que se marchase. Estaba cansada. No, no estaba llorando, estaba resfriada, siempre le moqueaba la nariz cuando estaba resfriada, ¿y podría marcharse ahora, por favor?

Intentó no pensar en él.

Asó cordero, patatas y *kumaras*. Cocinó coliflor con bechamel en lugar del habitual repollo hervido, y preparó pudín de pan con pasas de Corinto y sultanas.

Era la última tarde de Robbie en casa. Durante toda la cena Katherine no supo qué decir. ¿Qué dices cuando puede que no vuelvas a ver a alguien nunca más? ¿Qué dices después de años de silencio?

Le abrazó en la entrada mientras él se despedía. Él la envolvió, la protegió del viento del sur. ¿Cuándo había crecido para dejar de ser un niño y convertirse en un hombre? No quería dejar que se marchase. Se abrazó a sí misma mientras él caminaba hacia la oscuridad.

Cerró la puerta, se sonó la nariz y trepó hasta la cama; a su alrededor, el vacío de la casa, el viento haciendo traquetear las ventanas, sacudiendo las tablas de madera.

No sabía si quería que Yung fuese. Todo dolía. Entristecía.

Cerró los ojos, sintió destellos brillantes de luz. Se quedó dormida escuchando los truenos, la lluvia sobre el techo de hierro, un oscuro mundo plateado se grababa tras sus párpados.

Última noche

Robbie sabía que su madre había preparado toda su comida favorita. Tomaron su última cena juntos tranquilamente, sólo interrumpidos por las veces que ella se sonó la nariz con un pañuelo bordado.

—Este resfriado es un maldito fastidio —comentó ella.

A veces él levantó la mirada y la vio secándose los ojos o, peor, mirándole fijamente. Él apartaba la vista de inmediato. No era necesario que ella dijese nada. Estaba en su silencio. En la forma en que le asediaba con la comida.

Tuvo dos raciones de todo. Y después él no supo qué hacer. Qué decir. Necesitaba pasearlo, desprenderse del aire empalagoso de su madre, echar un último vistazo a la ciudad por la noche.

Ella se inquietó. ¿Qué pasaba con el viento del sur y la lluvia que estaba llegando?

Quiso contestar: ¿Quién va a preocuparse por la lluvia en el frente?, pero lo pensó mejor.

—Mamá —dijo—, ya sabes cómo me gusta un buen viento del sur.

Y lo decía de verdad. El viento le hacía sentirse vivo, la forma en que tenía que pelear el músculo a cada paso.

Se puso los guantes que le había mandado Edie, lana color verde oscuro tejida con punto del revés y sencillo, del revés y sencillo. Le quedaban perfectos, y le sorprendió cómo pudo habérselos hecho tan bien y sin embargo hacer los calcetines tan mal. Eran al menos tres tallas demasiado grandes. Hay que tener en cuenta que encogen, dijo su madre, pero los que ella había tejido sólo eran una talla más grandes. Se pudo imaginar a Edie sentada en la parte delantera en sus clases, con su amiga Alice, de Timaru, las dos tejiendo, haciendo un esfuerzo por la guerra, mientras esperaban a que empezasen las clases; su madre tejiendo una tarde, frente al fuego.

La besó en la mejilla y la dejó abrazarle todo el rato que ella quiso, después se puso el sombrero, se subió el cuello del abrigo y salió al viento.

Se giró una vez y saludó a la figura cuya silueta se marcaba en el pálido resplandor amarillo de la entrada. Parecía más pequeña de lo que él recordaba. ¿O es que él había crecido? Evitó un escalofrío, metió las manos en los bolsillos y bajó paseando por Adelaide Road hacia el Basin.

La luna todavía no había salido, sólo había farolas y rectángulos de luz que caían desde tiendas aún abiertas y ventanas débilmente iluminadas. Al pasar, oyó gritar a un

hombre y una mujer, vio sus sombras tras las cortinas cerradas. Los apartó de su mente y tarareó, paseando dentro y fuera, y después de nuevo dentro de la luz. Ahí estaba el tranvía traqueteando y circulando por su camino, el gañido del motor, el silbido de los frenos.

Ese mismo día se había montado para recorrer toda la ciudad, todas las rutas hasta Miramar, Island Bay y Karori. Sus colegas le saludaron con la gorra y le contaron alguna historia mientras marcaban billetes. Subió en todos los tranvías... el de dos pisos, el Hong Kong Toast Rack, el Wellington Palace... y nadie le pidió billete. Dave le dio su gorra, la bolsa de cuero para el dinero y la maquinita de marcar; y él marcó unos pocos billetes, por los viejos tiempos.

Antes de que se fuese al campamento, todos los cobradores del tranvía, Dorothy, la chica de la oficina, y Kevin, el gerente de la estación, se juntaron y le dieron una boquilla de plata. La llevaba en el bolsillo superior junto con una fotografía: Dot, Kev y algunos de los otros, él justo en el medio, delante de la terminal.

Notaba el reloj de su padre a través de la lana de los guantes, la suavidad del cristal, los eslabones de oro de la cadena, los amuletos de *pounamu* colgando. Podía oír sus botas sobre la acera, sentir su cuerpo, muy erguido, balanceando los brazos, el sonido de cientos, miles de botas, en marcha.

Había soñado con esto cuando desfilaba arriba y abajo en formación, incluso cuando se entrenaba en los cadetes. Ahora la espera casi había terminado. A medianoche estaría de vuelta en el campamento. El lunes cogería el tren de regreso a la ciudad, después desfilaría hasta los barcos para el transporte de tropas al son de la banda de música del ejército. Ya podía sentir la tensión en el aire, una expectativa de lluvia, de la historia en gestación.

Así paseó aquella noche, junto a las vías del tranvía, por delante de casitas de madera y tiendas, hacia el Basin y la ciudad. Algo se le acercaba y no entendía por qué. Estaba tan absorto en sueños de batalla, heroísmo frente al enemigo, victoria sobre el mal, que no sabía adónde iba, no se dio cuenta hasta que caminó a la derecha hacia la luz, los rectángulos grandes de luz sobre la calle, en su rostro y sus ojos. ¿Fueron los colores, las formas, las texturas que salían reluciendo de la ventana brillante? Las piñas como extraños reptiles sin extremidades; los racimos amarillos de plátanos suspendidos como los $\text{AV RO } ^{504}\text{K}$ que él hacía con madera de balsa y papel y que colgaba con una cuerda de su techo; las manzanas, tan inocentes como las mejillas de Blancanieves. ¿Fue el descenso del viento, el silencio de sus botas quietas?

Sonidos, vibraciones que nunca había percibido durante el día resonaron en la oscuridad.

Solía quedarse tumbado en la cama, escuchando, mientras sus oídos, su cuerpo, sufrían la más leve de las sensaciones... el sonido de los pasos de su madre bajando las escaleras en retirada, el chasquido de la puerta trasera al abrirse y al cerrarse, la pesadez del latido de su propio corazón.

Después, sus pies fríos y desnudos sobre la acera arenosa. El chasquido de la verja que entraba en el patio trasero de la tienda... su madre, desapareciendo. Y él, quedándose atrás. Nada sino la burlona exposición de fruta –manzanas, naranjas, peras– en el escaparate en sombras.

Una mancha líquida

Cuando el soldado entró en la tienda aquella noche, Yung estaba haciendo la caja, enrollando fajos de billetes y sujetándolos con gomas elásticas, contando y amontonando soberanos, medias coronas, florines, hasta los peniques, medios peniques y cuartos de penique, envolviéndolos con papel, doblando la parte de arriba y la de abajo, y después anotando la cantidad en la parte de afuera.

Se estaba tranquilo para ser viernes por la noche, quizás por el clima. No muchos salían una noche fría de invierno con la expectativa de la lluvia. Shun Goh había bajado a Haining Street para comprobar sus papeletas *pakapoo* y jugar al dominó; Mei-lin había subido con Wai-wai. Así que Yung empezó a hacer la caja, dejando sólo suficiente cambio para aguantar hasta la hora de cerrar.

Mientras contaba y doblaba, pensaba en Katherine.

Cuando preparó su banquete para celebrar la muerte del Presidente Yuan, acudió casi todo el mundo al que invitó. Bebieron té y vino de arroz, bromearon y contaron historias, levantaron los vasos por el nuevo orden. Pero ahora se habían comido las sobras, y China ya se había desintegrado en facciones, cada área dominada, manipulada por su propio caudillo y bandidos. Ahora podría instalarse la depresión, y la antigua tela de algodón tendría que volver a tejerse; un manto tan pesado que él se levantaba exhausto por las mañanas.

Katherine no asistió a las celebraciones. No conocía sus esperanzas hechas añicos. Tenía otras cosas en mente.

—Sólo tiene dieciocho años —había dicho—. ¿Por qué me está haciendo esto?

Dieciocho, pensó Yung. Él estaba casado a esa edad. Su esposa esperaba mellizos, aunque en aquel momento él no lo sabía. Parecía haber ocurrido hacía mucho tiempo... en otra vida.

—Cuando me fui de China, tengo dieciocho —contestó él.

—¡Tú lo elegiste! Robbie no se marcha para ganar dinero. ¡Se va a la guerra! ¿Y si no vuelve a casa? ¿Y si vuelve sin...?

Yung alargó la mano sobre la mesa y cogió la suya.

Ella la apartó.

—De todos modos, ¿cómo podrías saber cómo es? —sollozaba en ese momento.

Él pensó en Joe Kum-yung, en los otros que nunca regresaron a casa. Pensó en

quienes se quedaron; sintió una pérdida repentina, inexplicable. Ni siquiera había conocido a sus hijos.

Ella le pidió que se marchase. Estaba cansada. No, no estaba llorando, estaba resfriada, siempre le moqueaba la nariz cuando estaba resfriada, ¿y podría marcharse ahora, por favor?

A veces la retaba. La provocaba. Él lo sabía. A veces ella se enfadaba y le apartaba. Pero existían muchas formas de ver la misma circunstancia. Incluso a su esposa e hijo, incluso el caos en China.

Iría a verla esta noche. Le llevaría flores. Estaría disgustada... la última noche con su hijo. Él no diría nada, sólo escucharía. ¿No es eso lo que quieren las mujeres?

La tomaría entre sus brazos...

Yung tardó un momento en registrar, en traducir el sonido de los pasos en su conciencia, puesto que sólo se percataba de las monedas envueltas en papel en sus manos, su pene, la forma en que vibraba al pensar en ella, un timón para su cuerpo. Sin levantar la vista, esperaba al hijo de Marshall... siempre venía más o menos a esta hora. Su padre fumaba dos paquetes de cigarrillos Capstan Navy Cut al día, uno de sus mejores clientes, y Yung y su hermano nunca vendían tabaco después de las ocho de la tarde. Pero ya sabía que los pasos eran demasiado pesados. Era un hombre, no un muchacho.

El soldado estaba de pie mirando los montones de fruta, el cuello de su abrigo levantado contra el frío, su sombrero flexible²⁵ inclinado sobre el rostro.

—¿Bastante frío para ti? —preguntó Yung, sonriendo. Le gustaba la ironía. Después de que Katherine se lo explicase por primera vez había practicado cada noche cuando ella acudía a su puerta, hasta que al final se reía y le pellizcaba fuerte en el trasero y le decía que se callase. *Cállate*. Era parte de su nuevo vocabulario, mientras los labios de ella le tocaban, silenciando los suyos.

El soldado no respondió.

«De acuerdo», pensó Yung, «de modo que no tiene sentido del humor. O quizás no es muy hablador».

—Piña muy buena —siguió, al ver que el soldado examinaba la fruta—. Huele. Buena y madura. Muy dulce.

El hombre no parecía saber qué quería. Cogió una manzana. La dejó.

—Manzanas muy buenas también —volvió a hablar Yung—. Frescas y jugosas —cogió el cuchillo de cocina del estante tras el mostrador, avanzó unos pasos y escogió una Jonathan de mejillas coloradas. Mientras la cortaba, un poco de zumo le salpicó en la mano. Le dio un trozo al hombre, cortó otro y se lo metió en la boca—. Sírvasse —ofreció, dejando la manzana sin su cuña blanca, y el cuchillo sobre el montón.

Regresó a la caja y siguió ordenándola.

Levantó la mirada. El hombre no había comido; el pedazo de manzana seguía en su

mano.

–Come *la*, muy buena –animó.

El hombre levantó la cara desde el cuello de su abrigo, y a Yung le llamó la atención un aire a algo conocido. Se echó el sombrero atrás y miró a Yung a los ojos, y en aquel momento Yung reconoció no los ojos en sí, porque parecían muy fríos y azules, sino algo alrededor de los ojos, el pelo rojo de las cejas, la pálida piel pecosa, y los labios, esos mismos labios llenos, amplios. Era apenas un hombre y tenía los labios de su madre.

Yung pudo observar el ángulo de su mandíbula, el odio, ¿o era enfado mezclado con miedo? Y sin embargo todo lo que pudo ver fue el rostro *de ella*. No pudo mirarle y no ver el amor desesperado de su madre. Vio cómo la boca se abría, se cerraba y se abría, cómo se retorcían los músculos de la cara, los gestos de las manos y los brazos, cómo avanzaba hacia él.

«Eres demasiado rápido», le decía siempre su hermano. «No piensas. ¿De qué sirve todo lo que sabes si no piensas?»

En ese momento, mientras miraba no necesitó pensar. Observó a este hombre que apenas era un niño. Ahora quería ser un hombre. Yung respiró. Fue tan simple como respirar. Inhalar y soltar el aire despacio. Éste era el sueño, el primer aliento y el último.

Él es una figura que yace en la esquina inferior de la izquierda de un paisaje. Las montañas se elevan escarpadas y desnudas entre la bruma y el agua. Es muy pequeño, en el borde del cuadro. Descansa sobre un pino contrahecho, contemplando el mundo. Un mundo de aire y agua. Un mundo de papel de arroz blanco en el que él es una mancha líquida, olvidable bajo la capa de las montañas.

La despedida

Katherine pasó el fin de semana en cama, levantándose sólo para ir al cuarto de baño o tomar una taza de té. Una vez comió un poco de las sobras del pudín de pan frío que sacó de la fresquera. En otra ocasión se preparó una bebida caliente de limón y miel. Se sentía débil, regresaba a la cama y dormía.

Yung no fue. Sabía que estaba enferma, que estaba sufriendo por su hijo. ¿Por qué no aparecía? Lo menos que podía hacer era meterse en la cama y abrazarla. Pero se sentía demasiado enferma como para que le importase. Durmió. Y durmió.

El lunes por la mañana se levantó y se cepilló el pelo, se bañó. Su cabeza se había despejado, aunque todavía le dolía la garganta. Se sentía mareada, como si su cuerpo necesitase volver a adaptarse a estar de pie, y sus piernas aprendieran a caminar de nuevo. Bebió una taza caliente de limón y miel, comió unas pocas gachas con azúcar y nada de leche. Se sintió mejor.

Cogió un tranvía para ir a la estación de tren, ya más abarrotada que de costumbre. Mientras descendía Adelaide Road, miró a la tienda, intentó alcanzar a verle por el escaparate.

Estaba cerrada. Extraño, pensó. ¿Cuándo cerraban excepto los domingos y fiestas públicas? ¿Sería un día festivo? Sabía que cerraban por el Año Nuevo chino. Se inclinó hacia delante para echar otro vistazo, y pisó un pie.

—¡Disculpe! ¿Está bien?

—Sí —sonrió la mujer—. ¿Va también a ver el desfile?

Katherine intentó devolverle la sonrisa.

—Mi hijo se embarca hoy —contestó.

—Es tan emocionante, ¿no le parece? Vengo a ver todos los desfiles. No hay nada como las bandas y todos los jóvenes valientes. ¿No están estupendos con el uniforme?

Katherine volvió a mirarla y se dio cuenta de que era sólo una niña, quizás de la edad de Robbie y Edie.

Se bajaron juntas del tranvía pero se perdieron rápidamente de vista entre el gentío. Katherine buscó las filas de hombres vestidos de uniforme y al final encontró a Robbie. Cuando se movió, ella le siguió desde los edificios del gobierno por Lambton Quay, bajando Willis Street, Manners y Cuba, abriéndose paso a empujones entre la gente que hacía cola en la calle, tras el son de la banda de cornetas de Trentham, tres bandas de música, viendo cómo desfilaba Robbie, con la espalda erguida, balanceando los brazos en

formación. La chica tenía razón. Todos los chicos guapos con sus uniformes recién planchados, sus sombreros flexibles colocados exactamente en el mismo ángulo, con el paso sincronizado, el sonido rítmico de cientos de botas golpeando la calle, el silencio del aire en medio de todo ello. Si sólo se tratase de ir bien arreglados y desfilando con la banda, pensó Katherine. Y sin embargo era difícil no sentirse atrapada por el fervor mientras los hombres del 14.º Refuerzo, el cuerpo de ingenieros, la artillería y la infantería, los hombres del 4.º Refuerzo Maorí, todos ellos enormes hombres musculosos —y Robbie, cómo había crecido— desfilaban ante la muchedumbre que les despedía, estruendosa, hasta el muelle, mientras embarcaban, dejaban sus petates, y después subían a cubierta.

El ruido de los gritos entre los barcos y la orilla era tremendo. Por todas partes se agitaba un mar de pañuelos, como banderas victoriosas. Todo el mundo se despedía con la mano menos Katherine. Su pañuelo estaba demasiado húmedo, y cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que los otros eran blancos, y se agitaban como locos como si se tratase de una legión de lunáticos declarando una tregua pero estuviesen demasiado entusiasmados como para darse cuenta.

Katherine buscó a Robbie por todas partes y lo encontró de pie en cubierta, en medio de otros cientos de chicos... hombres: cientos de hombres con rostros sonrientes, sin miedo. Se había mostrado tan impaciente por irse al extranjero, por marcharse a su aventura de chico mayor. El viernes por la noche se marchó para volver al campamento, con el rostro exaltado por el entusiasmo, para despedirse de Wellington, dijo, quizás subirse a un tranvía nocturno y mirar las luces desde arriba. Sin embargo, ahí estaba mirando al frente desde la cubierta del barco... ¿y ella le veía bien? ¿Era realmente él entre la oleada de soldados que saludaban, tan quieto, con expresión seria, sin sonreír?

Ella se quedó mirando cómo los barcos, uno tras otro, soltaban amarras, mientras a su alrededor todos los gritos y ovaciones se intensificaban, mientras todo vibraba y latía como un gran corazón palpitante. Agitó la mano, pero Robbie no levantó la suya. Ella se quedó mirando mientras los remolcadores sacaban los barcos del puerto, mientras las figuras en cubierta se volvían más y más pequeñas, y hasta que todo lo que pudo ver fueron manchitas en movimiento en pequeños barcos de juguete, ahora en marcha a vapor, soltando sus columnas de humo. Se quedó mirando mientras el murmullo de fondo de la multitud se disipó, mientras los fragmentos de conversación y el humo del tabaco eran reemplazados por los chillidos, vuelos sin motor y zambullidas de las gaviotas, el olor a sal y a pescado.

¿Por qué no se despidió con la mano?

El cielo se estaba apagando, una apariencia de calidez invernal engullida por la caída de la tarde. Caminó por la ciudad, evitando las aceras mojadas frente a las pescaderías, casi olvidándose de estar pendiente de oír y ver los tranvías, carros, automóviles. Al subir por Adelaide Road, entró en la tienda de Paterson. No sabía qué haría para cenar pero el olor a pan recién hecho le abrió el apetito.

El señor Paterson le sonrió.

—Estará bien, querida. Tan sólo espera, ese chico volverá a casa con una medalla —le dio el pan y le entregó el cambio—. Qué terrible lo de la tienda de al lado, ¿eh? Parece que fue un robo...

Katherine sintió cómo se quedaba lívida. Podía ver la boca del señor Paterson moviéndose, los extremos blancos de sus dientes cuando abría los labios, frunciendo la boca, cerrando y abriendo, el brillo de sus ojos.

—¿Dónde has estado? Viernes por la noche. Dio al tipo por muerto, lo estaba. Muerto. Usó su propio cuchillo. Los policías estuvieron aquí pero en realidad no pude ayudarles. Lo primero que supe es que llamaban a mi puerta... Dos de ellos han hecho guardia delante de la tienda justo hasta esta mañana.

¿Cuál de ellos?, quería preguntar. ¿A cuál de ellos dieron por muerto? Pero estaba demasiado asustada. Él no apareció el viernes por la noche... sábado... domingo...

Katherine salió de la panadería y bajó el callejón, con las piernas débiles y temblorosas como la crema de maicena en verano. Abrió la verja y cruzó el patio hasta la puerta trasera, con los pensamientos volando por delante de ella... y si, y si, y si, tenía que despertarse ahora, por favor, ¡por favor despiértate, despierta! Se quedó de pie ante la puerta, junto a las bolsas de recortes de verduras, llamó, oyó pasos que se acercaban. Dio un grito ahogado mientras se abría, sólo un poco.

El señor Wong, el mayor, miró hacia fuera y abrió la puerta despacio, la dejó pasar.

Katherine sentía las palabras atrapadas en su boca como pájaros pequeños, gordos. Y después se derramaron, incorpóreas, estridentes, batiendo sus alas en el aire.

Él negó con la cabeza, se sentó en la mesa, con la cara entre las manos.

—¿Qué pasó? —la voz de Katherine se elevó más, más aguda—. ¡Por favor dime qué pasó! —notaba cómo sus manos se retorcían en el aire, su cuerpo, su voz fuera de control.

Él no levantó la mirada.

—Llego a casa y ella loca, llorando. Oye golpe puelta, llama, muy asustada, muy despacio. Baja eslalelas. Yung está en suelo tienda.

Algo se contrajo dentro de ella. Alargó la mano, se sujetó a la mesa, se sentó en una silla dura de madera. Ahí estaba. La pérdida de la esperanza. No había vuelta atrás.

Durante mucho rato se quedó callada, pero después oyó su propia voz tranquila, diminuta, preguntando:

—¿Alguien vio quién lo hizo?

Él la miró de frente.

—Nadie vio —contestó.

Jazmín

Se encorvó en su abrigo de lana, hundió más la cara en la bufanda. No podía dormir y no podía deambular por la noche de habitación en habitación. Así que paseó.

Siguió las rutas que una vez recorrió con él, sintiendo su presencia a cada paso. En cada sombra. Sabía que debería buscar nuevos caminos pero todo lo que podía ver era el jardín donde él robó una rosa trepadora, o la cuneta donde ella encontró la piedra con forma de corazón, la farola bajo la que él barrió el aire una de aquellas noches del cometa.

Incluso la oscuridad le recordaba a él. Su pelo, sus ojos, sus labios sobre el cuello de ella.

La última vez que lo vio dejó que se marchase sin un beso, sin ni siquiera cogerle de la mano. Sin despedida, sin agitar un pañuelo blanco. Se dio la vuelta y no le vio salir, sólo oyó el chasquido de la puerta al cerrarse.

Deseó volver atrás. Cuando fuera a verla, cuando intentase abrazarla, no lo apartaría. Lo abrazaría. Le arrancaría la camisa y no le importaría si algún botón salía volando, si se desgarraba una manga por el hombro. Lo follaría. Se lo haría pagar. Y pagar. Por morirse. Por dejarla deseándole todavía.

Lo llevaría a su cama y yacería con él, con el rostro acurrucado en su pecho, rodeando su cuerpo suave con el brazo.

Si tan sólo pudiese hablar con él una vez más. Olerle. Tocarle.

Él quiso que ella fuera a las celebraciones por la República. Habría sido el único rostro blanco, un mar de rostros chinos hablando en un idioma indescifrable.

Quiso que ella fuera a cenar.

—Soy muy buen cocinero —dijo—. Cocino muchos platos —ella miró su expresión seria, sus manos esbeltas, ligeramente temblorosas, y supo que era cierto. Habría pasado horas en la cocina, preparando sus magníficos platos.

Quiso acompañarla a casa paseando a la luz del día, que ella fuese a verle abiertamente, subir juntos al funicular hasta el Kelburne Kiosk, para tomar té de Devonshire.

Si tan sólo hubiera podido cambiar su piel. ¿Pero entonces quién habría sido?

Si tan sólo hubiera podido hablarle en el idioma de él. Si él hubiera podido hablar

libremente. Con fluidez.

—No dejes que nadie te robe lo que es tuyo —le dijo él. Casi podía ver su cara, casi oía su voz—. Nunca tengas miedo del lenguaje. Eres tu propia dueña, Katherine. Si dominas el lenguaje, dominas un mundo.

Llevaba paseando más de una hora. Cada paso le hacía recordar, cada calle parecía conducir a otra y otra, y ahí estaba de nuevo, huyendo de las sombras.

¿Y qué era esa fragancia? Como para atormentarla. Se abrió paso por la oscuridad y tocó el follaje que caía sobre una valla de madera, los racimos de capullos delgados, las flores como estrellitas. Una vez cogió un ramito, o quizás lo hizo él. Hundió el rostro en las hojas, las flores; cerró los ojos. Tan cerca, tan lejos... esta extensión de cielo de corazón oscuro, y las estrellas abriéndose paso.

El cuidador

Era Yung quien escribía a sus padres, siempre; sus caracteres fluían con elegancia sobre el papel en columnas uniformes. Como un niño aprendiendo a escribir, Shun podía ver el cuadro que cada carácter debería ocupar en el papel, cada trazo para construir una pared o un techo o unos cimientos, cada palabra completa como una casa bien construida. Pero sin importar lo mucho que lo intentase, sus propias palabras parecían derrumbarse en la página como un pueblo a causa de un terremoto.

Antes de que viniese Yung, un primo del pueblo escribía las cartas de Shun, a veces, como Yung, añadiendo ocurrencias o fragmentos de poesía de los que Shun nunca había oído hablar. Pero había vuelto a casa hacía diecisiete años.

Aquel día Shun llevó a Wai-wai al colegio. Por si acaso. Todavía le quedaban varias horas hasta el momento de ir a recogerle. Dejó a Mei-lin dormida arriba. No podía dejarla mucho tiempo. Ni siquiera de día. Por las tardes no iba a Haining Street. Se acostaba pronto. Abrazaba a Mei-lin cuando ella se despertaba gritando.

Shun cerró con llave la puerta trasera, giró el picaporte y empujó. Miró al cielo lechoso, se encogió de hombros en su abrigo de lana y descendió los escalones bajo una lluvia fina. Revisó el patio, buscó sombras desconocidas, después cruzó la verja y subió el callejón. Saludó con la cabeza al señor Paterson por la ventana de la panadería. El señor Paterson le devolvió el saludo. Se detuvo en la calle y se quedó mirando el letrero de CERRADO que colgaba en la puerta, la fruta sin vender dispuesta en el escaparate. Después, con las manos en los bolsillos del abrigo, bajó por Adelaide Road, rodeó el Basin Reserve hacia la ciudad.

¿Qué escribiría? Él era el mayor. Era el «cuidador de su hermano». ¿No era ésa la expresión que había aprendido? Se secó la cara. Incluso la lluvia fina se acumula con el tiempo.

Un automóvil hizo sonar su bocina y Shun saltó atrás hasta un charco. Maldijo, miró a ambos lados en Tory Street, tras él, y arriba por delante, por Buckle. Cruzó, respirando el humo del tubo de escape, apretando el paso ante un tranvía que se acercaba, zigzagueando detrás de un caballo y un carro. Pasó por delante de la comisaría de Mount Cook, los pies le chapoteaban en los zapatos, los bajos de los pantalones mojados hasta los tobillos.

El hijo de Yung ya estaba de camino. No llegaría a tiempo. No podría ver cómo bajaban a su padre a la tumba.

Shun cruzó la calle y giró para entrar en Cuba Street. La reputación de Fong-man como calígrafo no era tan grande como la de Yung, sin embargo tenía estudios. Él y Yung habían compartido poesía. Era el mejor amigo de Yung.

Fong-man estaba envolviendo un repollo cuando Shun entró en la tienda. Levantó la vista, saludó con la cabeza, le dio el paquete a la señora y colocó las monedas en la caja. Llamó a su hijo para que saliera a atender.

Shun le siguió a la parte de atrás. Se quedó mirando la zona de la cabeza de Fong-man donde se le estaba cayendo el pelo, donde se mostraba la palidez de su cuero cabelludo.

No supo qué decir.

El kiosco

El señor Wong, el mayor, visitó a Katherine el jueves por la tarde. Se quedó de pie en el porche trasero y declinó su invitación para tomar té. El funeral sería a las diez y media el día siguiente, dijo. En la Misión China en Frederick Street. Yung sería enterrado en el cementerio de Karori.

Katherine le dio las gracias y le observó marcharse. No podía ver nada de Yung en su hermano.

A la mañana siguiente, Katherine se echó agua fría en la cara. Se bañó y se puso sus mejores ropas: vestido color crema y un sombrero que la señora Newman le había comprado en la tienda de Kirkcaldie como regalo de cumpleaños.

A las diez se puso su abrigo de lana y cogió un tranvía hasta Lambton Quay. Notaba la humedad en el aire, la amenaza de lluvia, pero aun así subió las escaleras hasta el piso de arriba, observando las colinas, la chimenea elevada desde la central eléctrica del teleférico en Kelburne. Observó el sentido del humo, su dirección era una veleta para la ciudad, y recordó las palabras de Robbie antes de marcharse caminando por la noche: «Mamá, ya sabes cómo me gusta un buen viento del sur». Se abrazó a sí misma. Se estremeció.

Caía una lluvia ligera cuando bajó en Cable Car Lane. Compró un billete y eligió un asiento al descubierto, sola, en la parte trasera del tráiler. Los tráilers eran tranvías Palace reconstruidos. Es lo que Robbie le contó. ¿Por qué se acordaba de esos datos tan insignificantes? ¿Por qué se acordaba? Se pasó el dorso de la mano sobre un ojo y, a través de túneles oscuros, sobre viaductos, observó la ciudad caer en declive ante ella, el sonido de la campana en Clifton, Talavera, Salamanca, por delante del molino de viento hasta la cumbre de la colina, Upland.

Oh, el esplendor del Kiosco de Té Kelburne: las torrecillas gemelas, el techo de azulejos naranjas, las ventanas enormes y la veranda.

—¿Señora? —preguntó el revisor.

Se despejó y bajó de un salto al camino, recorrió la corta distancia hasta los escalones, las balaustradas ornamentadas, subió hasta estar delante de la valla blanca. Le alivió que estuviese lloviendo, que no fuese domingo. Que el Kiosco estuviese casi vacío.

Entregó su abrigo en el mostrador, cogió una mesa junto a las ventanas y pidió dos tés Devonshire.

La camarera trajo una bandeja con teteras y agua caliente, una jarra de leche, tazas de

té de porcelana fina con platos y platillos a juego, cucharas y cuchillos de plata, dos bollos grandes, y dos cuencos con mermelada de frambuesa y nata montada.

—¿Desea que vuelva luego? —preguntó la camarera—. ¿No ha llegado su acompañante?

Katherine se quedó mirando fijamente el mantel blanco, almidonado, el cuenco con los azucarillos. Cerró los ojos, negó con la cabeza. Le temblaron los labios.

—¿Está usted bien? —preguntó la camarera.

Rompió a llorar, se cubrió la cara con las dos manos. No podía dejar de temblar.

—Por favor... —respondió finalmente—, sólo deje... el té... aquí...

Oyó los pasos de la camarera al retirarse. Se sonó la nariz. Miró por la ventana los edificios de la ciudad, las casitas de madera, el verde oscuro, desigual, de Mount Victoria y Town Belt; el puerto, las islas Leper y Somes, las colinas lejanas como capas de papel arrugado, gris... la capa más oscura encontrándose con el agua, la más pálida desapareciendo en el cielo lechoso. Observó un barco que salía del embarcadero, se movía y desaparecía tras Point Halswell de camino a Heads.

Sacó el reloj. Doce menos cuarto. Suspiró.

Era la primera vez que tomaba té en el Kiosco.

Cogió la tetera y se sirvió. Añadió agua de la otra jarra. Flojo, solo, sin azúcar para él; con leche y con un azucarillo para ella. Estaría frío, pero no le importaba. Cortó los bollos por la mitad y les puso mermelada y nata.

Miró fijamente la silla vacía. La taza de té solo, el bollo con el remolino de nata sobre la rebosante capa de mermelada. Se llevó la taza a los labios.

Fuera del Kiosco cogió el autobús, se sentó mientras traqueteaba por las calles llenas de baches, húmedas. Apenas se percató del deteriorado paisaje, con tranvías que pasaban, sólo el olor del aceite del motor, el crujido mientras el autobús peleaba para subir, los tirones y sacudidas del embrague y las marchas, sus dedos se agarraban con fuerza al asiento cuando doblaban las esquinas, cuando corría colina abajo.

Había venido por este camino sólo una vez. Hacía toda una vida.

Se bajó en un charco. Los bajos de su vestido color crema estaban mojados, con lodo incrustado. No le importó.

En la casita del sacristán preguntó direcciones. No miró a los ojos curiosos del hombre.

Rodeó las colinas. Subió y bajó caminos con curvas, fila tras fila de lápidas, árboles plantados de forma desorganizada entre ellas. Desconocidos. Amantes. Vidas vividas y olvidadas.

La multitud tenía el pelo negro o gris, iban vestidos de blanco. Sólo unos pocos vestían de negro. Se quedó de pie detrás de un árbol y observó a la distancia; no podía oír nada excepto el viento haciendo susurrar las hojas, el suave golpeteo de la lluvia, cantos de pájaro. El olor a tierra mojada.

Cuando se dispersaron, la cuñada de él levantó la vista.

Katherine esperó a que se marchase todo el mundo. Se quedó mirando fijamente el lugar donde habían estado. ¿Dejan las personas algo de sí mismas, además de los recuerdos... incluso cuando se marchan?

Sacó las flores diminutas del bolsillo de su abrigo. Estaban magulladas. Liberaron su fragancia triste, cremosa, de bordes rosados.

Caminó hacia él.

Sombras

En ocasiones Mei-lin le veía. Por la noche, tarde, cuando la tienda estaba cerrada y todos los demás dormían. Ella se despertaba, o quizás no había logrado dormirse, observando el ligero subir y bajar de la ropa de cama. Miraba al padre de su hijo, su rostro arrugado pero infantil mientras dormía. Las sombras se movían por el techo pálido. La llamada de un *morepork*. Se levantaba y bajaba las escaleras hasta la cocina.

Algo hacía que siempre se diese la vuelta y abriese la puerta que daba a la tienda. Un destello de luz tal vez, una sombra, una sensación de que alguien se movía. La primera vez casi gritó. Era tan corpóreo –como si tuviese músculo y piel y huesos– que por un momento lo confundió con un intruso. Y después lo reconoció. Su nariz larga, aguileña, la forma en que se movía como si estuviese a gusto con su cuerpo.

Lo vio media docena de veces. En ocasiones estaba agachado, mirando un montón de fruta, alargando la mano como si fuese a coger una manzana. En ocasiones, se alejaba caminando.

Después ella siempre se preguntaba por qué no le había dicho nada, pero él no la veía y, en ese momento, por alguna razón, ella no podía hablar. La luz descendía desde la farola y atravesaba el escaparate, creando focos de iluminación brillante por la estancia, sombras recordadas a medias por todas partes. Ella volvía a mirar y él ya se había marchado.

No se lo contó a nadie. Habían encontrado otra tienda en Tory Street, un poco más pequeña, pero sin vidas que necesitasen ser olvidadas. Se preguntó qué pasaría cuando se marchasen. ¿Alargaría la mano como si fuese a coger fruta y sólo encontraría zapatos o botellas de elixir o quizás nada? ¿Sabría dónde encontrarlos?

Ella miraba por la ventana, hacia la oscuridad, a la luz llena de sombras, después se giraba y se marchaba, cerraba la puerta tras ella. En la cocina, se servía media taza de agua hervida, fría, de la tetera; bebía, después volvía a subir las escaleras despacio.

Tarta de luna

A Katherine le sorprendió verla en la puerta.

–Por favor –dijo–. Pasa.

Preparó té. Lo sirvió flojo y solo.

–Lo siento –se disculpó–. No tengo bizcocho o galletas para ofrecerte. Los niños se han ido y yo...

La señora Wong sonrió. Sus ojos eran suaves, cálidos. No importaba.

–Te veo –habló–. Junto árbol.

–Sí –contestó Katherine–. Lo siento.

La señora Wong sonrió.

–No sientas –contestó, y después, tras una pausa–. ¿Conoces el Festival de la Luna?

–Sí –respondió Katherine.

Yung le había hablado del decimoquinto día del octavo mes lunar, la noche en la que cada año la luna está más llena, cuando las familias chinas se juntan para comer, beber y mirar la luna. Él le enseñó un calendario chino... un taco de páginas pequeño, grueso, una página para cada día, todos los años, meses y días expresados en números. «¿Cómo vives en dos tiempos distintos?», pensó ella. «En dos mundos diferentes.»

–Hago tarta de luna –contó la señora Wong. Sacó de su cesta una bolsa de papel marrón, se la dio a Katherine–. No buena. No cocina buena.

Katherine vio el arrebató de placer en el rostro de la señora Wong. Comprendió que había hecho las tartas ella misma, que esto era algo que ella hacía muy bien. Había dos dentro de la bolsa, cada una envuelta en papel encerado.

Katherine sacó platos, un cuchillo, servilletas. Yung le había dado tartas de luna. Le contó que los chinos se las daban a la familia, a los amigos. Siempre un número par.

Cortó una por la mitad. Comieron en silencio.

Katherine no sabía qué decir, y sin embargo se dio cuenta de que le agradaba esta mujer.

Cuando se marchó, la señora Wong le contó que se mudaban.

–Tory Street –especificó–. Junto a la casa de empeños Stein.

Katherine la miró abrir y cerrar la verja. No había vuelto a la tienda en todos estos meses. Levantó una mano para despedirse haciendo un gesto de lo más ligero, la observó marcharse.

La noche de luna llena, Katherine paseó por la ciudad, por los jardines entre Cambridge Terrace y Kent Terrace. Se detuvo en la estatua de la Reina Victoria y apoyó la mejilla sobre el pedestal de granito frío.

«Vamos», diría él, y Katherine se giró. Casi podía sentir la tibieza de su mano.

Paseó hasta el puerto y por el paseo marítimo. ¿Qué dijo él? ¿Por qué moría la gente? No por beber. No por conducir automóviles...

Subió los escalones del templete para la banda de música y miró la luna reflejada en el agua oscura. Las luces dispersas de la ciudad.

La gente moría porque fracasaban al salir a aguas peligrosas. Porque no lograban mirar a la tierra... mientras se volvía plateada durante la noche...

Levantó la vista hacia las estrellas en la gran extensión de oscuridad.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás ahora?

Bajó los escalones y rodeó la orilla del agua. Metió la mano en su frialdad.

Entre las rocas encontró una buena zona de piedras. Las limpió con la palma de la mano, después escribió, con el dedo, dos palabras pequeñas.

Del bolsillo de su abrigo sacó una bolsa de papel. La tarta estaba suave, lustrosa, con un dibujo chino –quizás era una palabra– prensado en una pasta satinada. Deslizó el dedo sobre las muescas del lenguaje y se preguntó cómo se traduciría.

Sacó también un pequeño cuchillo con el mango de hueso. Se sentó y cortó, con cuidado, la tarta en cuartos. Pedazos de luna amarilla se desprendieron del centro. Huevo de pato sazonado, le había explicado él. Pasta dulce de judías rojas rodeaba una yema de huevo hervido, sazonado. Levantó la vista hacia la luna. A veces la había visto amarilla, pero esta noche era blanca y muy grande.

La pasta de judías parecía oscura, suave como agua aceitosa. Cogió un pedazo y probó su dulzura, su pesadez en la lengua. La salazón arenosa de la luna. Se lamió los dedos.

La frescura de las piedras se filtraba a través de su abrigo de lana, su falda y sus enaguas. El viento del sur se estaba levantando, moviéndose por su pelo, su cara fría, sus dedos húmedos. Colocó los tres pedazos de tarta que quedaban dentro de la O de la segunda palabra que había escrito en las piedras, se puso de pie, y colocó el cuchillo en la bolsa de papel y de nuevo en su bolsillo derecho. Del izquierdo sacó un ramito de jazmín. Respiró la dulzura persistente, lo colocó encima de todas sus ofrendas.

¿Sus palabras se elevarían y viajarían sobre el puerto hasta salir al mar? ¿Al norte de Flandes, hasta los muertos todavía calientes, los que acababan de horrorizarse y los vivos? ¿Al sur hacia los mamotretos polvorientos de Dunedin? ¿A aquel otro lugar donde él vivía ahora, ella no sabía dónde?

Volvió a mirar la luna, el agua, la tierra volviéndose plateada. Recordó las flautas que él hacía con bambú; el violín que tocó una noche en su habitación (antes de que su hermano golpease la puerta y le gritase en chino), el pequeño vientre redondo del instrumento, cubierto por un lado con piel de serpiente... el diseño oscuro de las escalas

que recordaban a jardines, deseo, fruta al ser arrancada... el vientre del instrumento sujeto entre sus piernas, la forma en que su mano, su brazo y su cuerpo movían el arco hacia atrás y hacia delante entre las dos cuerdas. Todavía podía oír la melodía, *amantes mariposa*, dijo él, la forma en que la perseguía en sueños. Pero ella no podía cantarla, tararearla. Todo lo que pudo emitir fue algo que surgió de sus huesos, su voz lanzada al aire de la noche... «¿Debería ser olvidada la pasada amistad y nunca recordada, debería ser olvidada la pasada amistad por el tiempo pasado...?»²⁶

El campo sobre el corazón

Katherine sabía que sucedería, y sin embargo al pasar por Adelaide Road todavía le sorprendía: la tienda vacía, sus ventanas oscuras como ojos muertos, el letrero SE ALQUILA desgastándose por los bordes, como las orillas del pensamiento.

Pensar, añorar. «Si», dijo él, el sonido de la palabra en chino. Ahora no podía acordarse de cómo empezó, cómo llegaron a esta palabra. Por alguna razón se había olvidado del motivo... todo lo que le quedaba era el viaje.

Él se le acercó por detrás, de forma que ella pudo apoyar la espalda en su cuerpo, la rodeó con sus brazos. Le cogió la mano y escribió sobre su palma con el dedo... la palabra para *campo*, y debajo, *corazón*... y ella recordó los caracteres del nombre de él. ¿Era esto lo que los chinos añoraban?, pensó, ¿ese pedazo de tierra llamado hogar que siempre caía sobre el corazón? Ella notó el temblor en su voz, la pequeñez de aquel sonido en el aire. «¿Tú...?», empezó ella, pero ahora él le estaba besando el pelo, la nuca, deslizándose hacia el oído, con su lengua suave, insistente, sobre el lóbulo. Ella se estremeció, sólo un poco; un brote surgió de la oscuridad en forma de brisa ligera. Pudo sentir su propio cuerpo soltándose, dándose la vuelta, los labios de él sobre su párpado, su nariz, la comisura de su boca. Y ella le besaba, pequeños besos de estrella que se abrían, se desplegaban en su interior.

En la cama él le preguntó si le estaba haciendo daño, la forma en que le tiraba del labio superior, con ternura, en la tibieza de su boca. «No», susurró ella, casi con miedo de mirarle a la cara. Casi con miedo a ver la forma en que la miraba.

Se quedó de pie frente a la tienda, observando fijamente las paredes en blanco, los estantes vacíos. *No hay nada más vacío que lo que estaba lleno.* Por un momento pensó que veía naranjas apiladas en montones altos, manzanas, peras, el verde intenso de las espinacas y las acelgas, plátanos colgando de la ventana. Por un momento pensó que veía algo moverse: la mano de él acunando una manzana, los dedos largos que habían escrito sobre su palma, que habían tocado sus labios.

Cerró los ojos. Siempre tuvo muchos pensamientos dentro de ella, pensamientos que nunca salieron. Siempre se sintió incómoda con su piel pálida, pecosa. Pero ahora lo comprendía. Él le había dado el lenguaje: el lenguaje de él, un nuevo comienzo en el suyo propio. Y la llevó a sentirse en casa en su propio cuerpo. La llevó a casa.

Parte IV

*Dunedin y Wellington,
1918-1922*

Un árbol se mueve con el viento, sólo un poco, de la forma en que un viento del sur imprime su forma en el tronco, traza su frescor sobre las ramas, se desordena con la oscuridad y la luz de las hojas. Flores de sangre. Día tras día, caen agujas de sangre, una dispersión de rojo sobre la tierra.

Katherine McKechnie

Crema negra de maicena

Robbie todavía puede oír el bombardeo, todavía puede ver las llamaradas... carmesí, amarillo, verde... la tierra vomita llamas. Están cubiertos de barro; les llena el petate y las botas y enyesa sus ropas hasta la piel; atasca los rifles. Están caminando por el agua negra hasta la cintura, los pasos de tablones han sido arrasados. A cada paso, el barro los succiona hasta las rodillas. Unos cuantos días antes el hombre que iba al frente, Tracy, cayó en el agujero de un proyectil y desapareció, y no pudieron encontrarle, sólo dos burbujas rompieron la superficie oscura. Hay brazos, piernas que sobresalen de las paredes de barro, a veces un rostro oscuro con atentos ojos blancos. Ratas grandes como conejos se deslizan sobre los parapetos, sus cuerpos gordos y grasientos se mueven lentos por el festín. La putrefacción te hace sentir náuseas, pero tienes que inhalar. El olor se aferra a tu piel y nunca te lo quitas al lavarla.

La lluvia no deja de caer. Con cada proyectil el barro tiembla como crema de maicena negra. Robbie ya no siente los pies, a pesar de engrasárselos con aceite de ballena. Los pies de Jimmy se hincharon el doble, y después empezaron los gritos cuando los dedos se pudrieron y la carne se desprendió.

Tienen frío. Están hambrientos y mojados, y condenadamente helados. Y los piojos les enloquecen... se arrastran por las costuras, por todas las costuras, te llevas la uña a las costuras, rascas, rascas, rascas, para romperles las espaldas, se arrastran sobre la piel, y si los rascas con la uña sale sangre. Tu propia sangre. En un momento Robbie está hablando con Billy, están hablando de salir de este agujero infernal, volver con la chica de Billy, Linda, tiene un hoyuelo justo aquí, no la has visto nunca, ¿verdad?, Rob, ya sabes, dice, no lo creerás pero tiene el pelo rojo, se parece un poco a tu... y lo siguiente, una llamarada que se levanta iluminando todo el maldito paisaje... agujeros de proyectiles, agua, alambradas de espinos... todo bañado con la luz plateada. El sonido de proyectiles, artillería, suciedad por los aires. Robbie nota algo tibio, suave, sobre su mejilla. Baja, se gira hacia Billy, tiene una mirada de sorpresa en el rostro; Billy, con la mirada fija, mientras se derraman sus sesos destrozados.

Robbie. Robbie. Está lloviendo, siempre llueve, y las paredes siguen cambiando y las puertas cuelgan, desprendidas. Una mujer está llamando, está diciendo tu nombre, y conoces esa voz, la conoces, pero no puedes entender quién es.

Una colección de huesos sueltos

El doctor le dijo a Edie que podía deberse a los proyectiles.

—El estallido de un proyectil crea un vacío, y cuando el aire regresa deprisa perturba el fluido cerebroespinal —le dijo, como si le estuviera dando buenas noticias, como si acabase de ganar una gran suma de dinero. Sonrió con una boca abarrotada, demasiado llena de dientes.

Edie intentó no mirar fijamente. Su boca le recordaba un cementerio mal atendido, lápidas descuidadas y derrumbándose. Se quedó mirando el botón de su bata blanca. Todavía le quedaba año y medio en la Facultad de Medicina y se sintió halagada de que le hablase como colega. Después de todo, ¿en qué se diferenciaban los entusiasmos de él de los suyos propios? Sin embargo, la falta de tacto del doctor Fisher en cuanto al diagnóstico de su hermano le pareció casi indecente, o, como habría dicho la señora Newman, indicaba cierta falta de cortesía.

—Geoffrey —dijo—, llámame Geoffrey —la miró a los ojos, volvió a apretarle la mano, sujetándola más tiempo del necesario—. Hay, por supuesto, otras posibles explicaciones —añadió mientras ella conseguía soltar los dedos—. Neurólogos franceses y alemanes ya no creen que esté causado por un trauma orgánico. Dicen que la neurosis de guerra es un «desorden nervioso funcional que surge en una personalidad premórbida»...

«Personalidad premórbida.» Edie nunca pensó en aplicar esos principios a su familia.

—Los síntomas —continuó el doctor Fisher—, en realidad son los mismos que los de la neurastenia traumática —sonrió—. Lo que la gente corriente podría llamar histeria.

»La última opinión es que cualquier circunstancia, incluyendo los estallidos de proyectiles, podrían provocar su aparición. Pero la causa que predispone es el miedo combinado con agotamiento psíquico gradual... por supuesto, aquí estamos tratando con un individuo neuropático.

Edie pensó en Robbie. «¿Neuropático?»

—¿Y cuál es el tratamiento? —preguntó.

—Ánimos, persuasión, aire fresco, ejercicio, comida nutritiva, trabajo... sí, el trabajo es lo importante, eso es lo que diría el doctor King...

«Doctor Truby King.» Después de los desvaríos de la señora Newman fue una decepción que el director estuviese fuera, en Inglaterra. Edie quería ver por sí misma, comparar al mito con el hombre. Ahora tendría que esperar hasta su próxima visita para dar clase el año siguiente. Había oído que el doctor King debatiría sobre casos de

demencia, incluso alardearía de su paciente favorito... el infame Lionel Terry. Al parecer, Terry proporcionaba un buen espectáculo. Con guardias a ambos lados, pronunciaba un discurso, recitaba poesía y lograba que los estudiantes gritasen pidiendo más, preguntándose por qué estaba ingresado.

—...sacaremos a Robert al jardín —estaba diciendo el doctor Fisher... Geoffrey...—, que revuelva los rododendros, que se ocupe de las judías y las lechugas —sonrió—. Para cuando salga de aquí, será un perfecto chino, ya verás. Vamos, te llevaré con él.

Estaba sentado en un sillón, mirando por las ventanas fijamente el jardín. Incluso con la luz del sol cayendo en su cara, en su cuerpo delgado, parecía helado. Lucía una palidez agrisada que parecía incompatible con el resplandor de su pelo, su piel pecosa. Y la ropa le caía encima como si envolviese holgadamente una colección de huesos.

Edie dijo su nombre, pero él no giró la cabeza. «Robbie», llamó, su voz, un eco. Arrastró una silla y se sentó junto a él, examinó su cara, miró el azul opaco de sus ojos.

Incluso después de la descriptiva charla del doctor Fisher, fue un impacto. Robbie siempre había sido muy pesado, muy engreído. Se acordó de un juego al que jugaban después de cenar, con su padre invocando palabras como un mago. Debería haberle encantado. Después de todo, era ella quien se levantaba en silencio por la noche, bajaba el diccionario destartalado del estante y lo leía a la luz de una vela titilante. Pero podía ver la impaciencia de su padre... las letras y las palabras ya se formaban en su lengua, derivaciones arcaicas, significados poco conocidos listos para saltar y tender una emboscada desde detrás de su bigote depilado... e incluso si le subía a la garganta una palabra y sus significados, se la volvía a tragar, casi llorando por no tener nada entretenido que decir.

Era a Robbie a quien le encantaba el juego. Robbie y el padre de ambos. Observaba el deleite en los ojos de su padre ante las respuestas «estúpidas» de Robbie, la forma en que lo elogiaba, se reía con él, jugaba con él, y ella confiaba y rezaba para que su hermano se muriese o se quedase lisiado o simplemente desapareciese, que su padre olvidase que él había existido jamás, y que entonces le contase *a ella* sus bromas y relatos escandalosos, le hiciera *a ella* juguetes con madera de balsa y carretes de algodón vacíos, la llevase *a ella* al críquet en el Basin.

Incluso después de que muriese su padre, Edie siguió sintiendo celos de su hermano. Su madre le mimaba, se preocupaba por él, peleaba con él. Él era el fanfarrón, el travieso, por su estruendo era el centro del mundo conocido.

Miró a los ojos en blanco de Robbie. Era como la tapa de cuero de la que había limpiado la suciedad, envolviéndola en un pañuelo de papel y escondiéndola en el fondo de su cajón... todas sus palabras arrancadas.

Cogió la mano de Robbie, pero él no respondió.

Esto era lo que ella estudiaba. Vida. Afecciones médicas. Muerte.

El día anterior, en el museo de anatomía, había analizado modelos de cera del embrión

humano. Uno tenía una frente redonda, prominente, ojos anchos, nariz chata, y una boca abierta con la lengua fuera. El rostro protuberante le recordó algo que no sabía concretar... una bestia mítica, algo no humano...

Apretó la mano de Robbie. Él se giró, pero no hubo señal de que la reconociese.

Había trabajado en el hospital y había visto heridas y enfermedades horribles. Durante la epidemia de gripe vio a pacientes escupiendo pus y flema, blanca grisácea y sangrienta; les vio ahogados en sus propias secreciones. Perdían el pelo, las uñas de los dedos, las uñas de los pies; caían en coma o en el delirio. Enormes muchachos fornidos y hombres en la flor de la vida, chicos como George McAlister, el campeón de lucha universitario... lo repentino de todo ello... su piel se tradujo en un carmesí profundo, después, al siguiente vistazo se había vuelto, en un instante, negro azabache...

Y sin embargo esto era peor. Éste era su castigo... su plegaria había sido atendida.

Miró fijamente a Robbie y no supo qué decir. Se dio cuenta de que no sabía qué decir incluso si él estuviera bien.

Se había quedado de pie en el muelle despidiendo con la mano a la doctora Bennett, precisamente como sabía que su madre había hecho con Robbie. ¿Qué había conseguido esta guerra? La doctora Bennett lo había arriesgado todo sirviendo a los heridos en Serbia. Las bombas caían junto a ella, contra la malaria, su querido hermano murió en Passchendaele...

Edie sujetó la mano de Robbie. Abrió la boca, dejó que las palabras salieran a trompicones.

Pájaros

Katherine miró por la ventana mientras el tren atravesaba Port Chalmers y dejaba el puerto. Las gaviotas desaparecieron a medida que subían las colinas; a través de los árboles, se vislumbraba el agua azul. Edie estaba sentada anotando algo de un grueso texto médico. Quizás es más fácil así, pensó Katherine, el balanceo y las sacudidas del vagón sobre los raíles, tamborileando en los oídos. Más fácil que la conversación fracturada.

El vagón se llenaba de humo en los túneles y la iluminación era demasiado tenue para leer. Incluso sin mirar, Katherine notó la quietud del lápiz de Edie... como si estuviese atrapado en placas fotográficas... después volvía a apretarse contra el papel cuando salían a la luz del día, mientras bajaban traqueteando por los precipicios sobre Waitati.

Katherine observó las playas, las casitas en la costa. Recordó risas en Island Bay, Edie recogiendo conchas y piedras, moluscos, pequeños animales marinos; Robbie dándole a una pelota sobre la arena. Atravesaron un terreno de pasto de ovejas, y antes de que se diera cuenta el mozo estaba gritando, «¡Seacliff! ¡Seacliff!», y el tren dio una sacudida y se paró.

Edie metió los libros en la bolsa y bajaron.

No sabemos cómo estar juntas, pensó Katherine. Ni siquiera sabemos cómo estar calladas. Miró a Edie, la bolsa se balanceaba pesada en su mano; miró la carretera ante ellas. Diez minutos, había dicho Edie. Diez minutos a pie.

—¿Habla? —preguntó finalmente.

—No —contestó Edie. Con suavidad. Como un suspiro.

El sonido de los zapatos de ambas sobre la grava.

—¿Te conoce?

—Mamá, ¿estás segura de que...?

—¿Te reconoce, reconoce a alguien?

—Yo... no lo sé.

—¿Qué dicen acerca de sus... posibilidades?

—Creo que es demasiado pronto...

Edie dio patadas a las piedras por la carretera. Una y otra vez.

«No lo hagas. No», quería decir Katherine.

—¿Por qué es tan duro? —preguntó Edie.

«¿Por qué me preguntas a mí?», se preguntó Katherine. «¿Qué puedo decir para

hacer más fácil algo de esto?» Miró a su hija, con toda la vida por delante.

—Hay tanto que no entendemos —contestó al final.

Notaban la tibieza de la luz del sol en la piel. Caminaron oyendo cantos de pájaro, por todas partes un verde exuberante, flores abiertas, el cielo demasiado azul. «¿Por qué es tan hermoso? ¿Se supone que esto lo hace soportable?»

—¿Por qué no me lo contaste, mamá?

—¿El qué, Edie? ¿Qué no te conté?

—Lo del señor Wong.

Katherine respiró fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me hablaste de ti y el señor Wong?

«Lo sabía. Todos estos años ella lo sabía...»

—Yo... no pensé que lo entendieses... no pensé que lo aprobases... —se detuvo y miró a su hija a los ojos—. No quería tener que escoger entre vosotros.

—¿Pero eso no era escoger? —Edie le dio una patada a una piedra, con ferocidad. Un pájaro cruzó su camino volando, una ráfaga de alas marrones.

—Lo siento, Edie... yo...

Edie se quedó mirando la carretera frente a ellas.

—Le amabas, ¿verdad?

Katherine parpadeó. Caminaron en silencio.

—Hemos llegado —dijo finalmente Edie. Cruzaron las verjas del hospital, subieron por el camino contrahecho de la entrada, pasaron por delante de los huertos y viveros de frambuesas, hacia el enorme edificio de piedra gris.

Katherine le cogió la mano, se la apretó, y él se giró. Lo rodeó con sus brazos y lo abrazó, la cara fría de él contra la garganta de ella. Ella pudo notar sus huesos, las franjas delgadas de sus costillas, sus omoplatos como alas. «Robbie», dijo, un susurro en su pelo. «Hijo mío.» Sintió el peso de él, ligero, la sustracción de lo que había conocido. Le besó ligeramente, temiendo que si apretaba demasiado fuerte él podría desvanecerse.

Él se apoyó en ella, se agarró a ella, y ella notó cómo él empezaba a temblar; pequeños sollozos sacudían su cuerpo delgado.

Después Katherine no pudo regresar a las habitaciones que había alquilado. Edie le dio un abrazo... cuánto tiempo hacía que Edie no la abrazaba... y regresó a la Facultad de Medicina, dejándola deambular por la ciudad. Paseó por Lower Stuart Street hasta el Octagon, miró la estatua de Robbie Burns sentado en su tocón, pluma en mano, un pergamino a sus pies. Mientras observaba, una gaviota bajó volando y se posó en la cabeza de la estatua. Parecía tan ridículo que Katherine casi se rió. Podía pasarle a cualquiera, incluso a los grandes señores. La vida podía llegar cuando menos lo

esperabas... y cagarse en tu cabeza. Empezó a temblar, pero no era la risa lo que arrancaba oleadas desde su cuerpo.

Huyó, tratando de controlar el llanto, tratando de controlar el temblor. Escuchó bocinas, el chirrido de frenos, casi chocó con alguien cuyo rostro no vio. Intentó calmar su respiración, intentó calmarse.

Se secó la cara con un pañuelo. Abrió los ojos.

El edificio representaba todo en lo que ella no creía, su chapitel alargándose hacia el cielo como si quisiera infundir el temor de Dios en la ciudad. La primera iglesia. El Dios único e inflexible.

Cruzó las verjas de hierro, pasó por el césped cuidado, por delante de los árboles tranquilos, subió los escalones de basalto gris, dejó que la caliza la engullese.

En el vestíbulo, cruzó la puerta abierta, entró en el vientre de Dios.

La iglesia estaba vacía. El sol de última hora de la tarde entraba por los rosetones, realzando los bancos del oeste y deslizándose sobre los asientos de respaldo recto del coro. Se sentó en la última fila, mirando por encima de las filas de bancos de madera hasta la parte delantera de la iglesia donde se elevaban los tubos como cañones silenciosos. Dos banderas británicas colgaban del arco de madera, uno al este, otro al oeste, sobresaliendo por encima del altar. Se sentó sola, mientras haces de luz rosada surcaban las paredes de marfil.

En el silencio resonaban palabras, palabras como perdón. Redención. Pero ella no tenía palabras que decir, palabras que compartir. Bajó la vista. En la parte trasera del banco que había frente a ella alguien había grabado en letras desmañadas: DIOS ES. ¿Qué?, se preguntó. Había oído muchas palabras. Rectitud. Justicia. Un fuego devorador. Y palabras como amor, que podía escabullirse por la lengua con demasiada facilidad. Una palabra dicha con la boca o los ojos, con actos de sacrificio, pequeños o grandes. Una palabra con muchas facetas, capaz de una enorme claridad y de grandes malentendidos.

¿Qué hubiera hecho de manera diferente de haberlo sabido? ¿Qué habría escogido?

Hundió la cara entre las manos.

El reloj

Robbie estaba quitando la maleza del jardín de rosas cuando el desconocido se le acercó.

—Sólo los idiotas creen que las rosas son símbolos de amor... —la voz era fuerte, autoritaria.

Robbie levantó la vista.

El hombre iba completamente vestido de blanco. Tenía el pelo blanco, largo, ligeramente ondulado, larga barba blanca. Como un profeta del Antiguo Testamento. Como Dios. Estaba flanqueado por guardas que llevaban uniformes de Seacliff.

—¿Qué dices, hijo?

Robbie volvió a bajar la mirada, se concentró en la tierra rica, marrón, en sentirla entre los dedos, bajo las uñas.

—Es el color lo que tiene suma importancia —estaba diciendo el hombre—. El blanco, por ejemplo... las rosas blancas simbolizan el amor eterno, ¿pero sabías que también indican secreto y silencio?

El hombre se rió.

—La gente por lo general no piensa en ocultos secretos de amor, ¿verdad?

»Y el negro. No existe algo como una rosa negra. En realidad son más bien de color carmesí oscuro o rojo, pero ése es el poder del símbolo. La muerte, hijo. El duelo... Personalmente, no veo razón alguna para el duelo. La muerte es inevitable. A veces puede utilizarse para demostrar un argumento.

El hombre se inclinó sobre un rosal, en una zona en la que Robbie ya había quitado la maleza, y arrancó un pobre tallo descuidado con raíces muy finas, lo lanzó sobre el montón de hierbajos.

—Dejas que arraigue un pequeño demonio y en un abrir y cerrar de ojos la tierra se ve plagada de un horror incalificable.

»¿Cómo te llamas, joven?

Robbie no lo sabía. Nada parecía encajar. Pero no dejaba de oír el mismo nombre una y otra vez. Robbie. Robbie. Lo oía en sueños.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Robbie notaba la garganta seca, como si ahí ya no viviesen las palabras. Intentó toser. Un nómada cruzando un desierto.

Uno de los guardas dijo:

—Se llama Robert. Su hermana le llama Robbie. No habla. Sólo pasa todo el tiempo en el jardín.

—Robbie —repitió el hombre, pensativamente.

Robbie levantó la vista para mirar el rostro del hombre, sorprendido por su silencio. De repente se acordó de su padre... *fue* su padre... abriendo la parte trasera de su reloj de bolsillo para mostrar las piezas del engranaje con sus ruedas diminutas haciendo clic, clic, en círculos interminables. «Nada está quieto», dijo su padre. «Incluso si no lo sabemos, incluso si no hacemos nada. La tierra gira, y todo en ella...» Su padre habló tan despacio que Robbie no le reconoció. Miró a media distancia, pareció olvidar la presencia de Robbie. «¿Es esto todo? ¿Sólo somos piezas de engranaje, nuestras vidas se mueven inexorablemente hacia su final?»

Se giró, miró a Robbie a los ojos. De pronto se rió. «No estés tan serio, hijo.» Alborotó el pelo de Robbie. «Ahora vete a la cama. Todo se ve mejor por la mañana.»

Pero no fue así, ¿verdad? Por la mañana. Fue entonces cuando lo sacaron del agua.

El desconocido estaba hablando otra vez, su discurso formaba un perturbador murmullo de fondo, pero todo lo que Robbie podía ver eran amuletos de *pounamu*, los dedos de su padre manchados de tinta, y agua, agua infinita, cubriendo...

Quien regresa

Desde la ventana del primer piso de la habitación donde vivió de niño, Robbie miraba abajo, al jardín. El árbol *rata* seguía allí, las tablas de madera que él había clavado en el tronco, la rama que sobresalía y en la que se sentaba, haciendo llover sobre su hermana piedrecitas, bellotas, coles de Bruselas que se había metido en el bolsillo durante la cena. La hierba estaba muy alta, llena de dientes de león y margaritas que en verano volverían a florecer de manera desenfrenada. Una vez pudo haber un huerto de verduras, de flores, antes de que ellos se mudasen allí, pero todos sus recuerdos eran así: hierbajos que crecían exuberantes, como una maraña de pensamientos.

Se quedó tumbado en la suavidad blanca de su cama casi un día y una noche tras el largo viaje en tren y barco desde Dunedin. Había bebido la sopa de verduras de su madre, representó los ritos de un inválido. La habitación estaba igual que cuando la dejó, pero él ya no encajaba... como la ropa que su madre había dejado colgada en su armario o doblada en los cajones del arcón de roble. Se metió la camisa en los pantalones, que colgaban de sus caderas huesudas hasta que se colocó tirantes, y se puso un jersey para cubrir el vacío de su cintura. Después bajó sus maquetas de aviones, trenes, las postales y pósters de la pared, los amontonó al fondo del armario.

No quería recordar.

Hizo una mueca al ponerse unos zapatos que le apretaban, y bajó las escaleras.

No se detuvo para tranquilizar a su madre, sólo salió por la puerta trasera, atravesando la hierba que le jalaba y tiraba de los tobillos con largas hojas húmedas, y continuó hasta el cobertizo de hierro. Dentro, se amontonaban motas de polvo brillante bajo la luz de la mañana. En cada estante y superficie, había polvo gris amarronado, en una capa de fieltro sucio. Allí, entre los listones de madera, encontró pala, rastrillo, tijeras de podar, paleta.

Nunca había cavado en este jardín antes, había heredado desde temprana edad el desdén de su madre por la jardinería. Pero su temporada en Seacliff le había dejado una huella de dedos verdes, y ahora no podía mirar una tierra baldía y descuidada sin imaginarse un jardín inglés, un jardín *à la* Truby King.

Todas las mañanas después de desayunar entraba en el mundo de su jardín. Recorría con lentitud el circuito completo, examinando cada rincón, cada forma, planeando el trabajo para ese día. Después sacaba las herramientas que necesitaría, varas largas de

madera y metal que llegaba a sentir como extensiones de sus extremidades, de su propio cuerpo.

Con el paso de los días, semanas, encontró pequeñas atracciones en la cabaña: una colección de clavos, un martillo y un serrucho, un montón de cajas de madera. Sacó a golpes los clavos de las cajas, y después en la parte trasera del jardín construyó una mucho más grande: alta, sin fondo, con una plancha de madera en la parte de arriba, y unos pocos agujeros alrededor de la base para que entrase el aire. Allí fue creando capas de recortes de hierba, basura de la cocina y la chimenea, sobras de verduras y frutas de un cubo que su madre tenía en la cocina. Tierra a la tierra, polvo al polvo, las promesas del sol y la lluvia.

Pensamientos, campanillas, azucenas, lavanda, rosas. Ruibarbo, repollo y perejil. Construiría un enrejado para ocultar el anexo y pondría plantas trepadoras por encima. Madreselva, apuntó su madre, o quizás clemátide. ¿Por qué no jazmín?, se preguntó él, pero no le importaba. Sólo quería flores. El tímido despertar de los bulbos en primavera, la embriaguez de la floración en verano. Quería sus colores vivos, colores que respiraran, sus aromas seductores.

El invierno dio paso a la primavera y la primavera al verano. La luz se deslizó por debajo, alrededor de los bordes de las persianas de cuerda, sobre la piel somnolienta. Si hubiese sido un gato, Robbie ronronearía. Se quedaba tumbado en la cama y no sabía dónde comenzaban y terminaban el sueño y el despertar.

Comió gachas con su madre, removió bolas de azúcar y leche creando un remolino espeso en su cuenco. Bebió té con leche y dos azucarillos.

Su madre hizo correr el agua para lavar los platos —él sabía que estaba a punto de coger la tetera del fuegocuando se inclinó y la besó ligeramente en la mejilla. Cogió el cubo de las sobras, abrió la puerta, salió al jardín. A la luz brillante de la mañana.

Piña

Katherine nunca había comprado piña, nunca la había probado. La piel puntiaguda parecía demasiado desalentadora, como una enorme fruta que en parte pretendiera ser un cactus, pero la señora Newman le ofreció diez chelines extra a la semana y Katherine sintió ganas de celebrarlo. Bajaba por Tory Street, pensando en comprar pasteles – pasteles reina, rosquillas o besos–, cuando vio las piñas en el escaparate. Se paró y se quedó mirando, y cuando miró dentro vio a la señora Wong sonriendo, haciéndole gestos para que entrase.

–Piña muy rica –dijo la señora Wong–. Ven, corto para ti.

Katherine la siguió para salir por la parte trasera de la tienda y entrar en la cocina. La observó lavar la piña bajo el grifo, después cortar la parte de arriba y la de abajo. Hojas como aloe, pensó Katherine, mientras las observaba caer al fregadero. Ahora la señora Wong estaba recortando la piel, sacando la fruta poco a poco, haciendo descender el cuchillo con rapidez.

Katherine miró cómo caían los trozos de piel en el fregadero... rebanadas de reptil naranja-verdoso. Observó la transformación, la pálida carne amarilla todavía tachonada de verrugas oscuras. La señora Wong giró la piña de lado, introdujo el cuchillo, primero hacia un lado, hacia dentro, después hacia el otro, cortando largas uves como zanjas.

A Katherine le maravilló lo rápido que trabajaba, cómo la fruta se convertía ante sus ojos en un tubo amarillo suave cubierto de surcos en espiral. Entonces la señora Wong cortó la piña en rodajas, y las rodajas en cuartos. Se lavó las manos, cogió del estante un cuenco plano de porcelana, y de un armario un bote grande de cristal.

–¿Qué es eso? –preguntó Katherine, viendo que echaba unas cucharadas de granos blancos cristalinos en el cuenco.

–Sal –contestó Mei-lin, sirviendo agua de la tetera sobre la sal y removiéndola con los dedos–. La vuelve dulce –mojó una rodaja de piña en la salmuera y se la ofreció a Katherine.

Katherine no había probado nunca algo así. El zumo salió a chorros mientras mordía, y se rió, al tiempo que la dulzura le cubría la barbilla.

Mientras la señora Wong guardaba trozos de piña en un bote, Katherine pensó en Robbie, trabajando en el jardín. Desde que regresó, no había tocado la fruta... manzanas, peras, naranjas... pero seguramente con la piña sería diferente.

Katherine siguió a la señora Wong de nuevo hasta la tienda. Había un hombre de pie

ante la caja registradora, contando el cambio de un cliente. Katherine se sintió palidecer. Él levantó la mirada, la saludó con la cabeza, y ella vio que era muy joven. Se dio cuenta de que no era él.

Aquella noche, Katherine utilizó un tenedor para sacar trozos de piña del bote y colocarlos en dos cuencos de flores azules.

–Piña –le dijo a Robbie, saboreando la palabra en la lengua como si fuese un truco de magia.

Apenas podía cerrar la boca y masticar sin que el zumo pegajoso se le derramase. Cerró los ojos. Era como devorar la luz del sol convertida en zumo.

–Vamos, Robbie. Pruébala. ¡Está deliciosa!

Como él siguió sin tocarla, ella cogió un trozo con su propio tenedor, y se lo acercó a la boca. «Toma un poco de dulzura, Robbie. Introdúcela en tu vida.»

Robbie conocía esa fragancia –el aroma ligero, dulce, tropical– en su nariz. Una ventana de luz en la oscuridad del invierno.

Levantó la piña delante de su cara. Inhaló.

–Piña muy buena –dijo el chino–. Muy dulce.

«Bastardo», pensó él. «¿Así es como ve a mi madre?» Dejó la piña. Junto a las manzanas.

Había cuatro iguales en el frutero de casa de su madre. Pero él se negaba a comerlas. Había oído historias acerca de cómo los *chows* sacaban brillo a sus frutas, frotándolas con baba para hacer que brillasen.

–Manzana muy buena, ¿quieres probar? –el chino le miraba con expectación. Sin pensar, Robbie apoyó tres dedos sobre una manzana. Incluso a través de los guantes podía notar la suavidad fresca de su piel, el enrojecimiento de sus mejillas; el rubor de su madre. Se limpió los dedos con el abrigo.

Pero ahora el chino se le acercaba con un cuchillo, cortaba un pedazo de la misma manzana que él había tocado, y de alguna manera se lo ponía en la mano, antes de darse la vuelta.

Robbie tenía la boca seca, la garganta tensa. Separó los labios, y escuchó pisadas, risas mientras un hombre y una mujer pasaban por el camino, afuera. Cerró los ojos, después los abrió, dejó caer el trozo de manzana, escupió, y lo arrojó sobre el linóleo.

–Apártate de ella –dijo.

Un ademán de reconocimiento cruzó el rostro del chino. Una nube.

–¿Has oído lo que he dicho? ¡Déjala en paz de una maldita vez!

El chino le miró directamente a los ojos, inmutable. La gente decía que eran blancos fáciles, los *chinks*, nunca se resistían. Pero éste le desafiaba.

Robbie pudo oír su voz alzándose como a la distancia, ahogada y separada de su

cuerpo. Estaba temblando. Estaba gritando, pero todas sus palabras eran pequeñas y estrechas.

Después, Robbie se preguntó por qué el tipo le dio el cuchillo aquella noche. Lo dejó delante de él con tranquilidad. Una invitación. Un desafío.

Podía verse pero no podía sentir, todos los movimientos estaban despegados de su cuerpo. La forma en que el cuchillo llegó a su mano, cómo lo clavó en el cuerpo, cómo lo sacó. Le sorprendió la facilidad: una bayoneta deslizándose para entrar en un saco acolchado. Mientras entraba, Robbie se percató de que los ojos del chino de pronto eran redondos, lo que por una fracción de segundo pareció ridículo. La boca se abrió por la sorpresa, pero no salió ningún sonido. Cayó agarrándose el estómago, donde un pequeño parche de color rojo manchaba el mandil blanco.

Robbie miró el cuchillo, la mancha roja en su hoja afilada, la comodidad de su mango de madera, de forma que notaba su presencia sólo por cierto peso en los dedos. Vio caer una única gota de sangre, oyó el ruido del cuchillo sobre el linóleo blanco.

No podía moverse. Había un chino tumbado a sus pies, mirándole fijamente, sin palabras, el olor metálico de la sangre en su nariz. Se miró las manos, con los guantes puestos, estas manos que no eran las suyas. Qué hacer. Qué hacer. Caminó hasta la puerta delantera, notaba las piernas pesadas, tardaba un tiempo infinito en dar cada paso, como si estuviese caminando bajo el agua. Empujó la puerta, pero una esquina del linóleo se atrancó en la entrada. Quiso gritar, pudo oírse gritando, pero no podía abrir la boca. Empujó otra vez, hizo fuerza, escuchó el chasquido cuando saltó el cerrojo. El sonido de pasos en el piso de arriba. La mujer. Dios, no quería... Robo, tenía que parecer un robo. Todo el mundo sabía que los *chinks* tenían dinero. Cogió algunos paquetes de tabaco, se los metió en los bolsillos, fue a la caja.

Se metió en el bolsillo los billetes enrollados, un par de cilindros de monedas. Dejó la caja abierta y corrió. Salió por la parte trasera de la tienda. Por la puerta de atrás.

Frente a la verja, las ventanas de la panadería arrojaban luz sobre el callejón. Era amplio, lo bastante amplio para la carreta de un panadero, demasiado amplio y demasiado iluminado... ¿y era el señor Paterson quien salía? La casa del otro lado estaba a oscuras. Robbie corrió a tientas, se golpeó la rodilla con fuerza en la valla de madera, trepó por ella, oyó que caían monedas sobre el suelo pedregoso, cruzó corriendo el patio vecino y vomitó contra la valla. Bajó corriendo por Adelaide Road, cruzó la calle y se dirigió hacia el Basin.

Un borracho salió tambaleándose del Tramways Hotel. Una pareja paseaba agarrada del brazo, ella le miraba a los ojos, él se reía. En la oscuridad, nadie parecía darse cuenta.

Robbie se miró las manos, los guantes que había tejido su hermana. Tenía que deshacerse de ellos. No quería tocarlos. Tenía que lavarse las manos.

Un relámpago cruzó el cielo e iluminó la calle; el Caledonian arriba, en la esquina. El sonido del trueno y después el diluvio. Robbie se encorvó en su abrigo y corrió, balas de

lluvia golpeaban la acera, volando hasta sus pies, el agua caía torrencialmente sobre su sombrero, deslizándose por su cuello. Las alcantarillas ya estaban inundadas.

No oyó gritar a una mujer.

Del arte de morir

Hay muchas formas de matarse. Algunos lo hacen rápido, dejando el cuerpo como regalo de despedida, o quizás como acto de venganza. Otros, durante toda una vida, mueren en silencio.

Katherine no comprendió qué pasó. Primero oyó su grito... bajo, profundo, como el de un animal... Después notó que el tenedor de plata, el trozo de piña, volaban desde su propia mano, Robbie corría, por la estancia, agitando los brazos.

Después, la miró con los ojos apagados, los brazos caídos a ambos lados. Todo tan suelto, apenas sujeto, casi como si su cuerpo hubiese olvidado el significado del músculo, el ligamento, el hueso.

Lo encontró por la tarde. Una rama que sobresalía, en la que se sentaba de niño. Llevaba su pijama de rayas azules y blancas... el pijama que ella le compró con orgullo, lo último en ropa masculina para dormir... sus pies desnudos a pocos centímetros del suelo.

No había nada bajo el árbol. Sólo hierba, ramitas caídas, dientes de león que todavía tenían que crecer hasta tener un tallo embriagador y florecer. No había ninguna silla ni caja caída, nada desde lo que hubiese podido saltar a otro mundo. Y Katherine se dio cuenta de que había subido por el tronco, sujetándose de los listones de madera con los dedos de las manos y los pies. Que se había sentado sobre la rama mientras ataba la cuerda, primero un extremo, después el otro. ¿Cuánto tiempo habría estado sentado allí mientras ella mecanografiaba cartas en papel con monograma y archivaba recortes de periódico en carpetas? ¿Qué habría pensado mientras miraba el jardín desde arriba: la madreselva que había empezado a guiar para que trepase por el enrejado blanco, las rosas cuyas hojas jóvenes estaban empezando a brotar?

No quiso mirarle a la cara, la extensión de su cuello, la forma en que su cabeza caía hacia un lado como si mirase hacia otra parte, incapaz de mirarla a los ojos. Solía sacar la lengua cuando era pequeño, cuando pensaba algo en profundidad, cuando se ataba los cordones de los zapatos o incluso cuando miraba una piedra. Ella confió en que hubiese volado, de la forma en que las cigarras vuelan desde su piel transparente, dejando un recuerdo fantasmal mientras su auténtico yo se posa en los árboles en verano, volviendo al mundo loco con su canto.

Él había sido bueno volviéndola loca. Quizás ése era su papel, el papel de todo niño. Desafiar a su madre y a su padre. Y descubrirles deseando...

La señora Newman se quita sus gafas de leer. Hay ternura en sus ojos... un cielo suave, nublado... del que Katherine no se había percatado antes. Le tiembla el labio. «Se vuelve más fácil», dice.

Mira fijamente sus gafas, se las vuelve a poner, baja la vista hacia el periódico.

El dolor va suavemente por detrás de ella. No sabe qué cara tiene. Puede estar mecanografiando una carta, o lavando un cuenco blanco, o mirando hacia fuera desde la parte de arriba de un tranvía de dos pisos. Puede estar en un espectáculo en el Teatro His Majesty's, rodeada de risas y conversación de primera clase. Se dará la vuelta y estará ahí. La rodeará por el cuello con los brazos. Le pedirá que le abrace.

Nota de la autora

Los personajes principales de esta novela son ficticios y sus historias son imaginarias; sin embargo, algunos de los personajes secundarios son figuras históricas reales. El más destacado de éstos es (Edward) Lionel Terry, que asesinó a Joe Kum-yung en Haining Street, Wellington, el 24 de septiembre de 1905. Sus interacciones con la familia McKechnie son ficticias, pero sus opiniones, poesía, publicaciones, juicio y posterior encarcelación en instituciones mentales, así como su popularidad, son hechos reales. Durante varios periodos en el Hospital Mental Seacliff, cerca de Dunedin, disfrutó de gran libertad personal, y durante otros fue incomunicado a causa de sus fugas y mal comportamiento. Murió estando todavía encarcelado en Seacliff, el 20 de agosto de 1952, a la edad de ochenta años. Nota: algunos de los «hechos» sobre Terry tal y como se relatan en la novela, por ejemplo, sus estudios en Eton y Oxford, no son ciertos pero es lo que se creía y se narraba en los periódicos de la época.

La doctora Agnes Bennett se crió en Australia e Inglaterra, pero adquirió importancia primero en Nueva Zelanda, donde fue una popular y respetada pionera del acceso de las mujeres a los estudios de medicina y partidaria incondicional de su educación y sus derechos. Su filosofía de vida fue dar más que recibir y «escoger el cofre pesado». Los doctores Frederick Truby King y Ferdinand Batchelor también son importantes figuras en el ámbito médico; el Dr. King fue muy famoso en Nueva Zelanda no como profesor universitario de Enfermedades Mentales en la Facultad de Medicina de Otago o como Director Médico de Seacliff, sino como fundador de la Plunket Society en apoyo a madres y niños. (Elizabeth) Grace Neill fue una enfermera destacada, funcionaria y reformadora social, y Kate Sheppard y Lily Atkinson estuvieron a la vanguardia de la campaña por el sufragio femenino en Nueva Zelanda.

Mary Anne (Annie) Wong llegó a Wellington desde Melbourne para casarse con el misionero chino anglicano Daniel Wong. Él murió a los pocos años pero ella permaneció en Wellington trabajando con posteriores misioneros antes de retirarse en Hong Kong, en la década de los años treinta del siglo XX.

Yue Jackson (apellido Yue), hijo de padre chino y madre escocesa, vivió en Nueva Zelanda y China. Durante muchos años fue Ministro Británico en el Consulado de China en Wellington. El cónsul Kwei Chih y el incidente narrado en «Si no ha llegado el momento», así como la reacción del hijo de Kwei Chih, ocurrieron, aunque todos los demás nombres locales son ficticios.

Todas las figuras políticas, tanto neozelandesas como chinas, son reales. La única excepción es Alexander Newman, esposo de la ficticia Margaret Newman.

Sir Robert Stout presidió, como Presidente del Tribunal, el juicio a Lionel Terry. Era miembro de la Liga Anti-china y fue, como muchas figuras importantes de la época, anti-chino. Curiosamente, su esposa, Anna Paterson Stout, una mujer destacada en su tiempo, se mostraba favorable a la comunidad china.

Aunque los chinos neozelandeses a finales del siglo XIX y principios del XX tenían amigos y partidarios, la legislación anti-china esbozada en esta novela es históricamente precisa, así como el clima general de racismo y la violencia ocasional. El tiroteo en Naseby y el asesinato de Ham Sing-tong en Tapanui son ejemplos ciertos. Mi bisabuelo paterno, Wong Wei-jung (Wong Way Ching) fue brutalmente asesinado en Wellington en 1914. El caso nunca se resolvió.

La transliteración del chino al alfabeto latino en esta novela resultó difícil porque, aunque mis personajes son cantoneses y sólo hablan cantonés, muchos nombres chinos famosos, lugares y términos sólo son reconocidos por el lector general en mandarín, ya sea con el sistema *pinyin* empleado en la China moderna o el antiguo sistema Wade-Giles. Hay muchos métodos distintos, a menudo no aceptados, para romanizar el cantonés, y las ortografías comunes en Nueva Zelanda son muy diferentes de las empleadas en otros lugares.

Dado que el *pinyin* no existía en la época de la novela, en general he utilizado la conocida transliteración Wade-Giles para el mandarín, para las figuras históricas famosas y lugares o cualquier forma por la que fuesen más popularmente conocidos, pero generalmente he empleado el cantonés para todos los demás. Sun Yat-sen era cantonés y por tanto reconocido por la transliteración cantonesa de su nombre, y la provincia es reconocida de forma más inmediata como Cantón (Kwangtung).

Según la costumbre china, los apellidos van delante, aunque cuando los chinos se registraron en países como Nueva Zelanda los funcionarios del gobierno a menudo confundían partes de los nombres de pila con apellidos, lo que, añadido a los distintos métodos de transliteración, hizo que muchos chinos terminaran con apellidos erróneamente registrados que sobreviven hasta la fecha.

He unido con un guión los dos nombres de pila para evidenciar cuáles son los apellidos y cuáles los nombres. Sin embargo, a la gente a menudo se la conocía por uno de sus nombres de pila, por ejemplo, a Wong Chungyung su hermano mayor lo llamaba Yung. Como la posición en la familia es tan importante, Yung se refería a su hermano como Shun Goh, teniendo en cuenta que *Goh* significa «hermano mayor». Los cantoneses también se refieren a menudo a la gente como *Ah* seguido o del apellido o de un nombre de pila.

He utilizado la ortografía habitual empleada por los periódicos neozelandeses para el cónsul Kwei Chih. El «violín» chino, *erh-hu*; la deidad de la misericordia, Kuan Yin; y la mujer guerrera, Mu-lan, están romanizados en mandarín, pero la mayoría de las demás

palabras en chino, incluyendo unidades de medida y moneda, están romanizadas en cantonés. Estoy en deuda con Janet Chan, de Picador Asia, por su ayuda con la transliteración cantonesa.

La mayoría de los primeros chinos en Nueva Zelanda procedían de tres principales condados de Kwangtung (Guangdong), es decir, Cantón, al sur de China: 增城 Tseng Sing (conocido como Jungseng en Nueva Zelanda, Zengcheng en *pinyin* o Tseng-ch'eng en WadeGiles); 番禺 Pun Yu (Poonyu, Pan Yu o P'an-yü); y 四邑 Sei Yap (Seyip, Siyi o Ssu-i).

A comienzos del siglo XX, podría decirse que Wellington se había convertido en el principal núcleo chino en Nueva Zelanda. Las representaciones populares y de los medios de comunicación en torno a los chinos en la época por lo general se concentraban en Haining Street y solían ser sensacionalistas, negativas y sumamente inexactas. La comunidad china se concentraba en Haining Street y las calles vecinas, Taranaki, Tory y Frederick, aunque muchos chinos también vivían encima de sus comercios desperdigados por la ciudad.

Nota: la ortografía del suburbio de Kelburne, en Wellington, no se convirtió en la actual Kelburn hasta 1917.

Esta novela no es la historia de mi familia ni la de ninguna familia china neozelandesa en particular, aunque mi familia sí procedía de Caballete de Melones (瓜嶺 Gwa Liang o Gwa Ling, Gualing o Kua-ling) y Horno de Azulejos (雅瑤 Nga Yiel o Nga Yiu, Yayao o Ya-yao), pueblos en el condado de Tseng Sing, y algunos de los incidentes de la novela se han inspirado o se han basado en experiencias reales. Esto incluye la considerable suma de dinero recaudada por los chinos neozelandeses patriotas para apoyar a Sun Yat-sen y la Revolución de 1911, y la participación de mi bisabuelo materno (Wong Kwok-min, Huang Guomin o Hung Kuo-min, también conocido como Wong Hum).

Aunque me he esforzado por ser histórica y culturalmente precisa, hay muchas perspectivas distintas e incluso contradictorias. También hubo ocasiones en las que fui incapaz de descubrir la «verdad». Al fin y al cabo, ésta es una obra de ficción, no de historia.

Alison Wong

Agradecimientos

Agradezco la ayuda ofrecida por la beca de investigación Robert Burns, el Willi Fels Memorial Trust, un proyecto subvencionado por Creative New Zealand, la beca Reader's-Digest New Zealand Society of Authors Stout Research Centre y el premio de investigación New Zealand Founders Society Annual Research.

Estoy en deuda con Jane Parkin por su edición sensible y perspicaz, y con Judith Ludkin-Amundsen por su inestimable lectura; mis editores, Geoff Walker y el equipo de Penguin Nueva Zelanda, y Rod Morrison, Daniel Watts, Janet Chan y los equipos de Picador en Australia y Hong Kong; así como con mi agente, Toby Eady, y Jamie Coleman, de Toby Eady Associates. Gracias a Keely O'Shannessy por su fabulosa cubierta, a Mary Egan por el hermoso diseño del interior y a Alan Knowles por su foto de la autora.

Mi especial agradecimiento a Roger Steele, Christine Roberts y Roger Whelan, de Steele Roberts, que proporcionaron apoyo y ánimo a lo largo de los años.

Fiona Kidman proporcionó un excelente consejo sobre la estructura, partiendo de un borrador temprano, y Toni Atkinson, Gilbert Wong, Eva Wong Ng, y los integrantes de las diversas incorporaciones de mis grupos de escritura –entre otros, Caren Wilton, Raewyn Brockway, Lynn Davidson, Johanna Knox, Claire Baylis, Sarah Laing, Kate Camp, Catherine Chidgey, Virginia Fenton, Alex Gillespie, Jay Linden, Michael Gilchrist, Peter Hall-Jones, Naomi O'Connor y Jan Farr– me retroalimentaron y/o me animaron. Gracias a Kate, que encontró el proverbio chino que inspiró el título de la novela y de un capítulo, *Cuando la tierra se vuelve de plata*. No tengo ni idea de si es un auténtico proverbio chino.

Dianne y Peter Beatson proporcionaron su maravilloso refugio para escribir en Foxton, donde avancé mucho, y Siggy Woolloff y su personal en Aunt Daisy's Boathouse Café aportaron café, cordura y un refugio para escribir con vistas al agua.

James Brown, Catherine Chidgey, Justin Paton, Chris Price y Lawrence Jones, como editores de *Sport, Landfall* y *Nurse to the Imagination: 50 Years of the Robert Burns Fellowship*, publicaron fragmentos en borrador.

Linda Cound me dio su «pequeño libro naranja» y Forbes Williams ayudó con investigación y discusiones sobre narrativa.

Los residentes, asociados, secretarios y quienes se ocupan de la dirección –Allan Thomas, Vincent O'Sullivan y Lydia Wevers– del Stout Research Centre, el personal del

área de Chino del Departamento de Lenguas Asiáticas de la Universidad Victoria en Wellington, y mucha gente vinculada a los Departamentos de Inglés e Historia de la Universidad de Otago, me acogieron y me ayudaron en el camino. Otras instituciones que ayudaron con la investigación fueron la biblioteca, el museo de anatomía y la biblioteca médica de la Universidad de Otago; el New Zealand Dictionary Centre; la Biblioteca Alexander Turnbull; el Archivo de Historia Oral, Manuscritos, Música y Referencias de la Biblioteca Nacional de Nueva Zelanda; el Archivo Municipal de Wellington; la Biblioteca Pública de Wellington; la Biblioteca Pública de Porirua; el Museo Pataka Porirua; el Museo Te Papa de Nueva Zelanda; el Otago Settlers Museum; el Museo de la Policía de Porirua; Olveston; Castillo Larnach; los Archivos del Centro de Investigación de la Iglesia Presbiteriana de Aotearoa Nueva Zelanda; la Primera Iglesia de Otago; la Biblioteca de Hocken; y Anderson Park en Invercargill, donde se encontró la mesa Ashford.

Muchas personas ayudaron con datos históricos, chinos, militares, y otras investigaciones. En particular, Nigel Murphy, James Ng, Eva Wong Ng, Brian Moloughney, Duncan Campbell, Helen Leach, Graham Stewart, Tom Brooking, Aaron Fox, Pat Fox y Edmon Wong; todos acudieron más allá de la llamada del deber.

Gracias también a Jane Malthus, John Stenhouse, Dorothy Page, Barbara Brookes, Howard Baldwin, Alison Hercus, Lynley Hood, David Hood, Bill Keane, Michael Kelly, Helen McCracken, Jenny Gibson, Chris Cochran, Chris Jones, Trevor Garrett, Sophie Giddens, Sylvia Carlyle, Russell Klein, John Earles, Geoffrey Rice, Anne-Marie Brady, Mervyn Thompson, Liz Bryce, Chris House, Hardwicke Knight, Richard Hill, Bronwyn Dalley, Clarence Aasen, Pauline Keating, John McKinnon, Eirlys Hunter, Alistair McLean, Jean Ellis, Joan Henderson, Harry Ricketts, Selwyn Graves, Kirsten Wong, George Wong, Lynette Shum, Bill Wong, Kai Wong, Dan Chan, Ray Wong Tong, Percy y Alice Chew Lee, Nancy Wong, Ng Li Fe Oui, Anita King, Tsan Yew Wong, Yuk Fung Chong, Maurice y Margaret Meechang, Chan Wai Yung Wong, Margaret Wong, Roy Law, Thomas Keong, Bai Limin, Li Kangying, Jing-Bao Nie, Manying Ip y Timothy Woo.

Diana Davies, Steve Yanko, Jo McMullan, Raewyn Brockway y el doctor James Ng me ayudaron con detalles médicos, el doctor James Walshe y el doctor Charles Moore, específicamente, con historia psiquiátrica. Philip Simpson, Phil Garnock-Jones y Bill Sykes proporcionaron información sobre plantas de aquellos tiempos en Wellington y Nueva Zelanda. Ngahuia Te Awakotuku, Morrie Love y Maui Solomon me asesoraron sobre los maoríes a comienzos del siglo XX, y Dianne Bardsley aportó una inestimable orientación sobre el antiguo inglés de Nueva Zelanda.

Damien Wilkins, Bill Manhire, Adrienne Jansen y Andrew Johnston me animaron en los primeros tiempos de la escritura. Incluso antes, mi profesor de inglés en el instituto, Peter Exeter, me abrió los ojos con *Owls do cry* y fue el primero en creer en mí y en inspirarme con literatura.

A lo largo de los años mucha gente me ha ayudado de muchas y diferentes formas: Michael Gilchrist, Pepe Choong, Andrea Hudson, Ruth Pink, Pam Atkinson, Shanti Setyowati-Anderson, Don Anderson, Caroline McCaw, Martin Keane, Lindsay Forbes y Phil Castelow. Quiero agradecer en particular a Linda Tyler, Kevin Yelverton y Toni Atkinson, que siempre estuvieron ahí para mí en momentos duros.

A mi familia le debo los mayores agradecimientos: mi madre y mi padre, Doris y Henry Wong –Papá, me diste permiso para escribir esta historia y esto es para ti–, mi hermano, Graeme Wong, y hermanas, Sharon King y Janice Young, y sus familias, sin cuyo apoyo este libro nunca se hubiera escrito; y, en especial, al mejor jovencito de mi vida, mi hijo, Jackson Forbes, cuya paciencia y tolerancia lo ha hecho posible.

He escrito esta novela a lo largo de muchos años. A quienes rehusaron ser mencionados en los agradecimientos y también a quienes pueda haber olvidado, sin darme cuenta, darles las gracias, por favor, aceptad mi gratitud más sincera.

Se consultaron muchas fuentes escritas en el transcurso de la investigación y la redacción. Lo que sigue es sólo un listado parcial. Entre los periódicos destaca *Evening Post*, *Dominion* y *Truth*, y entre las páginas web se incluye el Diccionario de Biografía de Nueva Zelanda: www.dnzb.govt.nz/dnzb/.

The New Zealand Medical Service in the Great War 1914-1918, Teniente Coronel A. D. Carbery, Whitcombe & Tombs, fue particularmente útil por sus descripciones de la neurosis de guerra, y *Sojourners: The Epic Story of China's Centuries-old Relationship with Australia*, Eric Rolls, University of Queensland Press, por sus descripciones en cuanto a los fumadores de opio. Las palabras de Po Lo en el capítulo «Más que caballos» se basan en una hermosa traducción que Arthur Cooper hizo de Lieh Tzu en *Li Po and Tu Fu*, Penguin Books. El recitado de Lionel Terry en el capítulo «Un buen ejemplo de caballero inglés» es una cita de su largo poema «God or Mammon?» [¿Dios o el Dinero?], que él mismo se autopublicó. Las entradas del diccionario en el capítulo «El pequeño libro naranja» están extraídas del *Glossary of English Phrases with Chinese Translations*, Woo Kwang Kien, Commercial Press.

Otros libros y tesis a los que he recurrido en especial incluyen: *Doctor Agnes Bennett*, Cecil y Celia Manson, Whitcombe & Tombs; *Lionel Terry: The Making of a Madman*, Frank Tod, Otago Heritage Books; *The Shadow*, Lionel Terry, auto-publicado; *Truby King: The Man*, Mary Truby King, Allen & Unwin; *A Brief History of the Chinese in New Zealand*, Joe Y. Sing, auto-publicado; *Black November: The 1918 Influenza Epidemic in New Zealand*, Geoffrey Rice con la ayuda de Linda Bryder, Allen & Unwin: Historical Branch, Department of Internal Affairs; *Old Wellington Days* y *More Wellington Days*, Pat Lawlor, Whitcombe & Tombs; *Representing Haining Street: Wellington's Chinatown 1920-1960*, Lynette Shum, Tesis de Máster en la Universidad Victoria, Wellington; *Zengcheng New Zealanders: A History for the 80th Anniversary of the Tung Jung Association of NZ Inc.*, Henry Chan (ed.), Tung Jung Association of New Zealand Inc.; «The Poll-tax in New Zealand: A research paper», Nigel Murphy, The

New Zealand Chinese Association; *The Kelburn Cable Car: Wellington – New Zealand; Always a Tram in Sight: The Electric Trams of New Zealand 1900 to 1964; The End of the Penny Section: When Trams Ruled the Street of New Zealand; y When Trams Were Trumps in New Zealand: An Illustrated History*, Graham Stewart, Grantham House; *Supreme Court (42 Stout Street, Wellington) Conservation Report for the Ministry of Justice*, Chris Cochran; y *Twentieth Century China*, O. Edmund Clubb, Columbia University Press.

Otros libros de utilidad: *Windows on a Chinese Past*, vols. 1-4, James Ng, Otago Heritage Books; *The Basin: An Illustrated History of the Basin Reserve*, Don Neely y Joseph Romanos, Canterbury University Press; *Psychiatry & Seacliff: A Study of Seacliff Mental Hospital and the Psychiatric Milieu in New Zealand 1912-1948*, Susan Fennell, Trabajo de Licenciatura (matrícula de honor) para la Universidad de Otago; *Backblocks Baby-doctor*, Doris Gordon, Faber & Faber; *Lady Doctor: Vintage Model*, Frances I. Preston, A. H. & A. W. Reed; *Stethoscope & Saddlebags: An Autobiography*, Eleanor S. Baker McLaglan, Collins; *Wellington's Old Buildings*, David Kernohan y Tony Kellaway, Victoria University Press; *The Chinese Century*, Jonathan Spence y Annping Chin, Cassell Paperbacks; *Songs of Gold Mountain: Cantonese Rhymes from San Francisco Chinatown*, Marlon K. Hom, University of California Press; *Yuan Shih-k'ai*, Jerome Chen, Stanford University Press; *Reader's Digest New Zealand Yesterdays*, texto: Hamish Keith, investigación de imágenes: William Main; *Anzac Diary: A Nonentity in Khaki*, N. M. Ingram, Treharne Publishers and Distributers; y *Dear Lizzie: A Kiwi Soldier Writes from the Battlefields of World War One*, Chrissie Ward (ed.), HarperCollins.

Nota de la traductora

Alison Wong nació y creció en Hawkes Bay, Nueva Zelanda, después de que sus bisabuelos tanto paternos como maternos emigrasen desde la provincia china de Cantón a finales del siglo XIX. Estudió matemáticas, y después escritura creativa, en la Universidad Victoria, en Wellington; vivió varios años en China, y trabajó en el ámbito de las tecnologías de la información, como analista.

En 2002, obtuvo la Beca Robert Burns de la Universidad de Otago. Su colección de poesía, *Cup* (2006), fue nominada como Mejor Primer Libro de Poesía, en los Montana New Zealand Book Awards de 2007, y sus poemas fueron seleccionados para Best New Zealand Poems en 2006 y 2007.

Cuando la tierra se vuelve de plata (2009) es su primera novela. Ganó el premio literario Janet Frame for Fiction en 2009, ha sido nominada para el Nielsen Bookdata New Zealand Booksellers Choice Award de 2010, y ha sido votada por los lectores de Nueva Zelanda como uno de los Whitcoulls Top 100 Books. Ganó el New Zealand Post Book Award en 2010, y ha sido nominada para los premios literarios Australian Prime Minister's de 2010 y seleccionada para el International IMPAC Dublin Award de 2011. La novela ha sido traducida al francés, ahora al español, y se está traduciendo también al polaco.

Tras pasar casi toda su vida adulta en la región neozelandesa de Wellington, Alison vive ahora con su esposo y su hijo en Geelong, Victoria, Australia, aunque viaja con regularidad a Nueva Zelanda.

En el siglo XIX la política de población en Nueva Zelanda pretendía crear allí una «Gran Bretaña de los mares del Sur». Los chinos, o cualquier población inmigrante no blanca, se consideraban indeseables para los propósitos que se perseguían en la construcción nacional. A pesar de ello, la pobreza y situación convulsa del sur de China en aquellos tiempos impulsó a muchos a la emigración.

En Nueva Zelanda, los yacimientos de oro en Otago atrajeron la primera hornada organizada de inmigrantes chinos. Fueron reclutados por la Cámara de Comercio de Dunedin, cuando los mineros europeos dejaron Otago para marcharse a los yacimientos de la costa oeste. La elección concreta de trabajadores chinos se debió, ante todo, a la creencia de que se trataba de gente que trabajaba muy duro, que eran inofensivos y nada proclives a hacer reclamaciones porque preferían regresar a su hogar. A finales de 1869 alrededor de dos mil hombres chinos llegaron a la tierra que ellos llamarían «Nueva

Montaña Dorada», denominación que usaron para referirse a Nueva Zelanda y Australia, donde se trasladaron para trabajar como buscadores de oro. La «Montaña Dorada» fue Estados Unidos, el primer lugar al que emigraron con este propósito.

Los primeros inmigrantes chinos en Nueva Zelanda procedían del delta del río Perla en la provincia de Cantón (Guangdong). Aunque la mayoría estaban casados, sus esposas se quedaron en China para cuidar de los padres de sus maridos. Las mujeres chinas apenas emigraron a Nueva Zelanda y la ratio por género estaba extremadamente desequilibrada. Por ejemplo, en 1881 sólo había nueve mujeres, y 4.995 hombres. La mayoría de ellos, a pesar de sus duras condiciones de vida, se quedaron en el país, sin pareja, empobrecidos, mal considerados socialmente, en una especie de *apartheid*, varados en una tierra extranjera.

Tras la reducción del trabajo en los yacimientos de oro, a finales del siglo XIX, los chinos se desplazaron a pueblos y ciudades en busca de trabajo. Muchos trabajaron en fruterías, lavanderías y tiendas de comestibles. También encontraron un espacio para ellos en el comercio de la horticultura, en especial a partir de los años veinte del siglo XX. Cultivar verduras era un trabajo intensivo que requería muchas horas y pocos ingresos. Los chinos a menudo arrendaban tierras de los maoríes y trabajaban junto a ellos, para ganarse la vida de forma modesta.

Aunque la mano de obra china se aceptó en tiempos de escasez, pronto resurgieron los prejuicios contra esta comunidad. Una de las medidas más duras puestas en marcha para restringir su llegada fue la imposición de un impuesto comunitario (*poll tax*) a los inmigrantes chinos, sólo a los de este origen, incluso a los nacidos en otro país de la Commonwealth, como Australia. Las únicas excepciones que eximían del impuesto se reservaban a miembros del clero y sus familiares, como sucede en el caso de la auténtica Annie Wong de la novela.

Las colonias británicas de Canadá y Australia también impusieron este tipo de impuesto, que se aplicaba para entrar en el país. La Ley para los Inmigrantes Chinos de 1881 introducía un impuesto comunitario de diez libras. La misma ley imponía también una restricción en el pasaje de los barcos: un pasajero chino por cada diez toneladas de carga. En 1896 la ratio se redujo a un pasajero chino por cada doscientas toneladas, y el impuesto comunitario aumentó a cien libras.

Los inmigrantes chinos crearon un sistema de crédito, según el cual un fiador, por lo general un familiar, algún miembro anciano de su comunidad o un eventual empleador, avanzaba el precio del pasaje y el impuesto comunitario. Habitualmente, los inmigrantes tardaban años en saldar la deuda. Aunque a partir de 1934 dejó de exigirse el impuesto, éste no se revocó hasta 1944. Para entonces otros países ya lo habían eliminado. En el año 2002 el gobierno de Nueva Zelanda se disculpó oficialmente con la comunidad china por el sufrimiento causado por el impuesto comunitario. Fue la primera nación en pedir disculpas. Pero el impuesto comunitario no fue la única medida anti-china. Entre otras, por ejemplo, hasta 1936 no tuvieron derecho a pensiones por jubilación.

Muchos de los inmigrantes buscaron consuelo en el opio y el juego, y distritos como Haining Street, en Wellington, adquirieron fama a ese respecto. Los prejuicios contra los chinos exageraron los efectos de estas actividades. Surgieron diversas organizaciones anti-chinas, y una de las peores consecuencias de su propaganda se produjo en 1905, cuando un antiguo minero, Joe Kum Yung, fue asesinado en Haining Street. El asesino, Lionel Terry, declaró haberlo hecho para llamar la atención pública sobre los supuestos peligros derivados de la inmigración china. Alison Wong elabora este hecho real en su historia.

Hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la comunidad china de Nueva Zelanda era predominantemente masculina. Como la mayoría no podía permitirse el impuesto comunitario para traer a sus esposas al país, hacían esporádicas visitas, que solían espaciarse mucho en el tiempo. Más tarde, algunos trataron de traer a hijos, hermanos y sobrinos, para que les ayudasen en las tiendas y los huertos. Muy pocos se casaron con mujeres europeas o maoríes.

En este contexto de desequilibrios, prejuicios, carencias materiales y, sobre todo, afectivas, se enmarca *Cuando la tierra se vuelve de plata*, que narra la historia de amor de Katherine, neozelandesa de ascendencia británica, y Yung, chino. Un contexto en el que absolutamente todo jugaba en su contra. Todo menos ellos.

Katherine McKechnie es un producto de su época y su entorno. A pesar de que Nueva Zelanda fue el primer país del mundo en aprobar el voto femenino, en 1893, a comienzos del siglo XX todavía era un lugar muy conservador y opresivo para las mujeres, y donde no se habían reconocido los derechos de los inmigrantes de diversos orígenes culturales, ni los de los maoríes nativos. Donald, el marido de Katherine, es un claro ejemplo de esa actitud, profundamente machista y racista. Trabaja en un periódico sensacionalista de poca monta pero que evidencia la ideología de la prensa de la época. Su hijo Robbie hereda, por desgracia, esta forma de ver las cosas. Al contrario que su hija, Edie, que representa la posibilidad de avanzar, la apertura al cambio, como mujer y como ciudadana.

La trama está enhebrada por las relaciones entre chinos y neozelandeses, dominadas por el racismo por parte de los segundos. Los chinos ven a los blancos como «espíritus», y los blancos consideran que los chinos son sólo algo «poco mejor que un perro». La diversidad de experiencias y vivencias de la inmigración queda representada por los hermanos Shun y Yung, mientras que sus esposas en China, y la concubina de Shun, en Nueva Zelanda, evidencian también la desigual situación de las mujeres en la sociedad china.

Katherine aprende, poco a poco, a superar sus propios prejuicios sobre la comunidad china, al conocer a Yung y hacerse su amiga, su amante. Con el paso de los años aprende a cuestionarse y a despojarse de sus propios estereotipos, inculcados por el contexto y sostenidos por el desconocimiento. Aprende que es posible mantener con un hombre un

modelo de relación muy distinto al papel convencional que vivió en su matrimonio. Aprende lo que es sentirse enamorada y compartir complicidades. Con Yung.

La historia que nos ofrece Alison Wong está plagada de matices, abre a muchos aprendizajes, no juzga a nadie. Es una novela plural que abarca una cronología que va de 1896 a 1922, y que nos llega desde diferentes voces narrativas, que no sólo nos dan cuenta de la trama principal sino de los pensamientos de personajes secundarios que enriquecen la mirada.

La autora despliega un estilo muy particular, personal, poético y simbólico, capaz de transmitir emociones profundas con enorme simplicidad. Y se muestra pendiente de la relevancia del lenguaje y la cultura, sus especificidades y sus formas de relación. Los personajes chinos, en ocasiones, revelan hablar un inglés roto, aprendido por necesidad y de forma básica, marcado gramatical y fonéticamente.

Al tiempo, Alison Wong emplea en ocasiones expresiones literalmente traducidas del chino, que marca en cursiva para distinguirlas. Por ejemplo, *ten el corazón pequeño* (para decirle a alguien que tenga cuidado), *carpa de hibisco* (para aludir a la proximidad física entre dos amantes), *derramó pimienta* (para decir que alguien se enfadó mucho)... Lo hace yuxtaponiéndolas de tal forma que, aunque quizás el sentido completo no quede del todo claro, porque no lo pretende, su significado se intuye por el contexto, y, ante todo, supone una marca cultural china. Un sabor a diferencia. Lo hace porque, deliberadamente, quería crear en su narración un efecto de extrañeza, de vez en cuando. Quería tratar de transmitir, en inglés, cómo se expresan ciertas sensaciones en chino, y algunas de sus creencias culturales. Para tratar de recordarnos, en definitiva, que aunque la novela esté escrita en inglés (y en este caso, traducida al español), los personajes chinos tienen otro idioma, desde el que piensan y sienten. Otra cultura. Una lengua y una cultura que se traducen constantemente en la novela, de forma literal y simbólica. De hecho, la reflexión sobre la traducción palpita, de diversas formas, en la historia. Y la relación entre Katherine y Yung demuestra, en más de un sentido, que la traducción, la mediación, por compleja que pueda resultar a veces, es posible y es un aprendizaje para las partes puestas en contacto.

Esta traducción ha buscado transmitir el tono y el estilo creados por Alison Wong, su poética y sus matices. Entre otros aspectos, con esta intención se han mantenido sin traducir los términos que la autora emplea en chino (fundamentalmente cantonés), maorí y algunas expresiones antiguas del inglés de Nueva Zelanda, pues así es como las expresa ella, desde el contexto que quería recrear. Con todo, para quienes estén interesados, y para los casos en que la autora no incorpora en el propio texto una traducción o explicación, como documentación complementaria he preparado un glosario de términos y expresiones culturalmente definidas. Al tiempo, en otros casos he aportado una breve nota cuando he considerado que quien leyese podría agradecer alguna pequeña pista añadida en momentos concretos. Gracias a Alison Wong por el diálogo y la ayuda prestada, en todo momento.

En la vida somos muchas cosas, cosas distintas para gente diferente. Somos hijos o hijas de nuestros padres y madres, padres o madres de nuestros hijos e hijas, amantes y cómplices de quien amamos... Y el ejercicio de comprendernos más allá de las relaciones interpersonales concretas, asumiendo la totalidad de esas otras facetas que, unidas, nos conforman, no siempre es sencillo. El hijo de Katherine no es capaz de ver a su madre como una mujer, con sus necesidades, derechos, deseos y posibilidades. Y esa incapacidad se convierte en un callejón sin salida.

Puede resultar hermoso pensar que historias como la de Katherine y Yung, hoy en día, no resultarían imposibles. Al menos, quiero creer que no estarían tan implacablemente marcadas por las trabas sociales, clasistas y racistas que las lastraban en otros tiempos. Su historia, plagada de matices, es universal, a pesar de sus particularidades. Porque habla, precisamente, del sentimiento más complejo y sencillo que puede experimentar el ser humano, el más arrebatador, potente, doloroso, gozoso, inexplicable... el amor. Nada más que eso. Nada menos.

Dora Sales (UJI)

Glosario*

aaaaiyaa Exclamación china muy distintiva y común. El significado concreto depende del contexto, pero sirve ante todo como refuerzo expresivo.

bonzer Término, ya arcaico y en desuso, del argot juvenil del inglés neozelandés. Significa «estupendo», «fantástico», «muy bueno».

ch'i Es un concepto fundamental en la filosofía china. Literalmente significa «aire» o «aliento», y se refiere a la energía y fuerza vital que impregna todas las cosas.

cha siu Bollito relleno de carne de cerdo a la barbacoa. Típico de la cocina cantonesa. Es un tipo de *dim sum* (véase entrada en este glosario).

chink También *chinki*. Forma peyorativa y racista de referirse a alguien de origen chino. Véase también *chow*.

chow Forma peyorativa y racista de referirse a alguien de origen chino. Véase también *chink*.

dim sum Aperitivos chinos, de origen cantonés, que suelen consistir en bolitas de masa al vapor rellenas de carne de cerdo picada o verduras. Literalmente significa «corazones pequeños», en cantonés, como de hecho aparece en algún momento de la novela.

doggo Argot del inglés de Nueva Zelanda. Es antiguo, ya no se emplea, pero era habitual en la época en la que está ambientada la novela. Significa «exhausto, agotado».

erh hu Violín chino de dos cuerdas.

fantan Juego chino de azar muy popular sobre todo en el siglo XIX y hasta mediados del XX, sobre todo entre las comunidades chinas en el exilio. Se juega sobre una mesa, con un puñado de monedas o algún objeto pequeño (cuentas, botones, etc.) que se cubre con un tazón metálico. Los jugadores apuestan sobre la cantidad (hasta cuatro) de objetos que hay bajo el tazón.

goh Hermano mayor, en cantonés. En la novela se emplea junto al nombre de pila, como parte de la forma de dirigirse a la persona, por la importancia social que ocupa el hermano mayor en la familia.

gweilo *Gwei* significa literalmente «espíritu» o «demonio» (en chino se emplea la misma palabra para ambos), y *gweilo* era la expresión popular que empleaban antiguamente los cantoneses para referirse a un extranjero, un blanco, de forma un poco peyorativa.

ho sik «Delicioso», en chino cantonés.

kumara En maorí significa «boniato».

la Partícula que en cantonés se añade al final de la oración. Dada la elevada variedad del dialecto cantonés, es difícil precisar con exactitud su significado. En la novela, no obstante, la autora la emplea para dos fines concretos. Por una parte, tal y como ella misma nos explica, con su uso trata de dar un toque cultural a las frases; y, por otra parte, en el contexto de la novela en ocasiones sirve a modo de interjección, como «¿eh?».

lei Unidad de medida china tradicional, de longitud. Equivale a quinientos metros.

man El término coloquial, oral, en cantonés, para referirse al *yuan* chino. Un *yuan* equivale hoy en día a 0,12 euros.

moa Los dinornítidos o moas son una familia extinta de aves no voladoras que habitaban en Nueva Zelanda. *Moa* es su nombre en maorí. La autora lo emplea con intención poética, por su ligero parecido con la palabra «maorí», para jugar no sólo con el sonido sino con la idea de que los maoríes se estaban extinguiendo en la época y, de hecho, un ave nativa se llegó a extinguir en el país.

morepork También llamado *mopoke* o *ruru*, en maorí, es un tipo de búho, pequeño y marrón, oriundo de Nueva Zelanda y las zonas más templadas de Australia.

Ng Ga Pei Licor chino tradicional, de arroz, bastante fuerte. Éste es su nombre reconocido en cantonés.

Oolong Tipo de té chino tradicional, semi-oxidado, entre el verde y el negro. Es de los más populares en los restaurantes chinos típicos. Tiene un sabor más parecido al té verde que al negro.

pakapoo Juego chino de lotería. Muy popular en toda Oceanía sobre todo en el siglo XIX y comienzos del XX. Una papeleta *pakapoo* contiene diez filas de ocho columnas de caracteres o palabras del *Chian Ji Mun*, un poema antiguo en el que no se repiten dos palabras, y con el que antiguamente todos los niños chinos aprendían a leer y escribir. La papeleta principal se mantiene escondida y el organizador del juego marca en ella veinte caracteres. Cada jugador marca una serie de caracteres en su papeleta, normalmente diez. Las ganancias son proporcionales al número de aciertos respecto a los caracteres marcados en la papeleta principal. De 1881 a 1974, *pakapoo* y otros juegos chinos de azar eran ilegales, a pesar de que juegos que no eran chinos, como el póquer, se jugaban abiertamente en todas partes. No obstante, cientos de personas de todo Wellington acudían a Haining Street para jugar.

pounamu Nombre maorí de la nefrita verde, el más común y menos valioso de los jades. Se da a lo largo de la costa occidental de Nueva Zelanda.

puha Nombre maorí de una hierba (*Sonchus oleraceus*), que en español se conoce comúnmente como «cerraja». En Nueva Zelanda, sobre todo por tradición maorí, es muy utilizada al preparar sopas. Su sabor es parecido al de la acelga.

rata Árbol de la familia *Myrtaceae*, género *Metrosideros*, endémico de Nueva

Zelanda, existe en dos variedades: *Metrosideros umbellata* (árbol *rata* del sur) y *Metrosideros robusta* (árbol *rata* del norte). *Rata* es su nombre en lengua maorí.

saveloy Tipo de salchicha de cerdo cocida y muy condimentada. Se sirve rebozada o frita. Es muy común en Nueva Zelanda y Australia.

smoko Término del inglés australiano y neozelandés para aludir a un descanso breve en el trabajo, para tomar algo o fumar.

terakihi Nombre maorí de un delicioso pescado blanco muy popular en Nueva Zelanda (*Nemadactylus macropterus*). También se encuentra al sur de Australia y en la costa atlántica de Sudamérica.

Tongyan Literalmente: «gente o persona de la dinastía Tong». En la novela, los personajes chinos son cantoneses, de forma que el dialecto que emplean es cantonés y no mandarín, lo que tiene relevancia en cuanto a la transliteración desde los caracteres en chino, porque desde el cantonés hay muchos métodos diversos para hacerlo. Lo que en mandarín se diría dinastía Tang es la dinastía Tong en cantonés, aunque en chino el carácter es el mismo. *Yan* en cantonés significa «persona». En mandarín *pinyin*, se romanizaría como *ren*. En mandarín, no se emplean ambos caracteres juntos para referirse a «persona china», pero los cantoneses tienen gran estima a la dinastía Tang/Tong, y aluden a ella para identificarse. Así, cuando dicen *Tongyan* se refieren simplemente a la gente china. Tong (618-907) fue una dinastía imperial china, y su época es considerada por los historiadores como un momento de esplendor de la civilización china.

Tongyangai *Gai* es «calle» en cantonés (en mandarín *pinyin* sería *jie*), de forma que literalmente *Tongyangai* es «calle de la gente china». Se emplea para describir los barrios chinos, *Chinatown*.

wonton Masa muy fina y rellena por lo general de carne de cerdo picada. Es muy común en la gastronomía china y suele comerse frita o cocida como parte de alguna sopa.

1 La autora emplea esta expresión a lo largo de la novela para aludir a gente del mismo pueblo o poblaciones cercanas. Por lo general, los habitantes de una población en China tenían el mismo apellido y descendían de los mismos ancestros, de forma que se consideraban familia aunque desde la perspectiva occidental fueran, en todo caso, parientes lejanos. Antiguamente, cuenta la autora, proceder del mismo condado de la región de Cantón era importante porque había pocos chinos en Nueva Zelanda, y todos ellos, incluso procedentes de diferentes regiones, se mantenían muy unidos.

2 Yung llama «primo» a Gok-nam porque además de que proceden del mismo pueblo de China, y por tanto en su cultura se consideran de alguna manera emparentados, ésta es también una costumbre social para demostrar respeto.

3 O, simplemente, Basin. Campo de críquet de Wellington, el más famoso de Nueva Zelanda, considerado además como lugar histórico.

4 En la época en la que está ambientada la novela, en Nueva Zelanda era frecuente que en las pescaderías además de pescado y marisco vendiesen conejos.

5 En el original: *Ching Chong Chinaman*. Es parte de una canción infantil británica, peyorativa, popular sobre todo a finales del siglo XIX.

6 La dinastía manchú (1644-1912) fue la última que reinó en China. En su etapa final fue determinante la regencia de la emperatriz viuda Ts'eu-hi (entre 1861-1908), que dominó a los emperadores nominales, su hijo T'Ung-Chih (entre 1861-1875) y su sobrino Kuang-su (entre 1875-1908), e impuso una política ultraconservadora en un entorno nacional de continuo deterioro. En 1898 llegó al poder el partido reformador, muy pronto defenestrado por un golpe palaciego de Ts'eu-hi, obligada sin embargo después de la Guerra de los Bóxers, a adoptar medidas reformistas que desembocaron en la proclamación de la Monarquía constitucional en 1908. A la muerte de la emperatriz viuda ese mismo año, el trono pasa a un niño de apenas tres años, Pu-yi (1906-1967), ejerciendo la regencia su padre Tch'uen, muy ligado al partido tradicionalista. La paralización de las reformas deja la iniciativa política en manos de los nacionalistas revolucionarios de Sun Yát-sen, que proclamaron la República de China en 1911 y forzaron la abdicación del último emperador en 1912.

7 Se refiere a la emperatriz Ts'eu-hi (1835-1908).

8 Literalmente: «Espera, voy. Tómate un descanso».

9 Uno de los nombres que recibe el Año Nuevo Chino, la festividad tradicional más importante del calendario chino.

10 La autora emplea la traducción literal del nombre de un pueblo en Cantón, que se puede transliterar como Gwa Liang o Gwa Ling, Gualing o Kua-ling.

11 Se refiere a los libros que configuran el canon de las doctrinas de Confucio. Los *Cuatro Libros* fueron seleccionados por el erudito confuciano Zhu Xi (1130-1200) como introducción al confucianismo. Los *Cinco Clásicos* condensan la ideología de Confucio y se cree que los compiló él mismo. El *Libro de la Piedad Filial*, o *Xiao Jing*, es también un tratado de Confucio.

12 Dos de las novelas clásicas de la literatura china: *Sueño en el Pabellón Rojo* (Galaxia Gutenberg, Barcelona 2010, 2 vols.), de Cao Xueqin, y *Viaje al Oeste. Las aventuras del Rey Mono* (Siruela, Madrid 2004), atribuido a Wu Cheng-En.

13 Una de las bodisattvas más queridas en la cultura china. Deidad de la misericordia, «la que oye el llanto del mundo».

14 La autora emplea la traducción literal del nombre de un pueblo en Cantón, que se puede transliterar como Nga Yiel o Nga Yiu, Yayao o Ya-yao.

15 Se refiere a China. China se denomina *Zhōngguó* (también transliterada como Chung-kuo o Jhongguo) en chino mandarín. *Zhōng* significa «central» o «medio», y *guo* es «reino» o «nación».

16 Para aludir al alma y la entraña más profunda en la que residen los sentimientos, los chinos suelen referirse al hígado tanto como al corazón. En ocasiones lo hacen de forma conjunta: «corazón e hígado». Para ellos es una habitual expresión metafórica del amor.

17 La autora emplea la traducción literal de la forma metafórica habitual en chino para referirse al opio.

18 Tradición china según la cual tras el fallecimiento de alguien se quema dinero, ropa y casas hechas de papel, para que la persona disponga de todo ello en la eternidad.

19 Expresión literal del chino. Se refiere a la primera madre, la Madre Mayor, por orden de jerarquía.

20 Alude a una de las muchas leyendas mitológicas del Emperador de Jade, gobernante del cielo y uno de los

dioses más importantes del panteón taoísta. La «muchacha tejedora», que tejía nubes de colores en el cielo, era su hija. De hecho, el 7 de julio se celebra la festividad Qi Xi (literalmente, «noche de los siete»), que desde hace unas décadas se conoce popularmente como el día chino de San Valentín o día chino del amor.

21 «Imperio Celestial» es una de las denominaciones de China. Y en el argot popular de la época, en el siglo XIX y comienzos del XX, no sólo en Nueva Zelanda, sino también en Australia, Estados Unidos y Canadá, a los inmigrantes chinos se les llamaba «celestiales», con connotaciones peyorativas.

22 Se refiere a un libro clásico de la literatura china, la autobiografía de la vida del autor y su esposa, que retrata la sociedad china del siglo XVIII. Lo escribió Shen Fu y se publicó por primera vez en 1809.

23 La confusión de Edie se produce porque un personaje de *Orgullo y prejuicio* (1813), de Jane Austen, se llama Sr. Bennet.

24 Forma tradicional de despedida epistolar de un hijo a su padre, reflejo de la profunda jerarquización de la sociedad china.

25 Sombrero del ejército neozelandés, conocido popularmente como *lemon-squeezer* (exprime-limones).

26 Del poema «Auld lang syne», de Robert Burns (1759-1796).

* Para la preparación de este glosario, que contiene términos y expresiones en chino (cantonés), maorí e inglés de Nueva Zelanda, ha resultado más que imprescindible la generosa ayuda de la autora, Alison Wong.



Título original: *As the Earth Turns Silver*

Edición en formato digital: mayo de 2011

© Alison Wong, 2009

© De la traducción, Dora Sales Salvador, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-762-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	4
Prólogo Wong Chung-shun, 1896	7
Parte I Wellington, 1905-1909	9
Un chelín	13
Tierra de maories	15
Sueños con Sun Yat-sen	19
Cebollas	23
Un buen ejemplo de caballero inglés	28
Una bolsa de cacahuetes	33
El juicio	34
Ni continentes ni mares	40
Subiendo a la superficie	43
Galletas rotas	47
Manzanas	49
Las inmediaciones de Haining Street	51
Si cambia el viento	56
Una mujer que dispone de rentas	58
El yugo desigual	64
Azul	66
Sombras	68
Corazones pequeños	70
Dominion	72
Doscientos millones	75
El pequeño libro naranja	76
El diábolo. Wong Chung-yung	79
La sombra	81
Parte II De Cantón (China) a Wellington, 1907-1915	83
Seda roja. La esposa de Chung-yung	88
Horno de azulejos. La esposa de Chung-yung	91
Los muertos. La esposa de Chung-shun	93
La historia de la concubina	96
Pedazos de cuervo	99

Vinagre	103
Esclava	106
El teleférico	109
Campo	112
Espíritus, sueños	114
Trazo sobre trazo	117
Miles de kilómetros	119
Farol	120
Agua hirviendo	125
Función de marionetas	128
Mejor que un perro	130
Cuando la tierra se vuelve de plata	132
Más que caballos	134
Colina de flores amarillas	137
Un atlas infantil	141
El futuro de la humanidad	142
La nueva maravilla pecosa	145
Silencio	148
Caballote de melones. Wong Chung-yung	149
Longevidad	151
Blanco	153
La fotografía	155
Luna	157
Parte III Wellington (y Dunedin), 1914-1916	158
Por el rey y el país	163
El cofre pesado	167
El juramento	169
Los leones	171
Té	174
Si no ha llegado el momento	176
Podría haber sido peor	178
Última noche	180
Una mancha líquida	183
La despedida	186
Jazmín	189

El cuidador	191
El kiosco	193
Sombras	196
Tarta de luna	197
El campo sobre el corazón	200
Parte IV Dunedin y Wellington, 1918-1922	202
Crema negra de maicena	207
Una colección de huesos sueltos	209
Pájaros	212
El reloj	215
Quien regresa	217
Piña	219
Del arte de morir	223
Nota de la autora	225
Agradecimientos	228
Nota de la traductora	232
Glosario	237
Notas	240
Créditos	243